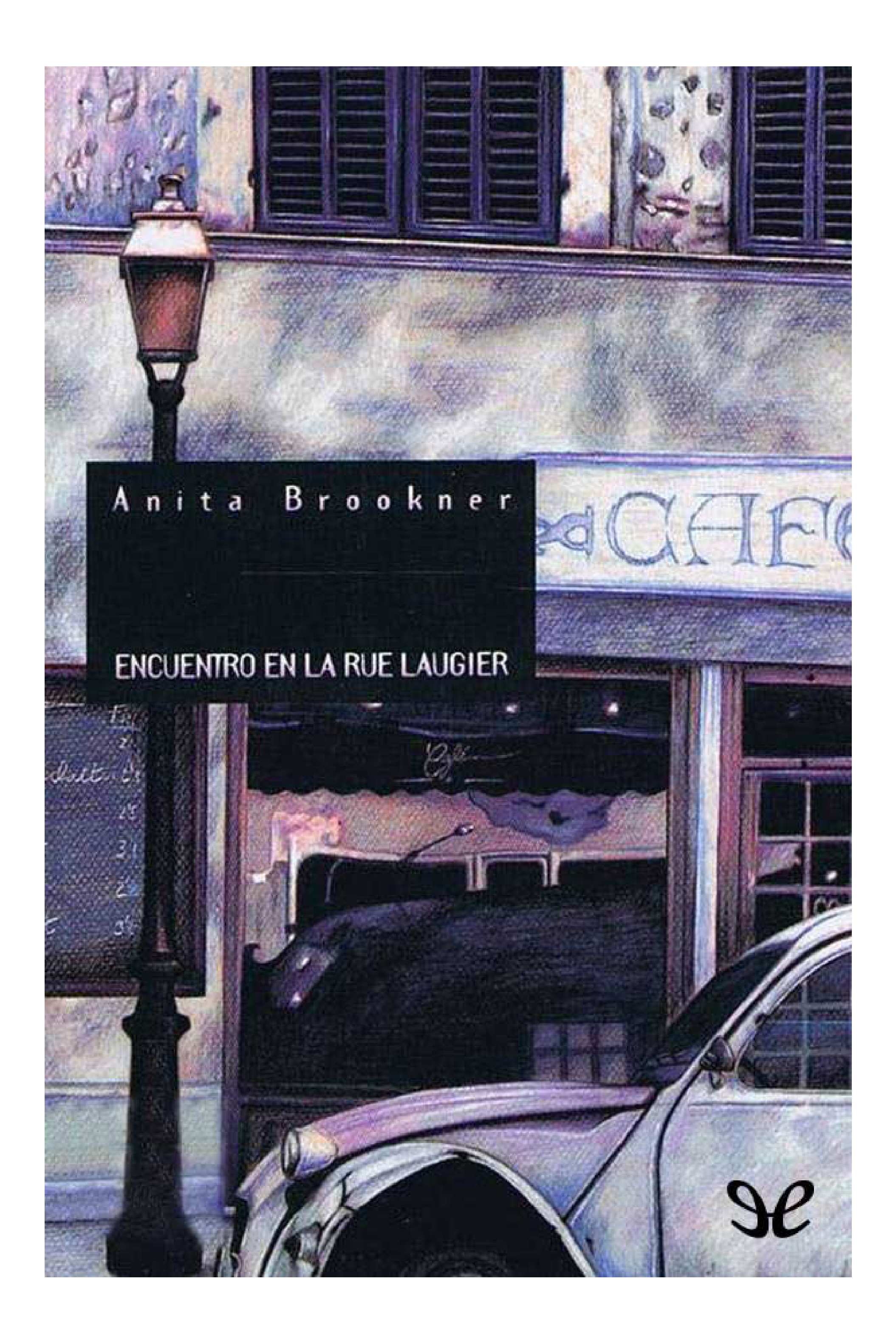

Anita Brookner
ENCUENTRO EN LA RUE LAUGIER
CAFE

Tras la muerte de su madre, Maud Gonthier, Maffy encuentra un cuaderno entre los objetos personales de la fallecida. En él hay escritas una receta de cocina, una corta lista de libros, la frase con que Proust inicia «En busca del tiempo perdido»: «Durante mucho tiempo me he acostado temprano» y una anotación intrigante: «Dames Blanches. La Gaillarderie. Place des Ternes. Sang. Edward». A partir de esa nota críptica, la narradora reconstruye la vida de su madre, en especial los hechos ocurridos en la rue Laugier y que determinaron su trágico destino.

Maud Gonthier esperaba que las vacaciones de aquel año no fueran diferentes de las anteriores. Pero la presencia de un joven inglés trastorna todos sus planes. Rendida ante el encanto de Tyler, Maud escapa a París donde la pareja comparte su vida con Edward Harrison que acaba enamorándose de Maud. Abandonada por Tyler, Maud se refugia en el comedido amor de Edward con quien habrá de compartir su triste y anodina vida. Con delicada brillantez, Anita Brookner examina la vida de los protagonistas para desentrañar lúcidamente cómo llegaron a entremezclar sus vidas.

«Encuentro en la rue laugier» es una cautivante historia de pasión y de responsabilidad que narra una sutil disección del amor y de sus consecuencias. Dura a la vez que tierna, realista a la par que soñadora, la historia es, en el fondo, decididamente triste, acaso con un toque fatalista, pero rica en emociones y pensamientos que pueden asaltar a cualquier ser humano cuando analiza su propia vida. El lector pasará las páginas de la novela compulsivamente en una lectura deslumbrante donde cada frase parece una clarividencia.



Anita Brookner

Encuentro en la Rue Laugier

ePub r1.0
Titivillus 30.01.2017

Título original: *Incidents in the rue Laugier*
Anita Brookner, 1995
Traducción: Beatriz López-Buisán
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



I

Mi madre leía mucho, suspiraba mucho y se acostaba temprano. Su nombre de soltera era Maud Gonthier, había nacido en Dijon y se había criado con la esperanza de encontrar algo mejor que las restricciones provinciales que la habían sofocado cuando niña, pero nunca lo encontró, al menos no con mi padre. El aburrimiento había atenuado su rostro ligeramente adusto, dejándole un ceño contemplativo, como si estuviese desconcertada, como si se le hubiese extraviado algo de una importancia considerable. Mi padre, un hombre desilusionado, la dejaba que hiciese su voluntad, ya que creía que era ella quien se había creado los problemas. En realidad, estaba celoso de ella, de su silencio, de su serenidad; incluso envidiaba la melancolía que le confería una distinción que la naturaleza le había negado a él, aunque íntimamente creía ser un personaje inusual, como nos pasa a todos. Mi padre vendía libros usados en una pequeña tienda de la calle Denbigh. A mi madre, que de niña había abrigado la esperanza de casarse con alguien vinculado a los círculos literarios, le había sorprendido agradablemente enterarse de ello. Pero cuando visitó la tienda sintió una profunda decepción. *Ça fait prolo*, pensó, con el deseo de que su expresión no la delatase ante el hombre con quien, de algún modo, había accedido a contraer matrimonio. Pero él, sensible a las sutilezas, lo notó, por supuesto, y por mucho que pese decirlo, nunca se lo perdonó del todo. Su matrimonio era normal, cimentado en el decoro, en la costumbre, posiblemente en la lealtad. La actitud de mi madre era más madura que la de mi padre, a quien nunca dejó de inquietar su propia conducta. Y aunque él la ocultaba lo mejor que podía, se traslucía finalmente en su sonrisa lobuna. Mi madre leía los clásicos y guardaba silencio.

Os ruego que me aceptéis como una narradora poco fiable. Mis padres murieron hace años, y yo me fui a vivir por mi cuenta mucho antes de perderlos. Cuando me encontraba en el piso de mi madre, disponiendo de sus pertenencias (ella murió cuatro años después que él), encontré un cuaderno con el cual fabriqué la historia que sigue. Lo que encontré no era el diario escrito con trazos débiles que tanto aman los novelistas. No era más que un pequeño cuaderno con las hojas sujetas por una espiral, de esos que pueden hallarse en cualquier papelería francesa, con papel cuadriculado y tapas brillantes. En realidad no lo encontré hasta transcurrido un tiempo: había puesto la maleta que contenía sus escasos efectos personales —sus certificados de nacimiento y de matrimonio, unas pocas cartas que le había enviado, un quimono de seda de color rosado que nunca había visto— en el fondo de un armario, con la intención de dejarla allí porque, por alguna razón, no me sentía dispuesta a perturbar la sombra de mi madre o el recuerdo de verla leyendo en silencio. Sólo la retiré del armario cuando adquirí otras maletas para mí y necesité el espacio. El cuaderno era viejo. Tenía una esquina ligeramente levantada y las páginas pegadas. Sólo había unas pocas anotaciones, al parecer escritas todas el mismo día. *Dames Blanches. La Gaillarderie. Place des Ternes. Sang. Edward*. A mitad de la misma página, y escrita con otra pluma, una receta de salsa muselina. Luego una corta lista de títulos de libros. Por último, la primera frase de Proust: *Longtemps, je me suis couché de bonne heure*. Pensé que este era un epitafio adecuado para una mujer a quien yo recordaba como infinitamente reservada y que a mi parecer, con excepción de los recuerdos corrientes, no había dejado en mi vida huellas profundas.

Pero últimamente me he encontrado repitiendo algunas de las actitudes de mi madre —leyendo, suspirando, acostándome temprano— y he comenzado a desear aclararlas. Me parecía imposible que tras unas anotaciones tan breves pudiera esconderse una vida, pero nunca tuve dudas de que, de hecho, era su vida la que se escondía tras ellas. Este mutismo tenía un toque de elegancia, inusual en estos días en que las mujeres tienen tanto que decir, y mi madre era una mujer elegante. Era absolutamente característico en ella que se limitara a decir lo que apenas era poco más que un código. Quizás yo lamentaba ahora el hecho de que mi

madre nunca hubiera hablado de sí misma o de que en realidad nunca hubiera hablado mucho de nada, salvo cuando debía impartir alguna orden. La encontraba digna, admirable, pero en el fondo frustrante, al menos para la mujer adulta en la que me había convertido. Me parece recordar que, en mi infancia, ambas nos amábamos sin restricción alguna, pero no había ni confesiones ni confidencias, un hecho que ahora me desconcierta. En cierta forma, lo que quedaba de ella estaba contenido en esas pocas palabras del pequeño cuaderno, escritas por su mano con decisión, con cierta deliberación —o así me lo parecía—, al menos, con recogimiento y, sin duda, de manera póstuma, puesto que ninguna de esas palabras tenía relación con la vida que yo había conocido y, presumiblemente, tampoco con la que ella había conocido. De esas palabras, sólo reconocí una, pero fuera de contexto. Se trataba de algo anterior a mi existencia, y no tenía la menor idea de lo que era.

Sobre todo me intrigaba la palabra *sang*. ¿Qué relación tenía la sangre con la vida distante e incomunicativa de mi madre? Por lo que podía entrever, tuvimos muy poco en común. En realidad, quizás me había distanciado deliberadamente de su discreción infinita, tal como lo había hecho mi padre. Al igual que a él, me irritaba su aparente serenidad, pero tengo ya una edad en la que una mujer comienza a notar que se va convirtiendo en la persona a la que menos piensa parecerse: su madre. Cuando la evoco en sus últimos años, suelo sentir un ligera opresión en el alma, un involuntario desánimo, acaso producido por la comparación de nuestros destinos, tan fijo, tan inmutable, el de ella, y tan casi deliberadamente volátil el mío. Esa inmutabilidad que tenía —sentada allí, en el sofá de la sala de nuestro piso de Tedworth Square— me producía respeto, aunque el destino de las mujeres de hace cincuenta años es algo que desconozco. Al parecer, el matrimonio había sido el suyo, como lo era para la mayoría de las mujeres de su época, y al igual que lo había sido para su propia madre, a quien, por supuesto, yo conocía. Parece extraño que mi madre guardara distancias con mi padre pese a ser una esposa leal y diligente, que cumplía aquellos deberes que mi generación ha aprendido a olvidar.

Nunca descubrí si ella había amado a mi padre alguna vez. Yo

tenía la sensación de que no. No obstante, era una mujer moral y, a mi juicio, ajena a cualquier tipo de cálculo. Él, por su parte, era bastante seco, pero tengo la impresión de que la amaba, no en un sentido idealista o venerable, sino con la fuerza bruta de su naturaleza más bien frustrada. La situación entre ellos no era fácil; sólo la calma de mi madre evitaba posibles perturbaciones.

No había discusiones. No había peleas. Aun así, siempre creí que debía de haber habido una pelea descomunal en el pasado, mucho antes de que yo los conociera. Pero no es más que una especulación. De la vida secreta de mis padres, yo soy la única manifestación. No obstante, algo debe de haber sucedido, algo que creó las actitudes que yo he heredado. La parte conocida de una vida suele ser engañosa, un disfraz. Ahora desearía que mi madre hubiera sido más feliz, que hubiera tenido recuerdos de una felicidad pasada de los que nutrirse. Mi impresión es que renunció a su vida mucho antes de que ésta se extinguiese. Y, sin embargo, guardó su pequeño cuaderno, así como su precioso quimono que, por cierto, nunca llevó puesto en casa. Para mi sorpresa encontré que, a medida que contemplaba esta evidencia, mi curiosidad se convertía en pena, ya que me di cuenta de que ella estaba condenada a seguir siendo una extraña, de que en realidad había elegido ser una extraña, legándome sólo pequeños gestos: el de hacerse sombra sobre los ojos con una mano cuando levantaba la vista del libro, como si la realidad de la luz le resultase demasiado dura, y esos suspiros, que me dicen que yo también emito sin darme cuenta.

Yo no figuro en la historia que sigue o, al menos, lo hago de forma inadvertida. La historia es un invento, uno de esos inventos por los que vive cada uno de nosotros, y es, en consecuencia, una atrocidad que nada tiene que ver con la verdad. Pero, tal vez, la verdad que nos contamos a nosotros mismos valga por todos los hechos, verificables o no. Esta historia no registrada —no registrada por una razón muy poderosa— es sólo un gesto, un gesto hacia mi madre, a quien he llegado a parecerme y quien jamás me contó ni lo que había sucedido ni lo que había dejado de suceder, ni cómo terminó viviendo con nosotros, tan lejos de su tierra.

2

Maud Gonthier nunca había tenido, ni cuando estaba a punto de casarse, ningún interés por clases y condiciones sociales, o antepasados, ya que creía estar por encima de esas cosas o, al menos, no le afectaban. Sabía poco del mundo, fuera de Dijon, y poco de su reducida familia, fuera de su madre y del recuerdo borroso de un padre joven que, mientras jugaba con ella, solía tener un acceso de tos que lo obligaba a sentarse y cubrirse la boca con un pañuelo.

Pierre-Yves Gonthier, que murió de tuberculosis, había sido un joven responsable de clase humilde que, a fuerza de trabajo duro, dedicación y devoción familiar, había obtenido un puesto en la prefectura y, con el tiempo, satisfizo las ambiciones más preciadas de su madre. En consecuencia, pertenecía a la casta más respetada en Francia, la burocracia, y aunque su trabajo en la sección de puentes y carreteras era rutinario y carente de exigencias, él tenía siempre presente la dignidad que el cargo le confería; como si del propio prefecto se tratase, se presentaba en el despacho impecablemente vestido con un traje gris y una camisa blanca, lavada por su madre, y era aceptado por sus colegas con un ligero afecto, pero sin mayor interés. Una razón muy especial lo movía a estar agradecido a las autoridades que lo habían nombrado: sin este escudo de respetabilidad no podría haberse casado con Nadine Debureau, cuyo padre, médico y tirano, era consciente de tales distinciones y no hubiera tolerado un yerno que trabajase en la tienda de su madre, un comercio por desgracia modesto, lejos del centro comercial de la ciudad y no muy activo en la venta de ajuares y ropa de niño.

Nadine, una guapa joven, ansiosa por librarse de su padre y de

su hermana mayor, y que de hecho se parecía a su difunta madre, conocía la admiración que le profesaba Pierre-Yves y anhelaba fomentarla. Por tanto, asistía a todas las recepciones que se realizaban en la prefectura, a las que su padre, como personaje local importante, estaba invitado. A los seis meses, el joven había pedido la mano de Nadine y ésta le había sido concedida. El padre aceptó la proposición, puesto que su idea era librarse de sus hijas lo más pronto posible —tenía un conocido dispuesto a llevarse a la mayor, Germaine—, a fin de llevar una vida de soltero, tener un ama de llaves, jugar al bridge dos veces por semana en el café Riche y beber cuanto quisiera. Esto último llegó a lograrlo con entera satisfacción, pese a que con el tiempo los beneficios no fueron tan buenos como él había esperado. A Germaine, una vez casada con un médico del ejército con el grado de coronel y satisfactoriamente conducida a una pequeña casa de campo en la región de Brie, sólo se la veía en raras ocasiones; Nadine, la más joven, continuó viviendo en Dijon. El viejo médico no siguió los consejos que daba a los demás y poco a poco fue adquiriendo una tez púrpura por una incipiente apoplejía. Se consolaba tomando medidas para que, a su muerte, el dinero procedente de la venta de su casa se dividiera entre sus dos hijas. Con ello creía lograr la absolución de cualquier posible acusación de egoísmo.

La joven pareja se instaló en un piso de la rue des Dames Blanches, propiedad que había pertenecido a la madre de Nadine y que el médico había alquilado a una mujer entrada en años, que tenía una situación económica bastante buena. Poco antes de la boda, la mujer había anunciado su intención de irse a vivir al sur con una hija, y el médico no había podido negarse a ceder el piso a los novios, a pesar de que tenía la vaga intención de ocuparlo cuando se retirase. El piso no estaba en buenas condiciones, ya que la inquilina, como todas las personas de edad, había pensado que le sería útil sólo hasta que se fuera al sur. La cocina era oscura y el cuarto de baño rudimentario, pero el salón, con sus paredes recubiertas de un papel a rayas, tenía un aire de grandeza, y sus ventanas daban a la calle, una tranquila calle gris desde la que se veía, a lo lejos, el imponente edificio del museo de Bellas Artes.

Les llevó cinco años decorar y amueblar el piso a su entera satisfacción, y para entonces ya tenían una niñita. Pierre-Yves, con

la sensibilidad exacerbada de los tuberculosos, solía mirar a la niña con los ojos llenos de lágrimas: contemplaba en retrospectiva, con añoranza, los primeros años de su matrimonio, cuando él y Nadine, a quien llamaba Didine, caminaban por la Place Darcy y la rue de la Liberté, saludando a conocidos y llegando a la conclusión de que en los escaparates no había nada que quisieran añadir a lo que ya tenían. Solía recordar esos días como si desde entonces hubiesen transcurrido siglos, como si fuese viejo, pese a ser joven, y desconociese el mal que tenía. La niña significaba para él una felicidad de tal magnitud que se le hacía casi imposible soportarla; al menos a él se lo parecía. Su dicha se convirtió en una incomodidad y, posteriormente, en una limitación. De alguna manera se las arregló para evitar que sus colegas se dieran cuenta de ello, porque durante el día, entre puentes y carreteras, tenía menos estímulos que durante la noche, cuando le subía la fiebre y aumentaba su desasosiego. Fue su jefe quien se encargó de internarlo en un sanatorio en la Haute-Savoie: el caso no era infrecuente y había muchas probabilidades de que se recuperase. No obstante, cuando se despidió de su mujer y de su hija en la estación de ferrocarril, supo que nunca más volvería a ver su hogar y, a partir de ese momento, recorrió con bastante rapidez el camino hacia la muerte.

Cuando se celebró el funeral, la madre de él y el padre de Nadine, que apenas se saludaban, parecieron querer endosarle a la viuda un sentimiento de culpa. La madre de él creía, a todas luces, que su hijo aún estaría con ella si no se hubiese agotado cumpliendo sus deberes maritales; el padre de ella no sentía más que desprecio por aquel ser de constitución débil. Él también moriría antes de terminado el año, pero engañándose a sí mismo respecto de los indudables peligros que encerraba el tipo de vida que había elegido. El pequeño grupo se dispersó, dejando el cementerio en manos del sol y de las sombras de un día de octubre irónicamente brillante. Apenas hubo diálogo entre los que lo integraban.

En la rue de Dames Blanches se sirvió vino, pero nada para comer. El aire estaba lleno de desafecto, y Nadine no quería saber nada de eso. Había amado a su marido, no sin cierta sorpresa, y aunque estaba resentida por la tragedia, también estaba marcada

por ella. Él, en la curiosa excitación de su enfermedad, la había amado con más pasión de la que ella hubiese podido imaginar, y supo que jamás nadie la amaría igual. Al menos, no en esta vida, pensó, limitando con rencor el monopolio de Dios a la otra vida. A pesar de que estaba impresionada por este amor, no tenía por qué sentirse agradecida. Aparte de la niña, Maud, era poco lo que le quedaba. Carecía de dinero, con excepción de la pensión de su marido, y tenía ante sí la perspectiva de un año de luto. No fue hasta que falleció su padre que, al recibir la parte que le correspondía de la venta de su propiedad, pudo pensar en su vida. Tal como fueron saliendo las cosas, se encontró en condiciones de darle a su hija una educación de primera clase en el colegio de monjas más exclusivo de la ciudad y asegurarse así de que la niña tuviese amigas de provecho. Dado que el dinero no duraría siempre, Maud tendría que casarse antes de que se agotara, y casarse bien. Según sus cálculos, eso tendría que ocurrir cuando Maud tuviese dieciocho o diecinueve años. Después, ella viviría de su pensión, que era adecuada para una persona, pero no para dos.

—¿Sabías que la casa estaba hipotecada? —le preguntó Germaine por teléfono.

—No, por supuesto que no. Tú estabas más unida a él que yo. Él nunca confió en mí.

—Al parecer, tampoco en mí. Recibiremos menos dinero del que teníamos derecho a esperar. Además, creo que había una mujer…

—No quiero ni oír hablar de eso.

—¿Podrás arreglártelas?

—Tendré que hacerlo.

—Claro que sólo sois dos.

Y tú tienes a tu marido, pensó Nadine, aunque no le envidiaba ese marido corpulento, gordo, demasiado presumido, y antipático.

—¿Xavier está bien? —preguntó Nadine—. Supongo que Robert está aún en Alemania.

—Volverá el mes próximo. Sí, Xavier está muy bien. ¿Y Maud?

—Maud también está muy bien.

—¿Vendréis en agosto?

—Supongo que sí.

—¿Y tú, Nadine? Espero que te encuentres bien.

—¡Oh, sí! Estoy perfectamente.

—Me dirías si…

—Por supuesto. No te preocupes, Germaine. Y gracias por llamar. Adiós.

Aunque menos apreciada por su padre, Nadine siempre había sabido que era la más hermosa de las dos hermanas. Pero, pese a haberse casado primero, no le había ido tan bien en términos materiales. Esto no lo había lamentado antes, pero en la conversación telefónica había notado en su hermana un tono de superioridad y tuvo la certeza de que, si cayera víctima de una enfermedad o tuviese un accidente, tendría que confiar en su generosidad. Si bien esta cuestión no había sido antes muy evidente, ahora parecía querer cobrar importancia. Comprimiendo sus finos labios con mayor firmeza, Nadine resolvió que jamás recurriría a esta forma particular de caridad. Pensó que, de ser necesario, trabajaría en una tienda. Pero, por supuesto, no se lo propuso seriamente. Había heredado de su padre el desprecio por el comercio y, en las pocas ocasiones en que se había visto obligada a tratar a su suegra, había percibido en ella una cierta timidez, humildad y servilismo. Ella era más combativa, pero al mismo tiempo se sintió desolada al saber que nadie acudiría en su ayuda. Por el momento podían arreglárselas y, lo que era más importante, guardar las apariencias. Eso significaba comprar carne todos los días, aunque fuese un bistec pequeño, lo suficiente como para impedir que los comerciantes supieran que andaban cortas de dinero. Significaba ir a la modista cada año y medio, para añadir alguna prenda bien hecha al vestuario que, aunque escaso, estaba seleccionado con esmero. Significaba contar con los servicios de la portera, la señora Fernández, dos veces por semana, para mantener su posición social en el edificio. Significaba que Maud siempre debería estar en condiciones de hacer lo mismo que sus amigas: ir con las compañeras de colegio a los lugares de interés artístico o cultural, ir a esquiar en invierno, aceptar las invitaciones al piso de París y a la villa de Córcega que le hacía su amiga Julie. Esto último, aunque sólo se había tratado de dos invitaciones, era lo más problemático. Tal vez podría preguntarle a Germaine si Maud podía llevar una amiga cuando fueran a su casa a pasar el mes de agosto, como era costumbre.

—¡Oh, no! —dijo Maud—. Allí no hay nada que hacer. Además,

ellos pasan el verano en Córcega, y Julie quiere que yo vaya con ellos otra vez.

—Me temo que eso será imposible —dijo Nadine, comprimiendo los labios nuevamente—. Tu tía lo consideraría una gran grosería.

Y yo, pensó Nadine, me limito a utilizar a mi hermana como excusa porque no puedo retribuir las invitaciones. Intentó pensar con desprecio en el padre de Julie, un hombre vulgar y alegre que poseía un conocido restaurante en Dijon, el segundo en orden de importancia, y en su mujer, igualmente vulgar, igualmente alegre, pero fracasó. Ambos eran buena gente: no ofrecían otra cosa que su bondad, sin pedir nada a cambio. Ambos creían que Julie debía de imitar la distinción natural de Maud, que era reflejo de la de su madre, pero no envidiaban ni el modo de vida de Nadine ni sus circunstancias, que veían con una claridad que acaso escapaba al carnicero, a la modista y a la portera. Y todo esto lo sabía Nadine, lo que tensaba su columna vertebral, añadiéndole aún más dignidad a su porte.

En los años que siguieron a la muerte de su marido, Nadine, ya nunca más Didine, adquirió un aspecto exterior de confianza en sí misma, y también de austeridad, lo que no favorecía a una mujer que aún era joven, pero que no tenía admiradores, quizás porque, con toda probabilidad, cualquier hombre dispuesto a abordarla podía perder su entusiasmo ante la rotunda seriedad que la distinguía. Nadine siempre había parecido mayor de lo que en realidad era y, ahora, a los treinta y ocho años, consciente de su precaria situación y de la ausencia de alguien que pudiera acudir a rescatarla, intimidaba a quienes precisamente pudieran tener en mente su salvación. Ya no podía mirar a ningún hombre con objetividad, sino que los medía en función de su situación, preguntándose sólo si sería tan buena como para constituir una solución a su problema. Esto se agudizó a medida que se hizo mayor y, sin mediar palabra alguna, se propagó entre los pocos hombres que la frecuentaban. Y, sin embargo, era una mujer guapa, de severos rasgos bien delineados, figura elegante, cabello rubio oscuro y piel tersa. Comenzaba a ganar peso, a convertirse en una matrona, única señal de que su cuerpo permanecía inactivo, de que no había ningún hombre en su vida. Había algo implacable en su manera de andar por la calle, en su cautela, en su reconocimiento

de los peligros que acechaban su propia vida. «Sólo con que se relajara, podría hacerse algo con ella», decían esos hombres que la observaban a distancia prudencial. «Necesita despertar». Y, aunque no dudaban de que alguno podía lograrlo, ninguno intentaba hacerlo. Sus esposas sentían lástima de Nadine, aunque no sin cierta satisfacción porque aún era muy atractiva. En público alababan el coraje que tenía. No hay medio más eficaz de impedir cualquier tipo de acción.

Mas, de hecho, la grandeza de Nadine, que era absolutamente genuina, encubría un gran temor de que su hija pudiese haber heredado algún vestigio, dormido aún, de la enfermedad de su padre. Por esa razón, Maud era sometida a un severo control y se le negaban numerosos entretenimientos inocentes, era observada subrepticiamente, para detectar un acceso de tos o un acaloramiento repentino, y se la enviaba a la cama temprano, cosa que ella hacía sin la menor protesta porque le gustaba leer y, en todo caso, porque apreciaba las horas nocturnas, cuando la luz de la calle invadía el interior y sólo rompían el silencio las campanadas de las muchas iglesias de Dijon que marcaban el paso de las horas. Este régimen de vida tenía dos propósitos: garantizar que Maud no asistiría a las fiestas nocturnas, como las que daban los padres de sus amigas y a las que Nadine no podía corresponder, y preservar la salud de la joven, que no era causa de inquietud, y también su belleza, que era considerable. Maud tenía un figura esbelta, bien formada, y un perfil que aún parecía más hermoso cuando, andando los domingos por la calle, mientras su madre saludaba a los conocidos que salían de misa, a la que ellas rara vez asistían, llevaba la cabeza erguida, con la mirada intensa y seria perdida en el horizonte, como si estuviera soñando. Hasta las madres de sus compañeras de colegio reconocían que Maud llegaría a ser una belleza, aunque no fuera el tipo de belleza que solía admirarse entonces. A finales de los años cincuenta, cuando tenían lugar estos acontecimientos, lo que gustaba eran las cejas arqueadas, los labios muy pintados y bien delineados, los ojos marcados de forma exagerada y un aire de golfilla, mientras que el rostro dorado de Maud carecía de colores artificiales, su nariz romana era pequeña, y sus ojos oscuros, enmarcados por largas pestañas doradas, desconocían los cosméticos. Su aspecto era demasiado serio para

una joven de su edad. Tampoco era coqueta, pese a lo cual los padres de algunas de sus amigas la miraban de forma especulativa, como si transcurridos unos años pudiera llegar a ser objeto de su consideración. Al cumplir los dieciocho años, Maud, que una vez había sido la réplica de su madre, comenzó a eclipsarla, de modo que Nadine, en su viudedad, empezó a sentir menos interés por sí misma, y sólo su severo sentido del honor y de férrea protección hacia su hija le impidieron reconocer su derrota.

Pese a todo, no tenían grandes preocupaciones. Ambas se encontraban perfectamente. De Nadine se esperaba, como hija de médico, que gozara siempre de buena salud; de hecho, nunca se había reconocido que los pacientes de su padre estuviesen enfermos, a menos que se encontrasen al borde de la muerte o, para dar al asunto un toque de verdad, decididamente muertos. Al doctor Debureau le había sido profesionalmente muy útil su rotunda confianza en sí mismo —¿o se había tratado de indiferencia hacia los demás?—. Citaba con frecuencia a Voltaire, en el sentido de que el deber de un médico era entretener al paciente hasta que la naturaleza se encargara de curarlo. Sus pacientes, agradecidos con esta máxima con la que secretamente concordaban, confiaban alegremente en él. Es indudable que algunos morían, pero entonces el médico solía llevar aparte a algún familiar para decirle, con una voz adecuadamente baja, que no había habido esperanza alguna de salvación, pero que no había querido amargar los últimos días del enfermo con tan mala noticia. Dejaba entrever que él sabía cuál sería el final, pero que no había visto la necesidad de realizar pruebas, ni intervenciones dolorosas, ni diagnósticos verificables. Los pacientes morían en su casa, que era lo que querían. Él los visitaba con regularidad, pero se contentaba con dejar que la naturaleza se encargara de curarlos o no, lo que a su manera no dejaba de ser una cura, como se apresuraba a señalar. Sin embargo, su esposa había fallecido en el hospital, asistida por monjas. Había sucumbido a la fiebre puerperal, irreversible en esa época, tras su tercer parto, el de un niño que había nacido muerto. A partir de entonces, el doctor Debureau había evitado las enfermedades en la medida de lo posible. Su inquietud por la salud de sus hijas se limitaba a comprobar que, cuando se sentaban a la mesa, tuvieran un aspecto aceptable. Si tenían buena salud, como en electo

sucedía, era gracias a que en gran medida desconocían la mecánica de las enfermedades. En el caso de Nadine, este desconocimiento, aniquilado por la consunción de su marido, fue sustituido por un estado de alerta que jamás la abandonó. Esto fue lo que por último le quedó a Nadine de su matrimonio, así como su hija, quien, hasta el momento, no había heredado las preocupaciones de su madre. Fue mérito de Nadine llevar semejante carga sola, mientras deseaba que su hija tuviera una vida completamente distinta de la suya, deseo que también mantuvo en secreto.

En ocasiones, el peso de sus responsabilidades le producía un gran cansancio, pero la única vez que pudo reconocerlo, y descansar, fue cuando Maud estaba en Londres, con su amiga Jean Bell, como visita de intercambio. Segura de que ambas chicas eran sensatas, que no saldrían solas y que era improbable que sucumbieran a una atracción inapropiada; segura de que serían acompañadas al teatro por los padres de Jean y llevadas de paseo al campo en el coche de la familia, Nadine se permitió durante quince días levantarse media hora más tarde por las mañanas, pasar las tardes sentada en el jardín del Château d’Eau, leyendo los anuncios necrológicos en *Le Figaro* de cada mañana y pensando que, cuando llegara el momento, Maud podría publicar un tributo igualmente digno a su madre, solicitando todos los años una oración y un recuerdo a su memoria en el aniversario de su muerte. De esa forma cumplirían con la religión, a la que poca atención daban en esta vida, limitándose a asistir a la misa del gallo en la catedral, por las Navidades, y a ayunar los Viernes Santos, por Pascua, con un tiempo siempre muy frío, el viento barriendo las calles, los pies helados por el largo período de inactividad y el pensamiento puesto en el próximo verano —ni siquiera en la Resurrección— como señal de esperanza. Este paganismo latente, que no se manifestaba en sus vidas modestas y prudentes, era el secreto que guardaban Nadine y Maud y que, como una cuestión de respeto, se ocultaban entre sí.

Jean Bell ofrecía la ventaja adicional de que cuando Maud la traía consigo a Dijon, cumpliendo la parte que le correspondía en el intercambio, la visita siempre era un éxito. Jean Bell era muy agradecida, por lo cual incluso Nadine se sentía cómoda en su

compañía, aliviada con la idea de que su hospitalidad se consideraba adecuada. Y esto era así por una razón muy particular: Jean Bell estaba a punto de iniciar un curso sobre historia del arte y Dijon, con sus abundantes edificios medievales y renacentistas, era la única diversión que ella deseaba. Para Jean Bell, Dijon era el *Puits de Moïse* —ese pozo de agua amenazador que se hallaba en el terreno del frenopático local—, eran las estatuas que, en actitud de llanto, había sobre las tumbas del museo de Bellas Artes, eran las fachadas de las casas de la rue Babeuf y de la rue Vannerie. Nadine acompañaba a las chicas en sus expediciones vespertinas y, en el curso de las caminatas, se permitía una pequeña sonrisa evocadora.

—Mi marido y yo solíamos dar estos paseos —explicó a la visitante—. Él sabía mucho de arquitectura, como aficionado, por supuesto. De hecho, hay en casa libros suyos, Jean, que quizás te gustaría leer. Y si algunos te sirven, puedes quedártelos. —Dicho esto, enviaba a las chicas a sacar fotos del portal de Saint Bénigne y, de camino a casa, se detenía en la pastelería y compraba un pastel de cerezas para el té.

—Tu madre es muy buena conmigo —dijo Jean Bell esa noche, mientras se cepillaba enérgicamente el cabello en el dormitorio de Maud—. La admiro mucho.

—Todo el mundo admira a mi madre —dijo Maud.

Lo dijo en un tono neutro. Tal vez porque se había dado cuenta de la distancia que su madre guardaba de los demás; tal vez porque presentía su soledad; tal vez por el peso de la responsabilidad que, sin mediar palabra alguna, había puesto sobre ella para que se casara bien y pronto. Pero sobre todas estas cosas había una férrea lealtad, un deseo de agradar, de encantar, de gratificar, que Maud se cuidaba muy bien de mostrar. Ella sabía que cualquier indicio de debilidad sería recibido con desdén; sabía que, como señal de una buena educación, era preferible cierta impasibilidad. En consecuencia, Maud ocultaba sus sentimientos más instintivos, y no tenía idea de cuándo aflorarían, si es que alguna vez lo hacían.

En secreto, y sin duda también infructuosamente, Nadine había puesto todas las esperanzas para el futuro de Maud en Xavier, el brillante hijo de su hermana Germaine, y también en las reuniones que mantenían los primos todos los veranos, en agosto, en La Gaillarderie, la casa cercana a Meaux donde Germaine vivía con su

marido, a menudo ausente, agradecidos ambos de no estar juntos durante buena parte del año. Era por eso que la visita anual a La Gaillarderie era tan importante, pese a que ella hubiera preferido por muchas razones quedarse en su casa, en la ciudad que se vaciaba con rapidez, y pasar las soñolientas tardes con *Le Figaro* en el jardín del Château
d'Eau.
Pero Maud tenía dieciocho años. Había terminado el instituto y, aparte de su intención de licenciarse en inglés por la universidad, no tenía mucho que hacer porque sus amigas se encontraban fuera de la ciudad, y de alguna manera había que asegurarle el futuro. La Gaillarderie presentaba diversas formas de exquisitas incomodidades, no todas ellas físicas. Aunque desde el exterior la casa parecía grande, sólo tenía ocho dormitorios, dos de los cuales, simados en la buhardilla, eran ocupados por los sirvientes. A Nadine y a Maud siempre se les pedía que compartieran una habitación, pese a que la del ausente Robert estaba vacía: se aplicaba un sutil sistema de castas y era impensable que el dormitorio principal fuera ocupado por una hermana viuda que no tenía derecho a los afectos de Germaine de Bretteville, con excepción de los convencionales. «Mi pobre hermana» solía decir a sus amigos, «lo menos que puedo hacer por ella es darle un mes de buena comida y aire de campo. ¡Y lo agradece tanto!». Y Nadine, rechinando los dientes, lo agradecía, aunque era consciente de cómo utilizaban a su hija para que fuera al correo o realizara pequeñas tareas en la casa, como ir a la cocina a recordarle a Marie, la cocinera, los cambios para el menú de la cena. Al menos así Maud aprendería a dirigir un establecimiento, pensaba Nadine, aunque era plenamente consciente de que Germaine encontraba a Maud demasiado bonita y, peor aún, demasiado desagradecida ante la inmensa fortuna de poder gozar de esta invitación como para aceptar a su sobrina con satisfacción.

Todo esto podían soportarlo, o más bien, Nadine podía soportarlo por Xavier, el alto, amable y brillante señorito de la casa. Se daba por descontado que no podía haber un matrimonio entre primos, aunque ¿por qué no? Nadine hubiera renunciado a los posibles nietos con tal de ver que Maud tuviera un futuro envidiable, aunque ese futuro incluyera a Germaine como suegra,

porque jamás abandonaría esa casa…

En los momentos más desoladores, que en esos días se sucedían con demasiada frecuencia, Nadine sabía que fantaseaba y, peor aún, que estaba dispuesta a sacrificar el futuro de su hija en aras de su propia tranquilidad. Anhelaba terminar con la vigilancia, descansar y no ser responsable más que de su propia persona. Incluso los pequeños placeres que se permitía —esa media hora de más que gozaba por las mañanas cuando Maud estaba en Londres con Jean Bell— cobraban ante sus ojos la dimensión de una promesa. Se sentía cansada y sabía que le había sido negada la vida de una verdadera mujer. En esos días, incluso era raro que la figura de su marido irrumpiera en sus pensamientos; estaba ansiosa por borrarlo de su conciencia, así como los recuerdos que le evocaba; hasta se había sentido aliviada cuando Jean Bell se había llevado algunos de los libros que le pertenecían. Se dio cuenta, no sin cierta vergüenza, de que también hubiera sacrificado a Xavier, y sin escrúpulos; le habría negado la paternidad y lo habría convertido en el guardián de una mujer que aún tenía posibilidades de contraer la enfermedad de su padre. Además, Germaine jamás lo permitiría. Pero, pensó con el ingenio que surge de la desesperación, seguro que Xavier tiene amigos.

—¿Vas a tener mucha gente en casa? —preguntó por teléfono, con un tono dócil.

—Sin duda, sin duda —dijo Germaine—. No te importará compartir la habitación como siempre ¿no? Seremos muchos y estoy segura de que entenderás que te pida que este año os quedéis dos semanas en lugar de un mes; es que vendrán unas chicas a jugar al tenis. Y Xavier, bueno, Xavier tiene sus propios planes. Ya sabes cómo son los jóvenes. En realidad tengo muchas esperanzas de que él y Marie-Paule, a quien conociste el verano pasado, se gusten. Es una chica tan encantadora…

—¿Tenis? —preguntó Nadine con delicadeza.

—¡Oh!, estoy segura de que Xavier contará con otros jugadores. ¡Tiene tantos amigos!

Cierto placer maternal agravó la voz de Germaine. Nadine reconoció el espíritu posesivo que tanto la había alejado de su hermana cuando eran jóvenes. Después había sido el padre de ambas el objeto de ese afán de posesión, pero éste había sido

sacrificado sin ni siquiera un murmullo. Sin embargo, ahora Nadine debía tener cuidado de no traspasar los límites que le habían marcado: viuda, desafortunada, sin dinero, sin hombre y receptora de una caridad que debía aceptar con agradecimiento y admiración. De todos modos había obtenido la información que deseaba, y colgó el auricular con cierta sensación de seguridad. Después de todo, Maud era muy guapa.

Sin embargo, los deseos de Maud no eran exactamente iguales a los de su madre. Maud sencillamente quería vivir en París, con o sin marido, mejor sin. Aunque cuidaba de que su rostro dorado, serio y ligeramente desdeñoso, no traicionara sus pensamientos, Maud ansiaba en secreto escapar a todo tipo de control. Ése era su deseo constante. A pesar de que no tenía claro su futuro, sabía que no figuraban en él ni su madre ni los planes de su madre, de los que tenía pleno conocimiento. Dada la estricta supervisión a que estaba sometida, quería ser libre. Se escaparía, conseguiría un empleo —cualquiera que fuese, incluido el de cuidar niños, de ser necesario— y cuando hubiese ahorrado suficiente dinero se alquilaría una habitación. En París. La habitación tendría que ser modesta, pero ella estaba habituada a la modestia. Sencillamente quería vivir su vida sin restricciones. No tenía muy claro lo que haría sin ellas, pero, por el momento, la idea le daba fuerzas para esperar, compuesta y contenida. Así que, cuando su madre dijo: «Es mejor que tengas dos vestidos nuevos. Pediré cita a la señorita Zughetta», ella sólo respondió: «¿Dos? ¿Es que necesito dos? ¿Y hechos por la señorita Zughetta? En Monoprix tienen cosas bastante buenas…». Y cuando su madre contestó: «Estas cosas siempre se notan. La llamaré mañana» ella asintió sin mayor interés, esperando que llegara el día en que nadie la dominase.

3

Al final del día, Edward Harrison tenía una sensación de saciedad, sin perjuicio de cuán insatisfactoriamente pudiese haber transcurrido éste. Los simples actos de prepararse para la noche parecían borrar la pizca de melancolía de los atardeceres largos y livianos, que le producía una lasitud ajena por completo al cansancio. Además, él nunca estaba cansado: había decidido no sentirse así jamás, como solía ocurrirles a los adultos sin causa justificada, o eso le parecía. Tenía por ideal el rigor, al que atribuía el poder de predisponerlo a llevar una vida errante, una vida lo suficientemente amplia como para acomodar en ella los impulsos aventureros. Esta predisposición, que él cultivaba, lo satisfacía como si se tratara de un verdadero atributo heredado de ancestros estoicos, cuando en realidad sus propios ancestros, principalmente su madre y su padre puesto que no conocía otros, estaban dotados de una gentil confusión, redimida por una inmensa indulgencia que rodeaba a Edward en momentos privilegiados, tales como cuando cerraba su libro y se dirigía al dormitorio, donde comenzaba el ritual de embarcarse en el viaje nocturno. Con suerte, tenía sueños de un pasado, según él, aborigen, aunque no muy distante, breves sueños arrebatadores que, una vez despierto, recordaba con alegría, con gratitud. En esos momentos estaba convencido de la poesía de la vida, de su circularidad sin fin. Se desplazaba volando por las horas oscuras en una barca de arcaica remembranza que lo devolvía a la inocencia de una pasividad simplemente maravillosa. Cuando llegaba la mañana, Edward se sentía renovado, de regreso a lo que, a su parecer, eran las desconcertantes obligaciones de ser adulto y que, dada su juventud, muy a menudo lo cogían desprevenido. Su ideal era una simple prolongación de la inmadurez, la inmadurez

del artista. Para lograrlo, tenía un plan.

Sus sueños lo alentaban a perseguir este plan, porque ¿cómo era posible que las noches de otros carecieran de esos tesoros que le habían sido concedidos en las profundidades misteriosas en las que él se sumía con tanta facilidad? Ninguna de las personas que conocía podía decir que estos sueños fueran extraordinarios, pero él se daba cuenta de que sí lo eran, porque no tenían ni un ápice de la ansiedad que poblaba los sueños clásicos, los sueños de libros de texto, los sueños de trenes, de exámenes, de vuelos peligrosos. En este aspecto él sabía que era único. Era transportado a una tarde eternamente soleada, en un jardín donde el aroma de la celinda flotaba por encima de un seto. Él era un niño, de no más de ocho años, y cuidaba a su hermanita Deborah —a quien la familia llamaba Bibi— como un primer intento de acercarse a la nena que sus padres le habían regalado. La niña, a su vez, le había puesto el nombre de Noddy, un secreto muy bien guardado puesto que sólo ella podía llamarlo así. Su deseo de vivir todo esto en la realidad le ocasionaba pequeñas decepciones voluntarias. Para sus amigos, él era Edward; para sus padres, Eddie o, con demasiada frecuencia, Noddy. Estas alteraciones eran la moneda de curso legal de sus días, mientras que las noches eran invadidas por las cosas auténticas. En sus sueños vivía una larga tarde de domingo; a veces una corta lluvia chispeaba sobre el césped alto en el vigorizante calor de junio. Pronto lo llamarían a tomar el té, se sentarían a la mesa los cuatro, su madre, su padre, su hermana y él, plenamente satisfechos con el día largo e invariable.

Esta brillantez contrastaba de manera favorable, y más que favorable, con la terrible herencia que había recibido, sin aviso previo, justo cuando dejaba Cambridge y se disponía a emprender una serie de viajes que continuarían hasta que fuera lo suficientemente viejo para encontrar otro jardín como el primero, donde se contentaría con sentarse al sol. A su juicio, su necesidad más imperiosa era la soledad, la comunión consigo mismo. No sentía deseo alguno de tener amigos, aunque trababa amistad con facilidad y, durante sus años de estudiante, había sido amigo y acompañante de varias chicas atraídas por su fino rostro de piel morena y por su cuerpo delgado y bien proporcionado. Según Edward, su rostro producía una impresión equivocada, en particular

por los dos fuertes incisivos que brillaban cuando sonreía y el cabello lacio y oscuro que le caía sobre la frente. Tenía un aspecto romántico; de hecho, sus emociones eran escurridizas, siempre dirigidas hacia tiempos lejanos, ya fuera el pasado o el atrayente futuro que daría continuidad al pasado, a su inocencia, a su promesa de felicidad. Era un futuro con el que coqueteaba en sus pensamientos, muy alejado de la realidad cotidiana y sus obligaciones. Las consideraciones prácticas brillaban por su ausencia en lo que no llegaba a ser más que una fantasía. Era fuerte, se creía inmutable y no le importaba el celibato. Por tanto, se pasaría la vida viajando, trabajando en lo que pudiera, cuando pudiera. Cogería el primer barco que partiera de Southampton y, a fuerza de trabajo, daría la vuelta al mundo. A veces tenía la impresión de que la promesa que encerraba ese tipo de vida era suficiente en sí; el sol, siempre el sol, disiparía la tenebrosa luminosidad de Londres, donde se encontraba atrapado en este lluvioso día de junio, con sus planes aparentemente anulados por una mala jugada del destino.

Había heredado esa tienda, esa odiosa tienda, de un viejo amigo de sus padres al que llamaban Ted, pero a quien él recordaba como el señor Sheed, y en cuyo honor le habían puesto el mismo nombre. Una especie de padrino, pero no un padrino por el que sintiera interés alguno. Ciertos domingos por la tarde, muy anunciados por cierto, el señor Sheed partía de su casa de Pimlico hacia la pequeña casa de los Harrison, en las afueras de Eastbourne, para tomar el té. Su constancia se daba por descontada, aunque nadie podía recordar muy bien cómo había comenzado la amistad. Se suponía que el señor Sheed había conocido a Arthur Harrison en la guerra; en realidad, esto era cierto, aunque el trato no había sido mucho entonces. Pero ahora ambos habían dado por sentado que eran viejos amigos en virtud de que tenían algunos temas en común, y también por una cierta languidez que les era inherente. Los Harrison, con su natural placidez, lo aceptaron sin problemas. Un vínculo más fuerte era el comercio, ya que Harrison *père* era propietario de una tienda de ropa de hombre en el centro. Quizás por esta razón su padre se sometía al señor Sheed, o Ted, quien, después de todo, era librero en Londres, en la calle Denbigh, bastante cerca del centro como para suscitar cierto respeto. El señor

Sheed no tenía mucho que decir, aparte de «¡Qué bien estás, Polly!» o «¿Cómo van las cosas?», antes de sentarse a tomar un té abundante, servido en esos días sin la presencia de los niños, que eran desterrados a la cocina. Los niños no sentían curiosidad por el señor Sheed, cuya presencia complaciente y sin exigencias los eximía de todo deber social. Había algo misterioso e inmemorial en torno a este hombre que parecía no envejecer ni un solo día y que ocupaba su lugar a la mesa, una vez por mes, mientras Edward crecía, iba al colegio, a la universidad, regresaba a casa a pasar sus vacaciones de verano, saludaba al señor Sheed, subía a su habitación a escribir a su novia de turno, bajaba otra vez y respondía a la eterna pregunta del señor Sheed: «¿Y qué piensas hacer, jovencito?», con la respuesta de siempre: «No lo he decidido aún; primero me gustaría viajar». Y luego, un mes después, se enteraba con estupefacción de que el señor Sheed se había muerto y le había dejado la tienda, el piso que había arriba y cierta cantidad de dinero.

Al comienzo, sintió que todas sus esperanzas se hacían añicos. Planeaba pasar el verano en París, en un piso prestado por un amigo, Tyler, cuyos padres eran amigos de los dueños. Éstos estarían fuera hasta finales de septiembre y creían que sería Tyler quien lo ocuparía. Pero, en realidad, Tyler estaría visitando a sus amigos por toda Francia. Lo que habían acordado era que si, por alguna razón, Tyler decidía ir a París, Harrison se mudaría a la habitación de servicio que había en la sexta planta, permitiendo así que Tyler utilizara el piso para sus asiduos e inevitables ligues. En lugar de hacer eso, Edward tuvo que ir regularmente a Londres, en plena estación gris y húmeda, para que los abogados lo aleccionaran y contemplar, con horror, las polvorientas habitaciones que había sobre la tienda, que sirvieron de vivienda al señor Sheed y que ahora le pertenecían. Sus padres estaban, por supuesto, encantados con el legado, que consideraban típico del «pobre Ted». El padre estaba a punto de vender su tienda a una cadena comercial de la cual había recibido una oferta ventajosa, y jugaba con la idea de pasar las vacaciones de invierno en Florida o en Jamaica. En los sonrientes ojos de sus progenitores, que brillaban con una tímida anticipación de placer, se leía la absoluta confianza que tenían en que su hijo aceptaría lo que ambos

deseaban para él. Edward no tuvo agallas para defraudarlos, pero en cierto modo estaba decidido a cumplir sus propios deseos, aunque tuviera que esperar para hacerlos realidad. Con gran desánimo, pidió al abogado que encontrase un inquilino para las habitaciones que había sobre la tienda, lo cual se logró sin dificultad alguna. Y, en un arranque de actividad que acompañó con un constante rechinar de dientes, alquiló un piso amueblado en un edificio que había al otro lado de King's Road. El piso le disgustó nada más verlo, pero para entonces estaba ya tan desesperado por irse a Francia que, en cuanto trasladó de Eastbourne sus efectos personales, pegó un portazo y salió huyendo.

Pero sus pasos lo llevaron de regreso a la tienda, por la que sentía un disgusto exasperante que crecía por momentos. La vista de la fachada de color verde opaco, adornada con una sola palabra, «Sheed», tampoco contribuyó a levantarle el ánimo. ¿Quién vendría a esta tienda? ¿Quién visitaría un establecimiento de libros usados en una calle vulgar, más bien decadente, de Pimlico? Durante la hora y media que pasó allí la primera tarde no se acercó ni un alma. Furioso, revisó las existencias, que eran escasas y parecían limitarse a libros de texto en latín y alemán y a novelas que habían sido populares en los años treinta y cuarenta. ¿Quién leía ahora a Harrison Ainsworth, a Hugh Walpole, o a Warwick Deeping y Jeffrey Farnol? ¿Cómo se hacía para vender este material? Y sin embargo debía de venderse, dado que el señor Sheed le había dejado una suma de dinero importante. Y tanto le perturbaba esta generosidad de un hombre que ni le había gustado ni le había disgustado, y en quien nunca había tenido el menor interés, que sintió, con un lamento, que estaba destinado a custodiar la empresa del señor Sheed hasta que pudiera traspasarla y dedicarse a vivir su verdadera vida. Ésta transcurriría en el extranjero, en circunstancias que no tenía muy claras, pero que implicaban muchos días de buen tiempo, ya fuese cálido o frío, y, en ambos casos, en lugares pintorescos, lo que, por comparación, hacía insoportable, imposible de tolerar, la calle oscura que veía a través de la ventana polvorienta.

Esa primera tarde que pasó en la tienda se le ocurrió pensar que el señor Sheed debía de haber vendido libros pornográficos, pero no

descubrió nada de índole cuestionable en las cajas que había debajo del mostrador, sino sólo unos ejemplares más de Beatrice Kean Seymour y Rafael Sabatini. ¿Quién compraba estos libros? Obviamente debía de haber coleccionistas de gustos muy simples, pero no pudo encontrar ninguna lista de suscriptores. En los cajones del antiguo escritorio de tapa corrediza no encontró nada que le sirviera de pista sobre la verdadera naturaleza del señor Sheed. ¿Quién era este hombre que plácidamente había tomado el té en casa de sus padres durante incontables domingos, y cuya presencia, más bien extraña por cierto, había sido aceptada con la misma placidez? Para empezar, uno no se sienta en un tren un domingo sólo por una taza de té. ¿Estaba enamorado de Polly Harrison y era ésta una muestra de fidelidad, de la más alta caballerosidad, a una situación enterrada hacía mucho tiempo? ¿O tenía en Eastbourne una amante a quien veía algunos fines de semana y a quien llevaba a comer al hotel Grand, finalizando su visita con una inocua taza de té *chez* Harrison? Edward se inclinaba por ambas teorías, aunque las encontraba poco atractivas. A sus ojos, tanto sus padres como el señor Sheed parecían tan virtuosos, alegres, rectos y ecuánimes cuando, más que parlotear, conversaban, gozando incluso de los silencios, hasta que el señor Sheed miraba su reloj y se ponía de pie. «Te acompaño, Ted», decía su padre invariablemente en ese momento, y «¡Niños, venid a despediros!», gritaba desde la ventana. A medida que se hacía mayor, Edward tendía a no tener en cuenta al señor Sheed, o más bien a seguir ignorándole, porque le disgustaba su obesidad y su incapacidad general de moverse, pero con el tiempo descubrió que había habido un vínculo, una suerte de sentimiento residual —el de un hombre tímido— que había existido siempre, y, en consecuencia, la actual y desdeñada propiedad de la tienda era prueba de que, en alguna medida, el señor Sheed lo había apreciado. La idea alternativa —el que el señor Sheed se hubiera sentido herido por su indiferencia y hubiera querido cortarle las alas— era demasiado horrorosa como para considerarla, aunque la verdad es que lo hizo.

Esa lluviosa tarde de junio, sentado frente al escritorio de tapa corrediza, llegó a la conclusión de que el tiempo era un problema, el tiempo lo transformaría de un joven ansioso, ignorante y hedonista, a una figura resignada que, si no tomaba medidas

drásticas e inmediatas, se pasaría la vida en esta tienda y, de forma inevitable (de alguna manera lo sabía), la convertiría en algo provechoso. Pese a esto, aún soñaba con su infancia remota, cuando todos los que lo rodeaban eran buenos, más buenos de lo que él jamás podría aspirar a ser. Quizás había caído en desgracia, y por eso se encontraba en este local sombrío, en esta situación de triste presagio de un futuro decepcionante. Él sabía que era desastrosamente incompetente para cualquier otra carrera; sus únicos pensamientos positivos eran los de evadirse. El título que había obtenido en Cambridge no tenía mucho valor. Su única ambición era huir. La decepción de sus padres sería enorme si abandonaba lo que creían que era una donación, una donación que ellos mismos no hubieran podido legarle, una donación que, además, los dejaba en relativa libertad. Una vez que Bibi hubiera terminado sus estudios universitarios, podría vivir con ellos hasta que contrajese matrimonio. La casa estaba pagada desde hacía tiempo y, ahora más que nunca, tenían una situación económica bastante cómoda. A juicio de los padres, la situación de su hijo ya estaba asegurada. Pero, de hecho, Edward sentía que estaba asegurada de la manera más desagradable posible, al igual que podría estarlo si hubiese sido confinado en una institución.

Ese intervalo perdido —como él lo veía—, ese local vacío que seguía sin recibir clientes, quedó en su mente como el torturante fragmento de un sueño interrumpido por un despertar inoportuno. En esencia, la condición pertenecía al mundo de los sueños, ya que aunque la aventura no había tenido lugar, podría haberlo tenido. Él era lo suficientemente fuerte como para saber que su infancia era inmutable, y que no podría recuperarla jamás, así como que tampoco podría brindarle más de lo que ya le había dado. Pero lo que él retenía de ella era la idea de felicidad, de plenitud, y era eso lo que planeaba recuperar. No tenía duda de que podría hacerlo en algún momento de su vida, y el que le fuera negada esa oportunidad era igual que si le cerrasen en la cara las puertas del futuro. Contemplaba su entorno como una aberración temporal de la cual, con el tiempo, se desharía furtivamente. No pensaba morir en Inglaterra, aunque amaba ese país con melancolía, casi con vergüenza; lo amaba por el aburrimiento mismo que lo detenía en esa tarde lluviosa. Sentado frente al escritorio del señor Sheed,

podía oír cómo descargaban cerveza de un camión al sótano del bar de la esquina, así como también una ráfaga de música cuando se abría la puerta de la peluquería vecina. Estaba rodeado de transacciones comerciales de carácter humilde; el barrio era humilde, pero no por ello lo despreciaba. Sentía un amor ligeramente frustrado por la gente de la calle, ignorantes todos y, a su juicio, inocentes. A la vez recordaba al ciego y su perro guía que había visto al pasar frente a la estación Victoria: el hombre, cauto, anhelante, moviendo la cabeza invidente de lado a lado, y el perro, obediente, pero alerta, lleno de fuerza, ansioso por cumplir su destino de animal. El espectáculo lo había dejado helado; su simbolismo era demasiado claro.

En el transcurso de una tarde tormentosa se había hecho resistente a cualquier sugerencia de confinamiento, incluidos los barrotes de la ventana trasera y la vista de los andamios del edificio de enfrente. Pensó en la lámina de plástico que se había desprendido de ese edificio y rodado por la calle, esperando atraparlo por los tobillos. Incluso el simple recuerdo de eso, la imagen en sí, eran causa de alarma. Era como si tuviese que dejar la vida en suspenso hasta que llegara el momento en que pudiera iniciar su verdadera vida. Esa vida real, que continuaba llamándolo desde un futuro cada vez más lejano, estaba relacionada con el sentimiento de plenitud que conocía por sus sueños, y que sabía que eran la esencia de su auténtica realidad, su deseada realidad. Desconocer esa realidad era un imposible o, más aún, un ultraje, un acto de egoísmo para con la vida misma. No obstante, allí estaba, atrapado en ese local ajeno, casi un prisionero, observando la calle lluviosa a través de ventanas borrosas y, al parecer, imposibilitado de viajar al extranjero y de abandonar este terrible lugar a su destino que, sin duda, era la extinción. Claro que podía cerrarlo, irse a París, olvidarlo y, transcurrido un tiempo prudencial, ponerlo en venta. El problema residía en que nadie lo compraría, nadie pagaría para sentarse allí rodeado de anaqueles llenos de libros de Dornford Yates. Consideró brevemente la forma en que el señor Sheed había pasado sus días. Como no tenía la necesidad financiera de vender libros, en el supuesto caso de que éstos fueran remotamente vendibles, debía de haberlos leído, sentado allí. Ésa era la clave, por supuesto, de la existencia somnolienta y silenciosa

del señor Sheed, de sus tímidos afectos, de su nostalgia por la vida sencilla de aquellos domingos en Eastbourne, cuando podía desenvolverse entre adultos de mentalidad similar, que no le harían daño alguno, adultos tan ingenuos y poco exigentes que parecían niños. Y, en el fondo, las voces de los niños… Un hombre tímido, sustentado por el romance, reconfortado por los ornamentos de la ficción, consolado por los finales felices. De repente, Harrison sonrió, relajó sus hombros tensos, sintió una vacilante llamita de afecto, que se apagó de pronto por el sonido ronco del teléfono, muy sorprendente dado que nadie sabía que él estaba allí. Notó que lo invadía un sentimiento de acoso, a pesar de haber pasado esa tarde interminable sin que nadie lo molestase.

—Harrison —dijo con tono sombrío.

—Soy Gillian. El señor Viner quiere hablarle.

—Que se ponga.

—¿Señor Harrison? Habla Viner. ¿Ya está instalado?

—No, sólo he venido a echar un vistazo.

—Me alegro de haberlo encontrado, porque me temo que tengo que darle malas noticias. Su inquilino ha decidido no quedarse con el piso.

Hubo una pausa.

—¿Dio alguna razón en particular? —preguntó Harrison finalmente. Apenas podía prestar atención a lo que le decían. Preveía discusiones interminables con ese quisquilloso abogado en cuanto intentara poner en ejecución sus propios planes.

—Al parecer, encontró que el piso estaba en condiciones un tanto deterioradas, y esperaba que fuera usted quien lo decorara un poco.

—Yo más bien esperaba que fuese él quien lo hiciera.

—La primera impresión, usted sabe… No es demasiado favorable. Tal vez, si usted hiciera limpiar los cristales de las ventanas…

—Me temo que no tengo tiempo para eso —dijo Harrison con firmeza—. Parto hacia Francia este fin de semana.

Cuando pronunció estas palabras lo invadió una enorme alegría. No se había dado cuenta de que ya había tomado esa decisión. Era evidente que su mente lo había decidido. Su destino estaba controlado.

—No pensará usted dejarlo vacío, ¿no es cierto? Las propiedades vacías son una invitación para los ladrones, particularmente en su barrio ¿sabe?, por la proximidad de la estación.

—En ese caso pondré un guardia.

—Sí, esa es una buena idea. Pero no lo dejará vacío durante mucho tiempo, ¿no? ¿Quiere que me quede con el otro juego de llaves hasta que usted regrese y tome posesión?

—No, creo que pasaré a buscarlas. No estoy seguro de lo que haré.

—Muy bien. Gillian las guardará hasta que usted las recoja. ¿Hay algo más en lo que pueda servirle? ¿Me llamará cuando regrese de Francia? ¿Cuánto tiempo piensa estar fuera?

—No lo sé con seguridad.

Hubo un suspiro al otro extremo de la línea.

—Tenga cuidado, señor Harrison. Tiene una propiedad de considerable valor. No la desperdicie. Sólo el solar…

—Gracias, señor Vine. Ya lo llamaré.

Colgó el teléfono, pensó un momento, levantó el auricular y marcó un número del lejano Worcestershire. Se imaginó la llamada viajando a través de húmedos condados, terrenos ondulados, bosques, sotos, casas solariegas, hasta llegar al hogar de Tyler, que a él le parecía un palacio, un escenario digno de la espléndida presencia del propio Tyler, cuyo aspecto físico tenía para Harrison un aire amenazador. Esto lo atribuía al esfuerzo de tener que alzar la vista para mirarle, por su gran altura, y a que, muy a su pesar, se maravillaba ante la belleza austera de Tyler que, en comparación, reducía su propia agradable apariencia al anonimato. Además, Tyler era rico, y descuidado al respecto; su padre era un magnate industrial y, a la vez, un caballero. El contraste con el origen modesto de Harrison no podía ser mayor. Y sin embargo, por alguna razón, se había visto preferido por esta prestigiosa criatura que no sólo partía los corazones de las chicas, sino también de las mujeres. Había habido rumores a los que él no prestó mucha atención, pero acerca de los cuales no podía dejar de estar alerta. En ocasiones, cuando acompañaba a Tyler se sentía como una especie de paje caminando airoso junto a su señor feudal. Este sentimiento no era infrecuente entre las amistades de Tyler. Pero, pese a ello, Tyler le gustaba, aunque no confiaba en él. Había en eso un poco de

adulación, y también de emulación. Por fortuna, nunca habían tenido la misma novia.

—¿Tyler? Soy Harrison.

—¡Oh, Noddy!

Harrison hizo un gesto de disgusto. Eso es lo que Tyler tenía de malo: se aprovechaba injustamente. Tyler había estado en Eastbourne, en una insensata visita de fin de semana, y allí se había enterado de muchos mitos y leyendas familiares. Bibi, en particular, había quedado fascinada con él. Podía decirse que Tyler se había portado muy bien, al menos los padres de Harrison habían estado encantados, en especial el padre, que no estaba acostumbrado a que nadie se interesara tanto por su tienda de ropa. Al parecer, Tyler quería saber cómo se manejaba el negocio, y poco faltó para que el señor Harrison cogiera el coche y llevara a Tyler a ver el local. Apretando los dientes en silencio, Edward había zanjado el asunto. En la cocina, su madre, con las mejillas rosadas, hacía un bizcocho. «Bizcochuelo de limón», le confió a su hijo. «¿Crees que le gustará?». Con elegancia, Tyler les agradeció el haber pasado un día tan agradable. Desde entonces, había tenido la decencia de no hacer comentarios sobre la visita, limitándose a enviar saludos para los padres de Harrison. «Aún recuerdo el bizcocho de tu madre», solía decir. Harrison pensaba que a veces lo decía con demasiada frecuencia.

—Te llamo para saber si puedo ocupar el piso a partir de este fin de semana.

—Creí que habías heredado el blasón de comerciante.

—Aun así puedo ir a París, ¿no es verdad? Siempre que no sea un problema.

—No lo es. La llave la tiene la portera. Ella me espera a mí, pero puedes sustituirme.

—¿Tú vendrás?

—Lo dudo. Me han invitado a varios sitios. Si voy tendrás que mudarte a la habitación de arriba, por supuesto.

—¿No podemos compartir el piso? Seguramente es grande.

—Mi querido amigo, yo no estaré sólo ¿no es cierto?

—¡Oh! Tienes razón. Bueno, supongo que me avisarás.

—No te preocupes por eso. Bueno, pásatelo bien. ¿Qué planes tienes?

—No lo he pensado. Saldré a pasear, a mirar edificios, y cosas por el estilo.

—Si no te veo, antes de partir déjale las llaves a la portera. Y hazme saber cómo van las cosas. Te haré una visita uno de estos días.

Probablemente lo haría, pensó Harrison. Haría el viaje y vería cómo estaba el piso, y hasta le ofrecería algún tipo de ayuda. Tyler tenía raros momentos de bondad que, a juicio de muchos, compensaban su crueldad. Harrison, que nunca consideró que pertenecía a ese grupo, mantenía con él una amistad problemática sólo por eso. Aunque no tenía el menor deseo de persuadir a Tyler, agradecía sus momentos de generosidad con una lealtad ferviente. Este hecho nunca dejaba de sorprenderlo; a su juicio, no era proclive a adorar héroes. Pero, al mismo tiempo, sabía que él y Tyler tenían muy poco en común; en realidad, salvo Cambridge, todo los distanciaba. Tyler no era perezoso, no tenía consoladoras fantasías de darse a la fuga. Tyler vivía el momento, el aquí y el ahora. Era un maestro en el dominio de las situaciones.

Cuando colgó el teléfono por segunda vez, Harrison sintió que lo invadía una oleada de alegría. Salió de la tienda, más tenebrosa que nunca en medio de la neblina sofocante, cerró la puerta y cogió por la calle Victoria para recoger el otro juego de llaves. Sabía que más adelante, en Vauxhall Bridge, donde los cafés italianos compartían el espacio con tiendas donde vendían muebles de cocina y recambios para bicicletas, había una agencia de colocaciones. La perspectiva de París ese fin de semana lo llenaba de valentía.

—Un hombre joven, —le dijo a la mujer que estaba sentada al otro lado del escritorio—. Pero no demasiado joven. Que viva en la propiedad; puedo proporcionarle vivienda. Todo lo que tiene que hacer mientras yo no esté es limpiar el lugar. El piso y el local. Supongo que ustedes tienen referencias, ¿no es cierto?

—Tengo exactamente la persona que usted busca —respondió ella sorprendentemente—. Me dijo que pasaría por aquí esta tarde. Yo podría enviárselo.

—¿Cómo se llama?

—Thomas Cook —dijo ella, tras consultar una tarjeta.

Era una profecía. Se dirigió a toda marcha a la calle Victoria y, también a toda marcha, de regreso a la tienda a aguardar la llegada

de Thomas Cook. Para matar el tiempo, escribió a máquina una nota que decía CERRADO POR INVENTARIO. Luego, se sentó, tenso, a esperar que apareciera el encargado de su liberación.

A las cinco, cuando ya estaba a punto de olvidarse del asunto, cuando Thomas Cook, si existía, parecía tener todas las probabilidades de ser una quimera, se abrió la puerta y entró un joven de aspecto frágil, aproximadamente de su misma edad, que dio de inmediato la sensación de encontrarse como en su casa. Vestía tejanos y una camiseta, y no parecía tener posesiones; al menos, tenía las manos vacías, quietas, colgándole a ambos lados del cuerpo. Su expresión era amistosa, aunque no denotaba muchas luces. Recordaba a uno de esos personajes de cuentos de hadas a quienes envían a hacer un viaje largo y peligroso, y que, pasados varios años, regresan para reclamar su recompensa. Harrison lo miró con cierta perplejidad. Cook parecía particularmente inepto para realizar cualquier tipo de trabajo. Sin embargo, había venido, y eso ya era algo. De repente se sintió impaciente; no podía tolerar que el proceso se prolongara más tiempo.

—¿Cree usted que podría hacerse cargo de este lugar durante un par de meses? ¿Arreglarlo y eso? Arriba hay un piso, ¿se lo dijeron en la agencia?

—Sí. En realidad fue lo que me decidió. Verá, acabo de llegar a Londres.

—¿De dónde?

—De la isla de Wright. Mis padres viven allí.

Tenía padres y estaba dispuesto a mencionarlos. Con toda seguridad, era una buena señal.

—Es indudable que quizás tenga que contratar a alguien de forma permanente.

Harrison creyó que esta era la clase de comentario pomposo que se esperaba que hiciera.

—No hay problema.

—Estaré ausente dos o tres meses, —dijo con osadía—. Usted puede mudarse hoy mismo, si quiere. Límpielo lo mejor que pueda. Muchos de estos libros pueden guardarse en el sótano. Necesitará unas cajas de cartón. Deje los anaqueles vacíos; ya decidiré yo qué hacer con los libros cuando regrese. Familiarícese con el lugar. Si lo desea, le pagaré en efectivo.

—Preferiría un talón —fue la respuesta inmediata.

—¿De verdad? ¿Está usted seguro?

—Estoy ahorrando para comprarme un coche.

—Como lo prefiera. Dejaré dinero extra para suministros, jabón, etc. Y té —añadió.

Cook escuchó los planes de Harrison, ahora febriles, sin mucho entusiasmo, pero sin aparente sorpresa. Mientras tanto, sus grandes ojos se paseaban por toda la tienda. Aunque sólo ligeramente, daba cierta sensación de aptitud.

—Éste es mi número en París —dijo Harrison, escribiéndolo—. ¿Cree que podrá arregárselas?

—No veo por qué no.

—Compre todo lo que necesite —gritó Harrison, mientras atravesaba la puerta. Si se apresuraba podía llegar a comprar su billete para Francia en la estación Victoria. Era consciente de que estaba obedeciendo al destino. Si Thomas Cook decidía incendiar el lugar, lo aceptaría con calma y sin sentirse culpable. Por otra parte, si con su ayuda podía transformar la tienda en algo relativamente viable, quizás pudiera dedicarse al problema de hacerla rentable. Sería comerciante, pero antes se sentiría libre. El aire del atardecer era húmedo, espeso. Inspirándolo profundamente, se puso en marcha hacia la estación Victoria, y hacia Francia.

4

La casa, situada en una hondonada entre Meaux y Melun, tenía una fachada sin pretensiones, de ladrillo color rosa, que desmentía su edad. Construida originalmente en el siglo XVII, La Gaillarderie había ocupado una vez los tres lados de un cuadrado, en uno de cuyos extremos sobresalía el techo en punta de una pequeña capilla privada. La mayor parte de esa construcción había sido asolada en 1793 por insurgentes de Meaux que sospechaban, con toda razón, que los propietarios simpatizaban con la realeza. Todo lo que ahora quedaba era el *corps de logis* original: de las dos alas y la capilla no se veía el menor vestigio, a pesar de lo cual, en ocasiones, aún venían de París historiadores de arquitectura para estudiar los cimientos. Lo que quedaba era un único pabellón, agradable, de poca altura, que tenía dos plantas, un ático y un techo de brea salpicado de ventanas abuhardilladas. No carecía de distinción, aunque no difería esencialmente de muchas otras casas solariegas del mismo período. Sólo la calidad y el tono de los ladrillos, así como las piedras y los bordes de las ventanas de color crema y trazos puros, indicaban un pasado cuyo esplendor era mayor que el que tenían sus propietarios actuales, Robert y Germaine Bretteville. Robert había heredado la casa de su padre quien, a su vez, se la había comprado al dueño anterior, un abogado que vivía en París, pasaba los fines de semana en el campo y encontraba la situación en el valle más bien húmeda.

La humedad —que era innegable y suponía cierto problema durante los meses de invierno— le daba a la casa, en verano, un olor nada desagradable, que evocaba manzanas y evanescentes pebetes. No obstante, esto sólo se notaba en las plantas superiores. En otros aspectos, la casa era más que satisfactoria. El interior tenía

tan pocas pretensiones y tanta dignidad como lo que quedaba de la fachada. Un vestíbulo, con el suelo a cuadros blancos y negros, conducía desde la puerta principal hasta el jardín, el cual se veía a través de las puertas dobles de los dos salones, el comedor y la salita de desayunar, que daban a una ancha terraza. Desde ésta se descendía directamente a un gran parque a través del que se llegaba hasta unos árboles distantes, pues la mayor parte del terreno era arbolada, aunque, como había descubierto el abogado, la caza no era mucha. Robert de Bretteville, cuando estaba en casa, salía ocasionalmente con su escopeta y mataba un conejo. Durante toda su infancia, Xavier había soportado las frías mañanas de noviembre de pie, muy quieto, intentando evitar las cándidas exhortaciones de su padre a que batiera la no poco abundante maleza, con el fin de espantar los animales que pudiera haber, fuesen del tipo que fuesen. Inhalando el aroma rancio de los helechos húmedos, Xavier solía dirigir su obediente pensamiento hacia lo que recordaba de los textos de griego y latín, y hacía caso omiso de su padre. A su vez, Robert, consciente de su creciente gordura, con las orejas tornándosele de color púrpura en las húmedas profundidades del bosque, culpaba a su estudioso hijo de ser un inadaptado a la vida de campo y de preferir pasar los fríos, pero hermosos, días de otoño leyendo en su cuarto. Pensaba que si Xavier hubiera hecho una elección más sabia, podría haberlo acompañado a las casas y granjas vecinas donde los hombres, con las escopetas preparadas, estaban más que dispuestos a pasar un día dedicado a explorar, tras el que regresarían entrado el atardecer con el aliento oliendo a *marc* y, en esos momentos, más parecidos a los juerguistas aristócratas que debían haber sido sus lejanos ancestros.

La habitación de Xavier daba a la terraza, así como los otros cuatro dormitorios principales, y el cuarto de sus padres, con sus puertas dobles, formaba un ángulo recto en el extremo más alejado del pasillo. Todas las habitaciones tenían hogares y *cabinets de toilette* más bien exiguos: al final del pasillo, frente a la habitación de los padres, había un cuarto de baño que sólo se usaba en ocasiones, mayormente por los huéspedes, que tenían que acostumbrarse al chorro de agua herrumbrosa que caía a ritmo de *stacatto* hasta que, sin previo aviso, se interrumpía. Después de esto, el huésped o visitante aprendía a utilizar el lavabo que había en el

armario de su dormitorio, tal como, a su suponer, lo hacían los anfitriones, que por cierto siempre le habían parecido poco menos que inmaculados. Pero este asunto de lavarse daba una nota de incertidumbre, que ninguna de las otras costumbres de la casa contribuía mucho a disipar. El dueño de la casa, por ejemplo, abandonaba de vez en cuando el dormitorio que compartía con su mujer y se instalaba en otro, al parecer, al azar. Ella, con una voz ronca por el entusiasmo fingido que a duras penas podía mantener, casi daba la impresión de desear que la casa estuviera vacía, no sólo sin huéspedes, sino también sin su marido. Si anhelaba llevar una vida diferente de la que con tanta ansiedad había aceptado, no lo dejaba ver en absoluto. Sólo el frenético movimiento de sus ojos, cuando su marido comenzaba otra anécdota más de las tantas que contaba cuando cenaban, denunciaba una impaciencia que claramente se había traducido en estados patológicos: reumatismo, jaquecas, la peculiar ronquera de su voz. Sólo a base de compadecer a aquellos menos afortunados que ella lograba su equilibrio; en realidad, mantenía las ventajas que tanto consuelo significaban para ella.

De alguna manera se permitía que su marido disfrutara de los favores de una amante, en una habitación alquilada con fines comerciales en la rue de la Pompe, en París, así como se permitía que Charles, el sirviente, se aprovechase tanto de Marie, la cocinera, como de su hija Suzanne, la doncella. De vez en cuando, una de las dos mujeres se ausentaba del cuarto que compartían, iba al de Charles, regresaba pasada una hora y ocupaba su lugar sin pronunciar ni una sola palabra. El huésped pronto se habituaba a esta actividad que tenía lugar por encima de su cabeza, en la buhardilla, y comprendía que no debía hacer comentarios sobre las posibles molestias nocturnas que ocasionara. Se daba cuenta de que, si se les negaban a los sirvientes sus privilegios habituales, se marcharían, de que sería difícil conseguir otros e imposible persuadir a éstos de que se quedaran. De igual modo se acostumbraba a la irrupción ligeramente siniestra de Charles en su dormitorio por las mañanas, y al sigiloso sonido del fuego al encenderse en el hogar, tras haber estado cerradas a cal y canto las ventanas durante toda la noche, tal como recomendaba la dueña de la casa. Sus zapatos desaparecerían con Charles y, a la espera de

que se los devolvieran, un ruido de cascos podía servirle de pretexto para abrir la ventana y asomarse, inspirando profundamente el aire prohibido, y saludar a Xavier, que a veces salía a cabalgar en solitario antes del desayuno. El huésped podía desayunar —sólo calé y pan— en la salita destinada al efecto, sin la compañía de los miembros de la familia, que se levantaban más temprano y ya habían desaparecido. Sólo volvería a verlos a la hora de la comida y, luego, a la hora de la cena, que servía Charles luciendo una sucia chaqueta blanca y un par de raídos guantes de algodón. El huésped podía imaginar bajo esos guantes las manos que esa mañana habían manejado la leña y el papel en su hogar, y que tal vez estarían sin lavar. Podía persuadirse rápidamente de que no eran de su incumbencia las instalaciones higiénicas que hubiera en la buhardilla, aunque podría ocurrírsele que las manos que habían manipulado los alimentos que ahora tomaba no estaban por encima de toda sospecha. Pero la comida era, por lo general, tan excelente, que el huésped pronto dejaba a un lado las remilgadas preocupaciones propias de la ciudad y se disponía a apreciar la vida de campo.

Cuando, a través de las ventanas, el sol caía sobre el suelo de losas negras y blancas de la planta superior, Maud, en visitas previas, había permanecido allí, lejos del alcance de su tía, de las ambiciones de su madre, de las preguntas amables de su primo Xavier, de las entradas y salidas inesperadas de los huéspedes, y durante unos pocos minutos se había quedado quieta y en perfecto silencio, disfrutando de la luz que se deslizaba por las paredes grises hasta la pequeña mesa Luis XVI —que algún vándalo lejano había pintado alegremente de blanco sin disminuir su encanto—, para terminar cayendo sobre el vidrio de una cuadro cuyo motivo quedaba oculto tras el brillo del resplandor vespertino de ese mes, el más caluroso del año, que Maud estaba condenada a pasar siempre en la soledad del campo, en compañía de gente que conocía demasiado bien y que nunca cambiaría. Incluso los huéspedes, en su mayoría amigos de Xavier, carecían para ella de interés, ya que estaban ausentes durante la mayor parte del día y sólo se los encontraba a la hora de cenar. La comida consistía en un solo plato, que se tomaba sin ceremonias; no todos estaban presentes, y se acababa en bastante menos de una hora. Esto se hacía para permitir

que los sirvientes, cuyas voces se oían desde la cocina, tuvieran el resto del día libre. Por las tardes, su madre y su tía solían hacer la siesta, Xavier desaparecía en el coche con su amigo, o amigos, y ella quedaba libre para hacer lo que quisiera. Se suponía que iría al jardín o que se sentaría en la terraza a leer un libro, pero a menudo permanecía en el pasillo de la planta superior, pensando en el calor y en el dormir —el pesado dormir de los adultos—, o apoyaba la cabeza sobre el cristal de una ventana soleada y deseaba estar en París.

Este año prometía no ser distinto a los anteriores. Xavier las había recogido en la estación murmurando «tía» y «Maud» mientras las besaba en ambas mejillas.

Habían llegado a la hora de la siesta, y tuvieron la impresión de que por su causa todos habían desaparecido. Sin embargo, Germaine las esperaba en la terraza, luciendo una sonrisa displicente y moviendo los ojos de un lado a otro en un intento de impedir que Xavier se marchara. Maud, que vestía uno de sus nuevos vestidos ajustados en la cintura, se adelantó obedientemente para ofrecer sus mejillas a los besos de su tía. Creía estar mona y había preparado su aparición para impresionar a cualquiera de los huéspedes que pudieran estar ocultos en el vestíbulo, pero, «¡Dios mío!» dijo su tía, «estamos en el campo. Aquí no nos vestimos de tiros largos. Por favor, cámbiate para la cena, todos lo hacemos. Estoy segura de que estarás muy guapa», añadió en un tono más bondadoso al ver que la joven se retraía, disfrazando el insulto recibido con una aparente indiferencia. «¿Has traído algo más sencillo? Creo que algo más sencillo sería mejor ¿no te parece?». Consciente de que había herido a las dos, porque no era completamente insensible, las condujo alegremente hacia el interior. Media hora más tarde, cuando Maud bajó a la salita de desayunar a tomar un café, la felicitaron por la falda de algodón marrón y la blusa de algodón blanco que llevaba puestas. Su único consuelo era saber que la blusa, de manga corta, abierta en el cuello y un poco pequeña, le permitía lucir sus hermosos brazos. No obstante, la mortificaba la perspectiva de tener que usar una blusa y una falda el resto de sus días de estancia, y resolvió mantenerse alejada de todos el mayor tiempo posible.

Esto era algo a lo que estaba acostumbrada. Ella sabía, como si

hubiera sido planeado con anticipación, que su primo le preguntaría si quería dar un paseo, que de hecho pasearían por el jardín —que siempre llamaban el parque—, que él le preguntaría cómo iban sus estudios de inglés y que ella, encontrando aburrido el tema y temerosa de revelar demasiado su impaciencia —dado que en esta visita tanto su madre como ella estarían sometidas a un riguroso control—, desviaría la pregunta con rapidez y, a su vez, le preguntaría a Xavier si había escrito algunos poemas últimamente y, en caso afirmativo, si podía dejárselos leer. Él siempre le permitía que los leyera, lo que constituía una oportunidad adicional para que ella expresara su agradecimiento, porque sabía que eso era lo que se esperaba de ambas, y de esta forma ella podía desempeñar su pequeño papel. Xavier estaba destinado a trabajar en el banco de su tío, un tío que en realidad era primo segundo de su padre, pero él le había confesado que preferiría mucho más dedicarse a la poesía. Ella lo compadeció, descubriendo en él un deseo de independencia, aunque menor que el suyo; pero él era obediente y no decepcionaría a su madre.

—Si bajas a la terraza más tarde, podría mostrártelos —dijo él —. Al menos podría dejártelos. Llega un amigo mío de visita y debo ir a buscarlo a la estación. Sé que tratarás mis poemas con cuidado. Quizás podamos comentarlos dentro de un día o dos.

—¿Cuánto tiempo se quedará tu amigo?

—¿David? Creo que unas dos semanas. Es inglés. Lo conocí el año pasado en Cambridge. Estoy seguro de que te gustará.

De eso no tenía duda alguna. A todas las chicas que había conocido en esa visita a Cambridge para perfeccionar su conocimiento de inglés, que ya entonces era bueno, parecía gustarles David. No obstante, echándole a Maud una ojeada apreciativa, pero experimentada, pensó que ella podría ser la excepción a la regla. Era virgen, eso estaba bien claro: la expresión seria y remota, que había heredado de su madre, la hacían parecer mayor, y adivinaba en ella, además de su obstinación, cierto temor que la había confinado en su casa y le había inhibido cualquier deseo que pudiera tener, o que debiera de tener, ese cuerpo espléndido. Maud era guapa, eso podía verlo, pero también rígida y cauta: no era probable que la expresión seria de su rostro dorado (tono que había adquirido durante las tardes que pasaba sentada

con su madre en el Château
d'Eau)
atrajese a su mundano amigo, quien durante ese mes pasado en Cambridge, había dado muestras de inclinarse por chicas más fáciles, más vivaces, dadas a manifestar su placer con gritos y dispuestas a pasar la noche en vela, yendo de una fiesta a otra. Al menos él esperaba que no le atrajese: quería evitar una situación extraña y que su madre expresara su disgusto. De la reacción de su tía estaba seguro: sabía que era pudorosa, que estaba acostumbrada a la conmiseración de su madre, y él prefería mantener una relación puramente formal con una mujer que, según sospechaba, había hecho planes para él. No tenía la menor intención de someter a su amigo al escrutinio de esta mujer.

Por encima de estas consideraciones, sin embargo, había un deseo de mantener a su amigo fuera de toda posibilidad de riesgo y apartarlo de la compañía que, con toda seguridad, le brindaría su madre en las personas de dos sobrinas tontas de sus vecinos más próximos, los Dubuissons, o Du Buissons como preferían llamarse, y que inevitablemente llegarían al día siguiente por la tarde, con sendas raquetas de tenis. Xavier quería conocer un poco más a David, quien durante ese mes pasado en Cambridge había despertado en él sentimientos insospechados hasta entonces, cuando apareció en sus habitaciones del Selwyn College y le preguntó si tenía todo lo que deseaba, y si sabía dónde quedaba todo, explicándole que él acababa de graduarse y tenía ese verano, como empleo temporal, la función de guiar por la universidad y la ciudad a los estudiantes —casi todos turistas y, en su mayoría, norteamericanos a quienes había tentado la perspectiva de pasar un mes en la universidad de Cambridge, algunos incluso decididos a estudiar un poco—, y a proporcionarles toda la diversión que pudieran costearse.

—Tengo un listado de las clases —había dicho Xavier, que era uno de los dispuestos a estudiar mucho—. Pero agradezco mucho tu amabilidad. —Le había encantado lo inglés que era el visitante, su altura, su grácil cuerpo, enfundado en una camisa con el cuello abierto y pantalones de algodón, el abundante cabello rizado, que le caía un poco sobre la frente, y su fina nariz aguileña. Pensó que tenía un aspecto estupendo, y sintió un ligero agradecimiento por

contar con su compañía, por breve que ésta fuera. A pesar de que pensaba asistir a clase, permitió que el visitante lo llevara a un bar, donde bebió medio litro de la fuerte cerveza inglesa. La cerveza lo hizo dormir toda la tarde, por lo que se perdió la clase. Al despertar, se dijo que tenía que poner coto a eso, pero cuando David lo visitó después de cenar y le anunció que había una especie de fiesta en el piso de un amigo, le pareció que lo natural era acompañarlo. Y así habían sido los días y las noches siguientes. Estudió muy poco, pero, por otra parte, su inglés oral mejoró gracias a la increíble sucesión de chicas que rodeaban a David, y que estaban dispuestas a prestar una atención temporal a este francés encantador, aunque extraño, que siempre iba vestido de americana azul y corbata. Al cabo de una semana, había flirteado con tres jóvenes y se había acostado con una, actividad que había gozado menos de lo esperado. La conversación con estas chicas giraba siempre en torno a David, como si estuvieran siempre alertas a la mención de su nombre, aunque tuvieran que pronunciarlo ellas mismas.

A finales de la segunda semana, parecía imposible lograr que le dedicaran atención alguna, y tampoco las encontraba atractivas, con esos pies grandes y sus voces chillonas. Por cierto, no eran tan atractivas como David, que salía de diversos dormitorios, con aspecto divertido e inquieto, como si siempre estuviese listo para atender a la siguiente pareja. Cuando Xavier se dio cuenta del poder que su amigo ejercía sobre él, se quedó pensativo, echó llave a su puerta por las noches y decidió regresar a Francia y obedecer a su madre, que deseaba que se casara con alguna chica apropiada, lo antes posible, para iniciar su aprendizaje en el banco con una panoplia de atributos honorables. David, que era inteligente, lo había advertido, no había abusado de su poder sobre él y no lo había invitado más a fiestas dudosas, pero sí al lujoso piso de sus padres, en Chelsea, y después, durante dos fines de semana sucesivos, a su casa de Worcestershire. Ante la presencia de una riqueza que no había sospechado, Xavier se sintió impresionado, inseguro de sí mismo, pero los padres de David fueron muy amables con él y le hicieron la clase de preguntas que sus propios padres hubieran juzgado adecuadas. Cuando David estaba en su casa, su sexualidad desaparecía como si jamás hubiera existido. La ausencia

de todo tipo de orgía, de toda clase de compañía femenina, le dio seguridad a Xavier, que atribuyó sus sentimientos anteriores al efecto de las borracheras. Pudo tocar el piano, un espléndido piano que había en el salón de la mansión de Worcestershire, y, aunque con cautela, comenzó a sentirse nuevamente cómodo consigo mismo. Cuando formuló su invitación a pasar el verano siguiente en La Gaillarderie, ésta fue aceptada con placer. Un año después, se le ocurrió que podría no haber sido una buena idea. Ahora que había logrado conocer un poco más sus propios sentimientos los tenía controlados, pero debía tener en cuenta a Maud. No obstante, dejó a un lado toda ponderación. Maud tenía edad suficiente como para velar por sí misma. Además, quizás se produjera entre ellos alguna antipatía, algún desacuerdo. Él sabía que a David le sentaba mal que no lo aceptaran, y Maud tenía un ojo clínico cáustico. Xavier desechó su conocimiento de que ella recurría a su ojo cáustico, así como a su mirada distante y a su expresión autoritaria, para ocultar un verdadero sentimiento de inadaptación. Él se había percatado de la blusa y la falda baratas. No sólo se mantiene virgen, se dijo a sí mismo, sino que está desastrosamente mal preparada para la vida.

Maud, sentada en la terraza con su madre y su tía, y acariciando una vez más su falda ancha —porque ya se habían vestido para la cena— pensaba que si se hubiera arriesgado a incomodar a su madre, ahora estaría con Julie, en la villa que ésta tenía en Córcega. Pero, finalmente, un resto de afecto, algo así como un sentimiento de lástima por esa madre perseverante, la había inducido a dejar de lado el tema poco después de haberlo sacado a relucir. Maud amaba a su madre, pero trataba de distanciarse de los planes que tenía para ella: había sentido vergüenza ante el entusiasmo genuino de su madre cuando Julie y su hermano Lucien habían venido a tomar el té, pese a que Lucien ni siquiera era aceptable como carabina a los ojos de su madre. Maud estaba decidida a que, en la medida de lo posible, viviría cualquier situación de flirteo que se le presentara a escondidas de su madre. Por el momento, la situación no se había presentado, así como tampoco había pensado seriamente en desbaratar esos planes que tenía para ella. Se dio cuenta, con tristeza, de que éstos eran demasiado obvios, y sintió un resentimiento acompañado de cierta lástima indeseada. Sólo ella sabía cómo esperaba su madre esas idas al cine los domingos por la

tarde, la secreta admiración que tenía por ciertas actrices de gran elegancia. Sólo ella sabía cuánto le costaba a su madre pasar dos semanas bajo el humillante patronazgo de su hermana, por el placer de comer su excelente comida, aunque viniese acompañado de una serie completa de consejos no solicitados, y del raro paseo en coche, siempre que Xavier no estuviera demasiado ocupado. Y siempre, sobre todo, por la posibilidad de conocer a los amigos de Xavier, de estar en primera fila, como lo estaba, cuando llegaban los amigos. A cambio de estas variadas ventajas, Nadine desempeñaba su papel, era agradable y nada intrusiva, y estaba contenta de ver que los buenos modales de Maud eran un reflejo de los suyos propios.

Era la hora embrujada, «entre perro y lobo», como nunca dejaba de observar Germaine. Se encontraban sentadas en la terraza, calladas por el momento, sosegadas por la belleza del anochecer estival. Una luz dorada bañaba el parque y, al fondo se erguían, inmóviles, los árboles del bosquecillo. Desde la casa se oían las voces de los sirvientes, que parecían hablar todo el tiempo. Era agradable saber que, al menos por una vez, pensó Maud, alguien cuidaba de ellas o, más bien, que alguien cuidaba de su madre. Ella vivía estas visitas veraniegas como si tuviera que soportar una estancia forzosa en algún país extranjero en el que, por razones misteriosas, estuviera retenida contra su voluntad. Brevemente, y casi con ternura, pensó en Dijon y en sus rutinas monótonas, pero aceptables, que en comparación con las de este lugar eran a la vez más provocativas y erosionantes. No tenía ninguna afinidad con su tía, pero respondía de forma moderada a las cortesías de Xavier. Maud era consciente de su falta de condición social, consciente también de una verdadera inflexibilidad que, con frecuencia, la mortificaba. No podía reírse, ni bromear, ni flirtear, como al parecer eran capaces de hacer otras chicas. En cierto modo, le convenía estar sentada en la terraza, en silencio, en esa tardía hora dorada, con Xavier ausente, y su madre y su tía, por una vez, sin tratar de imponer sus voluntades formidables y conflictivas.

Reconoció la belleza del lugar, aunque el término belleza le sonaba totalmente extravagante, ya fuera que se lo aplicase a la poesía, a un paisaje o a los rasgos armoniosos de un rostro atractivo. Se dijo que aún no había encontrado la belleza en su forma más pura. No tenía muy claro lo que quería decir con eso,

pero, mientras tanto, rechazaba lo que le parecía una imitación. Era consciente de que oponía cierta resistencia al mundo y, sin embargo, siempre se sentía secretamente preparada para superar esa resistencia. Anhelaba tener un amante, alguien que no conociera. Estaba convencida de que reconocería a ese extraño, y se adueñaría de él a salvo de las miradas vigilantes. Pero este era su secreto, el secreto que le mantenía los ojos bajos y los finos labios cerrados con cierto recato. Finalmente dominaría el asunto, tendría que dominarlo. Por ahora, su silencio sería, como siempre, su mejor encubrimiento.

Maud vio caer sobre el césped una hoja solitaria, sin duda la primera del cercano otoño, aunque ahora el cielo todavía lucía la claridad del anochecer de pleno verano. Se miró el pie, con admiración, calzado con un estrecho zapato del tipo que usan las bailarinas, y contuvo un bostezo.

—Mañana tendrás compañía, Maud —dijo su tía, que había observado la incipiente mueca, pero que estaba atípicamente de muy buen ánimo a esta hora del día—. Vendrán las chicas. Recuerdas a Marie-Paule y a Patricia, ¿no es cierto? —Maud las recordaba sin entusiasmo—. Querrán jugar al tenis con Xavier y su amigo. Tal vez jueguen un partido contigo, Maud. ¿Has traído una raqueta? ¿No? Bueno, estoy segura de que Xavier podrá encontrar alguna. O quizás te gustaría ir a Meaux con tu madre. Xavier tal vez podría llevaros en el coche, pero tendréis que coger un taxi para regresar. ¡Oh! Me parece oír el coche —dijo, poniéndose de pie—. ¡Sí! Es Xavier que regresa de la estación con su amigo. Bien. La cena está lista desde hace unos minutos, y Marie se pone tan nerviosa… ¡Aquí están!

Maud y su madre se pusieron de pie en honor de la augusta llegada del amigo de Xavier, que salió del coche, se irguió cuan alto era y contempló la casa con evidente placer.

—Mamá —dijo Xavier—, te presento a mi amigo, David Tyler.

—Le agradezco mucho la invitación —murmuró el huésped—. Me pregunto si podría darme una ducha rápida antes de cenar. Tengo la sensación de haber viajado todo el día.

La señora Bretteville, no acostumbrada a que le besara la mano un extraño tan guapo, y agradablemente impresionada por sus modales, de hecho, por su caballerosidad, respondió con un cierto

toque de nerviosismo en la voz:

—Por supuesto… Xavier lo acompañará… Y si necesita alguna otra cosa…

—Es usted muy amable. En general, me baño por la noche, siempre que no sea un problema. Pero, por supuesto, tendrá usted que decirme cuáles son las reglas de la casa. No quiero ser una molestia.

Cuando Tyler volvió a aparecer, todos —Maud, Xavier, la madre de Xavier, la madre de Maud— lo miraron como si hubiese pasado con éxito una ceremonia de iniciación. Una vez sentados a la mesa, podían oler el aroma de lavanda del jabón Yardley. La comida se había pasado, pero viéndolo comer con tan buen apetito, todos sintieron, por una vez, que eso no tenía importancia. La conversación, mantenida mayormente entre la señora Bretteville y el huésped, fue delicada, apagada, casi con visos de flirteo.

—¿Ha elegido usted alguna profesión? —preguntó la señora Bretteville con una sonrisa infantil.

—La publicidad —dijo el huésped, mientras se llevaba a la boca una trozo quemado y pegajoso de buñuelo de manzana.

—Fascinante —comentó la señora Bretteville con ardor—. ¡Qué elección tan llena de iniciativa!

—No tanto —dijo él, mirándola a los ojos—. Mi padre tiene una agencia publicitaria.

Maud, notando que este hombre era probablemente muy malvado, reprimió una sonrisa. En ese momento predominaba en su mente el honor de su familia, de su madre y de sí misma. No se oponía de manera alguna a que hicieran quedar a su tía como una tonta. En cuanto a sí misma, no sintió nada más que una agradable animación. Con un poco de suerte, esas vacaciones podrían ser un poco más divertidas que las anteriores.

5

Tres son los buenos paseos que se pueden hacer desde la rue Laugier. Se puede girar a la izquierda en la Avenue de Wagram y seguir hacia el norte, hasta que se oyen las maniobras de los trenes en la estación de clasificación de mercancías que hay pasando la rue de Tocqueville. Otro, más prometedor, conduce a través de la Place de Ternes, y nuevamente por el tramo más corto de la Avenue de Wagram, hasta la Place de
l'Etoile.
El tercero, y de mayor atracción, lleva a la Place de Ternes y luego a la rue du Faubourg Saint-Honoré, por la que se llega directamente a la Place du Palais Royal y al centro.

Concluido el tercer día de su estancia, Harrison había hecho los tres recorridos, y preferido el tercero porque le había aliviado la opresión que le producían las avenidas más transitadas llevándolo a un París que reconocía mejor, un París que recordaba de sus visitas anteriores y que se jactaba de conocer muy bien. Pero esas visitas no habían sido en solitario sino con sus padres o con Bibi, y habían utilizado el metro con un aire de triunfo ante lo fácil que resultaba hacerlo. Ahora se sentía obligado a caminar, de hecho había andado varios kilómetros, pero había descubierto que era peligroso cruzar las anchas calles, incluso en este mes de agosto, cuando se suponía que París estaría vacío. Le zumbaba la cabeza por el ruido, y bebía demasiado café como excusa para sentarse. Se habría preocupado por la cantidad de dinero que gastaba, si no fuera porque en el banco, en Londres —que ahora veía como su hogar—, tenía la cómoda suma que le había legado el señor Sheed. Pero, pese a ello, le agradaba considerarse un estudiante pobre: en realidad, por diversas razones tenía una sensación de verdadera penuria que, por

el momento, no hacía nada por eliminar. En este lugar tan grande, más grande de lo que recordaba, y tan inesperadamente serio, el sentimiento de penuria, de cautela, incluso de sospecha, parecía auténtico, como si hubiese sido dictado para que él se sintiera empequeñecido. La idea de que no estaba hecho para esto lo asaltó en más de una ocasión. Teniendo en cuenta que se había propuesto recorrer el mundo, a modo de viajero interesado, su actual estado anímico era desconcertante; pasajero, por cierto, pero de todos modos, desconcertante.

Gran parte de su desaliento se debía a la llegada. Cuando salió de la Gare du Nord hacía un calor insoportable, y su decisión de coger el autobús, tomada con antelación, se deshizo al ver que el último taxi de la cola estaba a punto de partir. Se apresuró a cogerlo, puso la maleta en el asiento trasero, se escurrió junto a ella en el escaso lugar que quedaba y se pasó todo el viaje hasta la rue Laugier tratando de evitar el aliento ácido y caliente del perro del conductor, que lo observaba con ojos poco amistosos y jadeaba frente a su cara. Mientras el taxi traqueteaba entre el gentío nocturno, había sentido por un instante el espíritu de aventura que suponía que lo acompañaría como un familiar. He llegado, se dijo, tratando de deshacerse de un ligero sentimiento de decepción porque no había nadie esperándolo. Mientras contaba el dinero, también preparado con antelación (pero que había resultado insuficiente), echó una mirada al imponente edificio de piedra gris que iba a ser su hogar —¿por cuánto tiempo? No lo sabía—. Llamó a la puerta acristalada del apartamento de la portera y se anunció:

—Harrison —dijo, consciente de que tenía sed y la camisa pegada a la espalda.

—Aquí no vive nadie con ese nombre —dijo una mujer pequeña de aspecto sigiloso—. ¿Cómo entró? Debería haber tocado el timbre.

—Salía alguien en ese momento —respondió él.

—Pero eso no está bien. Debería usted haber tocado el timbre. ¿A quién busca?

—A los Vermeulen —dijo Harrison.

—Los señores Vermeulen están en Bretaña. Regresarán dentro de un mes. ¡Nicole! —gritó la mujer, llamando a alguien que estaba en la habitación que tenía a sus espaldas, y que Harrison no podía ver

porque la puerta sólo estaba abierta unos centímetros—. ¡La sopa! Lo lamento, señor —dijo la mujer, en actitud de cerrarle la puerta en la cara.

—¡Pero me esperan! —dijo él. Hubo una pausa. Cuando fue evidente que la pausa no producía ningún resultado, le tendió un billete de diez francos que ella tomó sin reconocimiento alguno, a menos que, «¿Cómo dijo que se llamaba?», fuese el reconocimiento que él esperaba.

—Tyler —respondió con firmeza.

—¡Ah, sí! —El tono era ahora pensativo, como indiferente. Él le entregó otro billete. Si hubiera estado menos cansado y sediento, hubiera saboreado el carácter predecible de esta escena, en particular el detalle de la sopa que, suponía, se cocía para la cena. A través del pequeño espacio que dejaba la puerta entreabierta se filtraba un olor a puerros que se esparcía por el arco de piedra bajo el cual parecía condenado a quedarse para siempre. Había leído escenas similares en cientos de novelas, pero en ese momento estaba demasiado impaciente como para apreciarla. El billete había desaparecido, nuevamente sin que mediara ningún reconocimiento. El rostro de la mujer, no poco atractivo, carecía de toda expresión. Implacable, pensó Harrison; quizás sea parte del oficio. La puerta se cerró silenciosamente. Cuando se volvió a abrir, surgió la mujer, que la cerró tras de sí, echándole llave. En la mano tenía una llave grande.

—Ha dicho Tyler. ¿Cuánto tiempo se quedará?

—No lo sé. Es decir, no estoy seguro.

El piso estaba, inesperadamente, en la planta baja. La primera impresión de Harrison fue de oscuridad impenetrable. Cuando se encendió una luz a sus espaldas, se encontró en un recibidor rodeado de puertas. Intentó abrirlas, pero estaban cerradas. Se imaginó que, tras las puertas, también habría persianas cerradas. La portera le hizo señas de que siguiera andando. La única puerta que resultó no estar cerrada con llave daba a un dormitorio pequeño, evidentemente no muy utilizado por los Vermeulen, a quienes no había visto nunca. También aquí estaban cerradas las persianas, y el aire, caliente, olía a viciado. Las ventanas se abrían hacia adentro y las persianas, hacia afuera. Con gran alivio dejó entrar el aire y la luz, decepcionantemente opaca por tratarse de la planta baja.

Sintió, alarmado, que al otro lado de la ventana se oían pasos que se aproximaban y se alejaban. Cuando se asomó para investigar, descubrió unos grandes cubos de basura alineados en un patio cubierto de polvo. Vaya vistas, pensó: era obvio que esta habitación se utilizaba para desalentar a las visitas, que así recibirían el mensaje y se mudarían a un hotel. Pero él, por el contrario, se quedaría, se dijo mientras observaba la cama de nogal cubierta por un cobertor de dudosa piel, los dos sillones tapizados de un tela marrón que disimulaba el polvo, la pequeña mesa de *faux bambou*, el papel de las paredes con un diseño de hojas otoñales, el espejo, también enmarcado en *faux bambou*, y una reproducción del *Angelus* de Millet.

Era como la habitación de alguien que hubiera muerto, algún pariente anciano, acogido con piedad y, en su momento, trasladado a un hospicio, dejándolo como estaba como señal de buenas intenciones. Harrison se preguntó por qué los Vermeulen, que según tenía entendido eran bastante ricos, mantenían este triste cuarto, salvo que estuviera destinado a miembros más desafortunados de su familia o a aquellos que, por padecer una enfermedad misteriosa, lo considerasen apropiado. Sintió una curiosa simpatía por la habitación, aunque se daba cuenta de que sería más aceptable en invierno que en pleno verano, pero los sofocantes tonos marrones, mezclados con el ligero olor que despedían los cubos de basura del patio, lo indujeron a tomar la decisión de mantenerse lo más alejado posible de ella. La portera, atravesando la estancia en silencio, abrió otra puerta que él no había visto y señaló un cuarto de baño pequeño.

—Sospecho que querrá que abra la llave de paso del agua —dijo.

—Sí, por favor —respondió, esta vez con un billete preparado—. ¿Y la cocina?

—La señora Vermeulen dejó claramente dicho que no se puede cocinar. Por tanto, la cocina está cerrada. No está disponible. Si quiere tomar el desayuno, hay un café en la esquina.

Él era un hombre a quien le gustaba beber té, que estaba acostumbrado a los bizcochos y pasteles de su madre y que, en Cambridge, en la cocina de la casa a la que se había mudado en su tercer año, había obtenido resultados bastante buenos, con los que se había ganado una considerable popularidad entre sus amigos.

Ahora no tenía ni un hornillo de gas, ni siquiera un recipiente donde calentar agua. Bien, le sacaría el mejor partido posible a la situación.

—Gracias, señora —dijo Harrison, decidido a no darle ni un maldito franco más.

—No se olvide de cerrar la puerta con llave cuando salga —dijo ella.

Más que una portera, es como un guardián de prisión, pensó Harrison. Si había esperado ser bien acogido, ya no le quedaban esperanzas ni ilusiones al respecto. Cuando ella se marchó, por un momento lo desconcertó el silencio, un silencio interrumpido sólo por el sonido ocasional de la tapa de un cubo de basura. Abrió otras puertas del piso y pudo comprobar que era grande, pero con ramificaciones que apuntaban a una familia numerosa o a una serie de salas secundarias, todas cerradas con llave. Su alcoba era evidentemente la última de una larga lista de habitaciones posibles, la que no se echaría a perder por ser ocupada por el hijo de un amigo a quien, en virtud de esa misma amistad, se debía acoger. Harrison sintió un ramalazo de incomodidad; el acuerdo con Tyler había sido extraoficial desde todos los puntos de vista. Los padres de Tyler no sabían nada del asunto y, por cierto, los Vermeulen, socios comerciales del padre de Tyler, creían que sería el propio Tyler quien utilizaría la habitación y no la habrían ofrecido si hubiesen sabido que sería ocupada por un conocido de Tyler, ni siquiera por un amigo de éste.

En consecuencia, ¿por qué se encontraba allí? Podría estar en un hotel decente, un hotel donde le sirvieran el desayuno por un precio sensato que bien podía costearse. No tenía por qué quedarse en esta prisión oscura —notó que había barrotes en la ventana— hasta que llegara Tyler. La clave de todo esto era Tyler. Había sido éste quien lo sugiriera, por razones particulares o quizás por un verdadero altruismo. Aunque rico, Tyler no era dado a gastar dinero sin necesidad. Era más propio de Tyler quedarse en una habitación como ésta, sin coste alguno, que gastar vulgarmente en comodidades mundanas. Comparado con su amigo, Harrison se sentía como cualquier *nouveau riche*, con su tímida dependencia de la ropa limpia y de la comida, y su anhelo —porque eso es lo que era— de ser tratado con cortesía, por injustos que fuesen los medios

utilizados para lograrlo.

Harrison supuso que ahora debía quedarse allí porque el otro lo había dispuesto, y que tendría que esperarlo por si acaso aparecía. Se regañó a sí mismo por sucumbir con tanta facilidad a la imprevista bondad de Tyler. No había habido ninguna necesidad de ello. Pero, con Tyler, la situación era próxima a un caso de *noblesse oblige*, su nobleza ponía a todos en una situación de obligación. El que Tyler pensara en uno implicaba una suerte de halago. De todos modos, si no se quedaba en el piso, como le dictaba su razón, sentiría que le debía algún tipo de explicación, incluso de disculpa. Sería impensable rechazar esta hospitalidad como si, en alguna medida, no se la mereciera. Por tanto, tendría que quedarse allí por pura vergüenza, pensando que si él fuera Tyler, o alguien de su categoría, alguien no atormentado con la idea de la limpieza y la simple comodidad burguesa, encontraría muy aceptable esta horrible habitación. Harrison suponía que, en el círculo de su amigo, los hoteles se consideraban *infra dig*[1], refugios para personas con ideas convencionales, de las que yo soy una, se dijo. No obstante, tras lavarse se sintió mejor. La presencia de un teléfono en el vestíbulo le dio seguridad.

Pasó los días siguientes paseando. Todas las mañanas abandonaba su habitación con una sensación de liberación, prometiéndose no regresar hasta estar tan cansado que todo lo que deseara hacer fuera acostarse. El tiempo aún era espléndido; la gente se felicitaba por la calle, como si fuera responsable de ese prolongado baño de sol. Había encontrado el café que le había mencionado la portera, donde tomaba el desayuno y luego, con el cuello de la camisa abierto y la americana sobre los hombros, iba andando hasta el Louvre. Se encontró yendo al Louvre todas las mañanas, más que nada porque no se le ocurría hacer otra cosa. Era totalmente libre, pero la libertad comenzó a producirle una cierta ansiedad. Comprobó, consternado, que las pinturas apenas le interesaban, que lo que le gustaba era quedarse junto a las vitrinas que contenían escarabajos egipcios, minúsculos fetiches enigmáticos, que alimentaban en él un sentimiento de simpatía por todo lo que fuera pequeño. A su parecer, París era demasiado grande. Todo era demasiado grande; los edificios eran demasiado grandes, las calles, demasiado anchas, le gente, demasiado seria. La

mundana sonrisa egipcia, que encontró varias galerías más allá, le pareció extrañamente joven, como si la luciera una niña o un niño de una sofisticación que no alcanzaba a imaginar. Sintió alivio cuando salió del edificio y cogió, al otro lado del río, el autobús hacia los jardines de Luxembourg.

Ésta era la mejor parte del día. Bebía otra taza de café en la Place Saint-Sulpice y meditaba acerca de su futuro. Desde allí, la tienda no parecía ser una idea tan mala como al principio, además, la perspectiva de viajar por el mundo solo, como el Holandés Errante, había perdido parte de su encanto. Sentado bajo el sol caliente, con el sabor del café en la boca, se le ocurrió preguntarse si esto sería todo lo que tenía reservado a modo de placer y felicidad, si esos sueños tan distantes del jardín de su infancia no serían simples visiones momentáneas, como las de Wordsworth, que apuntaban más a la gloria perdida que a la dicha por venir. La verdad es que se sentía solo. Había creído que era independiente, y en estos momentos descubría que no lo era. Lo que ahora le importaba, a la luz de esta revelación (dado que nunca se había sentido así), era crearse algún tipo de afecto, no el afecto falso y deferente que lo llevaba a tratarse con personas como Tyler, sino una vida que tuviera alguna clase de verdadera afectividad, de estabilidad.

Pensó en el apartamento amueblado que había alquilado con tanta rapidez, sin mirarlo realmente —tal había sido el apuro que tenía por marcharse—. Supuso que, por el momento, tendría que mantenerlo hasta que tuviera un hogar permanente. ¡Hogar! Eso era todavía un concepto, no un lugar. Pensó en la plácida existencia sin necesidades que tenían sus padres, sin necesidades porque no precisaban nada más que lo que ya poseían. No sólo los envidiaba mucho, sino que también los respetaba, pese a haberse marchado de su casa con mucha alegría, con una alegría que le permitiría prolongar la infancia preciosa, y ahora legendaria, y tener la seguridad de que siempre podría regresar a ella. Ahora, por primera vez en su vida, se sentía abandonado, obligado a asumir su papel de hombre, apartado de los caprichos y las veleidades de la infancia.

Buscaría compañía, se dijo a sí mismo, porque acababa de descubrir una frialdad que sólo era transformada por el calor del día, el brillo del sol en su reloj, la espesura estival de los árboles, en

meros artilugios que perfilaban con mayor claridad esta nueva convicción. Tendría que asentarse, ya que no tenía coraje para otra cosa. Sintió un acceso de pena porque todas las aventuras que se había propuesto se vieran reducidas a este breve interludio, bajo el fuerte sol de una verano excepcional, como sustituto de ese deambular más amplio que siempre se había prometido. ¿O es que esas deambulaciones habían sido la ilusión, el mar en el cual había pensado embarcarse y que con tanta suavidad le había demostrado sus propias ineptitudes? Ahora sabía que no era un héroe, y el saberlo le produjo vergüenza. Allí, en la Place Saint-Sulpice, lo habían visitado la vergüenza y la tristeza. No lo consoló saber que no había hecho nada malo, que era inocente. El ser culpable —de extravagancias, de logros, de una cierta despreocupación grandiosa — hubiera significado un alivio.

Quizás más adelante, pensó, cuando me haya asentado, creado un medio de vida. Quizás ese sea el momento de partir. Quizás siempre ha sido un sueño propio de la madurez, incluso del ocaso. Será entonces cuando yo tenga plena justificación, y seguramente más experiencia, más coraje. Quizás ahora sea simplemente demasiado joven.

Pagó el café y cogió un taxi a la rue Laugier. Ya en el recibidor del piso encendió la luz, consultó su agenda y llamó por teléfono a la tienda de la calle Denbigh. No tenía ninguna fe en que alguien respondiese a su llamada; Thomas Cook podría haber desaparecido en cuanto él se fue. La voz afeminada del hombre, una voz tan incongruente con su rostro indiferente, se oyó con claridad, y lo sobresaltó. Esa mañana Harrison tenía los nervios decididamente a flor de piel.

—¿Cook? Habla Harrison. ¿Va todo bien?

—Sí. Me he instalado aquí, si no le importa.

—No, por supuesto que no. Acabo de pensar que es mejor que no tire ninguno de esos libros. Alguien puede quererlos. Quizás yo los catalogue cuando regrese.

—¿Y cuándo será eso?

—Oh, no lo sé. Pronto. Pero, por supuesto, le avisaré. ¿Ha podido limpiarlo todo?

—Está todo limpio, aunque el lugar necesita unas manos de pintura. Un azul marino quedaría bien.

—Tiene razón. Lo haré restaurar cuando vuelva. Si quiere puede tomarse unos días de vacaciones, siempre que se quede en el piso. No quiero que el lugar esté vacío.

—No se preocupe. Tal vez me tome una semana cuando usted regrese. ¿Lo está pasando bien?

—Muy bien, gracias. —Estaba sorprendido de lo fácil que era comunicarse con este hombre a quien, después de todo, apenas conocía. Pero es que últimamente no se había comunicado mucho con nadie, se dijo. Y después de todo, tal vez el negocio de libros podría no ser tan malo. Esa tarde echaría un vistazo a los puestos de libros usados que había junto al Sena para ver qué ofrecían y a qué precio. Cuando pensó en ello se dio cuenta de que tenía mucho que aprender y de que el proceso le llevaría tiempo.

Mientras tanto, regresó a los jardines de Luxembourg, se sentó al sol y se puso a pensar en los cambios emocionales que había tenido esos últimos días. Ahora que su futuro estaba más o menos decidido, como pensó sintiendo una punzada, no tenía tanto apuro por moverse, por hacerse a la mar. Era como si su decisión, o su derrota (como él la veía), le hubiera concedido un mayor período de libertad. No volvería al Louvre, pensó; se tomaría unas vacaciones. Tras beber más café en otro bar cercano, cogió una silla de hierro, se sentó, cruzó los brazos y se dispuso a pasar así el resto de la tarde. Pero comenzó a sentirse inquieto casi de inmediato. Pensó que todo esto sería más tolerable si contara con la compañía de una novia, o incluso de una amiga. Las chicas que había dejado atrás, en su país, le parecían distantes y empequeñecidas, como vistas por el extremo equivocado de un telescopio o en las fotos de otra persona. Todas habían sido agradables, esas amigas de su hermana con las que había crecido: amigables, sin complicaciones, atentas con su madre y más que dispuestas a hacerle compañía. A él lo consideraban atractivo, con su cuerpo delgado pero fuerte, su sonrisa ávida; había sido imposible no portarse bien en ese ambiente lleno de expresiones de buena voluntad por todas partes, con su madre sacando al jardín una bandeja con vasos de limonada y su padre ofreciéndose para acompañar a las chicas a sus casas. Y el jardín, siempre ese jardín.

En Cambridge había compensado el tiempo perdido, pero también allí había tenido suerte: su novia, Sally, era tan decente y

amistosa como las compañeras de su inmaculada adolescencia. En consecuencia, el hacer por fin el amor no había implicado una pérdida de inocencia. No era siquiera un rito de iniciación, sino más bien una prolongación del juego, con una conclusión inesperada. Los sentimientos de culpa y de ansiedad eran inimaginables, pese a que ahora que estaba solo los conocía. Había sido muy afortunado, se dijo reflexionando. Él y Sally habían mantenido una fiel amistad durante tres años, durmiendo juntos con la misma frecuencia con que daban largos paseos o escuchaban música. Sus amigos veían la relación como algo estable; no se sentían ni desafiados ni perturbados por ella. Había sido un período de armonía casi milagrosa, de ausencia de tensión. Y quizás debido a eso, al cabo de los tres años ambos sabían que se separarían y que la separación no sería menos amistosa que la convivencia.

Él pensaba, aunque de forma vaga y sin urgencia, que volvería a verla. Ahora estaba preparado para algo diferente, algo que llenara su horizonte y que ocupara el lugar del peregrinaje al fin del mundo que se había prometido, y para el cual no estaba preparado. No era sexo lo que deseaba, porque nunca le había parecido que el sexo fuera un problema, sino algo que estaba a disposición de cualquiera, algo para ser gozado sin impaciencia ni ansiedad, algo que era una prolongación de la amistad. Él quería llenar el vacío con alguien, llenar la súbita ausencia que lo afligía incluso ahora, sentado al sol, mirando a los niños que tomaban la merienda que le daban sus madres. Esas madres al sonreírle le hacían sentirse tímido, de poca valía. No sabía bien qué hacer consigo mismo, aunque de alguna manera el día ya había pasado, y no de forma desagradable. Supuso que podría pasar algunos más de la misma manera, sólo para demostrarse que estaba de vacaciones. Y después, pensó, haría las maletas y se iría a casa.

Si los días eran tolerables, no ocurría lo mismo con las noches. Parecía llegar siempre demasiado temprano para las actividades nocturnas. A las seis de la tarde tomaba un baño, contento de quitarse el polvo de la tarde, y luego, ya fresco, salía en busca de una *brasserie* donde tomar el aperitivo y cenar. No obstante, siempre parecía ser el primer cliente y, cuando se disponía a pagar la cuenta, comenzaban a llegar los demás. Después seguía paseando, pero como para entonces ya estaba cansado, no se alejaba mucho de

la Place de Ternes y, tras una última taza de café, regresaba a la penumbra de la rue Laugier, como muy tarde, a las nueve y media. Dormir no era un problema; siempre podía contar con que conciliaría el sueño. Pero no dejaba de ser una triste sustitución de las aventuras que había planeado. Ya acostado, rumiando el vacío de la jornada, pensó que, aunque no había pasado casi nada en esa semana que llevaba allí, se había visto importunado por pensamientos, desagradables todos ellos, sin que pudiera encontrar la causa.

Cuando sonó el teléfono casi gritó. Debía de haberse quedado dormido, atrapado en uno de esos descensos breves, pero profundos, que toman la mente por sorpresa. Se dirigió tambaleante hacia el recibidor y cogió el teléfono con una mano trémula por la sorpresa.

—¿Diga? —dijo con una voz que sonó más aguda de lo habitual.

—*Noddy. Comment ça va?*

—¡Tyler! ¿Dónde estás?

—Estoy en una casa bastante agradable, no muy lejos de París.

Hubo una pausa. Había muchas pausas en las conversaciones telefónicas de Tyler, que servían para desconcertar al oyente.

Harrison se preguntó si se había mostrado demasiado entusiasta, si debió de haber estado más indiferente, y elegante, tan elegante como Tyler. Debió de haber dicho: *Quel bon vente?* Pero era imposible. Las cualidades de Tyler eran una cuestión de casta. Emularlas era simplemente exponerse al ridículo.

—Tú juegas al tenis, ¿no es cierto?

A este aparente *non sequitur*, Harrison respondió que sí, pero que hacía años que no jugaba.

—La cosa es que —y aquí la voz de Tyler se tornó misteriosamente más profunda— en esta casa donde estoy se juega al tenis y a las chicas les faltan parejas para jugar. En una palabra, estás invitado a pasar el fin de semana. Aquí pueden prestarte una raqueta.

—¿Qué chicas?

—Oh, unas chicas. —Hubo otra pausa. Al fondo podían oírse voces.

—¿Cómo hago para llegar ahí? ¿Tyler? ¿Estás ahí?

—Coges el tren de la tarde a Meaux. Yo te recogeré en la

estación. Adiós.

—¡Tyler! ¿Estás seguro? Quiero decir, yo no conozco a esa gente. ¿Quiénes son?

—Trae una corbata —dijo Tyler, y desde el otro lado se cortó la comunicación.

Era evidente que lo que sucedía en esa casa estaba destinado a no quedar claro. Pero Harrison se sintió en general, aunque de manera difusa, reanimado por la perspectiva de marcharse, de ver a Tyler, de ver a cualquiera, pese a que la invitación parecía ser sólo cosa de Tyler. Ni siquiera sabía los nombres de los dueños de la casa. Pero iría, ya que su amigo parecía tener el asunto en sus manos. La casa parecía ser un regalo, al igual que lo era este piso. Era imposible no aceptar.

A la mañana siguiente buscó las camisas en la lavandería de la esquina, hizo la maleta (seguramente no habría necesidad de volver a esa habitación ¿no?) y partió hacia la estación mucho antes de lo necesario. Hacía un calor endemoniado. No había contado con que los franceses se preparaban para pasar sus vacaciones de mediados de agosto, y en la estación lo empujaron y lo golpearon, y en el tren se vio obligado a cederle el asiento a una anciana que no llevaba más que un cesto de la compra. Cuando se bajó en Meaux, el silencio parecía casi palpable. Le hubiera gustado quedarse un rato en el patio de la estación, tan precioso le pareció ese cálido silencio campestre después de la oscuridad de la rue Laugier. En realidad, se vio obligado a esperar unos treinta minutos, durante los cuales no lo recogió nadie. Se preguntó si todo sería una broma, una de las bromas de Tyler, si no se vería obligado a regresar a París en el próximo tren, y estaba por rendirse, triste y decepcionado una vez más, cuando llegó un coche envuelto en polvo y apareció Tyler, con sus largas piernas, luciendo una camisa azul con las mangas enrolladas que le dejaban a la vista los brazos morenos. Lo acompañaba una chica de estatura mediana, cabello rubio oscuro, buenos pechos y un rostro sigiloso.

—¡Ya estás aquí! —dijo Tyler—. ¡Ah!, ésta es Maud. Habla inglés a la perfección.

El silencio que se produjo en el coche, mientras se dirigían a cualquiera que fuese la casa lista para recibirlo —por decreto de Tyler—, podría haberlo puesto nervioso si no hubiera estado tan

apagado por el calor, por la presencia inamovible del sol, por el simple alivio de ir en coche, en lugar de andando, y por la presencia indiferente de la chica, cuya nuca morena se veía obligado a contemplar, como una especie de cortesía. Supuso que era la señorita de la casa y se preguntó qué deberes sociales se esperaba que cumpliera él. Le pareció raro que ella no le prestara ninguna atención, porque, si en realidad era la anfitriona, él le hubiera agradecido que hiciera algún gesto de apertura. Pero, en suma, encontró aceptable el silencio. Estaba claro que su amigo dominaba la situación. Una vez más, como era habitual con Tyler, Harrison se entregó al placer de ser tomado a cargo de otro, de ser dirigido por una voluntad superior a la suya. Cuando se estaba en compañía de Tyler, era natural contemplar el destino de éste como si se asistiese a un desfile histórico en el cual el héroe, reconocible por su esplendor físico, realiza algún acto simbólico de valor. Pero, que él supiera, Tyler nunca había realizado un acto semejante. No obstante, sus compañeros de Cambridge, en particular un envidiable grupo de mujeres, hablaban de él como si de hecho fuera el héroe, o quizás como si necesitasen que lo fuera. Tyler no se había destacado por su inteligencia, pero era capaz de tener ramalazos de brillantez. Era su naturalidad lo que amaban y envidiaban, y él no era inmune a ese embrujo. Harrison notó que la chica estaba cuidadosamente sentada para no rozar a Tyler. Tampoco Tyler tenía una mano tendida para tocarla. Pero lo cierto es que no necesitaba hacerlo. Harrison, con un cierto regocijo macabro, ya había visto a Tyler en acción o, mejor dicho, en inacción.

—Hemos llegado —dijo Tyler amablemente, deteniendo el coche junto a lo que parecía ser una casa imponente. Un joven alto, con el sol centelleándole en las gafas, bajó los escalones para recibirlos.

—Xavier de Bretteville —dijo. Se dieron la mano.

—Mi madre estará encantada, —dijo Xavier—. La cena se sirve a las ocho. Maud, creo que te necesitan.

Harrison lo siguió al interior, agradeciendo el frescor del vestíbulo de losas blancas y negras.

—¿Xavier es tu hermano? —le preguntó a la chica.

—Mi primo —respondió ella. Ésas fueron las primeras palabras que le oyó decir y, al parecer, las últimas, porque ella desapareció en silencio escaleras arriba. Él pudo ver que la organización de esta

visita estaba destinada a seguir siendo un misterio. Se volvió para enfrentarse a la perezosa sonrisa de su amigo.

—Encontrarás el trabajo hecho a tu medida —dijo Tyler, con esa mezcla exacta de amenaza y comprensión que Harrison sabía que podía esperar de él.

6

Tyler era objeto de favoritismo en La Gaillarderie, en particular por parte de los sirvientes, a quienes él daba propinas, así como también su ropa para lavar. Con excepción de Xavier, los demás lo llamaban Tyler, como si estuvieran todos en el colegio. Él los trataba con el respeto que se confiere a un perfecto jefe, pero bajo ese respeto conferido rondaban en ellos intenciones de depredación, intenciones que también esperaban que él tuviera. Tyler sólo tenía que presentarse, con la cabeza ligeramente ladeada, vestido con una camisa y unos pantalones cortos blancos (relucientes gracias a los servicios de la señora Besson, que venía todos los días laborables a realizar las tareas que le asignara Charles), para que todos se sintieran estimulados, tanto en su amor propio como en lo tocante a sus modales, listos para actuar de forma encantadora, pero también para someterse a los deseos de Tyler, experto en organizar los entretenimientos del día.

Marie-Paule y Patricia pronto comenzaron a llegar cada vez más temprano, con sus raquetas de tenis, y algunas veces se veían obligadas a pasar una hora charlando con Maud, mientras Tyler, Edward y Xavier iban a Meaux en el coche a comprar las exquisiteces que la señora Bretteville, en un exceso de extravagancia, decidía que necesitaba para la cena, o simplemente paseaban por el bosque antes de ir al encuentro de las chicas, con sus faldas cortas, su entusiasmo y sus designios demasiado transparentes.

Incluso en estas peregrinaciones Tyler asumía el liderazgo, y Xavier y Edward lo acompañaban con lealtad, pero de manera subordinada, como si hubiesen hecho un juramento de pleitesía feudal y estuviesen dispuestos a seguirlo en sus hazañas y, al igual

que trovadores, rememorar las historias sobre su coraje. En este aspecto, Xavier era el más sincero, agradecido por la mera presencia de su amigo y por el efecto revitalizador que parecía tener sobre todos los habitantes de la casa. Edward admitía para sí —pero sólo para sí— que a veces sentía un amago de celos. Viendo el cuerpo largo y esbelto de Tyler tendido sobre el césped, se le ocurrió preguntarse si no era posible que, al llegar a la madurez, su figura no sufriera las erosiones comunes a los hombres de esa edad: ¿no podría acaso aumentar de peso, perder esbeltez, quizás hacer un poco el ridículo cuando persiguiera a todas las mujeres que le pasaran por delante? Desafortunadamente, no había aún señal alguna de que fuera a desgraciarse así. Al parecer, todos estaban enamorados de Tyler, tanto por lo que representaba —juventud, salud, belleza— como por lo que era. Y fueron ellos quienes le asignaron la función de maestro de ceremonias. A medida que transcurrían los días dorados, se imaginaban haber visto en él al propio espíritu del verano.

A juicio de todos, el verano era excepcional. Todas las mañanas, la luz brillante entraba a raudales por las puertas y las ventanas abiertas; las leves gotas de rocío se evaporaban del césped, que rápidamente perdía su verdor y amarilleaba; los árboles, pesados por su denso follaje, permanecían inmóviles, a la espera de una señal, que nunca llegaba, de que había arribado el momento de perder sus hojas. Todos eran conscientes de que estaban viviendo un período de encantamiento, por lo cual ninguna de las ocupaciones normales tenía cabida en sus mentes. Incluso Germaine y Nadine pasaban las mañanas sentadas en la terraza, charlando con más intimidad de la que jamás habían tenido, pero, de hecho, atraídas por el espectáculo que ofrecían los jóvenes, a quienes parecía pertenecer este verano.

Ninguna de las dos los privó del ocio, de este período de juego prolongado. Seguían con miradas casi amorosas las rápidas carreras de los jóvenes por el césped, notando, a pesar de sí mismas, esa ligereza que se perdería con el paso de los años, sintiendo una impasibilidad no buscada que empañaba las posiciones honorables que habían creado para sí mismas, sus seguras condiciones sociales como esposas y viudas, su complacencia como madres. No obstante, creían que les había ido bien en la vida, que habían desempeñado

de la mejor manera posible los papeles que les habían asignado, que no tenían necesidad de farolear o de fingir, que podían enfrentarse al mundo en términos más o menos de igualdad y, sobre todo, que no tenían ninguna necesidad más de competir entre ellas. Pero, quizás debido a la luz, al fuerte sol, volvieron a sentir un ramalazo de arrepentimiento, junto con el distante sonido de las bolas que golpeaban las raquetas, de manera que buscaron entre sí una especie de consuelo. La convención había vuelto a unirlas; la imagen de su juventud perdida les dio, por un breve instante, una mayor intimidad.

—¿Nunca pensaste en casarte otra vez?

—Puede que yo sí, pero ningún hombre lo pensó.

—¿Sufriste mucho?

—Lo lamenté mucho. Yo amaba a Pierre-Yves, pero sólo lo tuve seis años. Después me quedé sola, pese a ser joven. Pero, como sabes, tenía una hija y, por tanto, se esperaba que me comportara como una monja. Y así lo hice.

Nadine apretó los labios, pensando con amargura en aquellos años y en las pocas compensaciones recibidas: sus tardes en los jardines municipales leyendo las necrológicas de *Le Figaro*, sus visitas al cine Lux, donde solía rendirse con añoranza a la visión de mujeres encantadoras que no eran más jóvenes que ella, esa tan preciada media hora más, ganada con sufrimiento, que pasaba en la cama cuando Maud estaba en Londres visitando a su amiga.

—La vida de una mujer es muy corta —dijo Germaine—. Al menos lo es cuando te crían como nos criaron a nosotras, sin madre, en una casa mal dirigida, sin parientes de los que hablar. Era natural que nos casáramos con el primer hombre que se nos acercase. Y después, ya estábamos atrapadas.

—¿No estás contenta con tu vida?

—Tú sabes que papá me despachó como si fuera un bulto. Robert era casi un extraño. Y ahora rara vez lo veo. Cuando no está de viaje por trabajo, está en París. Y no me preguntes qué hace allí. Fue de la casa de lo que me enamoré. Quise que fuera mi casa. Y ahora que lo es, me siento más tranquila cuando Robert no está. Pero es eso lo que quiero decir, nosotras nos rendimos.

—O nos rindieron —dijo Nadine sombríamente.

—Mira a esas chicas, Marie-Paule y Patricia. Son encantadoras,

pero, por cierto, no son inteligentes. Sin embargo, saben exactamente lo que quieren. Quieren divertirse, quieren pasárselo bien. No quieren sentar cabeza… ¿y por qué tienen que hacerlo?

—Quieren hombres.

—¡Oh! Claro que quieren hombres. ¿Y por qué no?

—¿Tú crees que ellas…?

—No me sorprendería.

Se produjo un silencio breve mientras digerían las implicaciones de este comentario.

—Tal vez tengan razón —dijo Nadine—. Pero son muy descaradas. ¿Es que no quieren casarse?

—Mi querida Nadine, no hay nada que les impida casarse a chicas como ésas, si eso es lo que quieren. Y a menudo los matrimonios de ese tipo funcionan muy bien; las chicas tienen experiencia y también más hombres para elegir. Tú piensas en Maud, ya lo sé.

Miró de soslayo a su hermana, preguntándose hasta dónde podría atreverse a llegar.

—Maud está espléndidamente bien criada y es muy encantadora. Pero tan callada, Nadine, casi recatada. Esta mañana tuve que azuzarla para que saliera y se uniera a los otros. Creo que tenía la intención de pasar la mañana sentada afuera, leyendo un libro.

—Me parece que la asustan un poco esas chicas.

—¿Los chicos no?

—Para serte sincera, encuentra a las chicas demasiado vocingleras, demasiado desenfadadas. No le agrada verlas flirtear.

—Pues entonces debería flirtear un poco ella.

—Maud no sabe flirtear. Y si supiera, no lo haría en público. Es demasiado orgullosa. Creo que tiene sentimientos profundos. Y se la hiere con facilidad. Se parece mucho a su padre.

—Pero no…

—No, gracias a Dios, eso no.

—Pero ¿tú quieres que se case?

Nadine suspiró.

—Deseo que se case. Si la viera casada, yo podría hacer mi propia vida. Mi vida, tal como es, sería más fácil. Yo la quiero, y ella me quiere, pero no nos hacemos bien; nos producimos soledad mutuamente. Yo no quiero que se quede conmigo. No soy una

buena influencia para ella.

—¡Qué extraño es que digas eso! Yo creo que se me partirá el corazón cuando Xavier se case. Pero debe casarse, por supuesto, y lo hará. Hará muy feliz a alguna chica.

—Sí. Es un chico muy bueno, demasiado bueno para esas chicas que le has endilgado.

—Pensé que lo distraerían, que lo sosegarían.

—Pues pensaste mal. Lo inhiben. Xavier y Maud se parecen bastante en ciertos aspectos.

—No estarás pensando…

—No, no —dijo Nadine suspirando—. A Xavier le irá bien. Sus amigos ingleses harán de él un hombre. Está fascinado con ellos, en especial, con Tyler. Y las dos chicas también. Yo sólo desearía que Maud se divirtiera más. Marie-Paule y Patricia no son muy amables con ella.

—Las chicas de ese tipo no son amables con otras chicas.

—Tú te lo tomas muy a la ligera. Maud se merece algo mejor. Quizás sea más feliz cuando vaya a Inglaterra; se va a casa de su amiga Jean Bell la semana próxima. Para serte franca, Jean Bell es una clase de chica mejor que estas dos. Y si Maud tiene algo en su haber, es refinamiento.

—¡Y tanto! —dijo Germaine secamente. Tenía la ligera sospecha de que con estos comentarios tan francos se abusaba de su hospitalidad. En el breve silencio que se produjo después, volvió a cobrar vida parte del antiguo antagonismo entre las hermanas. Ambas juzgaron prudente mirar con una cierta abstracción por encima del parque hacia el bosque que ocultaba a su vista la pista de tenis y la pequeña casa contigua que, destinada a vestuarios y descanso a resguardo del sol, llamaban el anexo. El sonido del partido, y de las voces que lo acompañaban, había desaparecido un rato antes de que ellas notaran la pausa, o el intervalo, que, a su vez, dio pie a una cierta tensión.

—Tendrán mucho calor —dijo Nadine.

—Traeré limonada. Pronto estarán aquí. Las chicas se quedarán a comer. Por favor, persuade a Maud de que participe más, aunque tú creas que no es más que una pérdida de tiempo para ella. —Ahora se había vuelto combativa—. Quizás podría charlar con Harrison. Al parecer, es muy agradable.

—Ella prefiere a Tyler. Y a Xavier, por supuesto.

—Tyler no se fijaría en una chica como Maud. Tyler es un sinvergüenza —dijo Germaine de forma apreciativa—. Dudo que se interese en alguien que pone tan poco empeño.

—Y, por supuesto, Maud no debería fijarse en Tyler.

—¿Y por qué no?

—Como tú dices, es un sinvergüenza. Maud tiene más sentido común.

Maud, que en ese momento cruzaba el parque con desánimo, no parecía sensata. El raro momento de desaliento era tan profundo que había desaparecido de su rostro la expresión normal de calma imperturbable, aunque tuvo el cuidado de componer sus facciones antes de acercarse a su madre y su tía. Al menos había logrado dejar tras de sí las humillaciones de la mañana, las humillaciones que había aprendido a esperar desde la llegada de los dos ingleses y los efectos de éstos en Marie-Paule y Patricia. Sólo tenía que ver cómo se les subía el color, notar cómo aumentaba su celo, para saber que tendría que aguantar su excitación estridente, a la que seguía el portentoso silencio cuando se encerraban en el anexo con Tyler, supuestamente a fumar un cigarrillo, mientras Xavier y Edward jugaban un partido de tenis, embarazoso y errático, y ella, con la cara metida en su libro (*Jane Eyre*), lo estudiaba y trataba de hacer un resumen del argumento, los personajes y el estilo, tal como le habían enseñado.

El sufrimiento de esas mañanas era casi intolerable. Lo peor de todo era no saber con certidumbre qué sucedía en el anexo. Sólo tenía que ver las raquetas tiradas sobre el césped, como si se tratara de una señal acordada, para imaginarse escenas lascivas que encendían sus mejillas normalmente incoloras. Anhelaba saber con exactitud qué era lo que pasaba; anhelaba estar incluida. Pero, más que estar incluida, anhelaba ser la única. Borraba mentalmente a Marie-Paule y a Patricia, porque íntimamente eran sus enemigas. No hacía distinción alguna entre ellas, aunque Marie-Paule era, de manera marginal, la más amable de las dos. Para Maud, eran groseras y obscenamente carnales, con esas cabelleras abundantes y rizadas que sacudían de la nuca a la frente, las gotas de transpiración en la parte superior de los labios y el persistente olor de sus perfumes mezclados con sudor. No obstante, Maud

encontraba que la carnalidad misma que tenían producía una especie de excitación. Se las imaginaba dispuestas a todo, como prostitutas, y aliadas en alguna clase de *camaraderie* terrible en su deseo de complacer a Tyler. Tan descarada era su intención, que tenía la grandeza de la valentía, aunque sólo en muy raras ocasiones era suficiente para tentar a otro hombre, Harrison, a unírseles, mientras que Xavier galantemente le hacía compañía a Maud y preguntas acerca del libro. En esos momentos, ella sentía la tentación de levantarse y correr a refugiarse en el bosque para ocultar su rostro encendido.

Maud las envidiaba y, sin embargo, ¡cómo las despreciaba! La hacían sentir incómoda, pero también superior. «¿Es bueno el libro, Maud?» preguntaba Patricia al salir del anexo y, cogiendo la raqueta, se largaba sin esperar su respuesta. Sobre todo, la hacían sentirse solitaria. En su decidido alejamiento, Maud sentía, más que veía, la bondad de Xavier y la humilde curiosidad del inglés Harrison. Pero especialmente, tenía conciencia de Tyler y de lo que hacía en el anexo. O más bien, de lo que le hacían, porque ella imaginaba que lo dominaban, que lo atormentaban esas dos amazonas que, a su terrible manera, parecían no conmoverse con la gratitud o el amor, sino simplemente cobrar nuevas energías con la victoria. Cuando Tyler salía del anexo, solía sentarse pensativo en los escalones, chupando una brizna de hierba, e igualmente insensible. ¿Detectaba ella —o simplemente deseaba detectar— un ligerísimo mal humor en su actitud, la cabeza inclinada, los brazos rodeando sus rodillas, la expresión ausente? Si ella hubiera encontrado algo que decir en esos momentos, se hubiera acercado a él. Pero nunca se le ocurrió nada apropiado, y así se le escaparon los momentos.

Andando bajo los árboles, en un intento de calmar su furiosa desaprobación, su infelicidad, se encontraba a veces con Harrison, cuyo rostro no carente de atractivo tenía una expresión de desconcierto. Harrison también se sentía infeliz, pero suponía que no tenía importancia. Él no había elegido estar en este sitio; había sido Tyler quien lo eligiera. Y sabiendo cuánto le incumbía su propio comportamiento, emulaba a éste lo mejor que podía, ya que Tyler parecía satisfacer a todo el mundo. En una ocasión había consentido que Patricia lo llevase al anexo, pero se había

encontrado con los otros dos furiosamente entrelazados. Quedarse hubiera sido impensable, pero irse, también, en consecuencia, se quedó. Esto iba tan en contra de sus instintos, que recordó casi con nostalgia los días tranquilos de la rue Laugier, donde al menos nadie lo ultrajaba. En los peores momentos, los que siguieron a la escena del anexo, se veía a sí mismo, inclinada la cabeza, sobre una vitrina que contenía escarabajos egipcios, su mente en otras cosas. Él daba por descontada la soledad. La soledad, pensaba, era a veces el precio que había que pagar por la integridad. Pero sentía, con incomodidad, que estaba sujeto a quedarse allí todo el tiempo que se quedara Tyler, dado que, en cierto sentido, era su invitado. Y Tyler no mostraba interés alguno por partir, aunque Harrison sabía que, de un modo repentino y sin previo aviso, el otro fijaría el día de la partida. Entonces, supuso, estaría libre, libre incluso de irse a su casa, pese a que en ese momento apenas recordaba la tienda, en la que pensaba como si fuera una especie de ficción. Hizo a un lado la parte de su vida que sabía que viviría a la sombra, apartándola de la luz de este lugar que le parecía muy hermoso, pero de una hermosura que no le correspondía por entero. Cuando se encontró con Maud, cuya expresión indicaba que sus pensamientos no eran muy distintos de los suyos, se sintió conmovido. Algo en su interior se suavizó, pero a la vez rechazó la sensación de fracaso que en apariencia los unía, o que debería de haberlos unido si hubiera existido más simpatía entre ellos.

—Volveré andando contigo —dijo él tontamente—. Debe ser casi la una.

Ninguno de los dos hizo referencia a los hechos ocurridos esa mañana. Esos hechos se vivían, en retrospectiva, como ajenos. Sin perjuicio de cuán grande fuese la vergüenza que sentían, no era la vergüenza de los fisgones, sino la de los foráneos. El destino había dispuesto que ellos no fueran reclamados, que no fueran iniciados. Harrison sabía que lo que Patricia había expresado al llevarlo al anexo no era bondad, sino un malicioso placer de verlo confundido. ¡Cómo les gustaba a estas mujeres dirigir! Tuvo un momento de compasión hacia Maud, la incapacitada, hasta que recordó lo desastrosamente incapacitado que estaba él mismo.

El calor que hacía en la terraza era excesivo. Una avispa se posó en el pegajoso borde del vaso de limonada, vacío, de Tyler.

—Hará demasiado calor para jugar al tenis esta tarde —dijo Germaine—. Me imagino que querréis dormir la siesta.

—¡Oh, no! —dijo Tyler distraídamente—. A mí me gusta el calor.

—¡Ah!, aquí están los demás. Tyler, acompañe a mi hermana adentro. Tiene la impresión de que ha tomado demasiado el sol.

—Hace más fresco en Dijon —dijo Nadine, con una mano en la frente—. No estoy habituada a un sol como éste.

—Entonces, sin duda estarás pensando en regresar —dijo Germaine ácidamente.

—Sí, tal vez deberíamos pensar en eso. Maud se va a Londres el próximo lunes.

Germaine, conmovida a su pesar por la cara enrojecida de su hermana —¡con qué rapidez ha perdido su prestancia!— dijo:

—Entonces podrás quedarte aquí unos días más. Xavier te llevará a la estación cuando quieras irte. Quizás estemos las dos un poco cansadas. Han sido unos días ajetreados —Germaine suspiró. Es hora de que los demás también se vayan, se dijo. Las chicas desaparecerían en cuanto partieran los invitados. Pensó que sus palabras contenían la más delicada de las indirectas para Tyler, aunque por la noche, a solas, quería que él se quedara cuando los otros se iban. Pero durante el día pensaba de manera diferente y ansiaba que la dejaran sola, entre sensaciones más manejables. No obstante, Tyler pareció no haberla escuchado.

Durante la comida guardaron más silencio que de costumbre. Germaine lamentó que el cordero asado, acompañado de endivias, fuese un plato demasiado pesado para un día tan bochornoso, pero los jóvenes comieron con buen apetito, aunque de forma mecánica. Marie-Paule y Patricia, animales sanos como eran, sólo querían comer y echarse a dormir. Maud y Harrison comieron lo preciso, sin dirigirse la mirada. Incluso Tyler parecía abstraído, mientras que Nadine, llevándose la mano a la frente con asiduidad, bebía un vaso de agua tras otro. Nadie quiso queso. Sólo Harrison y Maud comieron un melocotón. Hubo una especie de alivio cuando se levantaron de la mesa y cada uno se fue por su lado.

—Le pediré a Marie que haga más limonada —dijo Germaine, francamente cansada—. Recuerden que no debe molestarse a los sirvientes. De todos modos, hoy salen. Creo que al cine, ¡con este

calor! Pero es probable que haga más fresco en la oscuridad. Ven, Nadine. Dejaremos que los jóvenes hagan lo que les plazca. Marie-Paule, Patricia, ¿habéis planeado algo? Vuestra tía no os habrá visto mucho hoy…

Harrison y Tyler vieron que las chicas tomaban el camino de entrada y cruzaban la calle hacia la casa inadecuadamente llamada Le Colombier, donde su tía estaba tendida a oscuras con dolor de cabeza y deseosa de que no la importunaran. Harrison bostezó, cubriéndose rápidamente la boca con la mano.

—Creo que me echaré un rato —dijo—. No me siento con ganas de hacer nada después de esta comida. Os veré más tarde.

Tras verlo entrar en la casa, Maud se giró con resolución, decidida a no comprobar si Tyler la seguía. Instintivamente se dirigió al anexo y se sentó en los escalones, como le había visto hacer a Tyler esa mañana. Pasados unos minutos, registró el hecho de que estaba completamente sola. Suspiró y puso la cara al sol, cansada de las vacaciones, que no eran vacaciones, cansada de la amabilidad que aún se esperaba de ella, y que ella brindaría, con su dignidad habitual, a los padres de Jean Bell. En Londres, todo giraría en torno a las galerías de arte y los edificios antiguos, pensó, y cuando Jean Bell regresara con ella a Dijon, sólo habrían preguntas acerca de las fechas de las tumbas del museo local.

Se rindió ante el calor del día, abriéndose el cuello de la blusa un poco más para permitir que el sol vespertino le tocara la piel. El calor le produjo cierto deseo de expansión; deseó derretirse, ser absorbida, ser transportada. El deseo vino acompañado de una tristeza por no poder ser más activa, por no poder mantener la atención o, al parecer, ni siquiera ser capaz de llamar la atención, como lo habían hecho esas chicas por la mañana, por no poder, en realidad, activar o convertir los sentimientos que tanto la habían desconcertado cuando Tyler desapareció en el anexo y luego reapareció solo, sentándose igual que ella ahora, y expresando, visto por detrás, algo nuevo en él, soledad, como si estuviese sometido a los sentimientos humanos corrientes, incluso al igual que lo estaba ella. Pero esa era la diferencia entre ambos, porque, mientras ella era consciente de sus ineptitudes, Tyler parecía no tener ninguna. Incluso el otro muchacho, Harrison, que inicialmente le pareció que estaba más interesado en ella, se había permitido

distracciones más fáciles. Maud pensó que ella y Harrison eran como algunas especies primitivas, como efímeras plantas que sólo florecen una vez, con la diferencia de que su condición más evolucionada, su mayor animalidad, los capacitaba para revivir una y otra vez, listos para seguir jugando en el susurrante aire del verano.

El césped estaba tan seco que no oyó sus pasos y, cuando vio sus pies acercándose, bajó repentinamente la mirada hacia el suelo. Los escalones de madera crujieron bajo su peso, hasta que él se sentó a su lado.

—Estás aquí —dijo él, como ausente—. ¿No tienes mucho calor?

—No —respondió ella—. Me gusta el calor.

En efecto, sentía que el sol le había dado algo de fuerza, por lo que no se apartó de inmediato.

—Creo que no te lo estás pasando muy bien, Maud.

—No —dijo ella, con voz apenas audible—. No muy bien.

—Sospecho que echas en falta a tus propios amigos. A tu novio. ¿Tienes novio?

—Por supuesto.

Esto no era del todo mentira. Le gustaba al joven profesor de su clase de inglés que la había invitado a salir varias veces. Pero cuando llegó el momento de llevarlo a su casa y presentarlo a su madre, decidió que el entusiasmo de ésta sería más de lo que ella podría tolerar, por lo que había deducido que no ejercía sobre ella una verdadera fascinación, sino que le gustaba un poco y que le brindaba la oportunidad de no tener que ir al cine todos los domingos. Solían ir en coche al campo, comer, besarse, pero de manera más acorde con la amistad que con el deseo. Algunas veces, al regresar en el coche, casi lamentaba no haber ido al cine con su madre. Y fue el cine lo que ahora le vino a la mente; imágenes de otros besos, otros cuerpos.

—Tú pareces estar muy contento aquí —dijo ella, haciendo un esfuerzo.

—¡Oh!, pero no lo estoy todo el tiempo.

Cogió una brizna de hierba y se la puso entre los labios. Él podía ver subir y bajar su pecho por el cuello abierto de la blusa. De repente se puso de pie, pero no se movió. Ella esperó, preparándose para la decepción.

Él le tendió una mano.

—Ven. Quiero enseñarte algo.

Ella cogió su mano, tocándolo por primera vez. La condujo por el césped agostado hasta el fresco interior del anexo, subieron las escaleras y recorrieron un largo corredor. La llevó hacia una puerta que había al final del corredor, que siempre tenía el cerrojo echado. Hizo girar la llave y le señaló otra escalera, más llena de polvo, que ella ignoraba que existía. Estaba muy oscuro. Cuando abrió una puerta que había al final de la escalera, el súbito resplandor la cegó, hasta que sus ojos se acostumbraron a la luz y pudo ver que estaban justo debajo del tejado. El lugar era muy caluroso, muy silencioso. Ella se dirigió hacia la ventana del desván y apoyó la cabeza sobre el cristal. Supo, sin mirar, que él estaba detrás de ella. Hizo que se diera la vuelta, le puso las manos en la cintura y, con delicadeza, la acostó sobre el desnudo suelo de madera.

—Yo nunca he hecho esto —dijo ella.

—Ya lo sé —dijo él—. No importa.

Todo terminó demasiado pronto. Después, fue ella quien lo buscó y lo alentó a volver a empezar. Cuando un reloj distante dio las cuatro, ella tendió una mano en busca de su ropa.

—Te amo, Tyler —dijo.

Él no dijo nada.

Echaron el cerrojo de la puerta que había al pie de la escalera, se miraron durante un momento y luego partieron sin decirse una palabra. Cuando ella entró en la habitación que compartía con su madre, sólo notó que ésta dormía. Luego se echó en su cama y se quedó dormida.

Esa noche, durante la cena —pimientos rellenos y *crêpes*— todos estaban de mejor humor. Al parecer, habían dormido y se sentían renovados. Nadine notó que su hija tenía mejor aspecto, que había perdido ese aire de arrogante compostura que ocasionalmente la hacía parecer mayor de lo que era, hecho que al parecer también notó Harrison, que miraba a Maud con franca admiración. Qué simple es Harrison, pensó Nadine, que apreciaba una clase muy diferente de simplicidad en los hombres. Tyler estaba más encantador que nunca, prodigándole a su anfitriona las más delicadas atenciones posibles, haciéndola reír, incluso tomándole el pelo. Germaine, ruborizada, intentaba a su vez tomarle el pelo a él,

pero puede decirse que sin gran éxito.

Nuestra generación no sirve para estas cosas, pensó Nadine, no del todo descontenta con este descubrimiento. Está haciendo el ridículo, pensó. Luego, en un exceso de solidaridad con su hermana, decidió poner fin a la situación.

—Maud debe ir pensando en su partida —dijo—. La esperan en Londres la semana próxima. ¿Cuándo le dijiste a Jean que llegarías, Maud?

—El lunes que viene. Tendré que salir muy temprano para coger el tren. O quizás debería partir de aquí el domingo y pasar la noche en París. Podría llamar a una amiga… A mi amiga Julie, —aclaró—. Julie está estudiando en París.

—Sí, pero ¿estará allí ahora? —preguntó su madre—. Creo que dijiste que estaría en Córcega hasta septiembre.

—Bueno, estamos casi en septiembre —dijo Maud con calma.

—Tengo una idea mejor —dijo Tyler—. Noddy y yo también tenemos que irnos. Habéis sido muy bondadosos y hemos pasado unos días maravillosos. No puedo agradecéroslo lo suficiente. Pero debemos partir. Maud puede venir con nosotros y quedarse en casa de los Vermeulen. Sé que estarán encantados. Armand Vermeulen es un amigo de mis padres.

—No creo que… —dijo Germaine.

—Creo que es muy amable de su parte, Tyler, y de… ¿cómo dijo que era su nombre? ¿Cómo lo llamó? ¿Noddy?

—Edward —dijo Harrison con firmeza—. Mi nombre es Edward.

—Entonces está todo arreglado.

—¿Estás segura, Nadine? Después de todo significa abusar de estos amigos de Tyler. De los padres de Tyler.

—Me tranquiliza saber que Maud no estará sola en París. Después de todo, estos años han sido tan inquietantes.

—Pero estamos en 1971, madame. No debe usted tener temores al respecto.

Nadine le sonrió.

—Y ahora me gustaría hacer una invitación. Quiero invitaros a todos a cenar fuera mañana, para darle las gracias a Germaine, y para darle las gracias no sólo por su hospitalidad, sino por unas vacaciones deliciosas. ¿Qué lugar recomiendas, Germaine?

—Bueno, dicen que el Anneau

d’Or,
en Meaux, es excelente, pero realmente, Nadine, no hay necesidad de…

—Necesidad, ninguna, pero estoy segura de que deseo, sí.

Nadine sonrió triunfante a su hermana y sorprendió una sonrisa en el rostro de Maud, ¡ella, que nunca lo hacía! Harrison —¡qué simple es!, pensó otra vez— sonreía feliz como un niño. Tyler no sonreía. Estaba de pie, detrás del asiento de su anfitriona. Cuando ella se puso de pie y se volvió para agradecerle, él le cogió una mano y se la besó.

Esa noche, todos se acostaron muy felices.

7

Harrison no preguntó de inmediato cómo había hecho Tyler para que la portera le abriera todas las puertas del piso, que ahora hallaba agradable y hasta acogedor, en marcado contraste con el dormitorio arcaico que le habían asignado antes. En particular, le gustó el salón, sus paredes y alfombras amarillas, sus dos sofás de color azul marino, su mesa camilla de cristal y sus cuadros *faux-naif* de vacas en prados soleados —un toque de decorador de interiores, dedujo— y se acordó fugazmente del edificio de ladrillos rojos en el que con tanto apresuramiento había alquilado un apartamento. Al instante decidió que se mudaría de allí, que echaría raíces, que cumpliría su deseo de tener paredes y alfombras de colores pálidos, y que se despediría para siempre de las improvisaciones, de las incomodidades, de compartir viviendas.

Incluso estaba dispuesto a echar raíces en la rue Laugier, ahora que lo habían rescatado de la soledad. Calculó que podría quedarse otras dos o tres semanas, o hasta que los Vermeulen hicieran saber, por medio de la portera, que estaban a punto de regresar. Después de todo, alguien le debía algo así como unas vacaciones antes de asumir la carga de su vida adulta. Además, la perspectiva de pasar unos días en compañía de Tyler y Maud tenía cierto atractivo, porque tres era un número más propicio que dos para su plan inmediato, moverse en torno a ellos, como un crío con sus padres, sin tener siquiera que hablar ni escuchar, sino sencillamente pasear de forma ensoñadora unos diez pasos detrás de, y así, libre, disfrutar de las vistas y los sonidos de París sin sentir la necesidad de estar en una constante situación de alerta que destruye el placer.

—¿Cuál será mi habitación? —preguntó, dejando su maleta en el

salón. Parecía natural, como siempre, preguntárselo a Tyler. Notó que también Maud esperaba respetuosamente que éste se pronunciara al respecto.

Tyler se pasó una mano por el cabello negro, que tenía ahora bastante largo. Había tomado el sol en La Gaillarderie y estaba moreno hasta donde mostraba la camisa, que llevaba con indiferencia, como llevaba toda su ropa, pero con una elegancia que Harrison sabía que él nunca tendría. Lamentó su corbata, su americana azul, sus zapatos de cordones, reliquias todas de una vida anterior que debió haber dejado atrás hacía mucho tiempo. Podría pedirle a Tyler que lo acompañase a las tiendas o quizás que le diese algún tipo de consejo, pero no, la idea le repugnó de inmediato. Sencillamente tendría que mantener un ojo avizor para detectar el tono exacto del paño azul Oxford y ese tipo de pantalones de algodón de color crema. Mientras tanto, debería arreglárselas con su americana azul y los pantalones de franela. Por fortuna poseía muchas camisas blancas, pero no de tan buen corte como las de Tyler que, debido a su estatura, tenían que ser hechas a medida. Esta estancia brindaría la oportunidad ideal de estudiar a Tyler para su propio provecho, de adquirir a hurtadillas señales del buen vivir, observándolo a placer sin llamar la atención, mientras éste se dedicaba a Maud, a la pobre Maud, que pronto sería fagocitada y fácilmente digerida como todas las que la habían precedido y las que, por cierto, vendrían después. Pero no por ello dejaba de sentir simpatía por Maud. La encontraba muy hermosa y admirablemente callada, aunque le tenía lástima por dejarse seducir por Tyler, en particular tras haber presenciado el comportamiento de éste en las actividades que había llevado a cabo en el anexo.

Si Harrison pensaba en Maud y Tyler haciendo el amor, lo que hacía con no poca frecuencia porque había interceptado ciertas miradas y pequeños gestos de parte de ella —¿o es que él estaba excepcionalmente alerta?—, lo hacía con una especie de excitación pesarosa, que era a la vez agradable y peligrosa. El hecho de que pensara más en Tyler que en Maud, en relación con el tema, no le pareció extraño. Él había predicho este idilio incluso antes de que se produjera, simplemente en virtud de que Tyler era Tyler; no podía ver que Maud tuviera algo que ofrecer a su amigo, pese a que él mismo la encontraba atractiva. Y es que sencillamente ella no era

tan encantadora como Tyler; él la eclipsaba, como con toda probabilidad estaba destinado a sucederle el resto de su vida. Así, su éxito contenía las semillas de su propia caída porque, aunque siempre sería amado, admirado, poseído, viviría frustrado por la invariabilidad del modelo, y la búsqueda de su verdadera pareja, quien por la naturaleza de las cosas debería tener una categoría tan prestigiosa como él, sería eterna.

A Harrison no le disgustó tener este tipo de pensamientos mientras esperaba una respuesta a su pregunta sobre la habitación. No obstante, Tyler permanecía en silencio, con la cabeza baja, contemplando la alfombra amarilla. Finalmente, con un aire de resolución, sacó un manojo de billetes arrugados de su bolsillo y, volviéndose hacia Harrison dijo:

—Necesitamos provisiones. Leche, pan, ese tipo de cosas. Cosas frescas. Vi que había una tienda en la esquina. ¿Me harías el favor? Maud y yo nos quedaremos para arreglarlo todo aquí.

—Está bien. ¿Ya has decidido dónde dormiremos?

Tyler sonrió.

—Aún no. Vete —dijo con gentileza. Tómate tu tiempo, era lo que implicaba—. Hay un cesto para la compra detrás de la puerta de la cocina. Fruta —añadió, empujando a Harrison hacia el recibidor.

Maud lo miró en silencio, y se ruborizó. Harrison sintió cierto disgusto ante la urgencia de ella, y pensó que no era congruente con su expresión de superioridad. Al mismo tiempo sintió una punzada de camaradería por la ausencia total de dominio que tenía sobre sí misma, de toda clase de dominio, porque ¿cómo podía alguien tan transparente seducir a un personaje como Tyler? Íntimamente sintió lástima de Maud por el inminente desmoronamiento de toda su personalidad. Ese aire altanero no le serviría mucho tiempo más, pensó Harrison, a menos que sea lo suficientemente fuerte como para resistir la tentación de convertirse en la esclava de Tyler. Él sintió que debía ponerla sobre aviso, llevarla aparte y decirle que, como amigo de Tyler, sentía que era su deber darle algunos consejos, por inaceptables que los considerase: lo mejor sería que cogiera el primer tren para Dijon o para Londres. Pero si ella se iba a Londres, eso significaría que sólo se quedarían allí hasta el lunes siguiente, y era jueves por la mañana…

También se le ocurrió pensar que si Tyler se mostraba despiadado, Maud podría necesitar que él la protegiera. Pero, a la vez, no quería desempeñar el papel del personaje inocente a quien llaman para defender el honor de una mujer. De poder elegir, hubiera preferido esa extraña sensación de sentirse atraído por Maud y Tyler, de seguirlos literalmente por todas partes, de observar sus gestos, sus progresos. La idea lo excitaba. Se dijo que eso no constituía en sí una fechoría. En realidad era un acto inocente, parte del patrón, que ahora se repetía, de una infancia feliz que había pasado siguiendo a los adultos, imitando sus maneras de caminar o dándole patadas a una piedrecilla mientras los demás pensaban por él. De allí provenía el grado de absorción que, sin duda, era la causa de que no tuviera una vida sexual muy activa: le gustaban las mujeres, pero le era difícil verlas más que como hermanas. Incluso le gustaba Maud, o estaba dispuesto a que le gustara, aunque a ella no podía verla como una hermana. El rubor de Maud, que funcionaba como una señal automática, le advirtió que ella era un ser sexual que se encontraba aún en el proceso de descubrir las profundidades de su propia sexualidad. Lo que lo irritaba de ella era lo impenetrable que resultaba para él. Sólo los muy experimentados pueden darse el lujo de descuidar sus modales en este aspecto. Se sintió irritado con Maud por varios motivos, de los que el más importante era la constante sensación de que en algún momento alguien iba a tener que hacerse cargo de ella, impedirle que cayera en la tentación, ponerla en alguno de los dos trenes. Sólo entonces podría él reunirse con Tyler y discutir temas más normales.

Compró pan, leche, plátanos, té en bolsitas y, tras reflexionar, un frasco de champú. Cuando regresó al piso dejó el cesto en la mesa de la cocina, con todas las provisiones dentro, y fue al salón en busca de Tyler, decidido a descubrir dónde debía pasar la noche. Se sintió cansado, un poco desilusionado al descubrir que nadie depositaría su confianza en él. La complicidad de los otros dos comenzaba a irritarlo. Había tenido tiempo de darse cuenta de que el piso olía ya a café y cigarrillos, como un bar.

—¿Dónde está Maud? —preguntó.

—Tomando un baño —dijo Tyler, echado cuan largo era en uno de los sofás azules, con varios cojines bajo la cabeza.

—Espero que sepas lo que estás haciendo, Tyler.

—Qué comentario más extraordinario. En lo que a mí concierne, estamos aquí disfrutando de la hospitalidad de los Vermeulen.

—Ellos no saben que estamos aquí ¿no es cierto?

—No exactamente. No en detalle. Pero sí dijeron que podía utilizar el piso mientras estaban fuera si pasaba por París, que es lo que estoy haciendo. ¡Oh!, casi me olvido. Tu habitación está arriba, en la sexta planta.

—Con los otros sirvientes —dijo Harrison amargamente.

—Oh, no seas pesado. Aquí tienes la llave. La encontré junto a la puerta de la cocina. Y no te pongas así. La habitación está muy bien. Subí para verla.

—¿Por qué no puedo…?

—Ni siquiera lo preguntes. ¿No puedes actuar como un adulto? Si quieres salir con nosotros, baja en media hora. Si no, haz lo que quieras. He alquilado un coche. Pensé que podríamos ir a alguna parte esta tarde, quizás a comer en el campo.

—¿A dónde? —preguntó Harrison, esperando sonar irónico—. ¿Un paseo de un día a Versalles?

—¿Y por qué no? Versalles es perfectamente posible, siempre que no entres en el palacio. ¿Qué tiene de malo Versalles? ¿O Fontainebleau o, ya que estamos, Ermenonville, o la Vellée de Chevreuse? ¿Es que vas a decir algo irónico sobre cada uno de esos lugares?

—En lo más profundo de tu ser, Tyler, eres completamente convencional.

—¡Querido Noddy! ¡Pensar que te ha llevado todo este tiempo descubrirlo!

La llegada de Maud, acalorada por el baño, luciendo uno de sus vestidos de falda amplia pasados de moda, según pudo apreciar Harrison ahora, puso fin a la conversación. Disgustado, Harrison subió hasta la sexta planta, introdujo la llave en el amplio agujero de la cerradura y tiró la maleta sobre la colcha floreada de una cama con cabecera de hierro. Se encontró nuevamente con paredes tapizadas de papel, esta vez con un diseño de guirnaldas azules sobre un fondo blanco, una inestable mesa de noche y un pequeño lavabo sobre el cual colgaba un espejo sin marco. No estaba mal, supuso; al menos era un cuarto luminoso y tranquilo. Podría incluso

servirle como refugio si esos dos se ponían pesados, como parecía que iba a ocurrir. Y, además, no había nada que le impidiera volver a su casa.

Su irritación se calmó mientras, avanzada la mañana, iba sentado en el asiento trasero del coche. Se encontraba acompañado de adultos, y era un alivio enorme relajarse y dejar que París se apoderase de él. El sol aún calentaba lo suficiente como para que sintiera en la nuca un picor producido por el sudor, pero su luz tenía un tinte cobrizo, como si contuviera el presagio de su propia disolución. De vez en cuando se aproximaba al sol, sin llegar a tocarlo, una nube que luego se disolvía, por lo cual era fácil creer que los días cálidos podrían durar un poco más de tiempo. Por el momento, el sol todavía producía destellos en el cromado de los coches, aunque vio a una mujer que, a modo de precaución, llevaba un paraguas. Echado sobre el asiento, en el recalcitrante calor del coche, Harrison contemplaba las dos cabezas que tenía ante sí, morena la de Tyler, de un rubio oscuro la de Maud, el húmedo cabello todavía rizado por el baño. Notó que ella se comportaba perfectamente bien, apoyadas las dos manos sobre su regazo, aunque le pareció que podía sentir el deseo de posarlas en la pierna de Tyler.

—Vamos a Versalles —anunció Tyler—. Pero Harrison es tan esnob que se niega a visitar el palacio.

—Ya basta. Nunca he dicho que…

—De todos modos, hace mucho calor. Comeremos y daremos un paseo por el parque. ¿Eso te gusta?

Se volvió de repente y le dirigió a Harrison una sonrisa llena de dientes blancos. Harrison creyó ver en ésta una complicidad no solicitada, pero no por eso menos bienvenida. Ése iba a ser entonces el tono: la provocación amigable, y pensó que podía manejarla bien. Todo lo que tenía que hacer era mantenerse del lado bueno de Tyler, cuyo favor siempre era importante asegurarse. Respiró profundamente, con placer, decidido a que el día sería una fiesta, y que pasaría por alto todas las maniobras que los otros dos tuvieran en mente. Con el calor que hacía le era tan imposible pensar en hacer el amor, en que nadie pudiera hacer el amor, como en correr una maratón. Al mismo tiempo, podría haberle propinado un puntapié a Maud por estar presente con tanta insistencia, aunque

tuvo que admirar el dominio que tenía de sí misma en esos momentos. Podría pasar por una niña educada en un convento que estaba de paseo con su hermano, excepto que, para un observador atento, el papel de hermano recaería sin duda sobre él. Con uno de los dos fuera de la escena, Harrison podría ejercer su derecho a pertenecer a la raza humana, en lugar de encontrarse al margen, por cómoda que prometiera ser esa posición. Sin Maud, podría lograr algún grado de igualdad con Tyler. Por otra parte, sin Tyler podría aspirar a Maud, no porque sintiera nada hacia ella —se dijo con seguridad—, sino porque debía confesarse a sí mismo que ella lo intrigaba. Es natural intentar humillar al orgulloso. Hasta ese momento, ella no le había prestado la menor atención. Él, más que ver, sentía en ella una mezcla de ruego y altanería, así como había notado que la mano izquierda de Maud se crispaba con el deseo de tocar a Tyler.

En Versalles comieron en un gigantesco restaurante para turistas, donde flotaba un ligero olor a orina que se escapaba por las puertas de vaivén de las *toilettes*. Al otro lado de las ventanas de cristal podía verse cómo se detenían los autocares en el aparcamiento: las mujeres de cierta edad asegurándose las chaquetas de punto y las gafas de sol; las cámaras fotográficas listas para disparar incluso allí. Maud se ausentó durante un rato aparentemente largo. Harrison, con un apetito enorme, como el que parecía tener siempre, se comió todo el pan que habían traído a la mesa.

—¡Ajá! —dijo Tyler cuando le trajeron el primer plato, al tiempo que Maud se sentaba en su asiento—. Dura pero sabrosa, —comentó mientras hincaba los dientes en una chuleta de ternera.

El aceite brillaba en sus labios. Maud, silenciosa, comía con delicadeza. Harrison pensó que podía ver la comida deslizarse por su hermoso cuello. Ni siquiera el amor puede quitarle el apetito a una francesa, se dijo luego.

Porque no tenía dudas de que Maud amaba a Tyler, aunque hasta ese momento él no había admitido plenamente el hecho. El pensamiento le provocó una súbita sensación de desaliento que intentó analizar lo mejor que pudo. Entonces, en definitiva, tendría que quedarse al margen, una posición que antes había creído querer. Luchó por contener, incluso por suprimir, un deseo de estar

en el centro, de tener algo que otro pudiera anhelar. No de tenerlo y dejarlo ir, como podía hacer Tyler, como con seguridad haría Tyler, a menos que se comportara con decencia y se entregara a esta chica bonita pero enigmática, con esa expresión recatada y sus juveniles vestidos. Tuvo un repentina visión de los preparativos que ella hacía para las vacaciones en casa de su tía, de su aburrimiento, de su expectación y, por último, de su revivir, y de los estragos que éste causaría cuando regresara a su casa, a esa madre inflexible, y se viera obligada a no decir nada sobre su aventura. Imaginaba que no había mentido nunca, aunque daba la impresión de que sabía guardar un secreto. Pero guardar los pensamientos propios era un procedimiento mucho más inocente que guardar las propias acciones. Maud tendría que mantener ahora un doble secreto para evitar la vigilancia de su madre, de esa madre sobre la que él no tenía una gran opinión. Veía en ella una avidez peligrosa que podría convertir a Maud en una víctima. Entre esa madre y Tyler, Maud estaría totalmente desprotegida; de hecho, estaba totalmente desprotegida. Harrison la miró con inquietud, mientras ella bebía el café con toda compostura. Tyler, inclinando su silla hacia atrás y encendiendo otro cigarrillo, interceptó la mirada y sonrió con placidez.

—Acabarás con un cáncer —dijo Edward, por decir algo.

—Querrás decir que desearías que acabase así —dijo Tyler, aún con placidez.

Salieron a la calle, caliente y polvorienta, pasaron junto a los autocares, junto a las mujeres con chaquetas y cámaras, junto a la esquina curvada del enorme edificio cuadrado, abierto a todos los visitantes, junto a los gesticulantes dioses de piedra de la fuente de Apolo, y se adentraron en el parque, atraídos por las verdosas profundidades. Sin pronunciar una palabra, pasaron frente a los dos Trianons y luego, por acuerdo silencioso, se sentaron en un banco de piedra y se rindieron al pleno calor del día. Maud cerró los ojos y reclinó la cabeza hacia atrás. Tyler se desabrochó la camisa. Las manos de ambos descansaban nuevamente en sus respectivos regazos, quietas, inocentes. La tensión que pudiera haber en el aire parecía pertenecer al propio aire, en el que podía sentirse cómo se acumulaba el calor hasta que fuera disipado por una tormenta, una confrontación, algún tipo de resolución. Harrison sintió que

comenzaba a dolerle la cabeza ligeramente, y se dirigió a la sombra de unos árboles dispuestos en filas regulares, densamente geométricos, decisivos. Sintió alivio al encontrarse solo, preguntándose si al día siguiente volvería al Louvre y a sus viejos hábitos. Pero ponderó entonces lo inaceptable que sería en general su ausencia, el tener que volver a aparecer y la consecuente vergüenza que sentiría, y también ponderó el poder de Tyler y la habilidad natural que tenía para imponer su voluntad. Acataría lo que le ordenaran, pensó sin rodeos, y nuevamente sintió el aguijonazo de la excitación del *voyeur*. Cuando regresó al banco, Tyler y Maud estaban cogidos de la mano. Harrison notó una punzada de deseo, pero no hubiera podido decir por cuál de los dos.

En el viaje de regreso, su dolor de cabeza se acentuó. También se sintió un poco indispuesto tras el pastel de manzana que había tomado junto con otra taza de café, mientras los otros esperaban con paciencia que él saciara su apetito. A la incomodidad física se sumó un malestar general. ¿Por qué actuaba Tyler de forma tan obvia? ¿Por qué este viaje a Versalles; por qué esta cogida de manos? ¿Era sólo ironía o, más probablemente, burla? Tyler no era contrario a burlarse de sus víctimas, al menos de aquellas que no le eran del todo indiferentes. Pero la indiferencia le iba mejor: era, con toda probabilidad, su estado de ánimo más natural, más sereno. La disminución de sus defensas, que era lo que parecía ocurrirle, producía en él una suerte de maldad voluntaria, como si se resintiera al ver disminuida, por cuenta ajena, su capacidad emotiva. O había una alternativa más intrigante aún: ¿de verdad lo afectaba esta chica tan corriente? Al parecer, ella era ajena a las inclinaciones de empresario teatral de Tyler, que había decretado que debían limitarse a la condición de turistas, como todos esos otros que se agotaban caminando por los espléndidos salones o se quedaban con la boca abierta ante los chorros de agua que se elevaban en el aire caliente. ¿Por qué ese restaurante horroroso, con su molesto aroma y una comida que, sin duda, era inapropiada para ese clima? Incluso cuando Maud apoyó confiadamente su mano en la pierna de Tyler, éste pareció haberse desanimado, pareció haberse vuelto taciturno. Harrison inclinó su dolorida cabeza hacia atrás, hasta que la postura se le hizo casi intolerable. Ante la creciente melancolía de Tyler y su aparente incomunicabilidad,

Maud retiró la mano.

Cuando llegaron al piso, entraron lánguidamente en el salón amarillo y se echaron sobre los sofás azules. Harrison se miró los zapatos cubiertos de polvo y pasó un dedo por el interior del cuello de su camisa.

—¿Te importaría si tomo un baño? —preguntó.

Tyler se encogió de hombros.

—Tú mismo.

Se le veía malhumorado, con menos aspecto de estar al mando de lo que era habitual en él.

Aburrimiento, decidió Harrison. El *Dopelgänger* de Tyler.

Se deslizó en el agua fría como si se metiera en una cama. Y era en una cama en lo que pensaba, no en la de ellos, sino en la propia. No tenía ánimo para pensar en salir a comer otra vez; de todos modos, lo último que deseaba era comer. Lo que de veras quería era volver a una cierta normalidad, a la inocencia, a un estado de simple compañerismo en el cual los tres fueran iguales, e igualmente asexuales. Esto no era imposible, razonó; al menos él podía mantener esa posición que, de hecho, era la que había tenido. Borró de su mente el recuerdo de la escena en el anexo, en el que se vio forzado a actuar de testigo y también a competir. Y, sin embargo, él era normal, se dijo intrigado, o al menos creía serlo. Era sencillamente que los encuentros fortuitos no le gustaban. En realidad sabía que los temía, temía dejar que el genio saliera de la lámpara. Si era inocente, hasta el momento sus pensamientos no lo eran. En alguna parte de su más profundo ser nacía un deseo de afirmarse, de asumir el mando, de tener el control. Dado que este anhelo chocaba con su deseo de inocencia, su situación era decididamente incómoda, lo que a su vez le producía más dolor de cabeza.

Abrió la puerta del cuarto de baño para airearlo, percibió el olor del cigarrillo de Tyler y le oyó decir:

—¿No sería mejor que te comunicaras con esa amiga tuya? ¿Que le digas cuándo llegarás?

Harrison esperó, y oyó que Maud respondía:

—Ya lo hice. La llamé por teléfono esta mañana, cuando tú saliste a comprar cigarrillos. Ya sabe que no iré, y me las arreglé para que posponga su viaje a Dijon, así puedo quedarme aquí

contigo. ¿Estás contento? Dime que estás contento, Tyler.
—¿Y tu madre?
—Dudo que sea necesario decirle nada a mi madre.
—¿Qué quieres decir?
—Creo que ya sabe que estoy contigo.
Siguió un silencio que Harrison, metiéndose en el cuarto de baño, no se animó a romper.
—Espero que tu madre no se haga una idea equivocada —oyó que decía Tyler.
—Si se la hace, sin duda creerá, o deseará, que es la idea acertada. En el fondo, mi madre es una romántica.
—También tú, cariño.
La crudeza de esa última frase fue la que advirtió a Harrison de un peligro potencial, por lo que, aclarándose la garganta, pudo presentarse en el vano de la puerta.
—Si no os importa, me voy arriba —dijo—. Me duele un poco la cabeza. Os veré por la mañana, si no hay problema.
—Podríamos ir a Fontainebleau —dijo Tyler.
—¿Estás seguro? Aún hace mucho calor. Y habrá montones de gente…
—No seas tan malditamente desagradecido. Me tomo la molestia de alquilar un coche y de conducirlo yo todo el tiempo. Lo único que espero de ti es que seas amable…
—Está bien, está bien.
Los repentinos cambios de humor de Tyler eran bien conocidos. Una vez se había largado estrepitosamente de una fiesta en Cambridge cuando la dueña de la casa criticó algo que él había dicho o hecho, pero había reaparecido media hora después del brazo de una chica, que, a juzgar por las apariencias, con toda seguridad no había sido invitada.
—Bueno, entonces, buenas noches.
—Buenas noches —contestó Maud atentamente.
Pero se quedó allí.
—¿Qué haréis? ¿Saldréis a cenar?
—Me atrevo a decir que nos las ingeniaremos para hacer algo —dijo Tyler.
Harrison sintió un cierto alivio cuando salió del piso, sentimiento que aumentó cuando se hubo acostado en su cama, en

medio de la cálida calma que había bajo el terrado. Echado allí, agradeciendo el silencio y hasta el inofensivo olor a cerrado, el alivio dejó paso gradualmente a la curiosidad. ¿Cuál era exactamente la naturaleza de esta aventura amorosa? No encontró para ello respuesta alguna que tuviera sentido. Siempre había sabido que Tyler era uno de esos seductores románticos que causan más envidia en los hombres que lealtad en las mujeres, que saludan con ligereza a sus anteriores amantes, desafiándolas así a que les tengan mala voluntad. Harrison estaba dispuesto a apostar que Tyler tenía un millón de amigas, todas encantadas de ponerse a cotillear sobre él en tono difamatorio en cuanto estuvieran a solas. Pero eso sucedía sólo por la facilidad natural que tenía para tratar a las mujeres: todas, por críticas que fueran, por heridas que se sintieran, podían darse cuenta de que él estaba hecho para actos de mayor trascendencia, que verdaderamente tenía que reducir sus miras para dedicarse a la seducción, lamentando no estar en un campo de batalla o sofocando rebeliones. Lo que sus amigos y enemigos le reconocían era el liderazgo, pero paradójicamente no se podía confiar en él. Lo perdonaban, una y otra vez, por su gran habilidad física, su altura, la fuerza de sus miembros, su mirada sombría y melancólica, la oscura densidad de su cabello ensortijado que le caía sobre la frente. Y así, por una especie de razonamiento primitivo, los demás se sentían obligados a ceder ante él, a perdonarle sus delitos que, después de todo, a la luz de experiencias posteriores, no se consideraban tan serios.

Harrison había visto cómo seducía a las mujeres y, tras el primer encuentro, cómo se adueñaba de ellas y cómo, después de un tiempo, se sorprendía de veras cuando ellas lo acusaban de infiel. Pero, según lo que podía deducir, Tyler se había atado a esta chica, Maud, por la única razón de que estaba acostumbrado a contar con la compañía de una mujer sumisa. Al menos así eran todas hasta que se volvían problemáticas. Maud, por cierto, era sumisa, sin embargo tenía una cierta dignidad que la hacía ganar puntos en el juego, si es que esto era un juego. En la luz que moría, Harrison se los imaginaba andando por la ciudad, abriéndose paso en silencio entre el gentío que paseaba, Maud, calzada con sus zapatos pequeños y ligeros, siguiendo a Tyler, hasta que la noche los embrujara y los trajera de regreso a casa. Quizás se detuvieran a

tomar una última copa en la Place de Ternes, donde él, de alguna manera, nunca había logrado formar parte de esa multitud nocturna. Luego regresarían y, sin duda, finalmente harían el amor.

Era un cuadro ideal, y le afectó casi dolorosamente. Sus sentimiento cobraron más claridad: ansiaba estar con ellos y, si fuera posible, ser parte de ellos, no para hacer el amor, sino para ser uno de los miembros de una conspiración entre tres. Pero todo lo que le había sido asignado era un papel menor, el deber de ser complaciente, como le había dicho Tyler, y nada más. No obstante, sabía que les era necesario. Sin su presencia, la aventura amorosa evolucionaría con demasiada rapidez hacia una conclusión: uno sentiría aburrimiento, el otro terror, y todo acabaría mal. Pero su presencia servía para poner cierto freno a las cosas, limitando el comportamiento de Tyler a un aparente convencionalismo y permitiendo a Maud mantener un aparente decoro. Se dio cuenta de que él era la carabina, un papel que no destacaba por su condición nobiliaria. Y, sin embargo, se despediría de estos dos cuando se terminara su estancia en París, o cuando comenzara a pensar en regresar a casa. A Tyler lo vería de vez en cuando, pero a Maud probablemente nunca más. Y ya que seguiría viendo a Tyler, y como Tyler era en cierto modo fenomenal y, en consecuencia, digno de conservar, él continuaría desempeñando su papel, con toda la buena voluntad que fuera capaz de reunir, y seguiría sin duda intrigado acerca de su propia conducta, así como de la de los otros dos, como si todo el asunto estuviera sometido a un escrutinio más estricto de lo normal, como si pudiera constituir una prueba de algún tipo. Se dio la vuelta dispuesto a dormir, sintiendo finalmente la deliciosa languidez que lo había eludido durante todo ese día agobiante, y resolvió que se desentendería de todo, que sería tan complaciente como lo requiriera la situación, pero que no arriesgaría sus sentimientos para nada, que evitaría la furia, el dolor, los celos y la compasión ya experimentados con una intensidad que no le había sentado bien. No es asunto mío, fue su último pensamiento consciente antes de caer rendido por el sueño.

Al día siguiente se levantó con su resolución intacta, y supo que podía saludar a Maud y a Tyler con ecuanimidad y tomar el desayuno con ellos, después de haber ido a comprar unos cruasanes en un acceso de buena voluntad. Pudo mantener este humor

agradable durante varios días, a lo largo de diversas y elaboradas excursiones dispuestas por Tyler. Sobrellevó las visitas a Saint Germain-en-Laye, Compiègne, Pierrefonds, Malmaison, Chatou, e incluso, por alguna razón, a Saint-Denis, donde Tyler estaba perversamente encantado con la espantosa fealdad del lugar. Pero su complacencia desapareció en algún momento del largo viaje a Fontainebleau, que fue infortunado porque Tyler estaba de un humor incierto y Maud, silenciosa. Harrison tuvo conciencia de que si pronunciaba una sola palabra imprudente podrían verse los tres envueltos en un lío. Todo lo que recordaba de sus anteriores visitas a Fontainebleau era una escalera en forma de herradura, por la cual había perseguido a su pequeña hermana hasta que les ordenaron bajar, y grandes extensiones de bosques. Tenía la esperanza de que obviaran la visita al palacio y simplemente pasearan bajo los árboles. Nuevamente hacía mucho calor, un calor desagradablemente sofocante que no parecía tener fin, con la ocasional nube de aspecto maltrecho dirigiéndose hacia el sol. Comieron algo ligero y luego se encaminaron hacia donde la sombra era más densa, buscando un hueco que no estuviera lleno de esos extraños cantos rodados prehistóricos que cubrían el suelo del bosque y, cuando encontraron el lugar ideal, se dispusieron de forma instintiva a echar una siesta.

Harrison durmió poco, pero con mucha profundidad. Cuando se despertó era media tarde, y estaba solo. Miró a su alrededor con pánico, preguntándose si los otros lo habrían abandonado y regresado a París. Esa era la clase de broma que le gustaba gastar a Tyler. Se puso de pie, quitándose hojitas de césped de las mangas de la camisa, y avanzó a ciegas por el bosque, sin atreverse a llamarlos por sus nombres por temor a parecer infantil. Por fin los vio; después de todo, no estaban tan lejos. Tyler estaba echado sobre el suelo, con la cabeza apoyada en la falda de Maud, y ella le acariciaba la frente. Cuando Harrison se les aproximó, Tyler le lanzó una mirada de aviso, a juicio de Harrison, quien pensó en el cuadro de *Sansón y Dalila* que había visto en una de sus solitarias visitas al Louvre. Antes de que tuviera tiempo de digerir las implicaciones de eso, Tyler ya estaba de pie, tirándole las llaves del coche.

—Puedes conducir tú —dijo—. Levántate, Maud.

El tono de su voz era estimulante, artificialmente alegre. Maud se levantó, confundida por el cambio de humor de Tyler. Harrison pensó que, siendo una chica tan elegante, se movía de forma extraña.

—Mañana a Chartres —dictaminó Tyler desde la parte trasera del coche, mientras Harrison conducía despacio entre el abundante tráfico de los que regresaban a sus casas.

—¡Por Dios, Tyler! ¿Es que no puedes quedarte tranquilo un instante?

—¿Por qué? ¿Qué delicias tienes en mente?

—Bueno, no me disgustaría volver al Louvre.

—¿Qué opinas tú, Maud? —Harrison pudo oír que la mano de Tyler caía pesadamente sobre la rodilla de Maud—. ¿Quieres ir al Louvre?

—Me estás haciendo daño, Tyler. No te apoyes con tanta fuerza. Yo estoy encantada de ir a Chartres, si es lo que tú quieres.

Cuando llegaron a la rue Laugier, Harrison notó que nadie le había preguntado qué era lo que él quería hacer. Además, dedujo que su compañía no era necesaria esa noche y comprobó que estaba agradecido por tener un respiro. El día había sido agotador, aunque intrigante. Esa pareja de amantes, que imponía silencio a su audiencia —él—, intrigaría a cualquiera que fuese aficionado a esas cosas. Ahora que se había adaptado a situaciones de este tipo, creyó descubrir algún conflicto en Tyler, notó cómo lenta pero inexorablemente afloraba su genio. Harrison subió a su habitación, se lavó la cara y luego bajó silenciosamente, no dispuesto a llamar la atención de ninguno de los dos ni a darle a Tyler el pretexto de enfadarse con él. Cenó en una *brasserie* cercana (otra vez muy temprano) y de nuevo disfrutó de una noche tranquila, en la que durmió de un tirón.

—¿Conoces el camino, no? —dijo Tyler a la mañana siguiente, entregándole las llaves del coche—. Cuida de Maud.

—¿Por qué? —preguntó Harrison sorprendido—. ¿Es que tú no vienes?

—Tengo que hacer unas llamadas. Andando, Noddy; no te quedes ahí mirándome. ¿Es que tengo que ser yo quien lo haga todo?

—Pero es que creí que querías ir. A Chartres, quiero decir.

—Iros, ¿queréis?

Harrison notó que Maud parecía asustada y triste. La cogió de un brazo, deseando que no se echara a llorar.

—Te veremos más tarde —le dijo a Tyler por encima del hombro.

A Maud le dijo en voz baja:

—No iremos a Chartres ¿eh? Nos sentaremos en los jardines de Luxembourg. Después comeremos con tranquilidad y daremos un bonito paseo. Entonces te sentirás mejor. Y espero que yo también.

Sus palabras lo sorprendieron, pero al parecer había dicho lo que tenía que decir. Había sido una buena idea dejar las llaves del coche en el recibidor. Sentados serenamente en unas sillas de hierro, se oyó hablar y hablar con decisión, contándole a Maud cosas de sí mismo, de su hogar en Eastbourne —mentalmente veía perfilados con precisión los acantilados, superpuestos a esta sofocante neblina gris—, de sus padres, a quienes quería mucho, y finalmente de su tienda. Reconoció que añoraba su tierra. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

—Lamento haber hablado tanto —dijo—. Debes de haberlo encontrado tremendamente aburrido.

—En absoluto —respondió ella, sonriéndole con una aparente muestra de verdadera amistad—. Me gusta oírte hablar de tus padres.

—¿Echas en falta a tu madre?

Toda expresión desapareció del rostro de Maud.

—No. La quiero, pero no la echo de menos.

Se produjo un silencio entre ambos.

—Debo regresar a casa pronto —dijo él—. Quiero decir, regresar a Inglaterra. ¿Tú estarás bien?

—Por supuesto. Has sido muy bueno. Gracias.

Pasearon sin rumbo fijo toda la tarde, bebiendo café, mirando a los niños en el Parc Monceau, hasta que, cansados, dieron la vuelta por consentimiento mutuo e iniciaron el retorno al piso.

—¡Tyler! —llamó Harrison—. Ya estamos aquí. Luego, dirigiéndose a Maud a través de la puerta abierta del cuarto de ellos, dijo en voz alta: —Me parece que no está.

Ella salió del dormitorio, muy pálida.

—Encontré esta nota —dijo.

—Me fui a visitar a unos amigos en Ardèche —leyó él—. Llamaré por teléfono.

Se quedó mirándola fijo, viendo las lágrimas que le asomaban a los ojos.

—No me dejes, Harrison —dijo ella.

—Edward —dijo él—. Llámame Edward.

8

Por la noche llovió, no de forma intempestiva, con uno de esos fuertes chaparrones que hubieran satisfecho la inclinación por el drama que todos tenemos, sino de manera suave, insistente, con una persistencia propia del norte. Maud yacía despierta en la gran cama de los Vermeulen, escuchando el débil siseo de la lluvia que colmaba la noche con una especie de actividad subrepticia, como si clamara un cambio de estación y trazase una línea divisoria entre el pasado y el presente. En un momento dado se oyó un ruido que alteró la calma de la calle; luego desapareció, sin dejar eco alguno. Maud contuvo el aliento, deseando que viniera alguien, esperando el amanecer, que sabía sería más tardío, con neblina, borroso por la humedad, decididamente diferente de los días brillantes que había habido antes.

Se levantó temprano, fue al cuarto de baño, notó que su aspecto no había cambiado y abrió el grifo del agua caliente, frotando las ventanas para quitar la humedad que dejaba el vapor. Se puso un vestido de falda amplia, que ya empezaba a cubrirse de una fina película de polvo y que lucía como mustio por efecto de su cuerpo y de las tensiones secretas de éste. De manera impulsiva, se lo cambió por la blusa blanca, que había logrado lavar, aunque no planchar, y la falda de algodón marrón, estropeada por las manchas del césped. Sus zapatos tipo bailarina, no diseñados para andar mucho, estaban casi destrozados. Se cepilló el cabello dorado y corto, rizado ahora por la humedad, y observó con detenimiento su bonita piel, que estaba morena y no acusaba el agotamiento que su dueña sentía. Buscó entre la ropa de la señora Vermeulen y encontró una liviana gabardina satinada, con una etiqueta de marca. Se la puso, cogió la llave del piso y se dispuso a salir. Sus intenciones eran vagas; lo

único que sabía es que tenía que caminar hasta que se hiciera de noche. En algún momento tendría que llevar su ropa a la tintorería, porque sería importante recibir a Tyler, cuando regresara, con su antiguo aspecto, tal como la había visto la primera vez en la terraza de La Gaillarderie, aburrida y desdeñosa como estaba, intacta, ocultando con todo éxito su voluntad. Desde entonces, Maud había experimentado todas las formas de disolución posibles gracias a la educación que, según sentía, pocas mujeres recibían en tan poco tiempo. Para darse ánimo, recordó la mirada de admiración de Tyler, mientras la contemplaba con los ojos entrecerrados cuando ella yacía esperándolo con tranquilidad, pero con latidos rápidos y perceptibles que le decían a él todo lo que quería saber.

¿Era eso en realidad lo que él quería? Al acabar, él siempre se apartaba, como si ella le impusiera exigencias sin límite que no estaba dispuesto a satisfacer. Ella había ocultado su desconcierto, sabiendo, pese a su falta de experiencia, que no era un hombre al que le interesara dar explicaciones, que para él la integridad consistía en negarse a aclarar sus intenciones. A ella eso no le importaba mucho, porque se decía a sí misma que esa inescrutabilidad era la característica más evidente de los héroes románticos. Indiferente a la mayoría de los hombres, Maud alimentaba un anhelo profundamente atávico por el más corriente de los estereotipos. Su muy genuina impasividad la había hecho insensible a la clase de flirteos experimentales que practicaban su amiga Julie y otras chicas de su círculo. No estaba disgustada por haberse mantenido virgen, pues creía que era un precio muy bajo a pagar por la grandiosa aventura de amor que siempre había tenido en mente: un hombre, sólo uno, que la satisficiera y consumiera por completo. Este objetivo tan escueto no tenía nada que ver con los planes de matrimonio que tenía para ella su madre, y que ella consideraba burgueses, provincianos. Maud sabía, como si ya los hubiera experimentado, que esos planes incluían un traje de novia blanco comprado en Pronuptia y un desayuno de bodas en el Hôtel de la Cloche, en el cual su tía Germaine sería por fin un accesorio y no la protagonista principal, una invitada y no la *châtelaine*. Y también sabía que su madre consideraría esta celebración, la firma de este contrato, como la conclusión de sus obligaciones maternales, después de lo cual podría incluso producirse un cierto alejamiento

que sería aceptable para ambas partes.

Bajo la fachada de decoro que le habían inculcado en la escuela conventual, Maud había alimentado otras ideas. E incluso ahora se maravillaba de haber podido salirse con la suya, de haber encontrado al misterioso extraño, de haber sucumbido, de haberse transportado de gozo y, al lograrlo, de haber superado la vigilancia de su madre, las fantasías de su madre. Ahora podía contemplar con verdadera pena las fiestas sorpresa que daba Julie, en las que ella se había sentido extraña y, la mayoría de las veces, sin compañía masculina, dado que los jóvenes la consideraban desdeñosa, porque no percibían su soledad o, si la percibían, porque la rechazaban. Su triunfo era todavía absoluto, porque el recuerdo de hacer el amor con Tyler tenía prioridad sobre el hecho de que él estaba ausente, y de que esta ausencia no tenía explicación. En realidad, ella sacó fuerzas del hecho de que no tenía explicación, porque era muy de Tyler el actuar a base de impulsos. Era un hombre libre y ella no le impediría que lo fuera. Todo lo que tenía que hacer era esperar a que regresara. Se había llevado una maleta, pero no toda su ropa. Ésta la mantenía ella a la vista, como para confirmar su regreso.

Sin la activa y urgente presencia de él, tenía en sus manos un montón de tiempo libre, y no se le ocurría otra cosa que salir a dar un paseo andando, porque si no se cansaba físicamente, no podría dormir, y si no dormía se adocenaría y perdería el lustre dorado que era su mayor atractivo. No necesitaba cosméticos, no la tentaban los adornos: la decisión sobre éstos era algo que dejaba siempre en manos de su madre. Su cabello de color dorado oscuro, alborotado, lleno de ondas y rizos, nunca había necesitado los cuidados de un peluquero, y su cejas oscuras se arqueaban de forma natural y altanera por encima de sus ojos de color castaño, ligeramente almendrados. Maud se sentía complacida con su buena figura, sus pechos llenos, que ahora parecían cobrar más plenitud, sus pequeñas manos de uñas ovaladas, cuya manicura realizaba ella misma con tanto esmero. Uno de los recuerdos que siempre tendría de su madre sería las instrucciones que le había dado al respecto. Cuando los domingos por la noche, después de haber ido al cine, se afanaban en el empleo de la lima de uñas y el palito de naranjo, se habían sentido momentáneamente muy unidas. También recordaría las lecciones sobre la importancia del cepillado del cabello, de la

higiene, de la exigencia en cuanto al aspecto general. Estas lecciones eran valiosas para Maud, y le concedía a su madre el reconocimiento que por ello se merecía. Pero se lo merecía a distancia, como si la relación ya no existiera, como si Dijon fuese un lugar que ella había visitado alguna vez y que jamás volvería a ver, excepto en su condición de mujer casada. Reconoció que le daría a su madre esa satisfacción, pero hasta entonces se mantendría en silencio. Porque, pese a una intranquilidad residual causada, según le parecía, por la ausencia de Tyler, ella se sentía muy segura. Pero Ardèche estaba lejos, a un día de viaje desde París. Y él necesitaría quedarse dos o tres días allí. Y había que contar otro día para el viaje de regreso. Por tanto, podría estar ausente durante unos cuatro o cinco días, o más, si se lo estaba pasando bien… Pero con toda seguridad llamaría por teléfono, tal como había prometido, de modo que era mejor que se quedara en el piso el mayor tiempo posible, para no perderse la llamada. Por otra parte, estaba la necesidad igualmente imperiosa de hacer algún ejercicio físico agotador, de manera que ciertos asuntos pudieran resolverse por sí mismos, de forma natural. Sintiéndose rechazada, y con la gabardina de la señora Vermeulen aún puesta, se dejó caer sobre la cama. Ese era otro problema: habría que llevar las sábanas a la lavandería y arreglar el piso. Aunque quisiera encomendarle esas tareas a la portera, no tenía dinero para pagarle. En realidad no tenía ni un franco; su única posesión era el billete de regreso a Dijon. En consecuencia, era más apremiante aún la necesidad de esperar a que Tyler volviera.

Cuando sonó el timbre de la puerta, se le enganchó el pie en el volante de la colcha y tropezó, pensando por un instante que quizás esto podría beneficiarla; luego corrió decididamente por el pasillo en su afán de dar la bienvenida a Tyler. No se dio demasiada cuenta del cambio que sufrió su expresión cuando, al abrir la puerta, se encontró ante Harrison; de todas maneras, era demasiado indiferente a la presencia de Harrison como para hacer el esfuerzo de ser amable.

—Creí que era Tyler —dijo, cuando finalmente notó la decepción en la cara de él.

—Estoy seguro de que Tyler hubiera abierto con la llave —dijo Harrison.

—No —respondió ella—. No se llevó la llave. La encontré en el dormitorio, donde suele dejarla.

—Entonces me parece que no piensa regresar.

—Eso es ridículo. Se ha dejado algunas cosas —añadió Maud, señalando una camisa y una caja de polvos de talco—. De todos modos, dijo que llamaría por teléfono.

—Es necesario que discutamos esto, Maud. ¿Por qué no haces un poco de café? Mira, te he traído esto. —Le pasó una bolsa de cruasanes—. Yo también quiero hacer un par de llamadas.

Ella fue a la cocina y llenó un cazo de agua. Le oyó decir:

—¿Mamá? ¿Cómo estás? ¿Cómo está papá? —Su voz sonaba excitada, entusiasmada—. Estaré en casa este fin de semana —dijo —. Sí, en casa de verdad. Después pondré la tienda en marcha. O por lo menos decidiré qué hacer con ella.

Se produjo entonces un silencio, que Maud imaginó pleno de sabios consejos. Después, Harrison dijo:

—Lo sé, lo sé. Pero, en realidad, todavía no lo he decidido. Supongo que podría intentarlo. Bueno, ya hablaremos de eso. Os quiero a los dos. ¿Bibi aún está en Italia? Muy bien, sí, pero ahora estoy listo para partir. Te veré este fin de semana. Adiós.

¡Qué agradable sonaba cuando hablaba con su madre!, pensó Maud mientras ponía las tazas en una bandeja. Sintió ansiedad por abandonar ese lugar, cuyo propósito parecía repentinamente perdido. Tuvo conciencia de las sábanas arrugadas que cubrían la cama, del polvo que se había acumulado desde la llegada, del olor de los cigarrillos de Tyler en el salón. El aroma del café le produjo un ligero malestar, una sensación que atribuyó rápidamente a haber pasado la noche en vela. En el recibidor, Harrison, que parecía reanimado con la idea de volver a su casa, marcaba otros números de teléfono.

—¿Cook? Soy Harrison. Llamo sólo para hacerle saber que me reuniré con usted el viernes próximo. ¿Va todo bien? ¿Lo hizo? ¡Qué bien!, se lo agradezco mucho. Bueno, lo veré el viernes que viene y entonces decidiremos qué hacer. Excelente, gracias, pero el tiempo ha cambiado. Me alegrará mucho estar de nuevo en casa. Bueno, hasta la semana próxima. Adiós.

Mientras cogía la taza que Maud le ofrecía, él sacudió la cabeza en señal de admiración.

—El empeño de este hombre en considerarse mi empleado no cesa de sorprenderme. Sospecho que ello se debe a que soy joven. Es muy probable que se negara a trabajar para una persona mayor, una persona con autoridad. Y se ha convencido de que yo no presumiré. Tendré que comenzar a pensar qué voy a hacer con él. ¿No te comes uno? —preguntó Harrison, blandiendo un cruasán ante ella.

Ella observó sus fuertes dientes blancos, su forma decidida de comer. Cuando levantaba de esa manera el labio superior parecía menos ingenuo, pensó Maud. Con el tiempo podría llegar a ser un hombre atractivo, pero sólo si no se lo comparaba con otros hombres más prestigiosos. El aspecto y el encanto que poseía eran quizás modestos, pero parecía bueno; a juzgar por lo que ella le había oído decir por teléfono, él no tenía dobleces. Pero, se recordó a sí misma, sólo destaca así por la ausencia de Tyler. Si Tyler estuviera aquí, Harrison se desvanecería en la sombra, como le había sucedido desde que estaban juntos.

—… pensar en regresar a tu casa —le oyó decir, aunque sus pensamientos eran tristes, y su atención, intermitente.

—¿Qué has dicho?

—Dije que deberías pensar en regresar a tu casa. ¿No quieres llamar a tu madre por teléfono?

—Más tarde. La llamaré más tarde, cuando sepa cuánto tiempo más me quedaré aquí.

Él se quedó mirándola.

—Maud, no puedes estar hablando en serio. Tú no crees de verdad que Tyler regresará, ¿no?

—Por supuesto que sí.

—Mi querida amiga. Detesto decirte esto, pero puede no volver. Tyler es impredecible. Al menos lo es con las mujeres. De todos modos, los hombres tienden a no confiar en él. Lo he visto actuar con la mujeres: ellas se le rinden y él, a modo de compensación, las trata mal, aunque debo admitir que a ellas parece no importarles. Pero, en general, son asuntos que acaban mal…

—A ti no te gusta Tyler, ¿no es cierto?

—Me gusta menos de lo que me gustaba. Ahora me pregunto si alguna vez me gustó. Siempre me ha impresionado —¿y a quién no? —. Pero, incluso después de haber pasado tres años juntos en el

mismo colegio, no tenía la sensación de conocerlo. Ahora, tras estas vacaciones, me parece que lo conozco mejor. Se trata sencillamente de que no encuentro entretenidas sus proezas. Tú sabes que es un aguafiestas.

—Estás celoso.

Él lo pensó.

—Sí, quizás lo esté. Pero eso no altera el hecho de que no apruebo la forma en que procede. Si tú lo conocieras tan bien —o tan poco— como yo, no confiarías tanto en su regreso.

Harrison sabía que no estaba siendo justo, y que se resentía de que Tyler le hubiera endosado esa tarea. Pero eso era parte de la condición mítica de Tyler, el dejar las explicaciones de su conducta en manos de otros, pensó Harrison suspirando una vez más con una mezcla de admiración y de resentimiento. ¡Quién pudiera estar tan libre de las ataduras terrenales! Nuevamente se perfiló la tienda en su conciencia, pero la hizo a un lado. Estaba claro que no podría seguir haciendo su vida hasta no haber resuelto el problema de esa pesada chica.

—Tú sabes que Tyler me ama.

—¿Te lo ha dicho?

—Por supuesto.

—Bueno, esa es la parte más fácil. Pero si te ama, puede seguirte a Dijon, ¿no es cierto?

—Yo me quedo aquí. Tú puedes irte, si quieres. No te quedes por mí —añadió Maud con amabilidad.

—Perdóname si soy brusco, pero ¿te dejó dinero?

Ella se volvió, pero antes de hacerlo él pudo ver su repentina palidez.

—Me quedaré contigo, por supuesto —dijo él—. Aunque con una condición. Si Tyler no está aquí a finales de esta semana, cada uno de nosotros se irá a su casa. Y me encargaré de eso aunque tenga que ponerte en el tren yo mismo. Bien, ¿qué te gustaría hacer hoy? —le preguntó, con más gentileza de la que hubiera deseado.

—Me gustaría dar un paseo —dijo ella. Mantenía la cabeza alta, la expresión nuevamente desdeñosa—. Pero no tienes por qué acompañarme.

De pronto, tuvo conciencia de la extrema juventud de ella, y de la suya propia. Pero en lugar de sentir pánico, tuvo un cierto acceso

de simpatía, no sólo hacia ella, sino también hacia sí mismo.

—Te diré lo que haremos —dijo Harrison—. Vamos a recorrer todos los distritos de París que podamos en el tiempo de que disponemos. Caminaremos en una dirección distinta cada día y exploraremos los lugares hasta que nos cansemos. ¿Te gustaría hacer eso?

—Gracias —dijo ella.

Era lo máximo que podía expresar a modo de concesión. Y alzando la cabeza, pasó ante él hacia la puerta. Sintió una oleada de perfume extraño que emanaba de la gabardina de Maud, y también un aguijonazo de pena, además de un disgusto latente. Comenzó a mirarla como una más de las mujeres falibles, las mujeres de Tyler, que parecían dirigirse, en un estado de descontento, hacia los dudosos placeres de la experiencia, tras recuperarse del hecho de que él las había abandonado. Ésta será más difícil, pensó. No obstante, si llegaban al punto de poner a prueba la voluntad de cada uno, él estaba decidido a que prevaleciera la suya. Con Tyler fuera de la escena, esto le pareció enteramente posible.

Durante los dos días siguientes se ajustaron al plan que habían trazado, o que más bien él había trazado para los dos. Él compraba los cruasanes, ella hacía el café; después ella se ponía la gabardina e iniciaban lo que parecía un paseo sin rumbo fijo, durante el cual cada uno iba andando absorto en sus propios pensamientos. No se daban cuenta de lo que les rodeaba, sólo notaban las últimas gotas de lluvia que caían desde algunas hojas altas y la humedad que traspasaba la suela de sus zapatos. Harrison tenía muy en cuenta los zapatos de Maud, manchados y sin forma ya. Sintió una opresión molesta, pero no pudo pensar en abandonarla. Ella caminaba a su lado, en silencio; una vez, él la tomó de la mano, pero pasado un momento ella la retiró. Maud, pese a que estaba contenta con la presencia de Harrison, no tenía nada que contarle. Comenzó a pensar seriamente en su situación, pero volvió a escapar de las implicaciones. Cuando Tyler regrese, pensó, se lo explicaré. Sin embargo, en la rue Saint-Antoine, al final de esa calle principal de París que habían atravesado sin siquiera darse cuenta de lo lejos que habían llegado, sintió miedo, un miedo que no cedió ni ante la expectativa del regreso de Tyler. Permitió que Harrison le pagara las comidas. Sabía que, sin él, hubiera tenido que vivir de lo que

encontrase en la cocina de los Vermeulen. Mientras engullía con rapidez, ávida por comer cuanto pudiera, se sentía satisfecha a la vez que descompuesta. Viéndola comer, Harrison comió menos de lo que en él era habitual.

El tercer día no pasaron de las Tulleries. Las excursiones parecían haberse suspendido, o haber finalizado. El día era gris, inerte. Los turistas, entre los que Harrison se había contado, habían desaparecido en el interior del Louvre, donde había pasado mucho tiempo ansiando encontrar compañía. Ahora anhelaba la soledad, y volver a su casa. No tenía ni idea de qué hacer con esa chica, pero le atraía mirarla mientras ella, de pie y de espaldas a él, estaba rodeada de un laberinto de parterres de inamovible geometría. En la espalda recta de Maud, adivinó una soledad mucho mayor que aquella a la cual él mismo, equivocado tal vez, aspiraba, una revelación que le disgustó. Estaba observándola, cuando ella se giró hacia él y, en su rostro abatido pudo ver, por fin, un indicio de lo que la mantenía presa en París, aparentemente en su poder.

—Maud —le dijo conduciéndola hacia un banco—. ¿Hay algo que quieras decirme?

Ella movió la cabeza en sentido negativo.

—Perdóname por preguntártelo, pero, tomas la píldora ¿no es cierto?

Ella volvió a negar con la cabeza.

—Pero ¿por qué no?

—Hubiera significado ir a ver al médico. Nuestro médico es viejo. Él atendió a mi padre. Nunca hubiera soñado que yo… Verás, no es fácil en Francia. Y, además, yo no sabía que… Bueno, entonces yo no conocía a Tyler.

—¿Y ahora?

—Bueno, por supuesto cuando se lo diga…

Ambos guardaron silencio, mientras él digería esto. Luego le preguntó:

—¿Cuánto atraso llevas?

—Doce días.

—¿Él lo sabe?

—Por supuesto que no. Y no debes decírselo. Yo se lo explicaré cuando venga. Prométeme que no le dirás nada.

—Dudo que llegue a tener la oportunidad de hacerlo —dijo él,

con tanta sequedad como le fue posible. Más que ver sintió que la tarde se oscurecía en torno a ellos, pero en realidad la oscuridad sólo era el presagio de un nuevo chaparrón.

—Él debió de haberte preguntado —dijo Harrison.

—¡Oh, no! Eso lo hubiera arruinado todo.

Él la comprendió, comprendió la necesidad que tenía de entregarse a su amante sin trabas, sin cálculos. El hacer cálculos la hubiera convertido en otra clase de mujer, una mujer práctica, con experiencia, en lugar de la joven deslumbrada en la que se había convertido. Tras su rostro altanero hormigueaban las fantasías normales, entre las que el deseo de ser dominada, de ser controlada, era la de mayor importancia. La había considerado superior y, sin embargo, realmente tenía aún menos experiencia que él. Pero incluso sus ligues sin complicaciones, su escaso cúmulo de conocimientos sexuales, lo habían hecho tomar conciencia de su condición de hombre y de sus responsabilidades, mientras que ella, pensó él, no sabía nada, y pagaba el precio de no saber nada, por deseable que fuese esa ignorancia.

—Tengo frío —dijo él con dificultad—. Tomemos un té. —Y al ver su rostro, pese a no querer mirarlo, añadió en un intento de animarla—: Ven, te llevaré a Angelina. ¿Has estado allí alguna vez?

—¿Qué es Angelina?

—Es un salón de té. Mis padres solían ir allí antes de la guerra. Antes se llamaba Rumpelmayer. Ven —dijo, cogiéndola de la mano —. Está al otro lado de la calle.

La mano de Maud estaba fría, flácida, pero esta vez no la retiró.

En el salón, caluroso y lleno de voces, atendido por omisas camareras de rasgos afilados, se sentaron en silencio. Él trató de mirar en torno suyo, pero fracasó. Sentía que estaba rodeado de mujeres mundanas, y le molestaba el martilleo de sus conversaciones, el pronunciado descenso de sus tenedores en esa profusión de crema y chocolate que había en sus platos. El aire estaba cargado de dulzor. Maud, acurrucada en su gabardina, la cabeza baja, no hacía el menor intento de beber el té. Dos lágrimas se deslizaron por sus mejillas. Haciendo un esfuerzo, se las enjugó, se sentó derecha y recuperó su compostura. Harrison, mirándola con disimulo, sintió un gran alivio al ver que volvía a mostrar su antiguo aire decidido. No obstante, se dio cuenta de que ella apenas

notaba su presencia, y se sorprendió al descubrir cuánto le afectaba eso.

—¿Nos vamos? —preguntó ella.

—¿Adónde quieres ir?

—Al piso. Estoy cansada. ¿Tú no estás cansado? Me gustaría acostarme un rato.

Mas, a pesar de la fatiga que ahora él sentía tanto como ella, fueron andando por los Champs-Elysées, sin pronunciar una sola palabra. En un momento notó que a ella se le escapaban más lágrimas, que se enjugaba casi con rabia. Ella lo cogió del brazo, pero él pensó que sólo se debía a que estaba cansada. Se dio cuenta de que ella tenía la cara fría, y el cabello salpicado de gotas de humedad.

—Deberías tomar un baño caliente —dijo Harrison, mientras cerraba la puerta del piso tras él.

—Sí. Sí, creo que lo tomaré. ¿Y tú qué harás? ¿Te irás arriba?

—No. Me quedaré un rato por aquí.

Ella desapareció. Él se sentó en el salón, tratando de no ver la mancha húmeda que habían dejado sus zapatos en la alfombra amarilla. Quería pedir ayuda, pero no sabía a quién recurrir. Tyler era demasiado inteligente como para haber dejado un número de teléfono al que poder llamarlo. Sintió hacia él un odio inmenso. Quizás siempre lo había odiado. No, eso no era verdad. Le había gustado, le había divertido, aunque siempre había sabido que no debía confiar en él. Y le hubiera seguido gustando, le hubiera seguido divirtiendo, si no hubiera surgido esta situación. Y de esta situación, Maud era tan culpable como Tyler. Trató de odiar a Maud, y por un momento lo consiguió. Pero después recordó la figura temblorosa de ella a su lado, cuando atacaba con decisión un trozo de pastel en el salón de té, esperando que ella hiciera otro tanto con el suyo. ¡Qué fiasco de invitación!, pensó, con una sonrisa desvaída.

Era mucha la ansiedad que sentía por dejar todo esto e irse a casa, pero cuando Maud lo llamó desde el dormitorio, se levantó con rapidez y fue a su encuentro. Él pudo ver que, bajo la sábana, ella estaba desnuda. Cuando ella le tendió los brazos, él hincó una rodilla junto a la cama y la incorporó. La atrajo hacia sí y la abrazó, con torpeza al comienzo, pero luego con creciente excitación.

Cuando ella lo besó, él devolvió el beso, sintiendo las lágrimas en el rostro de ella. La tristeza que sintió no lo tomó por sorpresa. Si de algo tenía conciencia, era del descenso hacia una condición aún más solitaria. En ese momento, y durante algún tiempo después, no identificó esa sensación con el amor.

Con delicadeza, con toda la delicadeza de que fue capaz, la apartó, se desprendió de ella.

—No tienes por qué hacer esto —dijo él—. Me casaré contigo.

Más tarde, yacían tendidos, muy quietos, uno junto al otro.

—¿Sabías que sucedería esto? —preguntó él—. ¿Lo hiciste con intención?

—No lo sabía —respondió.

Y él la creyó, porque ¿no era la ignorancia algo esencial en su conducta?

La incorporó y la miró, miró ese cuerpo pleno e inalterado aún, el rostro tan marcado por el dolor. Se enamoró de ella en ese momento, o supuso que eso era enamorarse, aunque para él era un momento triste, lleno de remordimiento. Vio con alivio que el rostro de Maud había recuperado su color, aunque tenía unas líneas alrededor de la boca. Vio cuál sería su aspecto cuando fuera mayor, como supuso que la vería con el transcurso del tiempo que pasarían juntos.

—¿Llamarás a tu madre? —dijo él, y al ver que comenzaban de nuevo las lágrimas añadió—: No te preocupes. Yo cuidaré de ti.

Lo que los unía en ese momento era una sensación de madurez no buscada, de compromiso irrevocable y necesario. Habían alcanzado el decisivo momento psicológico en el cual el amor e incluso la confianza eran irrelevantes. Él era consciente de su camisa arrugada; ella, de su desnudez. Ella volvió a acostarse, sintiendo que debía cubrirse. No entendía del todo lo que había hecho, sólo sabía que la había guiado el instinto. Se sentía como Eva después de haber pecado, y recordó la afligida figura agonizante del fresco de Masaccio que Jean Bell, una aburrida tarde en Dijon, le había explicado vivamente, acariciando la lámina contenida en un libro de su padre sobre Florencia que, con tanta alegría, había descubierto Jean en los anaqueles de Pierre-Yves. El libro había estado cerrado durante años, dado que ni Maud ni su madre habían tenido el suficiente interés como para abrirlo. La Eva

de Masaccio parecía transida de dolor, su boca aparentemente abierta en lo que no podía ser otra cosa que un alarido. En pocos segundos, Maud comprendió cómo se reacciona ante lo inalterable. Y mientras ponderaba este nuevo conocimiento, las lágrimas corrían silenciosas por su rostro. Sabía que Harrison estaba allí, en silencio, junto a la cama y, en su interior, le agradeció el silencio, el que no insistiera en que lo mirara a los ojos. Poco a poco sintió más calor, cayó en un letargo y, mientras se dejaba invadir por el sueño, tuvo conciencia de un hecho, un hecho que no podía eludir. Cuando él la había tenido en sus brazos y la había penetrado, ella no había sentido nada, a pesar de notar su erección. Y así serían las cosas en adelante. Ella lo había intentado y, en algún momento, lo había logrado, pero ahora no recordaba si sus actos habían sido voluntarios o no. A medida que se entregaba a la inconsciencia del sueño supo que, de verdad, no podía decidir nada al respecto. Aunque hubiera actuado de modo involuntario, el hecho era que había actuado. No tenía nada que reprocharle a Harrison. Él se había comportado de manera completamente honorable. No tenía la culpa de no ser Tyler: los cuerpos no son intercambiables, y tampoco lo son los sentimientos. Pero ella no había sentido nada, y la única alternativa a esta realidad era la inconsciencia más profunda a la que ahora se entregaba.

Cuando despertó, vio a Harrison otra vez de pie junto a la cama, ¿o se había quedado allí todo el tiempo? Él se sentó junto a ella y, con una mano torpe, le apartó el cabello que le caía sobre la cara. Ella apeló a su fuerza de voluntad para no apartarse de él.

—He preparado café —dijo él—. ¿Quieres una taza?

Asintió y se sentó en la cama, estirando la sábana para cubrir su desnudez. Bebió el café, notando que el calor la sofocaba, casi como si fuera un rubor, y se sintió desconcertada.

—Dime algo —le pidió a Harrison.

—Dentro de un momento, cuando hayas terminado el café, llamaré por teléfono a mi madre. Mi madre te gustará, le gusta a todo el mundo. Y mi padre también. Y mi hermana. Te encantará Bibi. Tendrás que hablar con ellos. ¿Podrás hacerlo?

—Todavía no —dijo ella.

—Pero tendrás que conocerlos.

—Por supuesto. Y supongo que tú tendrás que hablar con mi

madre. ¿Te acuerdas de ella? ¡Oh, por supuesto que te acuerdas! —Maud sonrió levemente—. A ti no te gusta mi madre.

—No, en realidad no me gusta. Pero como viviremos en Londres, no tiene mayor importancia.

—Cuéntame algo sobre tu casa.

—Bien, mi verdadera casa, la casa donde vive mi familia, está junto al mar. En Londres sólo tengo un piso alquilado. Pero eso puede modificarse. En realidad, si tú quieres, puedo empezar a buscar uno más grande antes de que vengas a reunirte conmigo. Ya sabes que primero deberás ir a Dijon. Después de hablar con mi madre será mejor que llames a la tuya. Sabes que tienes que hacerlo ¿no? Después de todo, ahora hay que tener muy en cuenta el tiempo, ¿no es verdad?

—Sí —dijo ella con un suspiro.

—Será mejor que te vistas —dijo él, recogiendo las tazas.

Estaba absurdamente triste. Soy demasiado joven para esto, pensó. No estoy hecho para ser un hombre casado. Me iba a largar a ver mundo cuando pudiese reunir el coraje necesario, pero me ha hecho falta más coraje aún para hacer esto. Al tiempo que reflexionaba así recordó el cuerpo de Maud, y supo que nunca la dejaría escapar. Sabía que ella no le quería, había sabido que nunca le querría al observarla cuando estaba con Tyler. Eso era amor, flagrante, desenfadado, el verdadero amor. En el fondo de su corazón, detrás de la tristeza, Harrison tenía el ligero sentimiento de que se le negaba algo, y decidió suprimir esta sensación durante todo el tiempo que su decencia le permitiera. La respetaría, no actuaría como Tyler, que no aceptaba la desgana, ni el rechazo, ni ninguna reacción que implicara cautela, duda. No había heredado una mujer violada. Ella se había entregado llena de decisión, llena de impaciencia. Aunque no a él. Había sabido leer la desesperación de ella cuando la había tomado en sus brazos. Pero en su mente había quedado grabada la imagen de ella tendiéndole los brazos, no con amor, pero sí con anhelo. Y sobre esa imagen construiría la relación.

Maud, que lavaba las tazas en la cocina, lo oyó hablar por teléfono.

—Sí, es muy repentino, pero sé que Maud te gustará. Sí, no es corriente ¿no es cierto? —Ella intuyó la excitación en el otro

extremo de la línea, en esa casa junto al mar—. Tendremos que casarnos en Dijon, por supuesto. Oh, creo que bastante pronto. Dile a papá que cuento con él. Oh, la semana próxima. Te lo explicaré todo entonces. Abrazos para todos. Adiós.

Juzgó prudente quedarse en la cocina mientras Maud llamaba a su madre por teléfono. Después de lo que supuso que eran los reproches habituales, oyó, con toda claridad, la excitante pregunta:

—¿Tyler? No, mamá —dijo Maud con cansancio—. Edward… El otro.

No esperó a oír nada más. Tiró al suelo el paño de secar los platos y, franqueando de una zancada la distancia hasta la puerta principal, la abrió, incendiado de ira. Luego se volvió dispuesto a enfrentarse con ella, pero se encontró con más lágrimas.

—No sé por qué lloro —sollozó Maud—. Nunca lloro.

Podía creerla, porque nunca le había visto ninguna expresión, como no fuera la del ardor que le producía la presencia de Tyler. Pasó con desgana un brazo alrededor de ella y sintió en la mano la suavidad de sus senos al rozarlos. Se quedaron sentados, juntos, sin decir una palabra, en medio de la tarde que se desvanecía, hasta que ella se tranquilizó. Por último, ella lanzó un largo suspiro. Cuando él levantó la vista se encontró con Tyler, muy moreno, de pie en el vano de la puerta.

—Vaya, vaya —dijo Tyler—. Veo que habéis estado ocupados.

Harrison cogió de su bolsillo la llave de su habitación.

—Vete arriba, Maud, y espérame allí. Vamos, ve —dijo—. Me reuniré contigo después.

Ella miró la llave que tenía en la mano, después miró a Tyler, esperando que él dijese algo. Luego, como él no dijo nada, se levantó y se fue sin pronunciar ni una palabra.

—Por cierto —dijo Tyler, a la vez que tiraba la maleta sobre la cama—, veo que no has perdido el tiempo ¿no?

—Maud y yo vamos a casarnos —dijo Harrison.

Una expresión complicada, en la que pudo ver ira y alivio, cubrió la cara de Tyler, pero se desvaneció con la misma rapidez con que había aparecido.

—¿Y después qué harás con ella? ¿Llevarla a esa tienda que tienes? ¿Cuánto tiempo crees tú que ella aguantará eso?

—¡Serás cabrón, Tyler!

—Tú sabes lo que significa esto, ¿no? Celos, puros celos. Tú querías lo que yo ya tenía. Bien, déjame decirte que dudo que lo obtengas.

—Tú nunca la quisiste. Tú nunca has querido a nadie. Dudo de que puedas amar a una mujer al extremo de hacerte cargo de ella.

Ira, pensó Harrison. Había sido ira. Pero también había sido alivio. Lo que indicaba que la estancia en Ardèche había sido una retirada táctica. No obstante, el rostro de Tyler estaba pálido como jamás lo había visto.

—Nos iremos mañana.

—Sí —dijo Tyler, mirando por la ventana—. Es hora de empezar a moverse.

—Tú te quedarás aquí. Eso te dará la oportunidad de limpiar el piso. Habrá que cambiar las sábanas de la cama. Y podrías pensar en hacer limpiar la alfombra. Tendrás que consultar a tu amiga, la portera, acerca de eso. Tal vez consigas que te eche una mano.

Tyler sonrió.

—Esto es una cuestión entre tú y yo, ¿no es cierto, Noddy?

—Hay una lavandería en la esquina. Creo que con unos miles de francos cubrirás los gastos. Con todo gusto te dejaré algo de dinero, si es que el viaje a Ardèche te dejó sin blanca.

—Me odias, ¿no es cierto?

—No quiero volver a verte jamás.

—Creí que éramos amigos.

—Lo éramos.

Ese era el meollo de la cuestión. Se quedaron mirándose uno al otro en medio de la oscuridad de la habitación. Ninguno de los dos pensó en encender la luz. En la calle, al otro lado de la ventana, podían oírse los ruidos normales de un día cualquiera. La expresión de Tyler, que Harrison podía ver con claridad pese a la oscuridad, era de pesar. Pero Harrison ya había visto esa sonrisa pesarosa cuando abandonaba a una mujer, como hacía con tanta frecuencia. Se llevó la mano a la cabeza y, con cierta dificultad, dijo:

—No creo que volvamos a vernos. Yo regresaré a mi tienda, como has dicho, y tú sin duda a una carrera floreciente en… ¿qué era lo que dijiste? ¿Publicidad? Te irá bien en eso. Eres particularmente bueno para la publicidad. Después de todo, son los demás los que tienen que tomar las decisiones.

—Los clientes —dijo Tyler, con una sonrisa.

—Los clientes, que de todas maneras son quienes tienen la última palabra.

—Nunca pensé que fueras capaz de esto, ¿sabes?

—Tal vez ese haya sido tu error.

—Es posible. Aunque la historia no termina aquí.

—En lo que a ti concierne, acaba aquí.

Tyler se volvió con aparente desinterés.

—¿Os quedaréis esta noche?

—Iremos a un hotel. De todas maneras detesto este lugar. Mañana pondré a Maud en un tren a Dijon, y luego cogeré un avión a Londres. Tú puedes quedarte todo el tiempo que te dé la gana.

—Oh, no me quedaré más. Es una pena que no podamos ser amigos.

Era una pena, pensó Harrison. De alguna manera, él había querido a Tyler, aunque también le había disgustado. Ahora lo miró de frente, consciente de que la ira había desaparecido. Tyler tenía la cabeza gacha, parecía pensativo, arrepentido. Pero, incluso en esta circunstancia, Harrison vio que su esplendor físico no lo había abandonado, y también vio que Tyler lo sabía, que comparaba su cuerpo alto con el más bajo de Harrison, su cabeza de fina estampa con la cara inconspicua de Harrison, hasta su elegancia natural con la pulcra americana de Harrison. Éste se dio cuenta de que estaba sudando, de que necesitaba tomar un baño. Pero era imposible pensar en tomarlo allí. Enderezó lentamente la espalda, reunió las escasas fuerzas que le quedaban y recogió las cosas de Maud.

—Esa gabardina tendrá que ir a la tintorería —dijo.

—Será mejor que me despida de Maud, ¿no?

—Ni lo sueñes.

—Pero quizás ella quiera despedirse de mí.

—Adiós, Tyler.

Impulsivamente, Harrison le tendió la mano.

Tyler se rió.

—Si así lo quieres —dijo estrechándosela—. Querido Noddy. ¡Si pudieras verte la cara!

—Está así por culpa tuya —dijo Harrison, y lo dijo lamentándolo de verdad—. Adiós.

Tras lo cual salió del piso con aire seguro, pero cuando estuvo

en la escalera no se sorprendió al darse cuenta de que temblaba.

Al día siguiente, en medio del ruido y la confusión de la Gare de Lyon, sujetaba firmemente del brazo a Maud, al igual que un marido, si eso es lo que hacían los maridos.

—Estarás bien —dijo él—. Podrás tomar un café en el tren.

Ella lo miró como si apenas pudiese recordar quién era. Cuando sonó la señal de partida, él tuvo que meterla en el tren empujándola. Luego se quedó en la plataforma, agradeciendo la circunstancia de que no hubiera necesidad de decir nada más. Ella se asomó, ansiosa, sabiendo que él la abandonaba a su suerte. Cuando el tren comenzó a moverse lentamente, vio que ella se había dado la vuelta, la vio retirarse dándole la espalda. Pero luego se giró y, tímidamente, levantó un brazo. Antes de que ella desapareciera de su vista, él tuvo tiempo de desear que no pasara frío con esa blusa tan fina, sin abrigo.

9

En el tren, Maud recuperó su compostura hasta un punto que no hubiera creído posible. Logró la impasividad que tenía en ese momento mediante una suerte de regresión voluntaria, en la cual tenía la edad que en realidad tenía, pero libre de la existencia de Harrison, e incluso de Tyler, y todo lo que podía contemplar era la presencia asexuada de un amable compañero que tenía un ligero parecido con su primo Xavier. Sentada con las manos cruzadas sobre el regazo, sus imágenes de felicidad eran bien definidas: se veía a sí misma envuelta en una búsqueda inofensiva o infantil, comiendo helados o sentada bajo el sol, o acostada en su cama alta y angosta de la rue des Dames Blanches. Si se le cruzó por la mente el recuerdo de su boda próxima, fue sólo de manera distante, como si se tratase de una fantasía ajena. La fantasía pertenecía a su madre, y tenía importancia sólo en la medida en que tenía importancia su madre en este extraño estado mental de regresión. Maud estaba dispuesta a soportar a su madre como elemento de fondo, como principio orientador, como el genio que presidía una cierta economía doméstica que debería haberla preparado para un destino totalmente predecible. Como ese destino se había alterado de manera imprevista, Maud no entendía qué hacía ella en un escenario en el que ella era el personaje principal. Deseó, a modo de ensueño, librarse de su madre y también de su novio putativo, a quienes veía místicamente aliados: deseó estar sola, y soltera, y libre, por encima de todo, libre, libre de andar por una calle y saber que nadie vigilaba sus movimientos, que nadie esperaba que volviese a un orden al que ya había renunciado, libre de tener que llamar por teléfono o conversar con amigas, libre como para desaparecer si fuera necesario.

Para deshacerse de la vigilancia de su madre, tendría que ir a Londres y casarse con Edward. Para desaparecer de la vida de Edward, tendría que quedarse en Dijon al amparo de su madre, quien defendería sus actos en la medida en que considerase que su hija estaba a punto de casarse con el hombre equivocado. Maud conocía las necesidades y los deseos de su madre. Sabía que su matrimonio pondría fin a ese exagerado estado de preparación que ambas encontraban intolerable. ¡Cuán a menudo se había estremecido al sentir la mano de su madre sobre la espalda, empujándola hacia adelante para que diera la bienvenida a algún hombre, a cualquier hombre, incluso al viejo médico de la familia, incluso a Xavier (especialmente a Xavier), y al oír la voz de su madre exagerando los escasos éxitos logrados por ella! Pero también había visto la sonrisa aviesa y los ojos bajos de esa madre ante la presencia de Tyler, y sabía que no podía ofrecerle un premio mejor que Tyler como yerno. A esa mujer casta, con su larga historia de viudez, la contemplación de la peculiar forma de masculinidad de Tyler le había producido una emoción especulativa; cuanto más peligroso, cuanto más anárquico era Tyler, mayor era la satisfacción que encontraba en lo que podía ser sólo un ejercicio de la imaginación, pero que de todos modos era emocionante por esa misma razón. Y tenerlo en la familia, poder contar con él de cuando en cuando y, sobre todo, haberlo rescatado de la esfera de influencia de Germaine, hubiera sido un triunfo que le compensaría las innumerables privaciones inmerecidas, por no mencionar las tímidas comodidades que contemplaba para su vejez.

Pero en esto no puedo ayudarte, madre, pensó Maud; de alguna manera todo salió mal. Vio que el tren partía de Sens y calculó que estaba a medio camino de su casa, esa casa a la que no tenía ganas de llegar, ya que estaría llena de implicaciones familiares, y en ese momento su único deseo era no tener ataduras de ninguna clase. Si fuera libre, que no lo era, hubiera llegado a la rue de Dames Blanches, se hubiera mudado de ropa y hubiera vuelto a salir de inmediato, tal vez a sentarse en un salón de té a tomar pasteles, o errar por las calles, mirar los escaparates, sin tener que rendir cuentas a nadie nunca más. A su madre la destinaba a otro lugar, a alguna soleada residencia de ancianos, quizás en el sur, donde no tuviera ningún poder. Los días pasarían tranquilos; no sucedería

nada. Este sueño de irresponsabilidad era tan engañoso que produjo una sonrisa desvaída en ese rostro que ya había adquirido el aspecto de máscara impasible que le conocía la mayor parte de la gente. París se borró de su memoria como si nunca hubiera existido. La ciudad la había traicionado, esa era su impresión, y no quería saber nada más de ella.

Si se acordaba de su boda, aunque fuese fugazmente, la veía como algo provisional, algo de lo cual podría escapar con la misma naturalidad con que podía despertarse de un sueño. A su juicio, no tenía mayor sentido que fuera a Londres, puesto que no se quedaría allí. La absoluta inadmisibilidad de la situación era tratada por Maud con una especie de pensamiento mágico que encontraba plenamente reconfortante. A la vez, tenía conciencia de lo tiernos que tenía los pechos y de lo manchados y arruinados que tenía los zapatos. Pero no le quedaba dinero, esa era la verdad. Ni siquiera hubiera podido pagarse una noche de hotel, como la que había pasado con Edward. De alguna manera asociaba la seguridad con Edward, a quien atribuía el tener mucho dinero puesto que le había costeado todo, y la inseguridad, con su madre, a quien sabía orgullosa pero de escasos medios. Había compartido la habitación del hotel con Edward, pero él no la tocó, delicadeza que ella le había agradecido mucho. Después de cenar, su malestar había sido tan grande que se hubiera sentido agradecida con cualquiera que le hubiera permitido irse a la cama y dormir, incluido Tyler, si fuese posible imaginarse a Tyler capaz de tal consideración. A la mañana siguiente se había sentido mejor, incluso había disfrutado de la novedad de tomar el desayuno en la habitación, había apreciado la discreción de Edward, aunque veía que la miraba con demasiada insistencia, y cuando ya estaba en el tren había tratado de olvidarse de él y, en cierta medida, lo había logrado.

Pero esa imagen de despreocupación, que inicialmente había sido tan seductora, no ocultaba del todo el hecho de que tenía un malestar físico, y que hacía días que lo tenía. Si tuviera dinero, sabría qué hacer, o mejor dicho, le preguntaría a Julie qué debía hacer y adonde debía acudir. Ahora se sentía desamparada, y se preguntó si su sueño de independencia era totalmente inofensivo o, más bien, un especie de parodia de su situación actual. Antes de dejar el hotel, se había preguntado si sería posible quedarse allí

hasta que lo que ella consideraba como su problema fuera resuelto, o se resolviera por sí mismo. Pero no podía pedirle dinero a Edward; necesitaba escapar de su rostro lleno de ansiedad, de su lamentable expresión de algo que no era un franco deseo, sino más bien una preocupación general, tal como la que podía expresar un marido tras muchos años de matrimonio.

Sabía que él había tenido un acto de arrojo al declararle su intención de casarse con ella, pero no podía apreciar el acto en todo su valor. Tuvo una vaga idea de que era deplorable de su parte, una aberración de conducta, pero se dio cuenta de que ya no podía considerarse a sí misma una persona honorable, y no porque se hubiera enamorado de Tyler, sino porque no había logrado que él la amase. Si algo sentía era vergüenza por no traer consigo a Tyler como premio para su madre. Y el resultado de su aventura amorosa era esta fugaz sensación de irrealidad. ¿Cómo era posible que hubiera sentido tanto entonces y tan poco ahora? Al parecer, su vida amorosa, su vida como mujer, estaba acabada y lo restante sería un simulacro de madurez que tendría que asumir pronto. Para que ello fuera posible, necesitaría una gran dosis de dignidad y de control de sí misma. No obstante, lo que deseaba para sí era un mayor grado de irresponsabilidad, una forma de irresponsabilidad en la que se desvanecieran sus deberes y desaparecieran sus obligaciones.

Mirándose los zapatos estimó que le permitirían llegar a su casa, pero que entonces tendría que tirarlos. El recuerdo de esos días que había pasado andando con Edward comenzaba a borrarse, sólo los zapatos se los evocaban. Lo que recordaba de París era la humedad grisácea de los últimos días. Los calores de sus primeras noches en la rue Laugier, así como el sol radiante que los había fascinado a todos en La Gaillarderie, habían desaparecido, vencidos por las certidumbres más frías del cercano otoño, que reflejaba por completo su propia situación. Contempló todo como si fuese una ficción, una travesura de los antiguos dioses, que habían pintado el mundo con los colores seductores del verano con el fin de tentarla y luego, repentinamente, habían puesto su interés en algún otro mortal, dejándola con los zapatos destrozados y abandonada. Pese a que estos dioses no tenían piedad, de alguna manera era apropiado invocarlos, puesto que Tyler representaba tan hermosamente el

papel de Apolo, a quien Maud imaginaba con la misma cara dorada, bordeada de rayos puntiagudos, del reloj del salón de su madre. Tyler era, sin duda, un ser mítico, un ser que formaba parte de esa compañía ancestral, y ella sabía que aunque ahora su sangre ya no bullía —de hecho, estaba fría—, jamás culparía a Tyler por el legado que le había dejado. La revelación de Tyler había sido tal que ella podía ser tolerante con su propia debilidad: si no era la actual compañera de Tyler era porque ella había fracasado, y había fracasado no por una razón mundana, sino por ser terrenal, obediente a los ritmos más prosaicos, porque ella era simplemente una de las tantas personas cuyo destino es ser visitada por un ser trascendente y, luego, abandonada a la contemplación de su condición de proscrita.

Por la misma razón, ella sabía que ya había gozado lo mejor de todo lo que existía, y que poseía, si deseaba utilizarlo, el conocimiento de cómo complacer y ser complacida en el acto de amar. Se sintió inconmensurablemente más vieja que cualquiera de sus amigas, que Julie, con sus cotilleos y sus fiestas, y por cierto, que Jean Bell, con su inescrutable entusiasmo por los artefactos. La única persona ante la cual no se sentía superior era su madre, cuyos secretos sobre el amor estaban guardados bajo llave desde hacía tanto tiempo y a quien la viudez había devuelto una apariencia de virginidad. Y también le había devuelto el recuerdo de ésta, y los días opacos y totalmente predictibles, sin ni siquiera un asomo de esa alegría espontánea que alguna vez aligerara sus pasos. Pero Maud comprendía esa condición, comprendía lo que una vez su madre había aceptado sin pensar. Ella misma, si tuviera la ocasión, desearía volver a una situación no muy alejada de la virginidad. Había conocido el amor, o más bien la pasión, y ahora deseaba recuperar su anterior invulnerabilidad, su integridad física, que tan comprometida estaba. Si estaba destinada a ser una simple mortal, la receptora inmerecida de la atención de su amante transitorio, prefería vivir en una ficción y ser devuelta al estado de ingravidez en el que había pasado su existencia anterior y los verdaderos años de su vida real.

La única persona que no encajaba en este mundo de ficción era Edward, con su único episodio de bondad quijotesca y esa expresión furtiva, exenta de heroísmo en sí, que ella ya había visto con

demasiada frecuencia. Edward era el pastor fiel que había en la *toile de Jouy* que cubría las paredes de su dormitorio en La Gaillarderie, siempre observando por entre la maleza a la durmiente pastora, cuya encantadora sonrisa era una elocuente señal de sus actividades recientes. Esas actividades, repetidas en óvalos hasta donde pudiera alcanzar la vista, nunca incluían al pastor, de cara honesta y pantalones bastos. De la misma forma la amaría Edward, pero ella no lo amaría nunca. Su amor apenas la rozaría, ya que sus pensamientos estarían dirigidos por completo a otras cosas, principalmente a los recuerdos, que ella veía como un repositorio adecuado para sus deseos —sus antiguos deseos—, y para una soledad que, por prudencia, no podía pedirle a él que compartiera.

Hacía frío en Dijon, y las hojas ya empezaban a caer. Cuando llegó a la rue de Dames Blanches, la suela de uno de los zapatos se desprendió y golpeteaba contra el pavimento. Estaba ansiosa por lavarse la cara con agua fría y cambiarse la ropa. Cuando abrió la puerta del piso y vio a su madre luciendo un vestido de seda, que solía reservar para ocasiones más formales, se sintió andrajosa, abatida, consciente de su gastada falda de algodón, de la piel de gallina que le cubría los brazos fríos. Por el contrario, su madre estaba estupenda. Podría haber estado preparándose para una boda. Había olor a pollo asado, lo que la hizo sentirse indispuesta. Le dio un beso a Nadine y, señalando con un gesto su aspecto desaliñado, se dirigió al cuarto de baño. Los repetidos lavados de cara con agua caliente y fría la ayudaron a recuperar su equilibrio, y un sencillo vestido de algodón azul, su apariencia. Mas, pese a todo, se sentó a la mesa en un estado un poco aprensivo.

—Dijiste que ibas a contraer matrimonio. ¿Me lo tengo que creer?

—Es verdad, mamá. Voy a casarme con Edward Harrison. Lo conociste en La Gaillarderie.

—¿Y cuándo decidisteis esto?

—Oh, fue muy repentino.

—Debo confesarte que apenas me acuerdo de Harrison.

—Es muy bueno, mamá.

—¿Y eso es suficiente? ¿La bondad?

—Sí —dijo Maud, sintiendo que estaba a punto de llorar otra vez.

—En cierto modo, esto me tranquiliza —dijo Nadine mientras apoyaba su tenedor en el plato con delicadeza—. Tras vuestra partida hubo una atmósfera muy desagradable. Germaine me preguntó qué tenía yo en la cabeza dejándote ir así.

—Por cierto, mamá, estamos en 1971. Y no soy una criatura.

—Ninguna chica bien criada, y espero que tú lo seas, Maud, se iría con dos hombres a quienes apenas conoce.

—Pero entonces ¿por qué no lo impediste?

—Me di cuenta de que estabas enamorada. Todos nos dimos cuenta. Eso fue lo que conmovió a Germaine. Ella creía que tú deberías haberte quedado conmigo, y dejar que esos dos chicos se fueran solos.

—¿Qué cambia todo eso ahora? —preguntó Maud, cansada.

—Tal vez tú no lo sepas, pero Germaine nos ayuda financieramente de cuando en cuando. Nunca nos hemos llevado bien, pero hay que admitir que cumple su papel. El que ella desapruebe tu conducta y, por tanto, la mía, es muy grave. Tras partir vosotros, tuvimos una gran pelea.

—Entonces no entiendo cómo las dos me dejásteis ir.

—Estábamos cenando. Nadie discute mientras está cenando.

Hubo un silencio. Nadine retiró los platos y trajo el pollo en una fuente.

—Yo debería haber hecho lo mismo —dijo.

Maud la miró sorprendida.

—¿Lo hubieras hecho? ¿Por qué?

—Hija querida; no soy tonta. Me di cuenta de lo que había sucedido entre Tyler y tú. Recuerda que yo también fui joven. Ni siquiera soy vieja ahora. Yo hubiera seguido a un hombre como Tyler, si él lo hubiera permitido. Y también Germaine, por supuesto. Uno no se encuentra con un Tyler muy a menudo en esta vida.

—¿Quieres decir que…?

—Tyler es un hombre que hace que las mujeres lo amen y a quien éstas le perdonan muchas cosas. Espero que lo hayas disfrutado. También espero que puedas olvidarlo. La vida debe volver a su curso. Germaine estaba fuera de sí al ver que yo podía tener semejantes ideas, aunque ella también estaba ligeramente afectada. Nos afectó a todos. Germaine es más convencional que yo y, por tanto, insiste mucho más en la buena conducta. Pero como es

natural, cuando la llamé para decirle que te casabas, se tranquilizó de inmediato. Particularmente cuando le dije que no te casabas con Tyler, sino con el otro.

—Mamá, se llama Edward.

—Supongo que tendré que conocerlo más a fondo. ¿Por qué no te acompañó hasta aquí?

—Dijo que quería adelantarse y buscar un piso para los dos. Llamará por teléfono en cualquier momento.

—¿Tú quieres casarte con él?

—Por supuesto. Al menos…

—Cariño, no hay al menos que valga. Nos lo debes, a todos. No te has portado bien. Pusiste en peligro mi vida, y la tuya también.

Nadine recordó la escena en la terraza, después de que el coche se hubo ido. El recuerdo no era agradable: dos mujeres de mediana edad acusándose mutuamente de comportamiento inadecuado, después, de celos, mientras Xavier, turbado, intentaba calmarlas. Finalmente las había dejado que discutieran y se había retirado, disgustado. Nadine pudo ver que también él estaba conmovido, pero conmovido por el abuso de hospitalidad, porque sabía que él tenía conocimiento de las citas amorosas en el desván, mientras que, afortunadamente, Germaine no lo tenía. Ella vio la expresión de Xavier, sorprendido ante la necedad de su madre, pero decidido a no dejárselo notar. Nadine vio la decepción de él, su desacuerdo. En un raro estado de lucidez, provocado por este inusual intercambio de antagonismos, pudo ver que a Xavier le hubiera encantado acompañar a Tyler a París solo. Cuando Xavier se fue, con una expresión de disgusto, ella supo lo que sentía: horror por el espectáculo que daban dos mujeres peleando y, de hecho, peleando por el mismo hombre.

Si bien Nadine reconoció los sentimientos de Xavier, no podía saber que él mantenía viva en su mente la escena que no había presenciado, pero en la que sentía envuelto: Maud y Tyler haciendo el amor una tarde calurosa. Nadine no sabía que él imaginaba otras escenas de amor, aunque sí sabía que Tyler tenía el don peculiar de suscitar ese tipo de imaginaciones. Germaine se había visto afectada por la atmósfera de sensualidad, pero dado que era una mujer muy inocente no sabía que era posible pasar de la especulación a la acción. Nadine se imaginaba a su hermana en la cama, por las

noches, repasando con una sonrisa en la cara los eventos del día, o más bien aquellos que había presenciado. Nadine sabía que Xavier no la quería, que la consideraba inservible como madre, hermana y tía. Pero había tenido un deseo irresistible de derrotar a su hermana combatiendo sus pretensiones, ya que esa hermana no le permitía tener ninguna pretensión propia, y aun corriendo el riesgo de perderlo todo, había sentido un placer salvaje, no por Maud, cuya defensa había asumido con decisión, sino por ella misma.

—Germaine quería saber la fecha de la boda —dijo, limpiándose los labios con una de las mejores servilletas de hilo sacadas para la ocasión—. Me figuro que no habrá prisa alguna. Necesitaremos tiempo para enviar las invitaciones. Y ya he hablado con los del Hotel de la Cloche. Como sabes, hay que hacer la reserva con mucha anticipación.

—Queremos casarnos en la intimidad, mamá.

—¿Por qué?

En la fulgurante mirada que su madre le echó por encima de la mesa se podía leer una sospecha, cuya confirmación Maud debía evitar a toda costa. Maud comió el último trozo de pollo con fruición, aunque se sentía cansada e indispuesta. La noche en el hotel, el viaje en tren y ahora esta conversación la habían agotado: sólo deseaba irse, alejarse del sonido de la voz de su madre. Por un momento, el matrimonio le pareció una posibilidad real, más aún, una salida deseable.

—Queremos casarnos pronto y en la intimidad. No hay ninguna necesidad de gastar dinero. De todos modos, no podemos permitírnoslo.

—¿Pero es que no te lo he dicho? Germaine ha sido muy generosa. Como dije antes, nos reconciliamos cuando le conté que te casarías con el señor Harrison.

—Edward, mamá.

—Edward. Un sencillo vestido blanco, pensé, y un buen traje para el viaje. No puedes casarte antes de un mes. Por fortuna, en general octubre es un buen mes. Lo menos que le debemos a Germaine es que sea la primera en saber la fecha. Tú puedes hacer la lista de la gente que quieres invitar. Bien podrías hacer eso esta tarde.

—Estoy terriblemente cansada. De verdad, me gustaría

descansar. O tomar el aire. Me gustaría dar un paseo andando. Pero primero te ayudaré con los platos…

—No. Puedes irte. Yo me encargaré de los platos. No tienes buen aspecto, Maud. No veo que la aventura te haya sentado muy bien. Si yo hubiera tenido una aventura amorosa, hubiera deseado lucir mejor de lo que tú te ves ahora.

—Pero ¿por qué me dejaste ir? Debiste habérmelo impedido.

Su madre puso sobre la mesa el plato de cristal que tenía en la mano.

—Te dejé ir porque… porque no puedo brindarte mucho, no tanto como lo que tienen en general las chicas de tu edad, y porque eres una buena chica, y porque te casarás y te asentarás, y después viviremos todos felices. Por lo menos es lo que deseo. Quise que tuvieras lo que yo no tuve nunca. Oh, fui bastante feliz como esposa, pero sabía que me había perdido algo, cariño —sí, ya lo sé: siempre has sido dócil, has sido una buena hija—. Pero Maud, cuando llegues a tener mi edad te darás cuenta de que ser una buena hija no es suficiente, o no debería serlo. Una mujer debe tener la oportunidad de portarse mal de vez en cuando. Veo que te he sorprendido. Bueno, después de todo estamos en 1971, como me recordaste hace poco.

—Creo que Tyler fue más bien malvado.

—Por supuesto que lo fue. Eso era lo importante.

—Me dejas fría, mamá.

—No me disgusta saberlo. Pero escúchame, Maud. Eso ya se acabó, ¿me oyes? Tienes la oportunidad de volver a ser respetable. No todas las mujeres tienen esa suerte. Tú te asentarás, todos nos tranquilizaremos y volveremos a ser como éramos. Y el año próximo, tú y tu marido pasareis el verano en La Gaillarderie, y…

—¡Eso nunca!

—Bueno, como quieras. Creo que es lo menos que podrías hacer. Pero, por supuesto, verás a Germaine en la boda. Y ahora haré unas llamadas por teléfono. Será mejor que me cuentes más cosas sobre tu novio. Todos estarán muy interesados. ¿Qué hace su padre?

—Nada. Está jubilado. Su familia vive junto al mar, en Sussex.

—¿Son ricos? ¿A qué se dedican?

—No tengo la menor idea. Edward tiene su propio negocio. Es vendedor de libros. Tiene una tienda.

—¿Una tienda?

—Está en el centro de Londres, mamá. Creo que tiene una buena situación económica. Al menos va a comprar un piso para nosotros. Es muy bondadoso.

Al recordar la bondad de Edward, y lo que ella había hecho para estimularla, se le encogió el corazón. Nadine, viendo el rostro desconsolado de su hija, dijo:

—Ya te acostumbrarás. Todas las mujeres se acostumbran. Has tenido tu aventura amorosa y ahora debes olvidarla. —Luego le echó una mirada rápida—. ¿Estás bien, Maud? No tienes algo que quieras decirme, ¿no?

Ante el silencio de Maud, Nadine añadió:

—¿Todo está bien, Maud?

—Todo está bien, mamá. No hay nada de qué preocuparse.

Maud abandonó la habitación con rapidez, sabiendo que esta conversación particular se había terminado, que nunca debería repetirse. Cogió un jersey del armario, se lo echó sobre los hombros, atando las mangas sobre el pecho, y salió, profundamente perturbada. Bajó andando por la rue des Dames Blanches, consciente de la sensibilidad de sus pies por todos los paseos que había dado recientemente. Entonces, confrontó el verdadero dilema, que no era su propia condición —aunque ésta era bastante dilema en sí—, sino el hecho de haber descubierto una profunda falla moral en su madre, y de que ella también estaba a punto de cometer una falla moral. De alguna manera, la de su madre hacía la suya inaceptable. Maud había creído que con su matrimonio reforzaría los valores de su madre, pero se encontró con que los valores de su madre eran más subversivos de lo que jamás habría podido imaginar. Nunca hubiera pensado que su madre pudiera aprobar una relación amorosa irregular y, mucho menos, que la fomentase. Trató de persuadirse de que la condición de las mujeres había cambiado, que ahora se les permitía airear las decepciones causadas por su destino y por lo que debían tolerar de los hombres. Si su madre la hubiera instado a elegir el celibato, una vida sin hombres, no la habría sorprendido, pero jamás le hubiera producido una conmoción mayor que la que sentía en esos momentos. Las mujeres siempre tratan de imponer su propia conducta sobre todas las demás. Pero el que su madre hubiese disfrutado indirectamente

de una conducta que jamás se hubiera permitido para sí, era demasiado. Y el que después aceptara sin cuestionamiento alguno este matrimonio, obviamente apresurado, con el único fin de mantener el status quo (esencial después de una aberración), era un cinismo de tal magnitud a los ojos de Maud, que la falta de su madre eclipsaba en gran parte la suya.

Pero, aparte de su propia razón para este matrimonio, había otras cosas en juego, cosas latentes, deliberadamente desveladas. Para comenzar, estaba la seguridad de su madre, incluso su futuro. Con el total de sus escasos ingresos, suplementados por las contribuciones de Germaine, de las que Maud no había tenido conocimiento, su madre podría mantener cierta categoría, recibir visitas, hacer nuevas amistades. La boda en sí, costara lo que costara, sería su presentación en sociedad, porque las invitaciones serían retribuidas con otras invitaciones. De hecho, la principal beneficiaria de la boda sería su madre, y ¿cómo podía ella negarle ese placer? Pronto estaría sola, con el invierno casi encima. La jugada de su madre, porque de eso se trataba, era la única que podía hacer una mujer decente de su clase, lo que, en comparación, daba un sentido lascivo a sus recientes comentarios, a su reciente actuación. A pesar de la sabiduría que acompaña a la edad, o más bien de la propaganda que de ella se hace, Maud no consideraba correcto que una madre aprobase la aventura amorosa de su hija, particularmente cuando esa aventura implicaba, además, un abuso a gran escala de la hospitalidad. Maud tenía muy presente su educación conventual como para no saber que una menor no debe hacer el amor en la casa de un pariente. Los estándares de Maud se ajustaban más a los de los años cincuenta que a los de los recientes años sesenta y, entre sus amigas, se la consideraba anticuada. La incorrección de su madre, pensó Maud, era previa a la suya propia y, en consecuencia, mucho más desconcertante. Tuvo la impresión de que, aunque sólo ella era responsable de su actual dilema, también su madre era culpable en parte.

Estas reflexiones confirmaron su anterior deseo de regresión a una forma de ente antediluviano, si ello fuera posible. Maud no podía verse en el papel de madre. Tenía dudas de que llegara a tener hijos, e incluso de que llegara a casarse. Pero sabía que el vestido de seda de su madre, la visita a la peluquería, el color

subido de sus mejillas, todo apuntaba a algún tipo de deseo cumplido. Ahora la cuestión era saber si ella podría cumplir su propio deseo: el de libertad. Una vez había tenido la vaga idea de que debía estudiar para intérprete; hablaba inglés con fluidez y podía aprender italiano por sí sola, de hecho, ya había planeado hacerlo. Se vio viviendo en un pisito en Ginebra, trabajando para alguna organización internacional. Y también vio con mayor precisión su culpa actual como una forma de consternación. Todo se reducía a esto, pensó: debía casarse y tener un hijo para complacer a su madre, pero al mismo tiempo no debía desvelar el hecho de que estaba embarazada. Nadie se había preocupado por saber cuáles eran sus deseos. Recordó a Edward con lástima, quizás con una lejana estima. No obstante, sabía que si por alguna proeza inimaginable lograba recuperar su libertad, nunca volvería a acordarse de él.

Cuando tuvo claro que ninguna de esas cosas tenía respuesta, decidió regresar a casa. Estaba molesta por el cielo gris, por las hojas que caían en silencio, como si la hubiesen embaucado para emprender el regreso. Sentía frío e inquietud; pensó que tomaría un baño caliente antes de cenar y luego se acostaría temprano. Supuso que, en su calidad de novia, le estarían permitidos ciertos caprichos, una prueba más de la parcialidad de la vida para con los indignos.

—Ha llamado tu novio —dijo Nadine, sin siquiera esperar a que Maud entrase en la sala para dar rienda suelta a su recién recuperada exuberancia—. Quería saber si habías llegado a casa bien. Me pareció muy correcto de su parte. Y también llamé al hotel. Tienen todo reservado hasta el diecisiete de octubre, así que decidí que la recepción será el dieciocho a las doce. Pensé en una comida sencilla, nada demasiado complicado. Ah, y he dejado algo para ti en tu cuarto.

Maud encontró un quimono de seda de color rosa oscuro sobre la cama. La extravagante prenda, con su faja orlada y sus anchas mangas abiertas por debajo hasta las axilas, le caía suelta sobre el vestido de algodón, convirtiéndola en una belleza. Instintivamente se enderezó, hizo ondear en su entorno la falda de seda y se vio, con objetividad, como una mujer guapa, una mujer que en otras circunstancias podría haber tenido un futuro prometedor.

—Es precioso —dijo Maud—. ¿De dónde salió?

—El padre de mi madre lo trajo de China. Tenía contactos comerciales allí. Es seda china, seda verdadera. Es lo único que tengo de mi madre. Lo usé en mi viaje de bodas. Después lo guardé. Te queda muy bien. ¿Adónde vas?

—Quiero tomar un baño caliente. Creo que me he enfriado un poco. Gracias, lo guardaré como un tesoro.

Se dio cuenta de que había comenzado a sangrar incluso antes de llegar a su cuarto, y se quitó apresuradamente el quimono antes de que se manchara. Con el corazón latiéndole con rapidez, una mezcla vertiginosa de alegría y conmoción, corrió hacia el cuarto de baño, se quitó la ropa y se metió en el agua caliente, viendo cómo se tornaba roja. A los pocos minutos estaba alarmada por el volumen de la pérdida. Mareada, se preguntó cómo haría desaparecer la evidencia, se preguntó en realidad cómo volvería a su cuarto. Limpió todo como mejor pudo, y consiguió finalmente dominar la marea roja. El zumbido que tenía en los oídos remitió gradualmente, dejándole un alivio en el alma como jamás había sentido.

Esa noche cenó con voluptuosidad. Su madre la observaba mientras ella mondaba una pera.

—Veo que has recuperado el apetito. Ten cuidado, no vayas a engordar ahora.

—He tomado una decisión, mamá —dijo Maud, limpiándose los labios—. No creo que esté preparada para casarme. Después de todo, fue muy repentino. Y soy muy joven. Me parece que es mejor que canceles la reserva en el Hôtel de la Cloche. Creo que lo que de verdad quiero hacer es estudiar. De todas maneras, siempre quise ser intérprete. En estos tiempos las mujeres se casan mucho más tarde, y no es como si…

El rostro de Nadine estaba muy pálido.

—¿Decías que no es como si…?

—Oh, no quería decir nada en especial —dijo Maud alegremente —. Es sólo que me siento aliviada por haber tomado una decisión. Lo siento, mamá. Espero no decepcionarte demasiado. Después de todo, —añadió Maud, viendo que ese último comentario no había tenido respuesta— supongo que me está permitido hacer mi voluntad en cuanto a esta cuestión, ¿no?

—¿Es que no ibas a hacer tu voluntad? ¿Y por cuánto tiempo

más crees que te estará permitido hacer tu voluntad?

—Pero puedo decidir…

—Me escandalizas, Maud. No me había dado cuenta…

—Por favor, mamá, no te pongas así.

—No quiero que te quedes aquí, Maud. Más vale que lo entiendas de una vez.

—Sin embargo, fuiste tú la que me dejó ir a París. ¿Qué derecho tienes ahora de escandalizarte?

—Muy poco, sin duda. Pero no es una cuestión de derechos. Es una cuestión de lo que es apropiado.

Maud, conmovida por la repentina palidez de su madre, vio de pronto el anverso de la crudeza de su madre: el temor a las consecuencias. La aventura amorosa era permisible siempre que la mujer quedara intacta. El regalo que le había hecho su madre tenía una condición importante: que se asegurase el retorno a la pureza. Y con testigos.

—No quiero que te quedes aquí —repitió Nadine—. Y no creas que puedes hacer tu voluntad. Ninguna mujer puede hacer su voluntad indefinidamente.

—Ahora soy yo la escandalizada.

—Quizás. No puedo evitarlo. Yo también quiero tener una vida propia.

—A expensas de la mía.

—Él es bueno. Tú misma has dicho lo bueno que es.

—Más bueno que tú, mamá.

Se miraron fijamente.

—Entonces será mejor que te cases con él.

—Sí —dijo Maud, poniéndose de pie para quitar la mesa—. Como tú dices, será mejor que me case con él. Entonces tú serás feliz, aunque yo no pueda serlo.

—Maud…

—Buenas noches, Mamá.

Vio que su madre dejaba caer la cabeza, vio que se llevaba una mano a la frente, haciéndose sombra sobre los ojos. Ella misma se sentía bastante confusa. Pero tuvo la sensación de que ya no estaba en su hogar. Por fin pensó en Edward, que se había ido a comprar un piso, y supuso que tendría que vivir allí, con él, y considerarlo su hogar.

10

Cuando el avión inició el descenso, Harrison celebró su retorno a Inglaterra con una serie de bostezos de los que hacen crujir las mandíbulas, como si acabara de despertarse de un sueño particularmente intrigante. Estaba demasiado cansado como para encontrarle sentido a su situación, o más bien se dijo que estaba demasiado cansado: lo que experimentaba con mayor viveza era un comienzo de inquietante aburrimiento. Se sentía agobiado, impaciente, consciente de haber perdido demasiado tiempo, de haber gastado demasiado dinero y de haber tomado una decisión desastrosa en la que prefería no pensar. En algún repliegue de su conciencia tenía un sentimiento de dolor, como si de repente se hubiese quedado sin amigos, como si estuviera condenado a abrirse paso en un mundo adulto en el cual no tenía lugar. La noche anterior, en ese oscuro hotel del Boulevard Raspail, había soñado otra vez con su hermana y con un jardín soleado que contenía toda su infancia banal, pero encantadora para él. Se había despertado con su habitual sensación de alegría, pero había oído la respiración de Maud desde la otra cama. El único pensamiento instintivo que tuvo al verla fue que, de alguna manera, tenía que integrar a Maud en ese modelo de infancia, que ella debería formar parte de su sueño, debería amar a su familia, amarlo a él; de otra forma, no había esperanzas para ninguno de los dos. Pero supo que no podía penetrar la fortaleza onírica de ella, que nunca formaría parte de sus sueños, que en cierta medida siempre tendría que luchar para conseguir su atención. En ese momento, ella estaba demasiado distante como para que él la alcanzara. La abstracción de Maud, la expresión de profunda preocupación, que ocultaba cuando él la cogía de la mano, lo herían, pero las aceptaba como inevitables. Lo

que le afectaba más profundamente era el contraste entre el universo sereno de sus propios sueños y la dolorosa oscuridad de la habitación en la que él y Maud yacían separados. Deseaba borrar de la mente de ella el recuerdo de los sucesos recientes, devolverla a la inocencia, a la transparencia, a la pureza, para poder cogerle la mano sin que se produjera en ella ese instante de retracción, que le indicaba que también ella miraba hacia el pasado, pero sólo hacia el pasado de ese reciente verano. Era como si ella no tuviese una infancia para regalarle, así como él deseaba regalarle la suya.

En el aeropuerto, tras haber dejado a Maud, observaba a los viajeros y recordaba las ambiciones que había tenido de ver mundo, de ser uno de esos personajes sofisticados que otros dicen haber visto en Java, en Goa o en Kabul, cuya libertad es reconocida con envidia como algo que les es ajeno por completo. Ahora veía todo eso como una fantasía absolutamente infantil que era producto, y reflejo, de su lamentable inmadurez. Nunca vería mundo; es más, nunca se vería libre de un cierto anhelo melancólico de ser querido. Esas semanas pasadas en París, en las que había puesto la esperanza de que fueran un período de descubrimiento de sí mismo, no le habían brindado otra sensación más que la soledad. Si no se hubiera sentido tan solo, no se hubiera alegrado tanto de ver a Tyler, ciertamente no hubiera acompañado a Tyler y a Maud en esas excursiones terribles, que ahora recordaba con espanto, se habría dado cuenta del papel que se esperaba que desempeñara (lo menos que puedes hacer es ser amable, como le había dicho Tyler) y habría desaparecido. De esa forma, habría llegado a su casa intacto, en lugar de hacerlo con esta carga sentimental en la cual la lamentación y el resentimiento luchaban por tener preeminencia, y que, tras reflexionar, identificó como un sentimiento de pura pérdida.

Sabía que lo que para él era una pérdida, para otros podría ser un beneficio. La alegría con que su madre había recibido la noticia parecía implicar un acceso sin problemas al mundo adulto, como si no fuera más que un paso a dar en un camino claramente señalado. Sabía que su familia recibiría muy bien a Maud, con el mismo espíritu con el que habían recibido a sus amigos del colegio y, luego, de la universidad; no le harían preguntas, ni extrañas ni inquisitivas. Sus padres creían tan a pie juntillas en su inocencia

que le sería imposible contarles el dolor que sentía cuando pensaba en Maud, la responsabilidad que tendría de hacerla sonreír, el ansia que tenía de que ella lo amara, el temor de que no fuera así. Nunca podría decirles que aún tenía impresa en su mente la imagen del cuerpo desnudo de Maud sobre la cama de los Vermeulen, y que él había perdido la inocencia en esa ocasión, no simplemente porque le había hecho el amor con una pasión ajena a su propia naturaleza, sino porque al hacerlo se la había imaginado haciendo el amor con Tyler. Esta verdad no debía saberse nunca. La desagradable revelación de esa tarde, y de la noche casta que le siguió, consistió en que, junto a ese ambiguo deseo que sentía por ella, había algo más crudo, más doloroso: una esperanza, simple y temerosa, de que ella pudiera seguir tendiéndole los brazos de forma espontánea, sin que él tuviera que incitarla, de que, en lo posible, ella le brindara un poco de amor.

Cogió el autobús del aeropuerto a Victoria y pensó que, ya que estaría tan cerca, podría ir a la tienda y ver si Cook había adelantado algo en la limpieza del local. La limpieza era la única actividad que él había tenido en cuenta: cómo poner en marcha el negocio era algo que estaba totalmente más allá de su capacidad. Desanimado, fue andando hasta la calle Denbigh, consciente de que antes o después tenía que volver al apartamento que había alquilado, tenía que encargarse de hacer lavar la ropa sucia que traía en la maleta, tenía que decidirse a ganar algún dinero, tenía que ir al banco y a ver al abogado para decidir qué hacer con las inversiones del señor Sheed y tenía que ir a Eastbourne, y también tenía que buscar un piso para vivir con Maud. Esto último le pareció imperativo en vista de que, en los alrededores de Warwick Way, la imagen de Maud parecía desvanecerse. Ahora sólo podía recordar su rostro, su falta de expresión y su sonrisa cautelosa; el resto de ella parecía haberse perdido en París, como si se hubiera quedado allí todo el tiempo. Por lo menos contaba con la realidad de la tienda, cuya opaca fachada verde anunciaba el nombre de Sheed para que todos los indiferentes del mundo pudieran verlo.

—¡Cook! —llamó a la vez que tiraba la maleta en un rincón. Al menos aquí nada había cambiado.

Tras un tronar de pasos que bajaban la escalera desde el piso superior, apareció Cook en el despacho que había en el fondo de la

tienda. Harrison le tendió la mano a modo de agradecimiento por esta evidencia de su continuada presencia.

—¡Hola, Tom! —le dijo—. A propósito, de ahora en adelante será Tom y Edward. ¿Qué tal ha ido todo?

Creyó apropiado preguntarle cómo había ido todo, ya que a él no le habían ido muy bien las cosas, y ya que Tom, a quien no conocía en absoluto, no lo había abandonado, lo que podía considerarse en sí como un acto de caballerosidad. La única señal de que Tom había estado allí durante las seis semanas que él había estado ausente era que le había crecido el cabello. El haberse quedado y la expresión de bienvenida, aparentemente sincera, causaron en Harrison una impresión mucho mejor de la que podía esperar, dada la sensación anterior que había tenido, por fugaz que hubiera sido. Ahora, al verlo, Cook le pareció el tipo de joven que en la Inglaterra isabelina hubiera sido descrito como «bien parecido», por su anónima cara rosada, su boca tímida y su mirada fija. Vestía ropa limpia, una camiseta blanca y tejanos negros; todo en él evocaba el jabón. Harrison sintió que Tom le estrechaba la mano efusivamente.

—Se ha dejado crecer el cabello —fue todo lo que se le ocurrió decir.

—Quiero llevar coleta, —dijo Cook—. ¿Un café?

Mientras bebían el café de pie, porque los libros cubrían la superficie de casi todo, Harrison sintió una tremenda necesidad de hacer cambios. La vista de la ventana barrada que había en el fondo del despacho le reavivó la sensación de apresamiento, hasta que se dio cuenta de que, en realidad, la tienda era, o podía ser, un dominio, un refugio. Había heredado el blasón del señor Sheed, cuyo nombre decidió dejar en la fachada para que su propia presencia fuera aún más insustancial.

—Para comenzar —dijo Harrison, sirviéndose una galleta—, tenemos que adecentar este lugar. Dígame cuánto ha gastado hasta ahora. ¡Oh! Veo que ha encontrado un caldero. Primero hay que hacer limpiar los cristales; eso será fácil. Después, pintar. Usted sugirió un azul marino ¿no? ¿Por qué no? Una fachada azul marino y accesorios del mismo color.

—¿No será muy oscuro?

—No cuando las ventanas estén limpias. Mientras tanto, será

mejor llevar todo este material abajo. Y, por supuesto, después tendremos que decidir qué hacer con él.

—Al principio podría ponerlos en los anaqueles. Eso daría la impresión de que ya hemos abierto.

—Supongo que no ha venido nadie.

—Bueno, lo he tenido cerrado ¿no? De todos modos, no hubiera sabido cuánto cobrar, aunque algunos precios están marcados. Pero no todos; me parece una cosa hecha al azar. A propósito, encontré estos libros de contabilidad en el sótano; quizás nos den alguna pista. ¿En qué puedo servirle, señor? —dijo Cook con voz alegre, metiéndose de un salto en la tienda para atender a un extraño, a quien Harrison sólo distinguía como una sólida silueta negra contra la puerta de entrada de la tienda.

—Buenos días —dijo Edward con cierta aprensión—. ¿En qué puedo ayudarlo?

El visitante se quitó el sombrero, dejando a la vista una cabeza cubierta de rizados cabellos grises. De cerca se veía que era bastante viejo, con una vaga apariencia de médico, como la de un ginecólogo de mala reputación. Vestía un elegante traje gris y zapatos negros muy lustrosos, sin embargo, el sombrero, las gafas de montura dorada y sus labios de niño haciendo pucheros parecían indicar una procedencia en la que los modales y las costumbres eran un poco diferentes. Hablaba con un acento curioso, sibilante por una parte, y chabacano, por otra. Parecía un hombre de valía que comenzaba a derrumbarse.

—Kroll —dijo—. Me llamo Max Kroll. Me preguntaba qué habría sucedido con la tienda del viejo Ted. Hace muy poco que me enteré de su muerte, y lo lamenté mucho. Siempre lo consideré el último de los inocentes.

—Yo estoy empezando a creer que ése soy yo —dijo Harrison.

—¿Y usted quién es?

—Edward Harrison. Y éste es Tom Cook. El señor Sheed me dejó la tienda.

Max Kroll desenfundó una carnosa mano blanca y se la tendió a Harrison, y luego a Cook.

—Conocéis el negocio de los libros, ¿no es cierto?

—No, en absoluto —contestó simplemente Harrison—. ¿Le gustaría tomar un café?

Le hizo una señal y Cook fue hasta su piso y regresó con un café servido en una taza y un platillo floreados, en contraste con los tazones que habían utilizado antes los dos. En un plato de cristal había más galletas, dispuestas con delicadeza.

—Tome asiento —dijo Edward—. Me temo que no hay mucho espacio libre. Estaba intentando decidir qué hacer con las existencias. Pero la verdad es que no encuentro la manera.

—Usted tiene aquí una mina de oro —dijo Kroll, tomando un par de galletas—. Mire esto —dijo, cogiendo un libro y quitándole el polvo con un pañuelo de seda verde—. Una edición princeps. La mitad de las existencias son primeras ediciones. No debe dejar que se las lleve cualquiera. Éstas son cosas para los coleccionistas.

—¿Y cómo los encuentro? Yo no conozco a ninguno.

—Bueno, para comenzar puede hacer publicidad. Utilice los diarios, los periódicos. «Se compran y venden libros. Se atienden solicitudes. Empresa bajo nueva dirección». Ese tipo de anuncio. Pero conociendo a Ted Sheed, estoy seguro de que en algún lado debe haber cuadernos con datos.

—Tom encontró estos libros de contabilidad en el sótano.

—Entonces eso será lo que habrá que usar.

—Sólo contiene datos sobre dinero. Las sumas recibidas.

—¿Con nombres?

—Sí, con nombres. Pero yo no sé a quién pertenecen esos nombres.

—También encontré esta libreta de direcciones —dijo Tom—. ¿Podría servirnos?

—Quizás sí, siempre que se logre relacionar los nombres con las sumas. Este joven podría ocuparse de hacer eso.

—¿Podría usted hacerlo, Tom?

—Entonces tendrán que utilizar después una de esas maquinitas que contrastan tarjetas con datos. ¿Tienen una? Yo sé que Ted no tenía.

—Las conozco —dijo Tom—. Puedo asesorarles al respecto.

—¡Asesorarnos! Si ni siquiera hemos pensado en eso todavía —dijo Harrison. Pero viendo que un anhelo reprimido oscurecía el rostro de Tom, añadió débilmente—: Bueno, ¿cree usted que podría comprar una? Supongo que será realmente indispensable ¿no?

—Esencial —dijo el señor Kroll—. ¿Hay más galletas? ¿O será

mejor que les invite a comer? Sí, creo que eso es lo que haré. Nelly, mi mujer, dice que como demasiado. Pero es que ustedes, los ingleses, no comen lo suficiente. Iremos a
Overton's.
¿Les gusta el pescado?

—Sí, gracias —dijeron los otros dos a coro, aliviados al ver que alguien se hacía cargo de ellos.

—Es muy amable de su parte —dijo Harrison. Kroll se encogió de hombros—. Pensaba ir allí de todas maneras. Si siguen mi consejo, comerán muy bien. De esa forma, podrán seguir trabajando hasta las seis. Supongo que cerrarán a las seis, ¿no?

—Supongo que sí —respondió Harrison, mientras zigzagueaba entre la gente, sin perder de vista a Kroll, que iba unos pasos más adelante con las manos en los bolsillos.

—Tenga en cuenta que la mayor parte de las transacciones las hará por correo —siguió diciendo Kroll—. Después de enviar los catálogos claro. Y ésa es una tarea que tiene que hacer usted —dijo, poniendo el índice sobre el pecho de Harrison y haciendo caso omiso de la gente que tenía que desviarse para eludirlos—. Creo que tomaré ostras. ¿Les gustan las ostras?

Harrison y Cook hicieron gestos negativos con la cabeza.

—Entonces, un buen lenguado. Y mientras tomemos el café les contaré más cosas sobre el negocio de los libros.

—Es muy bondadoso de su parte —dijo Harrison.

—Bueno, es que estoy retirado y no tengo mucho que hacer —respondió con cierta decepción.

En el restaurante, Kroll tomó asiento e hizo señas a los otros dos de que se sentaran frente a él y se dedicó, en silencio, a estudiar minuciosamente la carta. Los camareros parecían conocerlo. No hablaron mucho antes de que le sirvieran las ostras. Harrison y Cook observaron, horrorizados, cómo atacaba Kroll las ostras, y luego miraron hacia otro lado, como si ese espectáculo no mereciera testigos.

—Bien —dijo Kroll cuando habían terminado el primer plato—. Querrán saber quién soy y por qué les hablo así. Es muy simple. Soy librero, o mejor dicho, lo fui. Así es como conocí a Ted Sheed. Yo tenía una tienda en Long Acre. La vendí, como un loco, porque Nelly me lo aconsejó. Ella se preocupa por mí; decía que yo

trabajaba demasiado. Yo siempre hago lo que ella quiere porque la adoro —dijo, echando un vistazo al suculento plato que le habían puesto delante—. ¿Tienen novia?

—Sí —dijo Harrison, hablando por los dos, como creyó que le correspondía. Cualquier cosa era más simple que dar una explicación.

—Pero es posible que me haya equivocado al venderla, y no lo digo porque no me lo pase bien. Doy paseos, visito a amigos, aunque ya no me quedan muchos. ¿Cuántos años me echan?

—¿Sesenta? —dijo Harrison a modo de especulación.

—Casi setenta. Soy de antes de la guerra. Mi padre tenía una librería en Viena. ¡Él sí que era un librero! Pero en 1933 vio la luz y nos trajo a todos a Londres, a mí, a mi madre y a Nelly, mi prima segunda, a quien ellos habían más o menos adoptado. Vivimos siempre todos juntos, y después me casé con ella. Siempre supimos que acabaríamos casándonos. Fue entonces cuando comencé a sentir que este país era mi hogar. Y bueno, ahora decididamente lo es. —Por un momento se le vio triste, y con más de setenta años—. Por desgracia no hemos tenido hijos. Después de morirnos, no quedará nadie. ¡Coman! —dijo reanimándose—. A veces los años pesan mucho —confesó, poniéndose nuevamente sombrío.

Ahítos, no se les ocurría nada que decir, hasta que Harrison finalmente pudo farfullar:

—No sé qué hubiéramos hecho si usted no hubiera aparecido en la tienda.

—Aún no he terminado —dijo Kroll—. Yo sólo tomaré café, —añadió con pesar—. ¿Quieren saber algo acerca del negocio de los libros? Yo se lo diré todo. Es muy sencillo. Identifiquen a sus lectores ideales y sírvanlos con fidelidad. Denles lo que quieran, o lo que ustedes crean que quieren. Esos libros de Ted…, esos libros son muy especiales, aunque no lo parezcan. Mi impresión es que él se dedicaba a atender a la gente a la que le complace leer una buena historia, sea anticuada o no. A los ingleses les encantan las buenas historias. Lo que no les gusta es hacer alarde. Y son muy nostálgicos. ¿Quieren que les diga cuál es mi lector ideal?

Encendió un cigarrillo y le dio unas buenas caladas. Harrison y Cook, que lo observaban, notaron que ahora estaba como lánguido y medio hipnotizado con la punta encendida del cigarrillo.

—Cuando llegué a Inglaterra tenía el corazón destrozado. Estaba a salvo, pero con el corazón destrozado. Londres —porque vinimos a Londres— me aniquiló. Después, poco a poco fui conociéndolo, daba paseos los fines de semana, cuando todo estaba tranquilo, y pude empezar a apreciar pequeñas cosas, las esquinas de ciertas calles, las ancianitas haciendo sus compras, los diferentes colores de los portales de las casas, las flores en los parques. Siempre había tenido una fantasía acerca de Inglaterra y de cómo viviríamos Nelly y yo aquí. Viviríamos en el campo, o junto al mar, y llegaríamos a viejos, a muy viejos. Yo estaría retirado y Nelly atendería la casa, nuestra casa. Yo jugaría un poco al golf por las mañanas y, por las tardes, daríamos un paseo o nos sentaríamos en el jardín —porque en Inglaterra hay que tener un jardín— y, después de tomar el té, leeríamos. Leeríamos los clásicos, los clásicos ingleses: los demás los habíamos leído en Viena. Pero, si yo fuera inglés, también leería a J.B. Priestley, y a otros honestos autores sin pretensiones. O a Howard Spring. Y Nelly no hubiera sabido a cuál de sus preferidas elegir, si a Elizabeth Bowen, a Rosamond Lehmann o a Elizabeth Taylor. Es así como yo veía al lector inglés: ni satírico ni subversivo. Un poco pasado de moda, supongo, pero estoy dispuesto a apostar que los encontrarán en los datos que tienen de Ted Sheed cuando los hayan puesto en claro.

—¿Y de verdad quería usted vivir así? —preguntó Harrison, prestándole toda su atención—. Yo creo que mis padres…

Max Kroll había perdido el interés. Suspiró, cogió la billetera y sacó de ella varios billetes.

—¿Nelly y yo viviendo en el campo? ¡Ni por casualidad! Vivimos en West End Lane, rodeados de muebles *art déco*. Nelly adora ese estilo, y yo dejo que haga lo que quiera. Yo vivo en el pasado. Leí lo que hay que leer cuando era joven: Kafka, Colette, Thomas Mann. Puedo decir que ésa era mi época. Nelly y yo somos felices y tenemos un respaldo económico. Pero yo añoro mi tienda, ésa es la verdad.

—Puede usted visitar la mía cuando lo desee. Será más que bienvenido —dijo Harrison.

—Lo haré —dijo Kroll, extendiendo una mano bien cuidada por encima de la mesa para coger la caja de cerillas.

Harrison le vio un anillo grande con una piedra roja, opaca,

engarzada. Un anillo, pensó; debo comprarle un anillo a Maud.

—Bien, ¿hay algo más que deseen saber? —preguntó Kroll cuando salían a la calle, invadida por una tarde benigna, sin sol.

—Hagan sus listados, aclaren los nombres de sus corresponsales y comiencen a enviar los catálogos. Hagan publicidad en los diarios. Recibirán algunas ofertas. Yo siempre estaré disponible para aconsejarles. ¿Cuánto le paga usted a este joven?

Cuando llegaron a la calle Denbigh, acompañados de Kroll, éste ya había fijado la suma que Cook debía cobrar, les había dado el nombre de un impresor que les haría los membretes del papel y de los sobres comerciales con descuento, el nombre de un decorador de tiendas responsable, y le había dicho a Harrison que se comprara un coche (no puede usted recoger libros utilizando el transporte público). Kroll rechazó la invitación a tomar otra taza de café y se fue andando hacia Victoria. Harrison y Cook, en la entrada de la tienda, se quedaron mirándolo, apenados por verlo marcharse, pero impacientes por poner manos a la obra.

—¿Usted cree que volverá? —preguntó Cook.

—Sí, creo que sí. Volverá para ver si hacemos lo que nos aconsejó. ¿Quiere hacerme el favor de ir a comprar algunos artículos de oficina? Pero no gaste mucho. Ya hemos gastado demasiado. Y tengo que comprarme un piso.

De repente, el pensar en el futuro lo hizo sentirse tan extraño, tan lejano, que se preguntó si no habría sido todo, desde el comienzo, una ilusión.

—Me voy entonces. ¿Usted qué va a hacer?

—Yo voy a casarme —se oyó decir, y las puertas del futuro se cerraron en su propia cara.

De nuevo tuvo una sensación de condena como la que puede tener alguien que se compromete a seguir un curso de acción ajeno por completo a su naturaleza, y que ha escogido llevado por el altruismo o la fuerza de voluntad. ¡Cuánto más fácil hubiera sido contemplar los sucesos del día —inesperados, por cierto— o dedicar un poco de tiempo a estudiar a su igualmente inesperado socio, Tom Cook! Este joven grácil y complaciente que, por alguna razón que él era incapaz de entender, había decidido trabajar para él, unirse a sus intereses e incluso aumentarlos; y había conseguido a Cook sin hacer el menor esfuerzo. Harrison sabía que sus

sensaciones más felices, e incluso las pocas decisiones que había tenido que tomar, habían surgido de un proceso de pasividad casi mágica que, de algún modo, tenía relación con el proceso de soñar. Todo aquello que implicara una profunda racionalización adulta le producía invariablemente una sensación de desilusión, como si lo obligasen a actuar en contra de sus más caros intereses, o incluso en contra de lo natural. Vivir en un entorno providente era su deseo más codiciado, permanecer en un estado de ensueño, su deseo más constante. Aún podía volver a sentir el placer de someter su voluntad a la de Tyler en esos lejanos días estivales que, de hecho, habían transcurrido sólo hacía seis semanas. Y la eficacia de este agradable estado quedaba demostrada con la facilidad con que había conseguido a Cook y con que lo había aceptado, abstraído casi por completo, cuando su pensamiento estaba en otro asunto, cuando estaba impaciente por comprar su billete a Francia e iniciar su viaje al vasto mundo.

La ironía consistía en que, de todo ese episodio, sólo quedaba Cook. Su ilusión de escapar había acabado en un encarcelamiento más férreo aún. Harrison supuso que debía considerarse afortunado por no haber perdido más tiempo con esa fantasía, que sólo había consumido unas pocas semanas de su vida, en lugar de unos pocos años. No obstante, ¡cuán doloroso era poner los pies en la tierra cuando se es tan joven, antes de haber trotado por el mundo! Sabía que ahora estaba irreductiblemente atado a su hogar, a circunstancias que hasta no hace mucho le hubieran parecido una rutina insoportable, a esta tienda que había rechazado instintivamente, junto con el enigmático, pero real, fantasma de su benefactor que la habitaba. Dentro de poco cerraría la tienda y se iría a su apartamento, que pronto tendría que abandonar si se dedicaba a la tarea seria, y más bien urgente, de encontrar un hogar permanente. Un piso alquilado sólo era apropiado para alguien que llevara un tipo de vida impredecible, apropiado en realidad para ese viajero que ya nunca más podría emular. Por el momento se había avenido ya a tener una existencia hogareña, la clase de existencia que jamás hubiera contemplado durante sus años en la universidad, cuando la norma eran las grandes y románticas ambiciones. La vista desde la ventana barrada no le ayudó en absoluto a levantarle el ánimo: a través del cristal sucio vio solares vados, restos de

materiales de construcción y una pila de bolsas de basura. Al fondo podía oírse el ruido de los trenes de corto recorrido que entraban en la estación Victoria, donde se detenían durante unos veinte minutos antes de volver a partir.

Sin proponérselo, le vino a la mente la imagen de Tyler cuando él lo había dejado en la rue Laugier. El piso parecía oscuro y hostil, lleno de esa hostilidad suya que había tenido tiempo de acumular mientras paseaba por los grises jardines de las Tulleries con Maud llorando en silencio. Aún podía ver la gabardina de Maud y su cabeza gacha contemplando la grava del sendero. Contrastó esta imagen con la aparición poderosa y repentina de Tyler, su piel morena, su aire de lejanía, su indiferencia. Prueba de su dominio fue que no respondió a los insultos un tanto histéricos que él le profirió, sino que pareció pensárselos, ponderar su veracidad, preguntarse si eran justificados y, por último, aceptarlos, no con pesar, no con arrepentimiento, sino con un cierto espíritu de regocijo. Por supuesto, pensó Harrison tardíamente, le brindé la oportunidad ideal de librarse del estorbo de Maud o, más bien, de su responsabilidad por la condición de Maud. A llegar a este punto, pensó en Maud con cierta irritación. En realidad, en aquellos últimos momentos en la rue Laugier, Maud había salido desfavorecida al compararla con Tyler, aunque para cualquiera que tuviera sentido moral estaba muy claro quién era el culpable. Pero ése era el doloroso meollo de la cuestión, pensó Harrison: la ley del menor esfuerzo era siempre preferible al sentido de culpa, aun cuando se tratara de un comportamiento casi desprovisto de conciencia. Por esta sola razón se hubiera encontrado ahora admirando a Tyler, y en efecto lo había admirado durante esa última y tensa entrevista. Era por eso que, después de todo, le había tendido la mano. Y aun ahora, si Tyler entrara por la puerta de la tienda, volvería a tenderle la mano. Harrison se dio cuenta de que eran Steerforth y David Copperfield con esa pobre chica entre ellos. Y no tenía duda de que David había amado a Steerforth, al igual que Dickens, al igual que el lector, porque así de grande es el poder regenerador de un personaje impenitente, así de profunda la atracción de la belleza y el desapego, y de esa especie de aura de seducción sobrenatural.

Comparada con Tyler, que él sabía que poseía algunas de las

características de una orden más antigua y más despiadada, Maud, con su gabardina mojada, parecía encarnar una triste modalidad de cristianismo en la que el destino depende de algún tipo de pecado, sea personal o universal. La mente de Harrison, libre de toda convicción religiosa, como sospechaba que también estaba la de Maud, rechazaba esta moralidad porque le disgustaba, pero debido a ese disgusto, sentía, o más bien reconocía, los temores que ella tenía. Era como si de repente se comprobara la validez de una superstición absurda y, con ella, todas las tristes consecuencias de un destino anteriormente ridiculizado. No era nada difícil darse cuenta de que Maud se hallaba en una situación pecaminosa, por mucho que él no quisiera admitirla. ¿Cuál era entonces el sentimiento que lo había movido a hacerse cargo de ella? ¿Era sencillamente una cuestión de conciencia, una suerte de caballerosidad moral? ¿O era más bien un sentimiento de simpatía, de compasión, cualidad que lo distanciaba de la gente como Tyler? Harrison se había enamorado de Maud de forma muy precipitada, y ese amor estaba condicionado por el hecho de que ella pertenecía a Tyler: él había sentido pasión cuando le había hecho el amor, pero más allá de su deseo había sentido la soledad de ella que reclamaba parte de la soledad de él. Y durante esa noche en vela pasada en el hotel, mientras ambos escuchaban temerosos la respiración del otro, él había tenido la sensación de que los unía la vulnerabilidad y de que ésta era más fuerte que su propia pasión, más fuerte aún que cualquier deseo que pudiera tener de poseerla otra vez en la vida que harían juntos.

Cuando le hizo el amor, se había maravillado de no encontrar en su cuerpo ninguna impronta de Tyler, tal como casi había anticipado, también de forma subrepticia. La belleza de Maud lo había inspirado a pensar y a actuar de manera instintiva. Ella no fue pasiva, pero él pudo detectar que sus pensamientos eran distantes, desatendiendo a los de él. En los momentos que siguieron, él había sentido un fuerte deseo de apropiarse de ella, de hacer que ella lo amase, y además sabía, para ser honesto consigo mismo, que en ese impulso había incluso un ligerísimo antagonismo. Pero también había habido ardor, mezclado con decepción, con su propia necesidad de ser amado y con esa tristeza que los unía. Lamentó ser parte de ese mundo pecaminoso, lamentó tener conciencia del deber

y de la necesidad, pero no había nada que pudiera hacer para cambiar las cosas. Ahora, apenas podía recordar por qué le había ofrecido a Maud casarse con ella, con excepción de la causa inmediata. Pero quizás había sido más sabio de lo que creía. Tal vez había habido un momento de reconocimiento, si no para ella, para él. En consecuencia, para él carecía casi de fundamento la libertad moral de Tyler, así como tampoco lo tenía la vida de aventura sin freno. Para bien o para mal, su destino era obedecer, rendirse ante la necesidad. No era de extrañar, por tanto, que anhelase ser irresponsable.

Obedeciendo a un impulso, subió al piso de Cook, para ver si había logrado instalarse con comodidad. El salón, aunque no tenía cortinas, parecía acogedor. Había un fuego resplandeciente en un gran hogar, que funcionaba con gas, instalado por el señor Sheed para algún inquilino previo, o quizás para disfrutar él mismo en momentos de descanso, y un gran sillón de cuero, sin duda traído de alguna morada anterior. Harrison recordó que Sheed había vivido sus últimos años en su club privado. Por su parte, Cook mostraba señales de querer echar raíces. Había alquilado un televisor y había puesto sus libros en las estanterías. Harrison se sintió conmovido al ver que había cogido dos libros de la tienda: había uno de Angela Thirkell junto a la estrecha cama y otro de Edgar Wallace sobre el brazo del sillón de cuero. En cuanto a decoración, el gusto de Cook parecía inclinarse por el rococó: un completo juego de té de porcelana, adornado con flores y bordes dorados —reconoció las tazas por la del café de Max Kroll—, ocupaba toda la superficie del pequeño armario de la cocina, junto con platos de cristal de diversos tamaños, aptos para servir pasteles. Harrison sonrió ante esta evidencia tan hogareña, pero también se sintió conmovido. Y cuando vio la papelera de Cook recién comprada, con escenas de caza impresas, sintió que si permanecía allí más tiempo se echaría a llorar.

De repente, no pudo tolerar la idea de su propio apartamento. Se le presentó la imagen de la perfecta economía doméstica de su madre, cogió la maleta y se largó a la estación. En el tren, cayó en una especie de letargo que le duró hasta Polegate, por lo que apenas tuvo tiempo de recuperarse y decidir que presentaría su boda como una sorpresa deliciosa, producto de la clase de decisión impulsiva

que podía tomar un joven, una decisión que quizás asombrara a sus padres, pero que no cuestionarían. Era tarde, más tarde de lo que creía; no estaba anocheciendo, sino que ya era de noche. Cogió el autobús a Meads, casi libre de recuerdos, y vio la casa con las ventanas de la planta baja iluminadas, como a la espera de su regreso. En un instante recordó la perfección del reino de su madre, y el reflejo material de ésta en las ventanas resplandecientes, la brillante pintura blanca, el olor de lavanda de la cera, los jabones perfumados que con tanta asiduidad se cambiaban en los cuartos de baño. En esta época del año, su padre solía sujetar las matas de margaritas mustias del jardín con rodrigones, vestido con una chaqueta de punto gastada y unos pantalones de pana deformados por el uso, o por los años. En cuanto se acordaba de la edad de sus padres, Harrison prefería no pensar en ello. En lugar de abrir la puerta con su llave, optó por tocar el timbre: quería experimentar una vez más la cálida bienvenida que le daban. Ésa era para él la esencia del hogar: esa constante sensación de alegría ante su retorno.

Se reunieron todos en el recibidor, riendo, abrazándolo uno tras otro.

—Dale algo de comer, Polly —dijo su padre, tratando infructuosamente de controlar su amplia sonrisa—. Ven, ven, pero sé un buen chico y quédate callado unos diez minutos; queremos ver el final de esta película. Harrison pronto se encontró sentado en una silla frente al televisor, con una bandeja sobre las rodillas, una tortilla francesa y un buen trozo de pastel de grosellas frío ante sí, y Bibi, arrodillada junto a él, deseando que terminara pronto de comer y les contara las noticias.

—¡Basta ya! —dijo su padre apagando la tele—. Era muy mala. ¡Venga, cuéntanos eso de que vas a casarte!

Harrison los miró, se vio reflejado en esos tres pares de ojos ansiosos y decidió no desilusionarlos.

—Bueno, ya os lo dije. Se llama Maud y ha sido todo muy repentino…

—¿Cómo la conociste?

—Por unos amigos —dijo él. De todos modos, esto era bastante próximo a la verdad.

—¿Y cuándo la conoceremos nosotros, cariño?

La que habló así era su madre, con los ojos brillantes, las lágrimas a punto de escapárseles.

—Supongo que será mejor que venga a pasar un fin de semana antes de la boda —dijo él. Esto le parecía inevitable ahora.

—¿Y su madre también?

—¡Oh, no! —El rechazo fue instintivo—. La conoceréis en la boda, mamá.

Cuando las dos mujeres llevaron la bandeja a la cocina, su padre le preguntó en voz baja:

—¿Estás seguro?

—Casi —respondió, intentando que sonara como una broma.

—Lo único que quiero es que tu madre no se ponga nerviosa.

—No se pondrá nerviosa. Pero ¿y tú, papá? ¿Estás bien?

—Yo siempre estoy bien. Un poco de indigestión, pero no hay que preocuparse por ello.

—Siempre le digo que come demasiado deprisa —dijo su madre, regresando al salón—. Pero no me hace caso. Aquí tienes, cariño, esto es para Maud. Le dio a Harrison una pequeña caja gastada por el tiempo. Esta vez no había error posible: su madre se enjugó rápidamente una lágrima.

Abrió la cajita y encontró una pesado anillo de oro, con zafiros y diamantes engarzados, la clase de anillo que podría haber lucido una matriarca segura de sí misma en la época eduardiana. Él sonrió ante la incongruencia de todo aquello, se inclinó y le dio un beso a su madre.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó.

—Era de una tía abuela, por parte de madre. Yo nunca lo usé… Bueno, es que en mi época parecía más apropiado un brillante cuando las chicas se comprometían. Pero, según me cuentan, estas cosas antiguas vuelven a usarse. Aunque si a ella no le gusta…

—Le encantará —le aseguro él—. Mamá, papá, ¿os importa si me acuesto? De pronto me siento terriblemente cansado.

—¿No vas a llamar a Maud?

—Mañana.

—¿Y le pedirás que venga?

—Por supuesto.

De alguna manera se las ingenió para subir a su cuarto, pero incluso allí se sintió acosado. Bibi estaba de pie en el vano de la

puerta.

—¿Es guapa? —preguntó. Pensó que estaba un poco celosa.

—Sí, es muy guapa. —Ansió librarse de su querida hermana, pero ella se quedó donde estaba, con la misma inconsciencia que siempre había tenido—. Tiene el cabello rubio —dijo él, haciendo un esfuerzo—. Más bien de un dorado oscuro. Tiene más o menos tu estatura. —De repente sintió que lo vencía el cansancio—. Necesitaré que me ayudes —dijo haciendo un nuevo esfuerzo—. Debo encontrar un piso. ¿Vendrás a Londres para ayudarme? —Vio que la cara de su hermana se iluminaba. Luego decidió que estaba demasiado cansado para tomar un baño—. Buenas noches —creyó decir, y oyó que ella apagaba la luz.

Sumido en la maravillosa oscuridad sólo pudo registrar el hecho de que estaba en casa, y de que pronto tendría que irse. Era extraño cómo sus pensamientos eran más claros por la noche que durante el día, como si las horas de oscuridad fueran más auténticas que las otras. Era cierto que las revelaciones se producían durante el sueño, y éstas siempre parecían más sorprendentes que las obtenidas laboriosamente a través de las experiencias de cada día. Pero lo que esperaba ahora no era ninguna revelación, sino algún tipo de confirmación o sanción en cuanto a que estaba procediendo de forma honorable. Sintió temor, notó sombras que parecían tomar cuerpo en la oscuridad y acercársele. Y de pronto, sintió deseo, por lo que giró el cuerpo abruptamente. Al menos, podía contar con eso. Pero ¿podía contar con ella? ¿Y el bebé, en quien tan poco pensaban? Pero en la oscuridad, en la paz de su propio cuarto, la idea del bebé —de cualquier bebé— parecía demasiado fantástica, por lo que aun en los breves instantes que tuvo antes de que el sueño lo venciese, consiguió olvidarse totalmente del pobre bebé.

11

Tras la virtual deserción de su madre, que siguió con tanta inmediatez a lo que ella no se atrevía a considerar como la traición de Tyler (porque el hacerlo hubiera privado al mundo de su último vestigio de moralidad), Maud se resignó a llevar una vida de serio esfuerzo y gentil conformidad. La primera muestra de estos dos empeños la tuvo en su visita a los padres de Harrison, en Eastbourne, durante un fin semana de octubre. Había logrado que su madre pospusiera la boda hasta comienzos de noviembre. Esto no le había sido tan difícil como había previsto, porque su madre, que ahora pasaba la mayor parte de sus días hablando por teléfono, había conseguido activar un círculo de amistades, mujeres que, aunque hasta hacía poco la encontraban imponente a la vez que un poco sosa, estaban dispuestas a reconocerle este nuevo ánimo efervescente. Y como la boda de una hija desarma a la mayoría de las mujeres, Nadine se encontró con que era invitada a tomar el té con mayor frecuencia de lo que la habían invitado en los últimos años. Había tantas cosas que discutir, tantas direcciones de domicilios que intercambiar. Tuvo el buen juicio de pedir consejo, de solicitar las opiniones de sus nuevas amigas; a veces traía bocetos en su bolso, muestras de telas. Parte de admiración previamente sentida hacia Nadine, ya fuese sincera o no, recayó ahora sobre Maud por su juventud, por su aspecto y por la hazaña de haber conseguido marido cuando apenas había terminado sus estudios en el instituto, estudios complementados al momento con cursos en la universidad que, según le aseguraban las amigas a su madre, la prepararían para su posición como esposa de un hombre con una importante librería en el corazón de Londres.

Durante ese tiempo, Maud se desentendió cuanto pudo del

nuevo estado febril de su madre, habiéndose ganado el indulto en todo lo relativo a la boda. Ese intervalo era importante para ella, no porque lo confundiese con la libertad sino porque necesitaba apreciar lo que hasta el momento había dado por supuesto: el fin de su juventud. Había aprendido todas las lecciones que se suponía que debía haber aprendido, sabía que a las chicas no se las denominaba ya chicas, sino mujeres, y pensó brevemente que era una pena que no tuviera la oportunidad de experimentar esta nueva encarnación. Si hubiera podido elegir, hubiera optado por pasar varios años intentando descubrir cuáles eran sus gustos, si aceptaba gustosa o rechazaba los sentimientos espontáneos que tenía, incluso en el estado de letargia, casi de sonambulismo, en que se encontraba en sus últimos días en Dijon. Tan irreales le parecían esos días, que acogió casi con beneplácito la invitación de Polly Harrison, confiando más en las posibilidades reconstituyentes de unas vacaciones junto al mar que en cualquier relación humana que allí tuviera. Pensó fugazmente en Edward, esperando que fuera él quien tomara la iniciativa, quien la presentara e incluso quien la ponderara, quien defendiera su causa, cosas que ella no se sentía capaz de hacer por sí misma. Este desánimo se debía en parte a que no se encontraba del todo bien; en realidad, se encontraba así desde que había llegado de París. Este hecho había escapado a la atención de su madre, porque estaba muy ocupada, y no parecía existir la posibilidad de visitar al médico. Además, ¿qué podría decirle ella al médico, o él a ella? Maud conocía la respuesta: su cuerpo había sufrido un cambio, y ella también.

El día que llegó a casa de los Harrison era espléndido: un día de octubre suave y dorado, con el mar en calma y las hojas de los árboles que caían silenciosas por el aire sin brisa. Tenía puesto el nuevo traje azul, que de inmediato reconoció que era demasiado elegante, fuera de lugar en un pueblo donde las mujeres solían usar zapatos de tacón bajo y chaquetones, ropas adecuadas para salir a hacer las compras o para pasear al perro. Fue escaso el tiempo que tuvo para admirar el hogar de los Harrison antes de que se abriera la puerta y le dieran una ansiosa bienvenida. Pronto se encontró sentada en un salón luminoso, bebiendo café y tratando de contener el entusiasmo que con tanta insistencia fluía hacia ella. Antes de que transcurriera media hora, pudo darse cuenta de que los había

decepcionado. Su compostura, su reticencia, eran inadecuadas para lo que ella consideró el infantilismo de esta familia, con las lágrimas de la madre siempre a punto de desbordarse (había sacado un pañuelo casi en cuanto llegó) y la excitación de la hermana. Maud sospechó que ellos podían expresar sus emociones sin dificultad alguna, que estaban confabulados en la práctica de diversos rituales hogareños que les proporcionaban una gran seguridad en sí mismos, que eran buenos y bien intencionados y que estaban totalmente desprovistos de todo tipo de dudas. Hizo el esfuerzo de elogiar la casa, presintiendo que eso era lo que se esperaba de ella. De hecho, la casa parecía ser encantadora, pintoresca, como si la habitaran Blancanieves y los siete enanitos. Finalmente lanzó una mirada implorante a Edward, que también estaba alicaído ante la nueva realidad que tenía que afrontar. El anillo era, por desgracia, muy grande para el fino anular de Maud.

—No importa —dijo por último Polly Harrison—, estoy segura de que Edward te comprará otro.

Habló con un poco más de sequedad de la que había deseado. Bibi intervino, sugiriendo que Maud y Edward salieran a dar un paseo mientras el tiempo fuera bueno.

—Ven, te enseñaré tu habitación —dijo—. Después, si quieres cambiarte la ropa…

—Sólo he traído este traje —dijo Maud con impotencia—. Y un vestido para la noche.

—Has hecho bien. Y te ves muy bonita con él. Pero si vais a dar un paseo por Beachy Head, será mejor que te pongas algo mío, al menos una falda y zapatos gruesos. No le hagas caso a mamá, —añadió bajando un poco la voz—. Ella no sabía con qué se encontraría. Me atrevo a decir que está perdida. Se da cuenta de que tú eres más sofisticada que ella y no sabe bien qué decirte…

—Espero no caerle mal.

Bibi pareció horrorizada.

—*Por supuesto* que no le caes mal. ¿Cómo podrías caerle mal? Eres muy hermosa, y llena de gracia. Ella está un poco perpleja, eso es todo.

—Tu padre no ha dicho nada.

—Pero está muy contento, yo he podido comprobarlo. Le ha dado a Noddy, quiero decir a Edward, un cheque muy generoso,

¿sabes? Y os hemos encontrado un piso precioso, al menos así lo creo yo. Espero que te guste.

—Por supuesto que me gustará —dijo Maud con valentía. Lo que le hacía falta ahora era coraje—. Y espero que me visites a menudo. Necesitaré tu ayuda ¿sabes? Nunca he estado casada.

Bibi se rió, como correspondía, pero la miró con cierta perplejidad. Ya estoy metiendo la pata, pensó Maud, deseando que su expresión no la traicionara. Y sin embargo sentía que ya había hecho un esfuerzo enorme. No estaba en su carácter el buscar la amistad. Las amigas que tenía se habían sentido atraídas hacia ella sin que ella hiciera el menor esfuerzo; su misma abstracción había contado en su favor, pese a estar imbuida de orgullo. Si bien Maud detestaba la simpleza de Julie y las otras, también ansiaba participar de sus cotilleos, de sus comentarios. En efecto, su ansia resultaba tan grande, que hacía lo imposible por suprimir todo indicio de ella. Lo mismo sucederá con esta chica, pensó, tan normal, tan alegre y tan íntima ya, que no sabía qué ofrecerle a cambio. Su cortesía, que Maud veía que para ellos resultaba tan desconcertante, no era moneda corriente en esta casa. Se encontraba perdida, pero no creía que ellos pudieran apreciar su desánimo. Sólo Edward la conocía; sólo con él había estado en un plano de igualdad. Pero ella no sabía si la bondad de él se complicaría a estas nuevas circunstancias. Mas si él no era bondadoso con ella ahora, ¿quién lo sería? ¿Quién podría serlo?

Se puso la ropa de Bibi, pensando que de alguna manera esto obraría en su favor, y bajó tímidamente al salón. Allí encontró a Edward y a su padre, inmersos en una conversación. Dudó en interrumpirlos, pero el padre levantó la vista y sonrió:

—Veo que ya te han disfrazado —dijo animadamente—. No te preocupes, Maud, ya nos iremos acostumbrado los unos a los otros. Y no prestes ninguna atención a Polly. Ha estado al borde de las lágrimas desde que se enteró de la noticia. Dad un buen paseo los dos. Supongo que tendréis un montón de cosas de que hablar.

—Ha sido usted muy amable —dijo Maud, queriendo referirse al cheque—. Muy generoso —añadió, dándose cuenta de que en esta casa todo debía ser explicado, todo gramo de emoción ofrecido en aras de la gratificación de sus miembros. Se sentía exhausta. Quizás en Londres las cosas fueran más fáciles. Tal vez ella no estaba

preparada para vivir de esta manera, entre extraños. Y, sin embargo, las cosas no eran mejor en su casa, si todavía podía considerar Dijon su casa. Estaba mortificada con su madre, que corría de una recién recuperada amiga a otra con muestras de telas en su bolso. Incluso sus propias amigas la miraban con una cierta expectación, como si la nueva condición llevara implícito el tener que hacer nuevas confidencias, el darse esa importancia a sí mismo que todos encontraban tan natural y que ella tanto había despreciado siempre. En cierto sentido, Edward era el único aliado que le quedaba. Pero sabía que la verdadera intimidad entre ellos necesitaría años para desarrollarse, que, en realidad, quizás había muerto al nacer. Sabía que a ninguno de los dos le sería fácil referirse a esa tarde en la rue Laugier. No obstante, ¡cómo añoraba estar otra vez en ese piso en lugar de en esta casa luminosa! ¡Cómo deseaba estar en la Place de Termes, avanzada la noche, con los pies doloridos por haber paseado con Tyler por la ciudad oscura, en lugar de encontrarse rodeada de esta plácida luz solar que daba una pátina de normalidad a encuentros que ella consideraba grotescos! Incluso ahora podía sentir el olor de comida que provenía del fondo de la casa y oír las voces de Polly y Bibi Harrison en la cocina. Espantada, cerró los ojos.

—No te preocupes, querida —oyó que decía el padre, y abriendo los ojos vio el bondadoso rostro de él junto al suyo. Con una mano le retiró el cabello que ella tenía sobre la frente y dijo:

—¡Qué bonito cabello! —Ella tendió una mano dubitativamente y le tocó el brazo.

—Así, eso es —dijo el padre, acompañándola hasta la puerta seguida de Edward—. No te preocupes —le repitió, palmeándole la mano.

Cuando estuvieron en la calle, ella lanzó un suspiro profundo y con aproximadamente la misma naturalidad con que se había acercado al padre, pasó una mano por el brazo de Edward. Vio en él una mirada de placer, y esperó que su propio rostro no denunciara los temores que tenía. Anduvieron tranquilamente del brazo por el paseo marítimo. El aire y la luz combinados dieron brillantez al sol del mediodía para mitigar sus temores. Le gustó mucho sentir su brazo entrelazado con el de él, y nuevamente apreció la solicitud de Edward y le agradeció el tacto que tenía. Todo podría salir bien,

pensó Maud, si él seguía siendo discreto y ella continuaba respetándolo por sus buenos modales. Él se soltó del brazo de ella y treparon hacia la cima del acantilado. Había poca gente por los alrededores. Se quedaron uno junto al otro, mirando la olas que rompían con suavidad a sus pies. Pasado un rato, él dijo:

—Te amo, ¿sabes?

—Somos dos extraños —le recordó ella.

—No exactamente. Recuerda la rue Laugier.

—Recuerdo que me cuidaste, en el hotel, en la estación.

—¿Eso es todo?

Ella dudó.

—Creo que sí.

—Supongo que necesitarás mucho tiempo. Bueno, tenemos tiempo. Recuerda que aún somos jóvenes. Trataré de hacerte feliz. Sé que ahora no lo eres. Pero reconoce algo, Maud: yo tampoco lo soy en este momento. Nunca pensé que pudiera ser tan agobiante —añadió moviéndose con inquietud.

—Todo irá mejor en Londres —dijo ella.

Y eso fue todo lo que dijo, o todo lo que pudo decir. Pese a todo, ella lo consideraba un compañero suficientemente agradable, salvo cuando la miraba con esa expresión pensativa en su rostro, en la cual ella podía ver su ardor que, por ser reprimido, era grotesco. Su ardor nunca la rozaría, ella lo sabía, pero, por el contrario, su bondad era para ella una fuente constante de asombro. Nadie la había tratado con tanta caballerosidad. Ésa era la impresión más vibrante que tenía del hombre con el que se iba a casar. En cuanto a todo lo demás, ella sabía que jamás respondería, pero como daba por acabada esa parte de su vida, pensó que sería igual con cualquier hombre. Nunca pensó que este estado de pasividad fuese anormal.

—¿Y el bebé? —dijo él—. Supongo que eso ya está arreglado ¿no?

—Fue un error —dijo ella—. Fue un error mío. No hubo que arreglar nada.

Ella sabía que él sospechaba de su madre, al menos de que tenía algunos conocimientos siniestros, como direcciones o recomendaciones.

—Ni siquiera mi madre se enteró —dijo, y lo cogió del brazo

para iniciar el camino de regreso.

Él no la creyó del todo. Pensó fugazmente en esa madre dudosa, pero la desechó de su pensamiento. Se lo ocurrió, pero sin mayor urgencia, que ahora no era necesaria la boda, que podría ser libre. Pero ¿libre para qué? Él necesitaba una compañera, ya que su nueva vida sería de su propia invención. Gracias a la presencia de Maud había notado ligeras fisuras en el entramado de su vida familiar: no podía continuar viviendo en esa casa. Por la misma razón, tampoco podía anunciar que no habría boda mientras su madre llamaba a sus amigas para darles la buena nueva. Miró de reojo a Maud y vio que estaba seria; estaba seria desde que había llegado, y deseó reanimarla, devolverle la juventud que parecía haberla abandonado. Junto con este altruismo sentía el deseo de ver gratitud, amor, en el rostro de Maude. Cuando la tenía junto a él, con su brazo entrelazado con el suyo, sintió una ternura que pareció difundirse por su sistema nervioso. Le cubrió una mano con la suya. Ella levantó los ojos y lo miró con una expresión en la que él pudo ver parte de la gratitud que tanto ansiaba. Y supo que se casaría con ella, siempre lo había sabido. Mas, pese a todo, se sentía asediado, con el peso del futuro sobre sus hombros.

La comida consistió en pastel de pescado y manzanas asadas. Todos comieron con ahínco, excepto Maud que, a través de los párpados entornados, observaba a los demás y respondía, agradecida, a los comentarios generales que le dedicaba Arthur Harrison. No podía evitar el darse cuenta de que sus acciones se cotizaban cada vez más bajas con cada minuto que pasaba. Lo peor de todo era que ella sabía qué clase de chica hubieran preferido: una chica del lugar, que hubieran conocido de toda la vida, que estuviera familiarizada con su forma de ser, que fuera tan sana y expresiva como lo eran ellos. Ése era el quid del asunto: sólo podían apreciar a alguien que fuera lo más idéntico a ellos posible. O, si la novia desconocida tenía que ser francesa, que fuera chic, coqueta y divertida, y no seria y pensativa como Maud. Ellos sospechaban que Maud estaba triste, que no apreciaba en todo su valor lo que ellos le ofrecían, que evidentemente creían que era suficiente para cualquier chica. En este ambiente las chicas eran chicas, no mujeres, dijesen lo que dijesen las feministas. La ironía residía en que Maud se sentía más joven a cada instante, incapaz de afrontar

estos nuevos desafíos. Incluso añoraba la presencia inquebrantable de su madre, y se preguntaba qué tendría que hacer cuando los padres y los familiares se conocieran en la boda. Pero entonces recordó que ella no tendría que hacer nada, ya que la novia no tiene responsabilidad alguna el día de su boda.

Ahora, más que nunca, le pareció que el curso de su vida estaba trazado, que el matrimonio era lo único que la liberaría de su dependencia. Excepto de la del marido. Pero ahora estaba convencida de lo que Edward valía, aunque consideraba exageradas, inapropiadas, sus expresiones de amor. Y es que no se casaban por amor, pensara él lo que pensara. Para comprenderlo, sólo tenía que echar una mirada hacia el otro lado de la mesa y ver su triste sonrisa. Se casaban por un paso en falso, un encuentro lamentable, una conmoción compartida; se casaban porque sus vidas ya habían tomado un curso equivocado, porque entendían cómo y cuándo habían tomado ese curso, porque los sucesos de la rue Laugier los habían unido y, a la vez, los habían incapacitado para explicar esos sucesos, y su historia previa, a una tercera persona. Se casaban por un impotente sentido de complicidad, y porque no podían volver a sus hogares. Ni siquiera Edward podía quedarse con esta familia mucho tiempo más, por mucho que los quisiera, como era evidente. Una inquietud desconocida se había adueñado de él, y ellos lo notaban y lo lamentaban. No se decía nada al respecto, se evitaban las explicaciones. No obstante, Maud sabía que Polly Harrison tenía una oscura sensación de resentimiento y que, no ahora, pero con el tiempo ella sería el objetivo de ese resentimiento.

Después de la comida, Maud ayudó a secar los platos. Luego accedió a descansar, dado que parecía ser lo que se esperaba que hiciera. La implicación consistía en que, después de tomar una comida tan suculenta, era necesario un descanso. Maud sospechó que hasta bien entrada la tarde pesaba sobre la casa un estricto mandato de guardar silencio. Una vez que se encontró en el bonito cuarto de huéspedes, con las paredes blancas y las cortinas y la colcha floreadas, se quitó agradecida los zapatos y se acercó a la ventana. Creyó oír el mar, pero en realidad se trataba del ruido que producía un coche que pasaba sobre el pavimento mojado por una llovizna ligera. Maud pensó que esto era simbólico. Bajo el pálido

sol del mediodía, cogida del brazo de Edward, le había sido imposible decir la verdad, sentir, si no optimismo, por lo menos una serena determinación. Ahora se sentía nuevamente prisionera. Sin que nadie se lo dijera, sabía que se consideraría muy anormal el que ella saliera de la casa en silencio y fuera a dar un paseo a solas. Además, no tenía llave y era impensable despertarlos de la siesta con el sonido del timbre. Se preguntó dónde estaría Edward, pero entonces, al mirar hacia abajo, lo vio subir al coche que su padre les había dado como regalo de boda. Ella lo hubiera acompañado, pero era evidente que él quería estar solo. El silencio invadía ya la casa. Hubiera querido asegurarle a Edward que continuaría comportándose bien, con la condición de que la sacara de las garras de su familia. Pensó que aquí jamás podría sentirse como en su casa. Pero quedaban otras dos noches antes de que se fueran a Londres, y el tiempo le pareció demasiado largo.

Nuevamente triste, se quitó la falda y el jersey prestados y se metió bajo el edredón. En la suavidad de las almohadas —porque todo en esta casa era suave, comparado con la rigidez general de Dijon— pensó en Tyler tal como había esperado verlo siempre, en la oscuridad del dormitorio de los Vermeulen, observándola, con sus miradas cruzándose, su deseo a la vista. Instintivamente su cuerpo se movió para acoger la cascada de sensaciones que esta imagen le traía: sintió que las mejillas se le arrebolaban, que sus pechos respondían. Echaba en falta a Tyler, no sólo porque nunca más le haría el amor, sino porque él constituía el único capital emocional que ella tenía. Él la había aceptado, o había parecido aceptarla, tal como ella lo había aceptado a él; no habían dudado en adaptarse el uno al otro. Aún recordaba con toda naturalidad sus largos paseos nocturnos, la última taza de café en la Place de Ternes, antes de regresar al silencio del piso, donde se quedarían dormidos al instante, para despertarse con los cuerpos entrelazados, haciendo el amor en silencio y con seriedad, tal como las chicas sueñan con hacer el amor, un amor que nace del sueño, que no necesita ni preparación ni consentimiento. Cuando hacían la siesta, el amor era más deliberado: entonces había una semioscuridad, producida por las cortinas corridas, y la desnudez se exploraba con ojos y manos. Tampoco había lamentos. Ella ni siquiera lamentaba que Tyler no dijera que la amaba. No había dudas acerca de la

sinceridad de sus gestos, de sus abrazos. Y era esa sinceridad la que la ayudaba a tolerar todo lo demás. Incluso ahora estaba segura de esa sinceridad.

Pensó que si Tyler la hubiera aceptado, tan plenamente como ella lo había aceptado a él, podría haber desempeñado su papel con confianza en sí misma. Pensó que si él la hubiera llevado a su casa para que conociera a su familia, ella se hubiera convertido en lo que ellos desearan que fuese. Sabía que pertenecían a una clase social alta, pero también sabía que ella tenía la dignidad necesaria para sobrellevar cualquier disparidad que hubiera habido. Además, de alguna forma sabía que incluso su madre hubiera sido aceptada en Worcestershire o en Chelsea, que se hubiera producido una corriente de mutua apreciación, no exenta de simpatía, que habría dejado satisfechas a ambas partes. En cuanto a ella, hubiera acogido a los padres de Tyler con cariño y devoción, como los progenitores del propio Tyler: se hubiera convertido en la hija que nunca había sido y ellos, a cambio, se sentirían orgullosos de ella, en particular, cuando tuviera un hijo. Esta fantasía no tenía relación alguna con su reciente trastorno, cuya causa atribuyó a un despertar sexual demasiado breve. Lo que había tenido no había sido un embarazo, sino sólo un desarreglo. Ahora estaba segura de ello. Habría tenido un bebé cuando se hubiera casado con Tyler; no deseaba tener un bebé de ninguna otra manera. No sentía un afecto particular por los niños, no le atraían los pocos bebés que se encontraba en esos largos paseos que daba por Dijon con su madre. Sin embargo, con Tyler todo hubiera sido perfecto, y ella hubiera madurado sin siquiera notarlo, en lugar de tener que hacerlo por imposición, como ahora, en este lugar extraño.

Pero, a pesar de todo, tenía ya la madurez necesaria como para saber que lo único que le había ofrecido Tyler era una relación efímera, insuficiente como para basar en ella su vida. Habían sido amantes durante unas pocas semanas: el destino se había encargado de demostrarles que estaban hechos el uno para el otro, pero eso había sido todo. Él no le había propuesto matrimonio, ni siquiera continuar la relación. Había sido Edward quien le propusiera ambas cosas y, pese a que ella no podía aceptarlo como amante, no le era difícil apreciar sus cualidades como marido. Él le había dado apoyo; Tyler no. Tyler no había hecho el menor movimiento cuando

Edward le dijo que saliera del piso. Peor aún, ella había visto en el rostro de Tyler una fugaz expresión de violento alivio. Había sido esa expresión la que le había dado el coraje, o la desesperación, para construir su futuro con Edward. Todo lo que había seguido a esa determinación, había sido dictado por algún instinto primitivo, alguna necesidad arcaica de seguridad. Y ahora se encontraba frente a esta incómoda dicotomía: podía pensar en la expresión de Tyler cuando le hacía el amor o en la expresión de descanso cuando se aseguró de que alguien se la quitaba de las manos.

Supo que se había quedado dormida, porque lentamente se dio cuenta de que Edward se encontraba en el cuarto.

—Te he traído una taza de té —dijo él—. Pensé que no querrías bajar un rato.

Sus ojos se posaron en los hombros desnudos de Maud y en la hendidura que había entre sus pechos. Ella tenía puesta una combinación de color rosa pálido, con ribetes de encaje, que formaba parte de su ajuar. No hizo movimiento alguno para cubrirse. El gesto, tal vez insignificante, fue, a su modo, meritorio, y él se sintió agradecido.

—Me temo que no soy lo que esperaban —dijo ella, bebiendo un sorbo de té. Lo que quería decir es que no les había caído bien, pero el no decirlo era una concesión a las nuevas convenciones.

—A mi padre te lo has ganado por completo. Mi madre no está dispuesta a verme marchar, eso es todo. Ella no puede expresar con palabras lo que siente. Sé un poco más amable con ella. Piensa que eres demasiado sofisticada para nosotros. Pero yo sé que todo esto te resulta muy difícil.

Ella se quedó pensando en lo que él acababa de decirle.

—¿Y Bibi? Esperaba contar con Bibi como amiga.

Él se rió.

—Bibi está celosa. Siempre hemos estado muy unidos, quizás excepcionalmente unidos. Tampoco a ella le gusta la idea de que me vaya.

—¡Cuánto deben quererte! —dijo ella con cierto asombro.

—Sí, mucho. Me quieren como me querían cuando era niño, y cuando pensaban que nunca crecería. Me quieren de la forma menos útil, desapasionadamente.

—Sí, ya veo.

—Y ahora traigo a casa a una chica hermosa, a la que he elegido sin su ayuda, y no saben bien cómo reaccionar. Pero harían lo mismo con cualquiera.

—No me encuentran adorable.

—Por supuesto que no. Aún no.

—Eres muy sensible, Edward.

—Sé lo que sientes porque te quiero.

No lo sabes todo, pensó ella, pero tendiéndole una mano le dijo:

—¿Cómo diablos haremos para llevarnos bien?

—Diciéndonos la verdad, creo. Aunque ésta duela… Por ejemplo, yo sé que no me quieres.

—Por supuesto que no. Aún no —dijo ella, remedando sus palabras.

Él sonrió, reconociendo la alusión.

—Y sin duda me encuentras muy bueno; creo que lo has dicho ya. Pero quizás no siempre sea bueno. Puede ser que yo también tenga momentos en que lo lamente ¿sabes?

Ella lo miró, sorprendida.

—Quizás lamente muy en serio el hecho de que no me quieras, —dijo él.

Se produjo un silencio.

—Seré buena, Edward.

—Eso es lo que la reina Victoria le dijo al príncipe Alberto.

—Yo sé cómo se sentía ella. —Por un instante, ambos se rieron —. Cuéntame lo del piso.

—Es muy agradable, creo. Lo verás el domingo. Está en una plaza pequeña y, por la mañana, le da el sol. Lo encontró Bibi. Ella y mamá lo han llenado de toallas, cacerolas y cosas por el estilo. ¿Quieres levantarte ahora? Me temo que mamá ha organizado una pequeña reunión para que te conozcan y todo eso. ¿Podrás afrontarlo?

—Más vale que pueda.

—Sí. ¿Qué te pondrás?

—No te preocupes. He traído un vestido de seda. Está colgado en el armario.

—Muy bonito —dijo él después de inspeccionarlo—. ¿Y harías algo por mí?

—Sí, —dijo ella, preguntándose qué querría.

—Déjate crecer el cabello. Me gustaría que lo tuvieras más largo.

—¿Por qué no?

Le aburrió esta sugerencia que le parecía inconsecuente. Nunca se le había ocurrido ponerse bonita para Edward. No tenía en mente ningún propósito de seducirlo. No obstante, se arregló con esmero, se puso un poco de color en las mejillas, se alisó las cejas bronceadas y se miró al espejo con cuidado antes de salir de la habitación y bajar al salón.

—Y ésta es Maud —dijo su futuro suegro, rodeándole la cintura con un brazo.

Le presentaron a ocho personas que nunca volvería a ver, cuatro maridos y cuatro esposas. Ellas eran corpulentas, combativas, y daba la impresión de que todas se habían puesto sus alhajas para la ocasión. Los maridos eran tímidos, y olían a whisky; dos de ellos lucían americanas azules con escudos idénticos en los bolsillos superiores. Ella les tendió la mano, les ofreció una sonrisa desvaída y aceptó una copa de vino blanco. Pensó que sería sometida a un intenso escrutinio, pero hicieron caso omiso de ella. Fue a Edward a quien le pedían todos los detalles. Su papel en toda esta escena se reducía a su presencia, que encontraron adecuada, más que adecuada a juzgar por las miradas vacilantes de los maridos, hasta que sus mujeres requirieron de forma perentoria sus respectivas atenciones. Maud comenzó a sentir algo más peligroso que una mera irritación, se acercó a Edward, lo cogió del brazo, le sonrió y empezó a responder en su lugar. Todos se tranquilizaron: así era como debían comportarse las novias. Edward aún tenía un vestigio de sonrisa en el rostro cuando los invitados se fueron. Polly Harrison estaba sonrosada y alegre. Su reunión había sido un éxito.

Para cenar hubo carne y ensalada; como concesión a su condición de extranjera, a continuación se sirvieron quesos, pero sin vino. El queso era aceptable, pensó Maud, pero la ocasión requería un buen Fleurie, de ésos que servía su tía. En su casa tomaban un Beaujolais corriente, pero muy bueno. El vino le hubiera dado a Maud el tónico que necesitaba: todavía se sentía un poco irritada.

—Supongo que tu madre te echará a faltar, ¿no Maud?

—Me reemplazará con un aparato de televisión —dijo Maud.

No sabiendo cómo tomar estas palabras, optaron por considerarlas una broma y se rieron desenfrenadamente.

A la mañana siguiente, Polly Harrison anunció que iba a hacer una «gran compra». Maud se ofreció a acompañarla andando, ansiosa por ver un poco la ciudad, pero iban a ir en el coche, que Polly conducía con decisión tras haberse puesto un par de guantes especiales. En el supermercado, Polly cogió un carrito, que llenó de productos poco atractivos, como jabón en polvo para la ropa, una bolsa grande de manzanas verdes, un par de guantes de goma, unos cuantos plátanos, un paquete de beicon y una caja de estropajos jabonosos. Maud no podía entender cómo se sustentaría la familia con eso. En Dijon, la compra era rápida y al grano: una tienda para la carne, otra para los vegetales y una tercera para el queso. Maud salía a comprar el pan dos veces al día, y siempre traía vino consigo. No tenía la menor idea de dónde procedía el jabón de lavar; en todo caso se introducía en la casa con discreción, con mucha mayor discreción que en ésta. La señora Harrison añadió dos paquetes de galletas digestivas y llevó sus compras hasta la caja. Luego, le permitió a Maud llevar las bolsas hasta el coche. Maud sospechó que éste era un ritual de los sábados por la mañana. Pero ¿por qué? Esta gente vivía bien; en comparación con la situación económica de ella y su madre, la de ellos era bastante más holgada. Y, sin embargo, todo parecía convertirse en una tarea penosa. Necesitaban dormir varias horas para reponerse de la comida. Cuando caía la noche, corrían las cortinas como si tuvieran miedo de lo que pudieran ver si miraran por las ventanas. Vivían junto al mar, pero al parecer nunca salían de la casa. Maud comprendió que Edward sintiera la necesidad de irse de su casa, en realidad, de que ya se hubiera ido. Supuso que era más por él mismo, que por ella, que había buscado y encontrado el piso. Ella sería simplemente una invitada. Debido a eso, y al aburrimiento de la mañana, le dijo a la señora Harrison:

—No le importa que esta tarde tenga a Edward para mí sola ¿verdad?

—No, por supuesto que no, querida. —Era evidente que esto se consideraba apropiado.

—Haz que Edward te lleve a dar uno de sus paseos habituales —dijo la señora Harrison después de comer, con los ojos enrojecidos—. No esperaremos veros hasta la hora del té.

Pero, en realidad, ella lo mantuvo alejado hasta mucho más

tarde, para así tener tiempo de tomar una copa cuando abrieran los pubs. Los colores subidos y los ojos brillantes de ambos fueron objeto de comentarios cuando regresaron a la casa. Daban una sensación de felicidad. En realidad, se habían entregado por completo al sonido de las olas y apenas habían cruzado unas palabras. Pero en su silencio había habido cierta paz, de modo que juzgaron que la tarde había sido un éxito.

Al día siguiente, cuando partieron —ante los tres Harrison arracimados en la puerta principal—, Maud se sintió tan aliviada que estaba casi alegre. Fueron a Londres, donde comieron en un pub: de ahora en adelante todo serán pubs, pensó Maud. Pero cuando la llevó al piso, ella casi se lo perdonó. Su primera impresión fue «yo podría vivir aquí», tras lo cual siguió a Edward hasta una habitación con las paredes y el techo de color coral, alfombrada también de color coral. Era como entrar en una cueva acogedora en la que quedaba excluida la vida exterior.

—Todo esto estaba *in situ* —dijo Edward, tocando los radiadores y encendiendo las luces—. Lo compré con la alfombra y también las cortinas incluidas.

Corrió las cortinas para mostrárselas: estaban expertamente confeccionadas con un *chintz* oscuro y caro. Ella notó el hierro negro de la chimenea, recubierta de madera, el sofá, el sillón y la *chaise-longue,* también tapizados de *chintz,* y dos pequeñas mesas redondas cubiertas hasta el suelo con un tafetán de color coral que hacía juego con el de los cojines. De inmediato se imaginó a sí misma recostada en la *chaise-longue* leyendo, soñando.

—¿Quieres decir que todo esto estaba aquí?

—Sí. El dueño regresó a América y vendió todo junto.

—De manera que, en realidad, tú no tuviste que comprar casi nada.

—Sólo las camas.

La condujo hasta un dormitorio de color verde pálido, con cortinas de hilo a rayas blancas y verdes. Las dos camas gemelas tenían sábanas blancas y frazadas de color verde pálido.

—Cuando nos hayamos instalado, podrás dedicarte a elegir las colchas de las camas. Pensé que preferirías tener camas gemelas, —dijo él, incómodo—. En realidad, yo las prefiero. —Pensó con tristeza en sus sueños, que ahora debía dejar atrás, en el pasado,

junto con otras fantasías—. ¿Te gusta? —le preguntó.

—Me encanta —dijo Maud.

Que fue mucho más de lo que pudo decir, a modo de certidumbre, cuando vio la tienda. En la oscuridad, con la mitad de las existencias sobre el suelo, el lugar parecía lo que era: un triste revoltijo. El joven que pasaba por ser el asistente de Edward le dio una taza de té, y allí se quedaron los tres, pensativos en medio del crepúsculo. Es una tienda de clase baja, pensó. Él vio su expresión, y endureció la propia. Fue como si en ese momento ella hubiera medido la distancia que había entre ellos dos y sus respectivas aspiraciones. Edward le pasó su tazón a Cook, veladamente contento de que no hubiera sacado las tazas con bordes dorados.

—Ven —le dijo a Maud en voz baja, y luego, dirigiéndose a Cook—: Si nos necesita, esta noche estaremos en el piso. De otro modo, lo veré mañana después de llevar a Maud a Heathrow.

—Adiós —dijo ella, tendiéndole la mano a Cook. Pensó que nunca más tendría que volver a verlo: otro rostro más para destinar al limbo.

Esa noche hicieron el amor, tal como Edward pretendía. Ella respondió con cortesía, y podría haber convencido a cualquiera que estuviera medio dormido, cosa que no estaban ninguno de los dos. Por la mañana, todo fue agitación, y no hubo tiempo de discutirlo, ni se sentían preparados para hacerlo. Maud sabía que nunca podría sincerarse con él en lo tocante a este asunto. En el avión, nuevamente notó que la invadía la desesperación cuando pensó que esta parte de su vida estaba acabada, y acabada antes de comenzar. Era en Tyler en quien ella pensaba, no en el acto de hacer el amor con Edward, acto del cual se excluía, deseando que su mente permaneciera muerta, sino en los paseos nocturnos por París en los que había sentido una armonía tan grande con Tyler que todos los demás pensamientos estaban ausentes. Tan ausentes como ahora. En un momento de lucidez, fugaz e inesperado, pensó en la ironía de que el desequilibrio de su vida hubiera sido destruido por un episodio tan banal; luego, algo extrañamente similar a su conciencia le dijo que lo que para otros podría parecer nada más que un episodio, para ella era una experiencia tan ilimitada que bien podría pasarse el resto de su vida contemplando sus recuerdos. Era desafortunado que ese recuerdo particular significara una barrera

tan grande para lo que debía ser su vida de casada, porque el matrimonio, pese a todas sus dificultades, era ahora inevitable. A pesar de su indiferencia, no podía defraudar a Edward, quien, en sus momentos más calmos, era un verdadero amigo, o podría serlo. Maud supuso que muchas mujeres contraían matrimonio justamente con este mismo espíritu. Y se sintió cansada, cansada de guardar para sí sus pensamientos, cansada de satisfacer las pretensiones de su madre, cansada de no tener un hogar —porque el piso de la rue des Dames Blanches, lleno de preparativos para su partida, ya no era su hogar—, cansada de la vida sin Tyler. Sin Tyler, no se le ocurría otra cosa mejor que casarse con Edward. Y si esto era sórdido, no le importaba. Lo compensaría, sería una buena esposa, cumpliría con su deber, al igual que lo había cumplido siempre. Sólo en un aspecto podía fallarle, pero pensó que los hombres no retienen el recuerdo del acto de amar como las mujeres. Esa mañana, mientras Edward bebía su café, no le había mostrado rencor, ni había expresado decepción alguna, incluso había parecido indiferente. Ella sabía que esas cosas no afectaban a los hombres con tanta profundidad. El que Tyler pudiera haberse sentido menos afectado que ella, era un pensamiento que se le había ocurrido antes, pero que había echo a un lado. Era tal la perfección en torno a todo su encuentro con Tyler, que ningún pensamiento objetivo podía destruirlo. Ella sabía que si alguna vez Tyler volvía a cruzársele en la vida, lo abandonaría todo y se iría tras él.

No obstante, atravesó París con temor. Ahora que el verano había desaparecido y que el tiempo estaba fresco y brumoso, la ciudad pareció rechazarla, incluso de forma hostil. Soportó el viaje en tren arrullada por un sonido repetitivo que ya pronto no le sería familiar. En la estación estaba su madre, esperándola para someterla a su custodia. Escuchó, con indiferencia, las noticias que le daba su madre con su voz repentinamente animada. Nadine, ávida por enterarse en detalle sobre el piso, quedó al menos satisfecha en ese aspecto.

—¿Y los padres?

Estando en Dijon, el recuerdo que tenía Maud de ese fin de semana era próximo a la parodia; tenía ganas de presentárselo a su madre de modo que se divirtiera, de proporcionarle a su madre una

victoria fácil. Pero, para su sorpresa, se lo impidió la lealtad hacia Edward.

—Muy agradables, —dijo, respondiendo a la pregunta de su madre—. Muy buenos. Ya lo verás por ti misma en la boda.

En cuanto a la boda en sí, Maud permaneció indiferente, aunque Nadine parecía regodearse en los preparativos de cada día. A fin de disfrutar plenamente de todas las consultas que parecían ser necesarias —con la modista, con el jefe de cocina del Hôtel de la Cloche, con esas amigas que sabía muy bien que aún estaban sorprendidas por este contacto asiduo, después de tantos años de independencia— Nadine exigía que la dejaran a solas, sin el estorbo de una hija silenciosa cuyo ritmo era tanto más lento que el de ella. Maud salía del piso con la excusa de ir a visitar amigas y se refugiaba en el museo, donde a nadie se le ocurriría buscarla. En esos últimos días anteriores a su boda, decidió darse un gusto: tomar el té en un salón de té, rodeada de mujeres que pasaban una tarde inconsecuente, cotilleando, antes de regresar a sus casas. No obstante, la actividad estuvo muy lejos de satisfacer sus expectativas, y no le quedó más remedio que irse a su casa al igual que las demás. En su cuarto, colgado de la parte exterior de su ropero, había un misterioso traje blanco envuelto.

Edward la llamó todas las noches. Ella escuchaba su voz con un ligero placer, aunque era poco lo que él tenía para decirle, hasta que una noche le dijo que su padre había tenido un pequeño ataque de corazón, y que sus padres no podrían asistir a la boda. Ella lo lamentó de verdad; le había gustado el hombre, incluso lo había querido, había podido ver, a través de él, cómo hubiera podido ser su propia vida si su padre hubiera vivido. Después se había puesto Bibi al teléfono, con voz llorosa.

—Cuánto siento lo de la boda, Maud. Espero que esto no te la estropee.

—Pero tú vendrás, Bibi. Me encantará volver a verte.

Finalmente llegó el gran día, y Maud Lucie Simone Gonthier se convirtió en la esposa de Edward Harding Harrison. La ceremonia civil fue una mera formalidad; todos sabían que la verdadera celebración era la reunión que vendría a continuación. Fueron treinta los invitados, porque Nadine no había podido ingeniárselas para lograr un número mayor. Y aun así, muchos estaban

sorprendidos de que se hubieran acordado de ellos. Todos juzgaron que la novia, que lucía una túnica y una falda corta de seda blanca, estaba muy bien vestida para la ocasión, aunque su expresión era un poco taciturna, al igual que la del novio, sin duda preocupado por la salud de su padre. El traje de la madre de la novia —una chaqueta de un tono azul como el del pavo real sobre una falda multicolor— fue todo un éxito. Al menos ella parecía pasárselo muy bien, aunque a medida que servían un plato tras otro (demasiado complicados, pensaron todos: hubiera sido más adecuado un bulé) los colores se le intensificaban de manera peligrosa. Entre las mejillas arreboladas y el azul de la chaqueta, sus bellos ojos lanzaban miradas de desafío y de invitación a los maridos de todas sus amigas recientemente recuperadas. Bibi, que se veía muy bonita, estaba sentada junto a Xavier. Al parecer, se entendían extremadamente bien, hasta que Germaine puso fin a la situación. Bibi nunca se enteró de cómo se las arregló Germaine para hacerlo, pues la envolvió en un torrente de charla sorprendentemente encantadora. Maud y Edward cruzaron una mirada seca y amarga ante esta actuación. Podrían haber estado casados desde hacía años.

Pasaron la noche en París, en un hotel pomposo que Edward pensó que a ella podría gustarle. Pero pronto se dieron cuenta de que él había sido demasiado ambicioso; renunciaron bajar al restaurante y pidieron que les trajeran a la habitación unos bocadillos de pollo. Ella sintió pena por él, por haber gastado tanto dinero y por haber dado tan lejos de la diana. Ambos estaban exhaustos, y así lo dijeron, pensándolo también para sus adentros. Decidieron acostarse temprano y consideraron mejor no intentar darse un abrazo. A la mañana siguiente volaron a Londres, y a su nuevo hogar. Un sol suave atravesó la fría neblina. Pareció imposible no aceptar ese hecho como una premonición.

12

De los dos, fue Harrison quien encontró difícil la vida de casados y quien algunas veces daba rienda suelta a una irritación injustificada. En particular le irritaba la forma de cocinar de Maud, que juzgaba demasiado pretenciosa, demasiado diferente de los reconfortantes platos a los que lo había acostumbrado su madre.

—¿Qué es esto? —podía preguntar, hurgando con un tenedor suspicaz.

—Es pescado. A ti te gusta el pescado.

—¿Qué es esto que tiene encima?

—Salsa muselina. ¿No te agrada?

—Me gusta la comida sencilla. De todos modos, no quiero tomar cosas pesadas para la cena. Prefiero algo sencillo. Té, fruta, ese tipo de cosas.

Ella lo encontraba más tarde sentado a la mesa de la cocina con un libro y un paquete de galletas abierto. En consecuencia, se acostumbró a prepararle una ensalada de frutas y una tetera llena de Earl Grey. En un plato floreado le ponía mantecados, de los que jamás parecía cansarse. Él inspeccionaba esta cena modesta para ver si ella había añadido algo inusual y, cuando comprobaba que todo estaba en orden, comía con una total apariencia de satisfacción. Pasado un tiempo, y cansada de ver que él rechazaba sus platos, ella comenzó a cenar lo mismo que él. La comida nunca la tomaban juntos. Maud lo hacía en su casa y Harrison casi siempre en
Overton's,
en compañía de alguien que visitara la tienda y tuviera ganas de quedarse para charlar. Los viernes, Edward obsequiaba a Cook con una buena comida en un restaurante, tras la cual ambos pasaban

una tarde somnolienta revisando libros y esperando que llegara la hora de cerrar hasta el lunes siguiente. Maud preparaba complicadas sopas de verduras para ella, y platos de carne que luego ponía en el congelador. Tomaba su comida con calma, sentada a la mesa del comedor, y bebía un vaso de vino. Muy ocasionalmente, cuando Bibi venía a pasar el día o cuando Jean Bell volvía de Pittsburgh, donde hacía investigaciones tras haberse graduado, salía a comer fuera, en tabernas, bistros o restaurantes de grandes almacenes, pero siempre regresaba contenta a la quietud de su piso, al libro que estuviera leyendo y al paisaje invariable, sosegado por la tarde invernal, que podía ver a través de la ventana. Cuando la oscuridad invadía el lugar, se levantaba para encender las luces, iba al dormitorio a correr las cortinas, se miraba fugazmente la cara en el espejo y se preparaba para recibir a Edward.

Siempre se sentía aliviada al verlo de pie en el vano de la puerta, envuelto en un aura de frío aire nocturno. Nunca dejaba de besarlo, deseosa de lograr su aprobación, consciente de la ligera incomodidad que había entre ambos. Si sentía la necesidad de disculparse era porque percibía en él una infelicidad más grande que la suya. En realidad, para ella la infelicidad no era absoluta, dado que había encontrado un ambiente y unas obligaciones que cumplir que se ajustaban perfectamente a su temperamento pacífico. Ella sabía que no todo andaba bien entre ambos, sabía que, en ciertos aspectos que se negaba a examinar, el pasado interfería en el presente. Sabía que era más pragmática que su marido, que se había amoldado opacamente a lo que se le había ofrecido, que se sometía a los abrazos de su marido no sin entusiasmo, pero con una cierta timidez, como si tuviera miedo de resucitar viejos fantasmas, que se imponía voluntariamente la pasividad que tenía, de modo que la inhibición de él aumentara. Descubrió en él algo que no había esperado: un cierto salvajismo en la forma de hacerle el amor, al cual ella aprendió a adaptarse.

Maud tenía la impresión de que cada día que pasaba lo conocía menos, que se había casado con un extraño en cuya bondad no siempre podía confiar. Sin embargo, esperaba su regreso a casa todas las noches consciente, tras el largo día silencioso, de su soledad, consciente de los árboles negros, sin hojas, que había al

otro lado de la ventana, y del sonido triste de los pasos por la calle tranquila, por la cual no pasaban coches durante las largas tardes, de manera que a veces tenía la impresión de que ella era la única persona con vida en ese invierno permanente. Mientras se peinaba frente al tocador, y acaso se ponía un collar, Maud trataba de crear en su interior una sensación de anticipación. Pero no era mucho lo que había que anticipar, aparte de un beso ligero, una cena modesta y la paz y la comodidad de una noche sin incidentes. Ella solía decirle con frecuencia:

—Me voy a acostar. Leeré un rato. No te preocupes, no me molestarás.

Hacía esto tanto por él como por ella, sabiendo cuánto apreciaba él su soledad después de comprobar con satisfacción que ella había estado en casa, esperándolo. Ella presentía en él una decepción enorme por haber fracasado en reanimarla, de hecho, por no haber podido reanimar a ninguno de los dos. Algunas veces, cuando lo veía sentado en su sillón, le notaba esa expresión ensimismada, pensativa, incluso anhelante, pero no anhelante de su presencia, con la que él contaba, sino de alguna promesa incumplida por parte de ella. Había visto antes esa expresión, en la rue Laugier, cuando él le había ofrecido casarse con ella. Dado que esa triste mirada de anhelo se le hacía insoportable, Maud cerraba el libro, le daba las buenas noches y se iba a la cama. Aunque estaba ansiosa por permanecer a oscuras y dormirse, se quedaba despierta hasta que Edward se reunía con ella en el dormitorio: le parecía una simple cuestión de buenos modales intercambiar con él unas últimas palabras. El «buenas noches» final los exoneraba de las obligaciones del día. Ella se dormía con facilidad, con gratitud; él, con las manos detrás de la cabeza, se quedaba pensando en la oscuridad, con su memoria más viva que durante el día, cuando lo acosaban agradablemente preocupaciones de carácter más práctico, cuando lo distraían las decisiones y las conversaciones. Durante el día solía pensar agradecido en Maud, en su fastidiosa quietud. Por la noche sentía una cierta tristeza, que le era familiar, cuando la escuchaba respirar pausadamente desde la otra cama.

Así como ella se maravillaba ante el hecho de no sentir la más mínima infelicidad, él vivía permanentemente sorprendido por su propia sensación de pérdida. Durante los tres primeros años de su

matrimonio tenían la apariencia de una pareja bien avenida. Los vecinos que los veían pasear algún domingo por la tarde los consideraban ejemplares, y juzgaban el silencio de ambos como una muestra más de la armonía interior que había entre ambos. Max y Nelly Kroll, que cenaban con ellos una vez al mes, estaban encantados con las ceremoniosas preparaciones de Maud, sus comidas meticulosas, su salmón escalfado o su cordero con judías pochas, su tarta de manzanas o su suflé de limón. Nelly Kroll, una vivaz mujer de setenta y cinco años, elogiaba la belleza de Maud e íntimamente pensaba cuánto más bella sería con un poco de animación. Max, contento con su cigarro, su coñac y los chocolates que Maud siempre compraba para él, pensaba cuánto le gustaría que fuera hija suya. Pero ellos no tenían hijos. Los Kroll se habían habituado a esta idea desde hacía mucho tiempo; la decepción había ido convirtiéndose en una confortable resignación. Nelly Kroll, estando una vez en la cocina, había abordado el tema con Maud, confiando en que era privilegio de una mujer mayor tocar esta cuestión, la más delicada de todas las cuestiones.

—No —dijo Maud—. No es que a Edward no le gusten los niños. Se trata sencillamente de que, al parecer, yo no puedo tenerlos.

—¿Lo has intentado? —dijo Nelly.

Maud le dio la espalda.

—Por supuesto —respondió, con la voz tan calmada como pudo —. Pero, al parecer, no logro retenerlos por más de unas pocas semanas. Lo lamento por Edward. En cuanto a mí, he logrado más o menos aceptarlo.

—¿Te ha visto un médico?

—No hay ninguna necesidad. Estoy perfectamente bien. ¿Regresamos a la mesa? Tú prefieres manzanilla en lugar de café ¿no es cierto?

Y Nelly Kroll, convencida de que la tristeza de Maud, así como la de Edward, era resultado de esta simple incapacidad —¿o era quizás incompatibilidad?—, se dijo que, por decencia, no podía hacer más preguntas al respecto, y regresó aliviada junto a su marido. Él, distraído, le cogió una mano. Kroll había notado, y también Nelly, que los Harrison rara vez se tocaban. Le hubiera gustado saber más acerca de ellos, pero era más delicado que su mujer.

Además, había cosas más interesantes que discutir, tales como la situación actual del negocio de Edward y —a juzgar por la prodigalidad de Maud, la comodidad de esta habitación y las excelentes comidas que siempre les brindaban— el extremadamente gratificante estado de prosperidad que ya había alcanzado, y que esperaba aumentar en los próximos años, siempre que tuviera el buen sentido de seguir confiando en los consejos de Max.

Porque la tienda era un éxito. Desde que habían contraído matrimonio, Harrison había descubierto que era un excelente hombre de negocios. A decir verdad, la tienda era un refugio de su vida hogareña, que no podía dejar de considerar infeliz, aunque evitaba indagar con demasiada profundidad las causas de esa infelicidad. Tras actualizar sus listas de suscriptores y corresponsales, muchos de ellos norteamericanos, Edward se había encontrado escribiéndoles como si fuesen viejos amigos. Gracias a sus anuncios, tenía unos cuantos clientes regulares para quienes su género inusual, y al presente aumentado con mucho esmero, era una dicha permanente. Había sido Maud quien le sugiriera que tuviera más clásicos, de preferencia en buenas ediciones, sugerencia que él agradecía. Los anuncios aparecidos en publicaciones literarias lo habían puesto en contacto con catedráticos retirados, o viudas de catedráticos fallecidos, que, a punto de mudarse a casas más pequeñas, estaban encantadas en deshacerse de las obras completas de Balzac, de George Eliot o de Zola. Movido por un sentimiento de delicadeza hacia Maud, sentimiento que persistía cuando todos los demás parecían perdidos o sólo latentes, Edward concentró su atención en libros franceses, apartando para ella algunos con títulos de mujer, *La cousine Bette*, o *La Petite Fadette*, o *Geminie Lacerteux*, libros que él creía apropiados a su frágil serenidad, habiéndose olvidado de los sutiles horrores que los títulos ocultaban y, en todo caso, la similitud que guardaban, como siempre, con Dickens. A Cook le permitía realizar por sí solo una tarea tangencial: revisar los ejemplares coleccionados por críticos y periodistas que se vendían en las ferias de libros de los fines de semana, a las que él asistía sólo en pocas ocasiones. Cook también tenía su propia lista de suscriptores y se familiarizaba cada vez más con las novelas contemporáneas. Por las tardes, si no los visitaba algún cliente, la tienda estaba en calma y ambos se dedicaban a

leer, como si la lectura fuese la única razón de su presencia allí. Los clientes estaban impresionados. La reputación que tenían era excelente.

Era cuando se dirigía a pie hacia su casa, en la oscuridad invernal, con las manos en los bolsillos, que de nuevo comenzaban a asaltarlo las dudas. Se sentía extrañamente reacio a reunirse con su mujer, a la vez que lo invadía un alivio inmenso cuando veía las luces que brillaban en las ventanas de su piso. Esta imagen de hogar lo seducía noche tras noche, pese a que sabía que era ilusoria. Pero era una ilusión necesaria. El calor, la luz, el saludo de Maud y el intercambio de las pocas novedades que tenían para contarse lo tranquilizaba, le daba una sensación de normalidad tras la cual él reconocía que había serias discrepancias. Él sabía que su unión era débil, carente de solidaridad. No tenían hijos. Y virtualmente, tampoco padres. No tenían ninguna persona mayor que los orientara. Después de la muerte de Arthur Harrison, Maud se negaba a acompañarlo a Eastbourne.

—Ve tú —le decía—. Tu madre prefiere estar a solas contigo. Y Bibi vendrá la semana próxima; tendremos mucho de que hablar.

Él, por su parte, manifestaba una violenta antipatía por la familia de Maud, en particular por su madre y su tía, a quienes consideraba corruptas e infinitamente corruptibles. Este sentimiento era, en gran medida, retrospectivo, puesto que él tampoco la acompañaba a Dijon y, de hecho, había intentado disuadirla de ir por su cuenta, con el resultado de que Maud adquirió el hábito de hablar con su madre por teléfono, conversaciones que ambas encontraron suficiente para sus necesidades mutuas. Maud y su marido existían en un limbo que tenía sus atractivos, de los que el más notable era ese momento de reconocimiento que se producía al final del día de trabajo, cuando solían emerger de sus respectivos silencios para saludarse con una especie de alegría para volver a caer, luego, con demasiada rapidez, en otro silencio, el silencio que seguía existiendo entre ambos y que ninguno de los dos podía romper.

Después, como si reconociera ese hecho, Maud se acostaba temprano y él, suspirando, la seguía un poco más tarde para quedarse despierto, contemplando la oscuridad hasta mucho después de oír la respiración acompasada de ella. No obstante, por

la mañana, frente a sus tazas de desayuno azules llenas de excelente café, y a la miel y la mermelada en sus cuencos de artesanía, les era imposible no volver a sentir un ligero optimismo. Cuando Maud le ponía delante un huevo pasado por agua, recordando que él prefería la huevera decorada con un gallito, a Edward le parecía que era como cualquier otro hombre casado, sin otros deseos y necesidades que los de un marido corriente, y plenamente satisfechos tanto los deseos como las necesidades. El diario prístino, los revitalizantes aromas aduladores, la seguridad de que dejaba su hogar en las manos de una ama de casa excelente, todo se combinaba para que sus temores nocturnos parecieran tonterías. Incluso cuando la oía suspirar sabía que ella nunca tendría la indiscreción de ponerse a llorar, o de dedicarse a descubrir su alma ante los demás, o de reprocharle algo a él negándole ocasionalmente la palabra. Él sabía que podía confiar en sus buenos modales. Tenía muy poca relación con mujeres, por lo que no sabía qué solían hacer durante todo el día. Al igual que la mayoría de los hombres, prefería pensar que Maud dedicaba sus horas solitarias a pensar en sus cosas y en su comodidad. No se hubiera sorprendido si alguien le hubiera dicho que ella pasaba todo el día comprando cosas para hacerle la comida, o preparándosela. Pero no le hubiera significado diferencia alguna el pensar, con lógica, que esas actividades llevaban, cuando mucho, no más de una hora. En el fondo de su alma sabía que podía confiar en los excelentes cuidados que ella le brindaba. Lo que hiciera con el resto de su tiempo no era de su incumbencia.

En realidad, Maud daba muchos paseos, generalmente por la mañana y en el barrio. Bastante antes del mediodía tenía preparada su sopa y había comprado sus quesos y sus panes. Por la tarde acaso visitaba una galería de arte, aunque Jean Bell no estuviera en la ciudad, o iba de tiendas con Bibi. Esto último no le gustaba, pero los ojos brillantes de Bibi y sus charlas ingenuas la reanimaban. Maud salía todos los días, pero en particular prefería aquellos en los que salía sola. La soledad no la alarmaba, así como tampoco el silencio. Tras saludar a la vecina del piso de abajo, una recia mujer de edad avanzada que tenía un perrito, a la que se encontraba todas las mañanas a la misma hora, Maud estaba dispuesta a no pronunciar ni una sola palabra más hasta que Edward regresara a casa. Encontraba natural guardar para sí sus pensamientos, ser

aplicada, comunicarse con los personajes de un cuadro o de un libro. Todos los días, después de beber su taza de té, solía sentarse durante un par de horas a leer un libro, al igual que el lector ideal de Max Kroll, hasta que, con un suspiro, se daba cuenta de que el día, su día exclusivo, tocaba a su fin, se acababa. Entonces iba al dormitorio, se ponía el collar de lapislázuli, se cepillaba el cabello y se preparaba para recibir a Edward. Incluso se encontraba ansiosa por verlo, y pensaba que también él sentía lo mismo respecto a ella. Sin embargo, una vez satisfecha esta ansiedad por verse, ambos caían en el silencio habitual. Paradójicamente, sólo la vista del otro hacía tolerable el silencio.

—Hay carta de Dijon —dijo Maud una mañana, mientras tomaban el desayuno—. Con dos noticias. Mamá se ha fracturado un tobillo y Xavier se casa.

—¿Con una de esas chicas horribles?

Ella consultó la carta.

—Con una tal Pascale Lacombe. Yo no la conozco, y tampoco mamá. Al parecer, Germaine está muy contenta. Tendré que ir a Francia, Edward. Debo ir a ver a mamá, y tendré que asistir a la boda. Mamá dice que no se puede mover y yo deberé representarla. Eso es lo que ella dice, no lo que yo digo. ¿Podrás arreglártelas sin mí durante unos días? ¿O quieres venir?

—No, no quiero ir. Estarás bien sola, ¿no?

—No me quedaré más que cuatro o cinco días. Si voy directamente a Dijon…

—¿Dónde es la boda?

Ella consultó la carta otra vez.

—En París. Saint-Philippe du Roule. Puedo coger un avión de regreso esa misma noche.

—No quiero que viajes de noche. Será mejor que te quedes en un hotel y viajes a la mañana siguiente. Ve al Washington. —Era donde habían pasado la noche de boda—. ¿Puedes hacer tú la reserva o quieres que la haga yo?

—Yo la haré.

—Y será mejor que te compres un traje nuevo, o un vestido, lo que sea. —Jamás permitiría que su mujer luciera menos que perfecta.

—Gracias, Edward.

Maud fue a la modista esa misma mañana y, juntas, diseñaron un traje rojo oscuro, con una chaqueta de cuello al estilo mandarín, y un sombrero de cordoncillos de seda del mismo tono oscuro. Le describió con entusiasmo el atuendo a Edward, que sólo la escuchó a medias. De todos modos, a él le gustaba con la ropa corriente, las blusas de seda y las faldas de *tweed* o escocesas que había aprendido a usar. Cuando a la semana siguiente la vio partir, le pareció que ella sentía frío, como lo sentía tan a menudo, y se preguntó si le gustaría tener un abrigo de piel. Pero, pasados unos minutos, descartó la idea porque sabía cuán modestos eran sus gustos. Sin embargo, notó que ella se había puesto un perfume distinto, un perfume nuevo para él. En el aeropuerto, ella lo besó como si temiera verlo marchar. Cuando él se volvió para verla, la encontró mirándolo fijamente. Él le dijo adiós con la mano; ella hizo otro tanto y luego, girándose, se dispuso a partir.

En Dijon encontró a su madre sentada cómodamente, con el tobillo vendado apoyado sobre una banqueta. Haciéndole compañía estaba la portera, la señora Fernández, a quien ahora llamaba Clarita. Junto a su madre, sobre una mesa, había revistas femeninas sin mayores pretensiones. Era evidente que su esperado reingreso en la sociedad no se había producido y que la señora Fernández era la visita constante. También era evidente, tras una media hora ligeramente embarazosa, que Nadine había encontrado cierta satisfacción en dejar que las cosas se derrumbaran, incluida ella misma. Maud notó con tristeza que el cabello de su madre se había vuelto canoso, que de una cinta que le rodeaba el cuello colgaban gafas nuevas, que sólo le quedaba pintura de labios en las comisuras. Pero, a pesar de la negligencia, estaba arreglada con cierta vivacidad, como si siguiera los consejos que daban esas revistas que ahora prefería leer. Tenía los párpados verdes y las cejas, ya ralas, estaban acentuadas con los trazos vacilantes de un lápiz. Nadine se sonrió cuando notó la expresión preocupada de Maud. Tenía plena conciencia del proceso en el que había caído, pero tras toda una vida de esfuerzos constantes, había sucumbido sin protesta alguna.

—Comprenderás —dijo, señalando con un gesto resignado el estado lamentable de la habitación— por qué no puedo asistir a la boda. —El gesto explicó mucho más que el tobillo fracturado—.

Germaine me llama todas las noches por teléfono. Al parecer, la chica es rica y van a tirar la casa por la ventana.

Maud pensó que su madre jamás hubiera usado una frase tan vulgar en otros tiempos.

—¿Y a ti quién te cuida? —le preguntó—. ¿Quieres que me quede?

—Clarita viene a verme todos los días. La habíamos subestimado, Maud. En realidad, es una mujer muy interesante. A veces vamos al cine juntas. Debimos haberle pedido que se quedara cuando llegaste. No fue muy amable de tu parte ser tan despótica, dándole las gracias de una manera que a la vez era como si la despidieras.

—Lo siento. No me di cuenta de que era tu amiga.

—Más vale que hables con ella cuando bajes. Y sé agradable. ¿Cuánto tiempo te quedarás?

—No lo sé.

Pero tras pasar una noche en su antiguo cuarto, ahora frío y polvoriento, decidió partir al día siguiente. Estaba claro que ya no la querían allí.

Cuando llegó al hotel en París, llamó por teléfono a Edward, sacó las cosas de la maleta, colgó el traje rojo y puso el quimono de seda rosada sobre la cama. El tiempo estaba ventoso y había neblina. Salió, paseó por los Champs-Elysées, y luego, sintiéndose derrotada, emprendió el regreso andando. En su entorno todo eran luces provenientes de las tiendas, de los cafés; una multitud de gente paseaba en medio de la euforia previa a las Navidades. Maud se sintió aislada, conspicua. Entró en una librería y compró el libro de más éxito del momento, sabiendo que no lo leería. Luego regresó al hotel. Comió en la habitación, ya que no estaba dispuesta a ir al restaurante, a ningún restaurante. Los dos días siguientes transcurrieron de la misma manera: el mismo paseo andando, las mismas comidas en reclusión. Maud echaba en falta su piso, sus hábitos serenos. Una ligera sensación de terror acompañaba sus pasos durante su deambular. Se preguntaba si alguna vez tendría el valor de hablar con alguien. Fue con una sensación de alivio, al igual que de extremo nerviosismo, que se despertó el día de la boda. El nerviosismo obedecía a la boda en sí; el alivio, al reconocimiento de que pronto estaría en su casa.

En la iglesia, la primera persona que vio fue Tyler, vestido con un traje gris, con un aspecto mucho más resplandeciente que el novio, para quien actuaba como padrino. Por supuesto, pensó Maud, siempre supe que lo encontraría aquí. Incluso de espaldas, que era lo único que Maud alcanzaba a ver, podía advertirse su categoría. Apenas notó la presencia de Xavier, o de la novia, pálida y bonita, o de Germaine, con los colores subidos y una expresión de triunfo. Permaneció sentada durante toda la ceremonia y luego se unió al bullicioso gentío que se dirigía hacia los coches que esperaban para llevarlos a todos al Crillon. Una vez allí, con los colores tan subidos como los de Germaine, que por fortuna estaba demasiado ocupada para prestarle atención, Maud tomó una copa de champán y esperó que Tyler se le acercara desde el otro lado del salón. No tenía ninguna duda de que él procedería así. Aunque la hiciera esperar, ella tenía toda su fe puesta en un encuentro inevitable.

Uno o dos de los invitados intentaron entablar conversación con ella, pero pronto la abandonaron al ver que obviamente los miraba, pero sin responder ni a su presencia ni a sus palabras. En un momento determinado, Germaine terminó por verla e insistió en presentarle a la madre de la novia, una mujer alta de sonrisa vaga, que le dio la mano con una cortés falta de interés. Maud volvió al lugar junto al bufé, donde había decidido que Tyler la viera. Ella sospechaba que él ya la había visto, que había notado su presencia y que reservaba el encuentro para más adelante. O eso, o había decidido tratarla como a cualquier otro invitado a la boda. Bebió una tercera copa de champán, deseando que él se le uniera; lo seguía constantemente con la mirada. De nuevo pudo comprobar la superioridad de Tyler en comparación con todos los demás hombres que había en el salón, vio cómo lo miraban las mujeres, vio las miradas especulativas que se reflejaban en algunos rostros, manos que lo cogían del brazo, intentos de detenerlo que surgían de todas partes. Y no se trataba sólo de que era apuesto, absurdamente apuesto, o de que cumplía su deber con una gran dosis de encanto. Se trataba de que despertaba en ese conjunto de gente, de edad mediana en su mayoría, los viejos anhelos del hijo perfecto, del hermano perfecto, del amante perfecto, el arquetipo de hombre que se haría cargo del deseo de una mujer, no sólo de ser amada, sino

también de ser protegida. Era evidente que muchas de las mujeres presentes sentían languidez cuando él se les aproximaba, que ansiaban tenderle los brazos, sin tener en cuenta los fallos que pudieran encontrar en su carácter. Esos fallos serían perdonados de forma automática o, si no perdonados, al menos excusados. El aura de este encantamiento estaba a la disposición de todos. Xavier, súbitamente deprimido, pensó que la boda tenía semejante éxito en especial debido a Tyler.

Por fin, con la mirada fija, un gesto de pesar en la boca, estaba de pie frente a Maud.

—Bueno, Maud. ¿Te acuerdas de mí?

—Por supuesto que me acuerdo, Tyler.

—Estás espléndida. Tienes el cabello más largo. Al menos me lo parece; no puedo verlo bien bajo el sombrero. ¿Cómo va esa vida de casada?

Ella pasó la pregunta por alto.

—¿Y tú? ¿Te has casado?

—Comprometido —dijo él brevemente. Luego añadió con una sonrisa—, bueno, ¿qué esperabas? Tú no quisiste esperarme, Maud.

Ella lo oyó sin siquiera parpadear.

—¿Y te casarás con ella, con esa chica que dices tener?

—Probablemente no. ¿Dónde te alojas? —preguntó, bajando la voz.

Ella se lo dijo.

—Estaré libre a eso de las siete. Espérame allí.

Y se fue. Maud, compuesta, se abrió paso hasta llegar junto a Xavier para desearle toda la felicidad. Después, le dio un abrazo a su tía, que la miró sorprendida.

—Encantada de verte, Maud. ¡Estás tan bien! ¿Cuánto tiempo te quedas en París? Debemos hablar sobre Nadine. No estoy muy contenta con ella. ¿Cómo la encontraste?

—Ha sido un placer verte, tía. Y estoy segura de que mamá estará perfectamente bien. Sé que tú te encargarás de vigilarla.

Después de tantos años de comportarse de manera sumisa, Maud se dio cuenta de cuán fácil era imponerse, de cómo incluso la arrogancia suscita un cierto respeto, mientras que la modestia produce escasas compensaciones, origina pocos tributos. Habiendo delegado en su tía el deber de cuidar a su madre, se sintió libre de

viejas ataduras, por fin dueña de su propia vida, y de sus deseos, lo más importante de todo. Cuando escapó del calor y el ruido del Crillon para lanzarse a la oscuridad plagada de estrellas de la Place de la Concorde, sintió en su interior un latido acelerado que era sinónimo de intención. Demasiado impaciente como para esperar un taxi, se fue andando por los Champs-Elysées, pensando con ansiedad en el baño caliente y perfumado que tomaría. Después de eso, no estaba segura de lo que haría. Sólo sabía que se habían encontrado, que finalmente tendrían la conversación que debió haber tenido lugar mucho tiempo antes. Miró con incredulidad los años tranquilos de su matrimonio. ¿Cómo pudo haber degradado tanto su vida? Se había negado a sí misma —o le había sido negado— el juego del instinto, y era instinto lo que ahora sentía despertar en ella. Podía imaginarse a sí misma tumbando a Tyler en su cama; podía imaginárselo vívidamente, incluso con morbosidad, pero al mismo tiempo sabía que no era eso lo que quería. Todos estos años había estado más que preparada para su eventual encuentro con Tyler, pero ahora sabía que lo deseaba sólo como lo había visto ese verano, y más tarde en la penumbra de aquel cuarto, desnudo, con la cabeza ladeada, su deseo a la vista. El elegante traje gris la había irritado, y la irritación había incrementado su nuevo sentido del amor propio. Por encima de todo pensó que su excitación tenía menos que ver con deseo sexual que con la ira. Deseaba atacar a Tyler, violarlo, pero sabía que al hacerlo destruiría el recuerdo perfecto de su propio deseo, que era su posesión más preciada.

Se había cambiado la ropa y estaba cepillándose el cabello cuando sonó el teléfono de la recepción para decirle que un caballero preguntaba por ella.

—Dígale que suba, por favor —contestó con desaprensión, y supo, por el tono de su voz, que no estaba actuando con naturalidad y que si por casualidad él la recordaba, no sería así, en este ambiente típico para la seducción. En ese momento supo que se negaría su más preciado deseo, y que de esa manera mantendría inalterada su imagen en la mente de él, de modo que, en lo posible, él pudiera recordarla tal cual durante todos los veranos de su vida.

Él también se había cambiado de ropa; tenía puesta una camisa con el cuello abierto y un jersey. Su abrigo largo, con el cuello levantado, traía consigo todo el frío de esa noche de diciembre.

—¿Nos vamos a la cama? —preguntó él, echándole un vistazo al quimono de seda rosada que había sobre la cama que ya había sido abierta por la criada.

—No —dijo ella—. Nos vamos a dar un paseo. ¿Te acuerdas de cómo solíamos pasear, Tyler?

—Me acuerdo.

—Vamos, entonces.

Ella mantuvo la puerta abierta para que él pasara, cogió la llave del cuarto y salió, dejando la luz encendida.

—¿Volveremos?

—No. No volveremos aquí.

Pasearon en silencio por los Champs-Elysées. Ella no lo cogió del brazo, ni siquiera encontraron de forma instintiva el mismo ritmo en el andar. Ambos tenían conciencia de ello, pero no de la gente que los separaba, ni tampoco del choque ocasional con algún comprador distraído. Cuando atravesaron el Rond Point se encontraron en la oscuridad. Excepto aquellas personas que tenían un propósito determinado, eran pocas las que paseaban esa noche por esos jardines salpicados de piedras.

—Hay en Proust algo sobre esta parte de los Champs-Elysées, —dijo él finalmente—. Acerca de los niños y el enamorarse como niños.

—Debo leerlo —dijo ella—. Debimos de habernos enamorado como niños, Tyler. De esa manera nos hubiéramos conocido mucho mejor.

—Yo siempre creí que te conocía, Maud.

—Pero no era así, ¿no es cierto? Tú no quisiste saber cómo me sentía.

Él hizo un gesto de impaciencia.

—¡Oh, los sentimientos de las mujeres! ¡El lío que arman con eso! Además, sí sabía cómo te sentías. Tú dijiste que me amabas.

—Pero tú estás acostumbrado a escuchar esas palabras.

Él la miró sorprendido.

—No seas cruel, Maud.

Siguieron andando en silencio.

—El problema fue que yo nunca creí conocerte —dijo ella—. Incluso cuando hacíamos el amor sentía que me negabas cierta intimidad, cierto conocimiento.

—Mira, ¿podemos sentarnos? En realidad, estoy bastante cansado. Te recuerdo que he estado de pie casi todo el día. Y no sé si estoy dispuesto a mantener el tipo de conversación que parece que tenemos. Mi sugerencia era mucho mejor.

—Lo más probable es que te quedaras dormido, si estás tan cansado.

—Es probable —concordó él.

—Quiero atravesar el río —dijo ella—. Después puedes sentarte, si lo necesitas. Ahora que lo pienso, yo también estoy cansada. El efecto del champán ha desaparecido. Nunca creí que pudiera tener esta conversación contigo, Tyler. Y, en cierto modo, es muy tarde. Me siento muy madura como para estar hablando de mí en estos términos.

—Nunca hablaste de ti misma, es verdad. Eso era parte de tu encanto.

Cruzaron el Pont des Arts, ahora con los pasos al mismo ritmo, y sin proponérselo se detuvieron para apoyarse en el parapeto y mirar las aguas del río. Ella sintió que la invadía una abrumadora sensación de indiferencia; se sintió tonta y avergonzada. Como si él presintiera lo que ella sentía, la rodeó con su brazo, un gesto que sólo le era familiar en su marido. La situación le parecía fuera de lugar, hogareña, reconfortante, mientras que a lo que ella estaba acostumbrada con Tyler era a que él simplemente cogiese lo que quería. Que es tal como debía seguir siendo, pensó Maud. Él pertenecía a otros ahora, aunque esos otros podían cambiar, ser sustituidos; ella carecía, como siempre, o así lo creía, del poder de persuasión final. Ella había dicho todo lo que tenía que decir y, como siempre, había logrado captar sólo un fragmento de la atención de él. Se enderezaron y siguieron andando, de nuevo en silencio porque ya todo estaba dicho, de nuevo suspendida en el aire la tan ansiada respuesta.

Él se reanimó cuando se sentaron en el Deux Magots; el ruido y el movimiento lo ayudaron a recobrar su seguridad.

—¿Dónde está Noddy? —preguntó—. ¿Cuidando de la tienda?

—Me gustas más cuando no hablas —dijo ella—. Recuerdo los paseos que solíamos dar hasta altas horas de la noche. Apenas hablábamos entonces. ¿Te acuerdas?

—Me acuerdo —dijo él terminando su café y pidiendo la cuenta

al camarero con un ademán.

—Yo quería que esos paseos no acabaran nunca. Quería que esta noche paseáramos como entonces.

—Es invierno, Maud —dijo él con amabilidad—. Ese verano ya no volverá. Ni para ti, ni para mí. Eso pertenece al pasado.

—Yo te amaba —dijo ella, temblorosa—. Creo que aún te amo. Al menos, te recuerdo todo el tiempo, incluso cuando estoy haciendo cosas cotidianas, como mondar verduras o hacer las camas. Sólo quería estar contigo para siempre, Tyler. Apenas me importaba que no me quisieras…

—Yo te adoraba —dijo él.

—Demasiado tarde —dijo ella, mientras las lágrimas bajaban por sus mejillas—. Yo quería casarme contigo, y ahora estoy casada con Edward.

—¡Oh, lo hubieras pasado muy mal conmigo! Su tono era ligero ahora, indiferente.

Ella ya no podía creer que sus anteriores palabras pudieran haber sido sinceras. Quería estar sola, para poder recordar su… ¿qué era? ¿Su admisión, su confesión? Sintió la urgencia de llevarse el recuerdo con ella a casa, para poder mantenerlo a buen resguardo.

—Ahora soy yo la que está cansada —dijo. Su voz era opaca, su color había desaparecido.

Él la miró, conmovido por su aspecto.

—Un taxi, me parece. O mejor, dos.

Cuando salieron a la calle él la cogió del brazo y ella, ante su infinita sorpresa, sintió que él estaba excitado de deseo. Incluso el rostro lastimoso de Maud lo había excitado, había despertado en él su instinto depredador.

—¿Cuánto tiempo te quedas? —preguntó él—. No hay nada que nos impida pasar el día de mañana juntos, ¿no es cierto? Y nada de pasear. Sólo tu hotel. A menos que hayas cambiado de opinión respecto a esta noche.

—Estoy demasiado cansada —dijo ella, queriendo decir cansada de ti, demasiado triste, no como tú me recuerdas.

Él la besó.

—Te llamaré mañana —dijo—. Y no vayas a largarte por ahí.

Pero con esas palabras, pensó Maud, le había dicho lo que tenía

que hacer, simplemente porque él no esperaba que ella estuviese aguardándolo, porque, con sus cambios repentinos, ya no quería que lo aguardara. El aguardarlo hubiera sido poner a prueba los límites del deseo de él, y ella sabía de una manera poco clara pero persistente, que esos límites ya habían sido alcanzados. Ella lo había conocido cuando el deseo de él no tenía límites: ¿cómo podía sentarse ahora en la habitación de un hotel a esperar que él la llamara? E incluso cuando la llamara —porque de eso ella no tenía dudas— harían el amor, que era el verdadero objetivo de esta reunión, de forma deliberada, a conciencia, no como los dos deseaban recordar.

Esa noche, después de acostarse, Maud sintió angustia, pero no por temor a perderlo —ya lo había perdido—, sino por no haberse dado cuenta antes de cuánto era el riesgo que merecía la pena correr. Y ella había optado por la seguridad, no por la libertad; había tenido miedo de originar un escándalo y, sin embargo, se las había arreglado para causar daño. Quizás podría pensarse que había actuado de forma mundana y egoísta, cuando la verdad era que había sentido miedo. Y tal vez Tyler la había amado durante todo ese tiempo… Pero no la había amado lo suficiente, no la había dominado, no se había convencido finalmente de que su forma de responder ante ella había sido más fuerte que ante todas las otras mujeres que se le cruzaban en el camino, que lo engatusaban, que lo seducían, que demostraban su amor por él…

Ella había sacado de esta reunión más y menos de lo que esperaba, a partes iguales. Junto con las sendas admisiones de amor, había una cierta tristeza de no haberlo expresado a su debido tiempo. Ella había hecho lo que nunca hubiera querido hacer: que Tyler se sintiera un poco avergonzado de sí mismo. Ella no quería verlo arrepentido, en una postura de falsa humildad; aún deseaba que él saliera triunfante. Junto con el conocimiento de que lo que él le había confesado era casi seguramente cierto, desapareció en ella la convicción de que todo hubiera sido mejor, muchísimas veces mejor, con él, como se había imaginado. La realidad no era suficiente y, como prueba de ello, el amanecer no le produjo ningún alivio. Sintió una profunda pena por los dos, incluso vergüenza. Ella sabía que si hubieran hecho el amor, lo más probable es que no hubiera sido en armonía.

No necesitó el pequeño despertador de viaje que le había dado Edward. Tuvo que esperar a que fueran las siete para pedir el desayuno y solicitar en recepción que le prepararan la cuenta. Apenas era de día cuando salió del hotel y cogió un taxi para ir al aeropuerto. Temblaba dentro de su abrigo, estaba impaciente por llegar a su casa, por tomar otro baño, por comenzar un día normal. Tenía la mente en calma, incluso en blanco; puso a un lado los sucesos de la noche anterior para contemplarlos más adelante. No obstante, sabía que no darían mucho más de sí. No había decepción en el hecho de que no hubiera esperado a Tyler, así como tampoco creía que él se sentiría desilusionado, o siquiera sorprendido. Llamaría al hotel y le dirían que se había ido. Él se encogería de hombros y también se iría. Y ella nunca volvería a verlo.

Cuando llegó a su casa, que estaba fría y vacía, como si su presencia hubiera desaparecido para siempre, tomó un baño, se puso ropa abrigada y volvió a salir. Fue andando hasta la tienda, donde Edward y Cook expresaron cierta sorpresa al verla.

—¿Tenemos algo de Proust? —preguntó Maud.

—Allí —dijo Edward—. La edición de Pléïade.

Desanimada, pasó rápidamente las delgadas hojas del libro.

—Es como la Biblia —comentó.

—Para algunas personas es la Biblia —dijo su marido—. Te tendrá entretenida durante un buen tiempo. ¿Vuelves a casa? Si vuelves, puedo llevarte en el coche. Tengo que recoger algunos libros en Wimbledon.

—No —dijo ella—. Daré un paseo. Debo comprar algunas cosas.

—¿Lo pasaste bien?

—Oh, sí, muy bien. Te lo contaré todo esta noche. Adiós Cook. Encantada de haberle visto.

Paseó por las calles vacías, y de forma repentina y violenta añoró París, donde la gente parecía tan indiferente. Por fin pensó en Tyler, en el paseo de la noche anterior. «Yo te adoraba», le había dicho Tyler, pero su voz era opaca. Sus pasos no habían sido armónicos. Ella tenía una sensación de derrota, y estaba casi segura de que él se sentía igual.

Cuando regresó al piso, se hizo una sopa de puerros y patatas, comió y se sentó a leer. *Longtemps, je me suis conché de bonne heure*, decía la primera frase. Maud levantó la vista del libro, maravillada.

La penumbra del día la encontró leyendo aún, sin haber cumplido sus deberes caseros. Cuando se levantó para encender las luces, tuvo que cubrirse los ojos con la mano, tan inmersa había estado en ese otro verano en el que un niño espera ansioso que venga su madre a darle un beso, espera que el invitado se vaya, espera oír cómo se cierra el portal y los pasos de su madre en la escalera. Sosegada, como si hubiera encontrado una ocupación para los oscuros días de invierno, se dirigió al dormitorio, se cepilló el cabello y se puso el collar de perlas que su madre le había regalado para la boda. Cuando Harrison llegó, la encontró muy serena, tal como para su dicha y su tormento solía encontrarla.

No fue hasta hallarse sentados a la mesa, bebiendo una taza de té, que una idea monstruosa le estalló a Edward en la cabeza.

—¿Estaba Tyler en la boda? —preguntó.

—Oh, sí, Tyler estaba allí.

—¿Tú sabías que estaría allí?

—No, por supuesto que no. ¿Cómo podía saberlo? Fue el padrino, —añadió Maud.

—Siempre en primera fila, ¿no es cierto? Siempre el primero en todo.

—No seas tonto, Edward.

Él la miró un poco sorprendido; nunca lo había criticado.

—Y todo el mundo se volvió loco por él, ¿no?

—No tengo la menor idea —dijo ella, con calma.

—Todos se vuelven locos por él, ¿no es verdad? Todos se enamoran de Tyler.

Incluso tú, pensó ella, pero se las ingenió para no decir nada.

—Salimos juntos a dar un paseo —añadió ella, todavía con calma—. Necesitamos salir a tomar un poco el aire.

—Y después os fuisteis al hotel —dijo él, con una expresión excitada y furiosa.

—Yo volví al hotel sola. No sé adonde fue Tyler. No sé lo que hizo. No volví a verlo. ¿Quieres más té?

Esa noche Maud se fue a la cama más temprano que de costumbre, con la esperanza de dormirse antes de que Edward se acostara. Pero él también decidió acostarse más temprano. Yacían ambos en la oscuridad, escuchando la respiración del otro.

—No me abandones, Maud —dijo Edward de pronto.

Ella fue consciente de la oscuridad, del silencio, de los días y las noches de invierno que aún debían pasar antes de que el sol pudiera brillar y devolverles la vida.

—Maud, ¿me has oído?

—Por supuesto que te he oído. Y por supuesto que no te abandonaré. —Y tras un suspiro profundo y sereno añadió: —Tú eres mi vida ahora.

13

En el noveno año de matrimonio de Maud y Edward, cuando ya todos habían perdido las esperanzas, nació Mary Françoise, nombre que pronto quedó reducido a Maffy. Al parecer, no había ninguna razón particular para que concibieran un hijo en ese momento. No se había producido ningún incremento o disminución en sus afectos, ni se había elevado o bajado la temperatura emocional, ni había habido celos de una parte o ansiedad de la otra. Eran socios con éxito, pero más socios que marido y mujer: satisfacían las necesidades mutuas y respetaban los deseos mutuos. El piso era cálido, acogedor, pero, si uno entraba inesperadamente, siempre parecía estar vacío. La comida era abundante y creativa, pero como ellos dos comían poco, Maud la reservaba para las cenas con Max y Nelly Kroll o para las comidas ocasionales que tenía con Jean Bell y Bibi, quienes, ligeramente irritadas por su pasividad, la instaban a asumir las posturas que consideraban deseables en una mujer moderna, y que a Maud le eran tan ajenas.

Era cierto que Maud era tranquila y dependiente de su propia intimidad. Pero era más dependiente aún de su marido, quien prefería que ella exhibiera una serenidad ligeramente esclavizada. Todos tenían la impresión de que la fortaleza de él crecía en la medida que disminuía la de ella. Si él hubiera podido elegir, hubiera optado por verla más pasiva, en lo posible, confinada a una *chaise-longue*, una Elizabeth Barrett para su Roben Browning, con la promesa de su vuelo conjunto pospuesta indefinidamente. Él creía haber nacido para prodigar cariño, aunque se daba cuenta de que sus atenciones eran siempre recibidas distraídamente, como si Maud estuviese envuelta en un profundo proceso mental que acabaría por dar sentido a su vida y la liberaría. Si ante un supuesto tribunal

celestial, ella hubiera estado dispuesta a defender sus actos, tanto racionales como irracionales, se encontraría en verdaderos apuros para explicar, si se lo preguntasen, por qué este proceso le había costado tanto tiempo y tanta preocupación. Pero ella no tenía la costumbre de dar explicaciones, iba por la vida con facilidad y serenidad, cumplía sus deberes domésticos de forma admirable y no daba pie a queja alguna.

Pero su suegra y su cuñada la encontraban muy anormal. Polly Harrison, a quien Maud nunca le había caído bien, le tenía ahora una aversión mucho mayor de lo que ella misma creía. Bibi, a quien enviaba en misiones de reconocimiento a Tedworth Square, regresaba diciendo que le había hecho útiles sugerencias, con Jean Bell o sin ella, sobre la posibilidad de realizar trabajos voluntarios en el hospital local o de asistir a cursos en el Instituto Municipal de Literatura (o de tener un amante, pensaba Jean Bell), pero que no había tenido respuesta.

—Le pregunté qué hacía durante el día y me contestó que leía —informó Bibi a su madre.

—Bueno, yo leo, todos leemos —comentó Polly Harrison—. Pero no veo la necesidad de mencionarlo. ¿Has visto a Edward?

—Sí, pasé por la tienda.

—¿Te pareció que está preocupado por ella?

—No, ¿y por qué debería estarlo? Ella está bien. En realidad, sólo se trata de que es un poco rara.

—Me temo que ha sido una decepción —dijo Polly Harrison, haciendo eco de la primera impresión que Maud había tenido de su futura suegra. Ni a Polly ni a Bibi se les ocurrió pensar que también Maud podía haberse sentido decepcionada. Quizás a los Harrison les hubiera gustado que hubiera habido algún tipo de discusión o confrontación, como no es infrecuente entre la gente irracional. Pero nadie podía acusar a Maud de no tener buenos modales, razón de más para sentirse irritadas. La señora Harrison creía que la serenidad habitual de Maud era «una pose», pero tenía cierto temor a su nuera. Debido a ello, sus visitas a Londres eran anunciadas con el acompañamiento de todos los síntomas nerviosos, que sólo se le aliviaban tras comer con su hijo en un largo *tête-à-tête* que no le dejaba demasiado tiempo libre para su visita a Tedworth Square. Consentía en beber una taza de té con Maud, mientras sus ojos

revoloteaban por todos lados en busca de una señal de negligencia. Tras no encontrar ninguna, se dedicaba a responder las corteses preguntas de Maud con comentarios incisivos acerca de cuánto la querían sus amigos y sus vecinos.

—Me preguntan por ti a menudo, Maud. Y es que no te vemos nunca, ¿no es cierto? Debo confesarte que eso ha causado cierta sorpresa. Pero aun así, yo no soy quién para entrometerme. A propósito, he encontrado a Edward un poco delgado. Me preocupa, —añadió, en un tono que hábilmente equiparaba la preocupación por su hijo y su propia sensibilidad. Maud, recordando con cuánta facilidad lloraba Polly Harrison, no dijo nada. Pero aun así, salió a relucir el pañuelo—. No puedo decir que me sienta sola, Maud; tengo demasiados amigos para decir eso. Pero es que vivo preocupada; es mi carácter. Me gustaría que Edward viviera más cerca. Si algo se estropea en la casa, no es agradable para una mujer sola el tener que salir en busca de ayuda. Sin ir más lejos, el otro día tuve que pedirle a uno de los amigos de Bibi que cambiara la arandela de uno de los grifos de la cocina —dijo con voz desgarrada —. ¡Oh! A propósito de Bibi, creo que va a comprometerse. Y no me agrada mucho pensar que se irá de casa. Me quedaré completamente sola entonces. Bueno, supongo que debo pensar en regresar. Dile a Edward que me llame esta noche, ¿quieres?

—Usted sabe que no tengo que recordárselo.

—Sí, bueno, me alegra que aún se acuerde de su madre.

Cuando se hubo ido, dejando tras de sí un perturbador aroma de aversión e incomodidad que había logrado sobrepasar la capa superficial del *Arpège* que ellos le habían regalado las pasadas Navidades, Maud se aproximó a la ventana y una vez más inspeccionó los árboles sin hojas de la plaza, notó que su vecina, la mujer del perro, daba su tercer paseo del día y vio que el sol luchaba por atravesar la niebla siempre presente, pero sólo como una fuente de frío, a juzgar por la fugaz apariencia de calor que había dado al cielo sin luz. Reflexionando, como solía hacer siempre, Maud pensó que su suegra no le había preguntado ni una sola vez cómo se encontraba. Éste se había convertido ahora en el procedimiento habitual, en la forma que había elegido Polly Harrison de transmitirle su resentimiento. Pero esto ya no hería los sentimientos de Maud. Reconocía el hecho de que no había podido

satisfacerla, pero también reconocía que para satisfacerla hubiera tenido que abandonar su propia personalidad y permitir que la convirtieran a imagen y semejanza de Polly Harrison. Y jamás había tenido la intención de que eso sucediera. Su soledad se veía ligeramente aumentada a medida que crecía su aislamiento de todos, con excepción de su marido, pero contaba con su buen sentido, su serenidad, para recordar que no estaba en su casa, que nunca se había esperado de ella que se encontrara como en su casa, y que aquellas mujeres que no confiaban en sus propios recursos interiores, a diferencia de lo que ella se había visto obligada a hacer, estaban eternamente condenadas a llorar en los salones de otras mujeres o a quejarse en voces quedas ante amigas que, quizás, no dejaban de disfrutar de esa evidencia de insatisfacción.

Maud no ofrecía ninguna superficie permeable a los ataques de su suegra, a la exasperación bien intencionada de Bibi. La solución que tenía para su profunda tristeza nunca desvelada era, como siempre, leer. Edward le era de gran ayuda en esto; continuaba encontrándole libros con nombres de mujeres en los títulos. Así, no sólo leyó *Ana Karenina* y *Madame Bovary*, que una vez habían sido tema de unos estudios medio olvidados, sino también *Manon Lescaut, Effi Briest*… Lo que leía le confirmaba su teoría de que el amor era una cosa vital y terrible, que hombres y mujeres morían por él, que es la ausencia de amor lo que desespera a una mujer, pero que los hombres en los que la mujer deposita sus esperanzas no siempre satisfacen sus necesidades. ¿Y por qué tendrían que hacerlo? ¿Y cómo podrían hacerlo? ¿Cómo podía un conformista como Vronsky escoger a una mujer que había abandonado a su marido y a su hijo, o cómo podía el sórdido Rodolphe, que no había leído ni un solo libro en toda su vida, comprender a Emma Bovary, cuyas nociones de caballerosidad provenían de una mente plagada de novelas románticas? La abrumadora falta de compatibilidad en estas parejas oprimía a Maud, que se preguntaba si todas las mujeres padecían de este desequilibrio entre sus esperanzas y la realidad que se veían obligadas a soportar. Estaba muy bien que Jean Bell la instara a asistir a las conferencias de la National Gallery (quizás allí conozcas a alguien), pero Maud sabía que, como si estuviera programada para cumplirlo de forma inalterable, su destino era vivir con la realidad de su situación y mantener en

secreto el hecho de que una vez había desafiado a la realidad, que conocía la diferencia entre la aceptación y el riesgo y que, incluso mientras realizaba sus tareas cotidianas, de vez en cuando la invadía la incandescencia de un determinado recuerdo y la convicción momentánea —¿o era sólo la esperanza?— de que ese recuerdo era compartido.

Por todo ello le resultó un tanto irónico saber que estaba embarazada, aunque la versión de realidad que la situación proponía constituía por cierto una mejora. En su interior, Maud desestimó como sentimentalismos la dicha de Edward, sus ojos humedecidos por las lágrimas, cuando le dio la noticia de su visita al consultorio del médico. Ella no tenía la menor intención de ser una madre sentimental. En realidad, el embarazo la hizo pensar con más bondad en su madre, y con menos bondad en Polly Harrison, de quien sospechaba que hubiera preferido que ella fuera estéril, tal como durante tanto tiempo había sospechado que lo era. Maud y Edward decidieron de inmediato que debían mudarse a un piso más grande. Edward hizo averiguaciones en un edificio moderno que había al otro lado de la plaza, encontró lo que quería y lo compró enseguida, sin consultar a Maud por teléfono siquiera. La perspectiva de ser padre lo había dotado de una autoridad que nunca había tenido. A los ojos de su mujer parecía más grande, más pesado, más capaz de tomar decisiones. Nuevamente había tenido suerte: el dueño del piso quiso venderlo con todo lo que en él había, de manera que se trasladaron a un piso virtualmente amueblado, más grande y más espacioso que el que dejaban, con techos más altos y librerías empotradas a ambos lados de la chimenea de mármol. A Maud no le pareció cómodo; echaba a faltar su *chaise-longue*, que tuvieron que dejar en el otro piso porque en éste no había espacio para ella, e instintivamente se adueñó del sofá, a cuyos lados había lámparas con pies de bronce que, según ella, darían buena luz para leer.

Algo era diferente: en el amplio y elegante dormitorio había una gran cama de matrimonio. Dado que la cama era pesada y evidentemente de mucho precio, y dado que conjuntaba con una cabecera tapizada en blanco, de estilo rococó, y un gran cobertor acolchado, también blanco, aceptaron el cambio y comenzaron a dormir juntos con toda naturalidad. Edward pensaba que nunca

había sido tan feliz, pese a que cuando se despertaba en medio de la noche y sentía el cuerpo de Maud, que cada vez se hacía más abultado, lamentaba el hecho de que su libertad estuviera ahora irremediablemente perdida, al igual que sus sueños, de que nunca volvería a disfrutar del sol en ese recordado jardín de su infancia, ni haría planes para viajar por el mundo porque, como había reconocido, no tenía las agallas necesarias para ello. Ahora también él podía mirar retrospectivamente de forma selectiva, ver en su mente las imágenes de sus solitarios días en París, antes de que se produjeran aquellos encuentros que, por misteriosos caminos, lo habían traído hasta esta cama. Se vio mentalmente observando con atención las diminutas figuras enigmáticas que contenía una vitrina, vio la expresión que tenían en el rostro, y encontró lamentable la inocencia que él tenía en esos momentos, pero lo lamentó ahora que ya no la tenía. Entonces Maud, que en esos días dormía mal, solía darse la vuelta y acurrucarse junto a él, y él pensaba cuánto hubiera agradecido esta intimidad en los primeros días de su relación con ella, reflexionando sobre cómo el tiempo respeta a veces nuestros deseos, pero siempre alterándolos de modo significativo.

Después del nacimiento, que fue absolutamente normal, Maud cayó enferma, con una enfermedad indeterminada que se prolongó durante unos meses y que posteriormente la dejó bastante debilitada durante mucho tiempo. Tuvieron que tomar un aya para que se hiciera cargo de la niña, ante cuya presencia Maud irrumpía en llanto a menudo, pues la gran emoción que la invadía era demasiado para ella. El aya, una joven llamada Eve, fue como una enviada del cielo, no sólo para la criatura, sino también para Maud y, sin duda, para Edward. La presencia de una tercera persona los liberó de sus preocupaciones y demostró ser de gran utilidad para tratar a las respectivas abuelas de la niña que, en un desafortunado fin de semana, llegaron de forma simultánea e impartieron órdenes conflictivas. Eve persuadió a Polly Harrison, con más tacto del que Maud hubiera podido tener, de que se fuera, mientras que a Nadine le permitió quedarse, pero bajo una supervisión estricta. Por extraño que fuera, a Nadine no pareció molestarle, mientras le permitieran mirar, aunque no tocar, a la niña. «¡Ah!», suspiraba cuando contemplaba la cabecita oscura en los brazos de Edward, «¡Ah!» Eve consideró que Nadine era superior a Polly Harrison, cuya

aversión hacia Maud se traducía en una insatisfacción respecto a la niña, a la que encontraba demasiado delgada, demasiado morena (aunque el tono moreno lo había heredado de Edward) y demasiado plácida. Era evidente para todos que la señora Harrison no sabía manejar estos sentimientos, que su deseo más fuerte era distanciarse por completo del evento y culpar a Maud por el estado de languidez en el que había caído, sentando así las bases para futuras acusaciones que pudiera hacerle en relación con la conducta de la niña.

—No creo que su madre le haga ningún bien a Maud —le dijo Eve a Edward, y él se vio obligado a estar de acuerdo con ella. Ahora veía con mejores ojos a su suegra, que nunca le había gustado, cuando ella se sentaba, humilde y atenta, en el dormitorio que habían convertido en el cuarto de la niña. Maud dedujo que durante su propia infancia, que recordaba como austera, lo que le había faltado a su madre era una forma de expresión oral. Carecía de un lenguaje de términos cariñosos, tiernos, incluso ahora, cuando por su mirada o por la elocuencia de sus suspiros no quedaban dudas del amor que sentía por la niña.

—Así es que es de ahí de donde te viene el hábito de suspirar —le dijo Edward a Maud.

—Yo no la he oído suspirar jamás —respondió Maud—. Pero tampoco la había visto nunca tan enternecida.

Sólo Nadine llamaba a la niña Françoise; para los padres era siempre Maffy. La pequeña era una niña serena y competente que parecía tener controlado su propio crecimiento. Bajo la experta guía de Eve, no parecía tener dificultad alguna para comer y dormir; de hecho, pronto se adaptó a los alimentos de los mayores, aunque continuaba comiendo en el cuarto que le habían destinado para jugar, actividad por la que no sentía mucha inclinación, ya que su carácter serio la predisponía más a dar sensatos paseos y, más adelante, a los estudios, que comenzó cuando aún era de corta edad. Edward, en los extraños ataques de exuberancia que tenía cuando el amor que lo invadía por la niña no encontraba otra vía de expresión, la cogía en sus brazos y bailaba con ella por toda la habitación, cantando esa conocida canción «Eres lo más alto, eres el Coliseo». Pero terminaba deprimiéndose profundamente cuando la niña se libraba de sus brazos y buscaba refugio en el entorno

protector de su madre, juzgándolo con ojos tan desconcertantes como los de Maud. Confrontado con lo que era un palpable rechazo (o así lo creía él), Edward tendía a perder la cabeza y a acusar a su mujer de una infidelidad que era más imaginaria que real, pero no por eso menos poderosa. Y Maud no decía nada para refutar esas acusaciones, quizás porque las consideraba bien merecidas, pero más a menudo porque estaba tan decaída por su extraña enfermedad que ya no podía distinguir si se las merecía o no. Esos días, sus pensamientos eran más acordes con los del dominio de los sueños, de las ensoñaciones: dejaba a Maffy en manos de Eve, leía a Proust y daba sus habituales paseos. Algunas veces, cuando giraba la esquina de Tedworth Square y se encontraba con Eve y la niña que regresaban de la escuela, le sobrecogía una inexpresable sensación de dicha y corría con los brazos abiertos al encuentro de su hija. Y la niña corría al encuentro de su madre con igual alegría, aunque pronto se deshacía de sus brazos y volvía junto a Eve para continuar con ella el diálogo en el que, sólo en ocasiones, se le permitía intervenir a Maud. No obstante, cuando se dirigían a la casa para tomar el té, la niña aceptaba darle una mano a cada una y se sentía feliz con ambas.

Maud siguió inmersa en su estado de languidez, que el médico calificó de depresión, durante dos o tres años, pese a que presentaba muy pocos indicios de enfermedad. Cumplía sus tareas hogareñas con la misma escrupulosidad de siempre y preparaba excelentes comidas para los cuatro, aunque ella comía poco. Mantenían contentos los servicios de Eve a modo de salvaguardia, principalmente para proteger a Maffy de las ensoñaciones de su madre, aunque la niña parecía aceptarlas con entera naturalidad e incluso a veces se recostaba sobre la rodilla de Maud y le volvía las hojas del libro, como si la lectura fuese la verdadera y única ocupación de su madre.

—¿Deprimida? ¿Y por qué está deprimida? —preguntaba indignada la señora Harrison a su hijo. En su interior, ella la consideraba loca—. Después de todo, nunca nos cayó bien —solía decir a esas simpáticas amigas suyas a quienes les contaba las impropiedades de su nuera a modo de agradable culebrón—. A veces el embarazo tiene ese efecto sobre las mujeres —le aseguraban ellas, no dispuestas a dejar que se les escapara tan

delicioso tema—. Son las hormonas, ¿sabes? ¿Ha visto a un ginecólogo?

—Sólo visita a su médico. Y éste no la ha ayudado mucho que digamos.

—Supongo que la pequeña vendrá para las vacaciones, ¿no?

—Oh, sí —respondía la señora Harrison sin entusiasmo. Para su propia vergüenza, no le gustaba la niña—. Pero no podré dedicarle mucho tiempo ahora que tengo que preparar la boda de Bibi.

Porque Bibi iba a casarse con un dentista del lugar. La boda fue la última vez que Maud acompañó a su marido a Eastbourne. Para esa ocasión vistió un vestido largo, floreado, que los demás consideraron inadecuado, pese a que lo había enviado su madre desde Francia y le quedaba estupendo. Los criticones que no la habían visto recientemente no la encontraron ni más vieja ni más joven y, por cierto, no la creyeron enferma. Cuando Maud se escapó al jardín hubo labios fruncidos y un intercambio de miradas significativas.

—Será mejor que vayas tras ella —dijo Polly Harrison a su hijo.

—¿Por qué? Está bien. Sólo le duele un poco la cabeza. ¿Por qué no te sientas un rato, mamá? Te ves muy acalorada.

En esa época, la actitud de Edward hacia su mujer era la de un anhelo impotente, porque se sabía incapaz de penetrar el muro de soledad que la rodeaba. Una parte suya se regocijaba al verla tan dependiente de él, sentía un inquietante acceso de deseo cuando la veía con la cabeza gacha, que ella levantaba en cuanto se sentía observada por él. En esos días le hacía el amor de manera salvaje, pero la respuesta que buscaba era más emotiva que física. Físicamente, ella respondía sin quejas, incluso con placer, pero sin decir una palabra, y él sabía que esa respuesta era automática, provocada sólo por la cercanía, por la oscuridad, por el estado somnoliento en que estaba cuando la despertaba. Él actuaba con más violencia de la que deseaba, ansioso por sentir un grito, una palabra tierna, una mano cariñosa. Pero, aunque no le cabía duda de que con los años la había hecho su mujer, sentía que ella permanecía distante y que esa distancia era mantenida, ya fuera de forma consciente o inconsciente. Ninguna de las insatisfacciones de Edward eran del mismo tipo que las de su madre. Las de él eran más primitivas, más secretas, podían remontarse a la rue Laugier y

a todo lo que allí había sucedido. Tampoco se rebajó nunca tanto como para acusar a Maud de seguir viéndose con Tyler, fruto de alguna fantasía elaborada por él mismo, cuya vigencia dependía del hecho de que también era un secreto muy bien guardado. En realidad, Tyler parecía haberse borrado de la faz de la tierra. Algunas tardes en las que la actividad en la tienda era particularmente escasa y Cook salía en busca de ejemplares para la prensa, Edward se sentía tentado de llamar por teléfono a la agencia publicitaria de Tyler y sugerirle que tomaran un copa juntos, pero en el último momento desistía de hacerlo. Finalmente un día, un viernes, lo llamó, pero le dijeron que Tyler trabajaba desde hacía dos años en la oficina de Nueva York. Preguntó si había alguna posibilidad de que regresara a Londres, pero le contestaron que no lo creían y que, en todo caso, si quería ponerse en contacto con él, podía llamarlo a unos números de teléfono. Edward los anotó en un sobre, que después guardó en un cajón. Aunque no lo destruyó, sabía que nunca lo utilizaría. Se había enterado de lo que quería saber: que no había encuentros entre su mujer y Tyler. Esto constituyó para él una fuente de seguridad, así como también de arrepentimiento.

Cuando Maud y Edward se encontraban en público, es decir fuera de su dormitorio, se comportaban bien. Recibían más visitas que antes porque muchos de los clientes de él se habían convertido en valiosos amigos. Max y Nelly Kroll seguían visitándolos una vez al mes, y ahora les tocaba a ellos traer los chocolates y los caramelos a los que, a su parecer, todos los niños tenían derecho. Maud, con su serena manera de ser y sus modales de clase alta, era muy apreciada en este círculo. Servía comidas excelentes y era, pese a su enfermedad, o a su supuesta enfermedad (dado que nadie podía ver indicios de ella), una mujer hermosa. Sus ojos serenos contemplaban a su marido, por encima de los candelabros encendidos, con una total apariencia de deferencia. Recibía con gracia los mudos mensajes de él, cambiaba el tema de la conversación cuando era necesario y no descuidaba el menor detalle en la conducción espléndida e inconspicua que hacía que estas cenas tuvieran tanto éxito. Sólo Edward sabía cuán espantosamente la cansaban, dejándola como si la hubieran sometido a algún tipo de sacrificio necesario. En el dormitorio, se quitaría el collar de

perlas como si ya estuviese en medio de un sueño y, sin protestar, se sentaría en el borde de la cama mientras él le desabrochaba el vestido. Luego, se dormiría con la misma rapidez de siempre y, cuando él la despertara en medio de la noche, adaptaría con agilidad su cuerpo al de él. Él temía oírla suspirar en esa situación, pero los suspiros de Maud se producían sólo de día.

Ella aceptaba la extraña condición en que se encontraba, que amenazaba convertirse en permanente, como reflejo preciso de su estado mental que, a su juicio, era el de rumiar incesantemente, sin el menor atisbo de acción. Era por eso que casi no tenía manifestaciones de padecer un estado anómalo. No lloraba, no protestaba ni tenía deseos inconvenientes; sólo tenía una enorme fatiga, que disimulaba con una media sonrisa, porque consideraba vulgar e innecesario referirse a ella. Desempeñaba con éxito el papel oficial de su vida, de manera que ninguno de los amigos comerciales de Edward podía sospechar que tuviera algo más que una constitución delicada. Si su madre sospechaba algo acerca de una enfermedad hereditaria, tenía la suficiente fuerza de voluntad como para no hacer ninguna mención al respecto, alentada además por el hecho de que, hasta el momento, la salud de Maud no había sufrido la más mínima alteración. Con la placentera presencia de Eve, la casa funcionaba de maravillas; la pequeña iba al colegio, tenía amigas y las invitaba a su casa, hábito que le fomentaban. En ese entonces no se consideraba inusual que fuera el aya quien les sirviera el té. Dado que era poco lo que Eve tenía que hacer, Maud la alentó a que tomara un curso sobre modas, y por las tardes reinaba la calma en el piso vacío, una calma que Maud, recostada en su sofá, hacía poco por perturbar.

A medida que creció, Maffy se acostumbró a la serenidad de su madre, no así al amor de su padre, que le daba la sensación de ser tímido a la vez que excesivo. Cuando llegó el momento en que lamentablemente Eve se fue, Maffy ya era capaz de cuidar de sí misma casi por completo. Había heredado de su madre el sentido del orden, era prolija, serena y estudiosa, aunque físicamente se parecía a su padre; tenía de él el cabello oscuro y el cuerpo delgado, y sólo su mirada fija era desconcertantemente igual a la de su madre. Cuando tenía diez años, sus padres juzgaron que podía pasar las vacaciones sola en Eastbourne, aunque la llamaban todas la

noches por teléfono, ansiosos de saber si estaba contenta. Ambos se sentían aliviados e intrigados ante lo que consideraban un estoicismo de parte de la niña, sin darse cuenta de que lo que ella sentía era, a lo sumo, aburrimiento. Todas las mañanas la llevaban a casa de Bibi, donde la obligaban a jugar con William, el hijo de Bibi que tenía tres años. A ella no le disgustaba William, ni Bibi ni Polly Harrison, pero los encontraba un poco restrictivos. Esperaba pasar futuras vacaciones en Dijon, con su otra abuela, a quien sus padres la habían llevado a visitar en el nuevo piso que Nadine tenía en la rue Alphonse Ballu. Tanto el viaje como la visita en sí fueron un éxito inesperado. El previo carácter taciturno de Nadine había desaparecido ante su reciente condición como miembro de la familia: una vez que se hubo convencido de que Maud no estaba físicamente enferma, que la situación de Edward era próspera y que aparentemente su nieta la quería, se dejó invadir por un inhabitual sentimiento de bienestar.

Cuando Maffy tenía catorce o quince años, encontraba completamente natural sentarse en el jardín del Château d’Eau con su abuela, que le pasaba las secciones del diario a medida que las leía y la felicitaba por su acento francés. En el camino de regreso a casa solían detenerse en un salón de té a tomar pasteles. La condición de abuela le había devuelto a Nadine su antigua dignidad. Ahora tenía el cabello gris, la cara lavada, sin los colores que antes la animaban, y no dirigía a Maffy más que una mirada atenta, o al menos eso era lo que le gustaba creer. Cuando al término de las vacaciones de verano Nadine acompañaba a Maffy a la estación de ferrocarril, sentía un dolor en el corazón que no era sólo orgánico (aunque había tenido avisos, los había desoído). Le había mencionado a Edward, con quien ahora mantenía excelentes relaciones, que tal vez fuera conveniente que Maffy asistiera a la universidad en Dijon.

—No podría pasar tanto tiempo sin verla —confesó él. Pero aceptó permitir que pasara parte de las vacaciones con su abuela.

—Sólo lo sugiero porque es tan ventajoso saber bien francés —dijo Nadine con naturalidad.

Edward sonrió. Ya había visto derrumbarse la expresión en ese rostro noble cuando Maffy, siendo muy pequeñita, se había caído y

se había hecho daño. No privó a Nadine de su deseo, sabiendo que ella podría controlarlo de forma admirable. Además, Maffy ya no era una niña pequeña y podía devolver el afecto de manera que calmase el incierto corazón de su abuela. Con cierta cautela, comenzó a pensar si sus temores no habían sido exagerados; pero sus sentimientos eran harina de otro costal. Sabía que éstos siempre se desbordarían, que nunca se ajustarían a los límites establecidos. Pero también logró mantener este conocimiento en secreto.

14

Así, sin fisuras, transcurrían sus vidas, al menos para quien los viera con ojos poco observadores. La extraña languidez de Maud fue mejorando paulatinamente. Mientras tanto, Edward ocultaba ciertos cambios que se producían en él. Lo hacía en nombre de un amor que amenazaba convertirse rápidamente en impotencia. Se fijó a sí mismo el objetivo de aguantar hasta que su hija tuviera la edad suficiente como para irse a vivir por su cuenta, momento en el cual Maud y él se aferrarían el uno al otro, aunando sus debilidades, con el sentido de haber cumplido su misión. Ambos sabían, cada uno por su lado, que se aproximaba el momento de un desenlace final. Maud, afectada todavía por una lasitud intermitente, buscaba consuelo en sus libros, en su ordenada vida vacía, y a veces lo lograba, aunque solía sobresaltarse, como con temor, cuando el silencio de la tarde amenazaba con hacérsele insoportable; se acercaba entonces a la ventana con la intención de ver siquiera un atisbo del sol ausente y deseaba que su hija se alejara de este lugar triste y se lanzara al mundo, a otro tipo de vida. Maud no tenía temores en cuanto a su hija, sabía que la relación entre ambas era estrecha, pero quería dejarla en libertad. Así debió de haberse sentido su madre una vez, reflexionó, pero no era aconsejable pensar en su propio caso: era mucho mejor alegrarse de que Maffy hubiera pasado sin problemas de ser una adolescente a ser una adulta, con una sana aceptación de su parte. Maud nunca creyó que pudiera sentirse tan confiada, tan objetiva, ante la presencia de un amor tan grande. La experiencia le resultó tan extraordinaria que consumía todos sus momentos de reflexión. Intentó contener las expresiones que ese amor le producía, y lo logró: sabía dónde había fracasado Edward, y le tuvo lástima. Siempre le había tenido

lástima, pero tampoco era aconsejable pensar en ello ahora. Ella lo valoraba, lo apreciaba, incluso lo quería, aunque sabía que no como a él le hubiera gustado. Maud había conseguido reconciliarse con sus sentimientos, no sentía el más mínimo interés en analizarlos, hacía caso omiso de ellos de forma deliberada. Su único éxito, pensaba, había sido su hija, la hija de ambos. En cuanto a su marido, Maud esperaba estar equivocada acerca de su percepción de que no era feliz. Tenía la sensación de que estaba enfadado, desesperado; la inminente partida de Maffy lo dejaría desolado. En realidad, ya lo estaba, con una desolación impenetrable para ella. Maud se preguntó cuándo había comenzado a invadirlo, se preguntó si sería ella la culpable, pero llegó a la conclusión de que todo ello era inapropiado.

—¿Estás cómodo, Edward? Tienes el ceño fruncido.

—Estoy bien, muy bien —solía decir él con una mirada de preocupación—. ¿Dónde está Maffy?

—En casa de Sophie. No tardará.

—No me gusta que venga tarde.

—Pues tendrás que acostumbrarte a eso. Pero no debes preocuparte —solía decirle cada vez con más frecuencia—. Todo irá bien. Sólo irá a Dijon.

—Y después a Cambridge.

—¿Es que pensabas que podrías tenerla aquí para siempre?

—Me hubiera gustado.

—¡Vamos, Edward!

—Oh, ya lo sé. Creo que iré a dar un paseo. No te importa, ¿no? Me duele un poco la cabeza.

—Por supuesto que no me importa. —Ella estaba desconcertada—. ¿No tomas nada para el dolor?

—Sólo necesito un poco de aire. Aquí hace demasiado calor.

—Pues abre una ventana.

—Es igual, Maud. No tardaré mucho. Tú ve a acostarte. Sí, eso es, ve a acostarte.

Ella lo miró con ojos ansiosos mientras él se ponía la bufanda alrededor del cuello y metía los brazos en las mangas de la gabardina. Pensó que sus movimientos eran apresurados, exagerados. Apoyó una mano en el brazo de él.

—Nos querrá más si la dejamos ir —dijo ella—. Lo que sientas, y

lo que yo sienta, es irrelevante, es decir, irrelevante para ella. No debes afligirte, Edward. Regresará, pero sólo si la dejas irse…

Él retiró el brazo.

—Buenas noches, Maud.

Ella oyó cerrarse la puerta de la calle, sintió un primer aviso de alarma. Después, con lentitud, ordenó la habitación y se fue a la cama. En consecuencia, no pudo ver la conducta extraña de Edward en la calle, su caminar incierto, sus sacudidas de cabeza como si quisiera aclarar la visión, sus manos crispándose y volviendo a abrirse dentro de los bolsillos. Se quedó despierta hasta que él regresó, tarde. Sintió cómo se acercaba a la puerta cerrada de Maffy y escuchaba, tras lo cual se dirigió al dormitorio.

—Maffy regresó hace una hora —le dijo para tranquilizarlo—. ¿Has disfrutado de tu paseo?

—Sí, gracias.

—Entonces, buenas noches, Edward.

—¿Qué? ¡Oh, sí! Buenas noches, Maud.

En medio de la oscuridad, Edward no ofrecía ninguna resistencia a lo que consideraba, desesperado, sus pensamientos nocturnos. Amaba a su hija con la misma exageración con que amaba a su mujer, y sabía que con el mismo infortunio. La imposibilidad de ser amado como había esperado serlo, como había soñado serlo, comenzaba a desequilibrarle. El sueño lo abandonaba; sus dolores de cabeza se hacían más intensos. Aceptaba el hecho de que su hija fuera tan poco demostrativa como su madre, a quien tanto se parecía; lo que no podía aceptar era que sólo sintiera por él un afecto sereno y no el arrobamiento que deseaba inspirar. Si buscaba en su mente y en sus recuerdos, lo que hacía a menudo durante esos días en los que se sentía tan extraño, volvía a descubrir una vez más aquellas imágenes que parecían haberlo acompañado desde que tenía uso de razón. La primera de ellas era una sensación de luz y calor, luego venía la de un jardín, seguida de una lluvia de gotas iridiscentes bajo un sol estival. En el fondo siempre estaba la amada figura de su hermana cuando era pequeñita, y la necesidad que él sentía de quererla y protegerla. Pero ahora que esa hermana había crecido, de alguna forma no la amaba tanto. Se había casado cuando ya era un poco mayor y había adoptado de inmediato las cualidades protectoras que caracterizan a las mujeres que llevan

muchos años de matrimonio. «Me temo que mi marido no puede comer nada frito», podía decir, o «¡Tim! Ya te he dicho que no salgas sin la chaqueta», como si él, un dentista de moderado éxito, fuese incapaz de pensar por sí mismo o de responder de sí mismo. En ese momento se le ocurrió pensar que la razón por la cual iba al Louvre todos los días, durante esa decisiva estancia en París, radicaba en ver al hermano y la hermana egipcios, pequeños, rígidos, sonriendo hasta la eternidad, en la vitrina que todos pasaban de largo en pos de la Victoria de Samotracia. Esas dos figuras tensas pero alegres, casadas entre sí, parecían no temer a este mundo, ni tampoco al otro.

Y eso era lo que a él se le había escapado: la ausencia de temor. No necesitaba recurrir a explicaciones complicadas. Lo que lo conmovía era la serena plenitud que había en los ojos de las caras egipcias. Él no había podido reconquistar esa santidad original que había experimentado por primera vez en el jardín de su infancia y que le había sido devuelta en sus sueños, de ahí que recordara despertarse en una estado de dicha suprema. Él había tratado de encontrar algún mensaje espiritual en esos momentos del despertar; durante un tiempo había creído con firmeza en las nubes de gloria de Wordsworth. Pero ahora no tenía elección; tenía que experimentar las sombras de la prisión que cada vez se le hacía más opresiva. No era simplemente el dolor de cabeza que lo invadía la mayor parte del día. Era, con mayor probabilidad, el hecho de haber fracasado en su intento de lograr arrancar algún tipo de respuesta de su mujer y su hija, que, aunque eran todo lo que su mente racional podía desear que fueran, a su juicio, podían muy bien vivir sin él. Pensaba que si muriera de forma repentina (y había suscrito en secreto más pólizas de seguro), ninguna de las dos notaría mucho su ausencia.

Edward sentía envidia de la aparente santidad de su mujer, creyéndola incapaz de engañar. Lo que ella le ocultaba estaba muy poco oculto; la imaginación de él siempre había suplido lo que las palabras de ella jamás habían desvelado. Gracias a una especie de modestia, nunca hablaban del pasado: el acceso de cólera que había tenido cuando se enteró de que Tyler había asistido a la boda de Xavier había sido fuerte, por cierto, pero su sentimiento de celos estaba más relacionado con el pasado remoto que con los pocos días

que ella había estado ausente. Él sabía que ella no le había sido infiel, que nunca lo decepcionaría. La duda que él seguía teniendo se centraba en torno a una cuestión que no llegaba a poder discutir: el goce de Maud con Tyler como amante. Y de ahí provenía su propia excitación dolorosa: era por eso que nunca podría discutirse el asunto. La prueba de que el culpable era él residía en su actual estado de duda y desorden, como si ambos elementos hubieran aumentado a lo largo de sus años de matrimonio, un matrimonio que la mayoría juzgaría exitoso. Y su mujer, que era la principal víctima de ese daño original, había madurado hasta alcanzar una aparente calma que a él le había sido negada. El hecho de que esa calma no hubiera podido formar parte de su vida era lo que lo ponía nervioso, lo que le hacía rechinar los dientes. Ella solía mirarlo con los ojos abiertos, como si estuviera angustiada por él, pero él podía ver que no comprendía el porqué. Quería gritarle: «¿Qué sientes? ¿Qué sentías? ¿Qué te hacía él? ¿Cuál de nosotros dos lo hace mejor?». Pero nunca lo hizo. Y de esta manera prolongaba su propio tormento extraño, al que nuevamente intentó darle algún sentido espiritual. ¿Era la pérdida de la inocencia? ¿Es que toda inocencia estaba condenada a desaparecer? Al parecer no, puesto que Maud no había perdido la suya, y esto lo intrigaba porque había sido ella la primera en caer, mientras que él era consciente de haberse portado «bien». Recordó su breve destello de satisfacción en la rue Laugier: «Me he portado bien», se había dicho. Y, sin embargo, esa buena conducta había producido esta desesperación; era como si la mala conducta hubiera podido arrojar mejores resultados.

Pero todo esto pertenecía al pasado: el presente era una mujer a quien él amaba con más desesperanza cada año que pasaba, y una hija que era la viva imagen de su madre, como si hubiera sido concebida de forma inmaculada, con sólo su aspecto moreno como cortés reconocimiento de su paternidad. Cuando Maffy era pequeña, él había deseado inundarla de amor, pero no había logrado más que verla retroceder ante él, temerosa de la exuberancia de su padre. La actitud actual de su hija era de respeto: le hacía preguntas sobre la tienda, sobre Cambridge, sobre dónde debía estudiar las lenguas modernas, pero parecía no interesarle su persona, mientras que él oía cómo le preguntaba a su madre: «¿Tú hacías esto cuando eras

joven?». Él pensaba que cuando fuera mayor —y ya era en extremo dueña de sí misma— se parecería por completo a la familia de su madre, y él quedaría excluido otra vez. La aversión de su propia madre, que había atado cabos mucho antes que él, era ahora tan abierta que recaía sobre la propia Maffy. Polly Harrison, por tener un carácter más simple y rudo, ya había tomado sus decisiones: William, el hijo de Bibi, era el depositario de todo su afecto, porque juzgaba que el padre de William era lo suficientemente maleable como para satisfacerla por completo. Cuando Edward contemplaba a su sobrino, en las visitas cada vez más espaciadas que hacía a Eastbourne, se convencía más de la belleza y superioridad de su hija. Y tal vez parte de esa convicción había asaltado a Bibi, cuya relación con Maud era ahora mucho más intermitente que antes.

—Anoche estuviste muy inquieto —le dijo Maud—. ¿No será mejor que vayas al médico?

—No necesito ir al médico.

—A Nelly le pareció que no estabas bien. Dijo que estabas pálido. ¿Estás pálido, Edward?

—Estoy muy bien. Eres tú la que se supone que no estás bien.

—Pero yo estoy mejor —dijo ella, con cierta sorpresa—. No me había dado cuenta. Estaba tan acostumbrada a sentirme rara, como dentro de una nube, casi como si estuviera detrás de un cristal. Esa sensación parece haber desaparecido, y de forma muy repentina. ¿Qué crees que fue lo que me pasó?

—Ese médico tuyo lo llamó depresión. La depresión es una forma de enojo, o eso creo haber oído decir.

—Yo no estoy enojada. —Ella lo miró inquisitivamente—. ¿Por qué diablos debería estar enojada?

—Tal vez estabas enojada sin saberlo. Quizás el enojo es sólo una experiencia mal digerida.

Ella lo miró con sus ojos serenos, como si lo considerase no sólo un peligro para ella, sino también para sí mismo. Se dirigió hacia la ventana y la abrió.

—¡Mira, Edward, el sol! ¡Parece primavera! De alguna manera nos las hemos arreglado para pasar el invierno. Quizás sea por eso que me siento mejor.

—Si tú lo dices…

—No dejemos de ser amigos, Edward. Siempre nos la hemos

arreglado para ser amigos, ¿no es verdad? Y ahora que Maffy no está tanto en casa es aún más importante que nosotros dos nos llevemos bien. ¿Tanto la echas a faltar?

—De una manera abrumadora.

—Eso puedo verlo. Creo que yo puedo tolerarlo mejor que tú, en parte porque somos tan parecidas que sé lo que está pensando. Ahora que está en Dijon, con mamá, sólo tengo que pensar en mi vida allí para saber adonde va y qué hace. Cuando esté en Cambridge es cuando de veras sentiré que la he perdido. Entonces estará más unida a ti.

—Lo dudo. Yo ya la he perdido.

—No digas eso. ¿Es que no puedes ver cómo te admira?

—Yo quería más que eso.

—Pero está mal que un padre desee que una hija lo quiera demasiado. ¿Te acuerdas de mi amiga Julie? Su padre estaba constantemente besándola y abrazándola, y ella detestaba que le hiciera eso. Él era un hombre muy bueno; todo era muy inocente. Pero la quería demasiado. Finalmente, ella no pudo devolverle el amor. Fue terriblemente triste.

—¿Y yo soy así con Maffy?

—No, por supuesto que no. Tú eres impecable. Y ella está muy orgullosa de ti, ¿sabes?

—Pero eres tú con quien ella quiere estar.

—Por supuesto. Yo soy su madre.

—¡Lo dices con tanto orgullo!

—Es que estoy orgullosa —dijo ella con mucha calma—. Estoy orgullosa porque tú me lo has permitido. Mis perspectivas no eran buenas. Yo carecía de todas las ventajas que mi madre consideraba indispensables para un chica que quisiera casarse. Recuerdo que mi relación con la gente no era buena. Sin embargo, gracias a ti me casé y tuve una hija que nunca sabrá nada de esto, y que se ha criado hermosa, inteligente y buena. ¿Por qué no había de estar agradecida? Y agradecida a ti.

—¡Agradecida!

—¿Qué tiene de malo estar agradecida? ¿Por qué no estás agradecido tú también? Tenemos una buena posición económica, una casa bonita (aunque por extraño que parezca yo prefería el otro piso: ¿quizás deberíamos volver a mudarnos?), una hija sana y

ninguna preocupación que no podamos afrontar. ¡Sólo con que te tranquilizaras, Edward, y dejaras de rechinar los dientes! Es el rechinar de dientes lo que te produce esos dolores de cabeza. O lo que te los producía, porque últimamente estás mejor, ¿no es cierto?

—Mucho mejor —dijo él, mintiendo.

—Todo lo que necesitas es un sedante suave para dormir. Y a Maffy le irá muy bien en Cambridge, y tú podrás ir a verla y salir con ella. ¡Conoces tan bien el lugar! Yo lo encontré frío; hermoso, pero frío. Entonces conocerás su vida tan bien como yo la conozco ahora. Será como volver a vivir tu vida.

—Yo no quiero volver a vivir mi vida.

—Entonces será mejor que aproveches ésta lo máximo posible. Hay panecillos frescos para el desayuno, y también hay de esa mermelada de albaricoques que tanto te gusta.

—Tú te sientes mejor, ¿no?

—Sí, estoy mejor. Quiero salir a dar un paseo. Quiero salir a dar un paseo largo.

—Ven conmigo andando hasta la tienda.

—Eso no es suficientemente lejos. Quiero ir al parque.

La recuperación de su salud la apartó un poco de la esfera de protección de él y, aunque le agradó verla activa de nuevo, no pudo evitar lamentar el hecho de que cada vez fuera más independiente de él. En realidad, parecía haber encontrado una nueva fe en sí misma y, con ella, una nueva dignidad, como si los fantasmas del pasado la hubieran dejado impávida. Él se alegraba de que el médico de Maud fuera lo suficientemente anticuado como para confiar en los bromuros en lugar de recomendar algún tipo de psicoanálisis: sabía que eso podría haber amenazado su frágil armonía, haberla puesto en contacto con impulsos más primitivos que estaban ya profundamente enterrados. Además, tenía razones para agradecer la recuperación de ella ahora que su propia salud estaba amenazada. Cuando Maffy volvió a partir, esta vez hacia Cambridge, era Maud la más competente de los dos, era Maud la que se lo encontraba sentado en la cama en una actitud de absoluto rechazo y la que lograba convencerlo de que aceptara la situación.

—¿Qué harás cuando se case? —le preguntaba, tratando de hacerlo sonreír.

Él la miraba desolado, pero no decía nada. Sólo pensaba: ya no

estaré aquí.

Poco a poco ella asumió el control, se convirtió en el miembro orientador de la pareja. Pasó un año, dos, y ambos sobrevivieron. Maffy no siempre pasaba sus vacaciones en casa, pero ellos trataban de no darle importancia al asunto. Maffy tenía muchos amigos nuevos; los hombres la encontraban atractiva. Su cuerpo ágil y sus espléndidos ojos le ganaban muchos admiradores, y ella no era contraria a tomárselos en serio. Maud, que intuía eso, la alentaba a que tuviera sus líos amorosos lejos de casa. Cuanto menos supiera Edward de ellos, mejor. Maud se dedicaba a distraerlo organizando más cenas, dando más paseos largos. Ella se encargaba de que salieran de vacaciones, aunque en realidad ninguno de los dos las disfrutaba. Le observaba en secreto, pero no podía ver en él ningún cambio notable, habituada como estaba a las impredecibles variaciones del humor de Edward. Parecía más viejo, por supuesto, y se quejaba de la espalda, como suelen hacer los ancianos. Ella también había envejecido, y la idea de hacer el amor le resultaba un poco embarazosa. Retornó a Proust, pensando que estaba destinada desde siempre a llevar una vida tranquila. Sentada en el sofá al término de una apacible tarde, cuando ya el invierno había vuelto, solía pensar en el pasado. Mala señal, había oído decir. No obstante, lo que veía era a sí misma sentada en el jardín del Château d’Eau con su madre, bajo un sol brumoso. Ya no podía imaginarse el sol sin bruma; habían desaparecido los demás soles sin ni siquiera dejar rastros, al igual que se había desvanecido quien los hacía cambiar. Ya no pensaba más en él, al menos de forma consciente. No obstante, deseaba rescatar parte de aquel primer esplendor, que recordaba como parte de su juventud. Ahora, cuando se miraba al espejo al final del día, veía a una mujer guapa y distinguida, una mujer cuya juventud parecía imposible imaginar.

Una noche, cuando Cook trajo a Edward a casa, simplemente dijo:

—Se desvaneció —pero mantuvo su mirada fija en la de ella, como queriendo señalar la cabeza caída de Edward.

—Edward —dijo ella, arrodillándose en el sofá en el que lo habían tendido. Él no respondió; sólo hizo un esfuerzo por mirarla, abriendo apenas los párpados pesados.

Maud, perpleja, se volvió hacia Cook.

—¿Esto ha sucedido antes?

—Una o dos veces.

—¿Y por qué no me lo dijo? Edward, ¿por qué no me lo dijiste?

—Me parece que puede haber tenido un ataque de algún tipo.

—¡Pero es muy joven! Edward, ¿puedes decirme qué pasó? ¿Quiere llamar al médico, Tom? El número está en la libreta.

Maud se volvió hacia su marido, le cogió una mano, no oyó cuando Cook le explicaba por teléfono al médico que Edward se había tambaleado mucho en la tienda, derribando cosas.

—Ha tenido muchos dolores de cabeza —añadió, sin desvelar sus propias sospechas.

—Ya veo. ¿Cómo lo está tomando su mujer?

—No entiende lo que sucede.

Pero finalmente lo entendió. Cuando él intentó tocarle el cabello con una mano y no pudo, cuando ella vio que el labio superior de Edward se contraía, dejando a la vista sus dientes espléndidos, cubiertos ahora de una saliva espesa, le cogió una mano y se la apretó con fuerza.

—No me abandones, Edward. Yo no puedo vivir sin ti. Quédate conmigo.

Maud siguió rogándole que se quedara con ella hasta que sintió la mano del médico sobre su hombro. Cook, en la sombra, no sabía si debía quedarse allí. Sin embargo, fue él quien cerró los ojos de Edward.

—Por lo que me dicen, debe de haber sido un tumor cerebral —dijo el médico—. Y no lo digo porque haya venido a mi consulta. Yo hubiera sabido qué hacer. ¿Sabéis si vio a algún otro médico?

—Yo no lo sé —mintió Cook.

—Enviaré a alguien. Me temo que habrá que hacer una autopsia. ¿Usted se quedará con ella?

Pero ella le pidió a Cook que se fuera, y se sentó en el sofá, en el espacio que había junto al cuerpo de Edward. Cuando se lo llevaron, ella siguió sentada allí, pasó allí la noche y el día siguiente y, posteriormente, parte de todas las tardes. Cuando Maffy llamó para decir que pensaba comprometerse para casarse, Maud simplemente le dijo:

—Sí, hazlo, cariño. ¡Él estaría tan contento! —sabiendo que era

todo lo contrario.

A ella le parecía importante ahora mantener los secretos de Edward, mantener su fe en él. Gradualmente, Maud fue abandonándose. Sólo reunía fuerzas para asegurarle a su madre, que llamaba todas las noches, que estaba bien. Y es que se sentía bastante bien. Lo único que le pasaba es que no tenía ya ganas de comer, ni de salir. En ocasiones, por la noche, preparaba un plato de frutas, tal como tantas veces lo había hecho para Edward. Pero lo que más hacía era leer y dormir. El sueño seguía siendo su recurso principal, y su liberación. Ya no le importaba estar sola en esa casa grande. En los momentos previos al sueño, su mente estaba completamente en blanco. *Longtemps, je me suis couché de bonne heure*, se repetía a sí misma, y cuando dormía lo hacía profundamente, y sin soñar.

15

El año siguiente a la muerte de mi padre abandoné Cambridge y rompí mi compromiso matrimonial. (Soy Maffy, Mary para mis amigos). Regresé a casa para quedarme con mi madre, aunque dudaba que ella considerara que mi presencia era una ayuda. Estaba muy serena, pero su aire de ensimismamiento, de preocupación, aumentó. Continuaba siendo tierna, pero reticente, y cuando me instó a que me buscara mi propio piso pude darme cuenta de que lo que ella quería era una vida sin interferencias ni comunicación. Pese a que al principio esto me preocupó, pensé que sus deseos debían ser respetados. Nunca me dio pie para pensar que corriera ningún tipo de peligro y, además, yo sabía que ella tenía un carácter fuerte. Jamás la había visto llorar o perder la calma. Encontré un piso cerca, así que me era fácil vigilarla, aunque no tenía la impresión de que ella lo necesitara. Echaba en falta a mi padre, por supuesto, y adelgazó mucho, pero no encontré ninguna causa inmediata que pudiera preocuparme. Tenía la mente tan lúcida como siempre. Pasado un tiempo, su reticencia se hizo más ostensible, de modo que cuando yo estaba con ella, aunque actuaba con amabilidad, parecía muy ausente. Tampoco entonces intenté distraerla; sencillamente me sentaba junto a ella y le preguntaba qué estaba leyendo. Muy ocasionalmente me cogía una mano entre las suyas.

Creo que ciertas muertes son una forma de suicidio. Así es como me explico el abandono de mi padre ante su enfermedad y el deslizarse lentamente de mi madre hacia el sueño, o hacia un estado indistinguible del sueño. La muerte de mi padre fue una conmoción más grande, a pesar de que mis relaciones con él no siempre fueron muy directas. Yo le quería, pero era consciente de que él me quería

más, y eso me hacía sentir mal. Se sentía igual con mi madre, de quien debo de haber heredado mi actitud. A veces mi padre debió de haberse sentido infeliz: en realidad, estoy segura de que no fue feliz. En cierto modo, fue mejor que muriera antes, porque sin mi madre creo que le hubiera resultado muy difícil seguir viviendo. Siempre tuve la impresión de que la vida le resultaba una especie de carga y de que, aunque adoraba a mi madre, no tenía confianza en que esa adoración la hiciera feliz. Digamos que mi padre tenía un carácter romántico. Yo he notado que esto lo preserva a uno; mi padre siempre me pareció un hombre joven, aunque por supuesto era joven cuando murió, apenas tenía más de cincuenta años. Lo que quiero decir es que se lo veía joven, con el cabello aún oscuro, y que era impulsivo pero también melancólico, muy distinto a mi madre, siempre tan serena.

La muerte de mi madre, que llegó de forma casi imperceptible, fue causada por la inanición. Comía poco, salía menos, y finalmente dejó de hacer ambas cosas. Un domingo por la mañana, entré en su piso con la llave que tenía y la encontré sentada en el sofá, con la lámpara aún encendida. Su aspecto era muy sereno, tan sereno que no se me ocurrió llorarla. Cuando se acabaron todos los trámites, llamé a mi abuela de Dijon (mi otra abuela estaba en un asilo de ancianos, en la costa sur de Inglaterra, con el mal de Parkinson). Mi abuela me instó a que me fuera con ella a Francia, con la implicación de vivir con ella de forma permanente. Pero cuando le dije que no podía dejar la tienda, cuyas riendas yo había tomado cuando mi padre murió, me hizo prometerle que iría a pasar las vacaciones de verano con ella. Yo la quiero mucho, y sé que está muy sola. Su pena por la muerte de mi madre no ha disminuido, y ha envejecido mucho. Tengo la impresión de que se siente culpable de algo, pero que yo sepa siempre se llevó bien con mi madre. No era una relación efusiva: de hecho, había mucha formalidad, pero también cierto respeto, exactamente lo que yo sentía por mi propia madre y lo que espero que sientan por mí mis hijos, si es que alguna vez los tengo.

Vendí el piso, el de mis padres, con todo lo que contenía. Vi que mi madre ya se había deshecho de la ropa de mi padre y, por cierto, de la mayor parte de su propia ropa. Puse las pocas joyas que tenía, sus certificados de nacimiento y de matrimonio, un quimono de

seda y un pequeño cuaderno, en una maleta que fue a parar al fondo de uno de mis armarios. No abrí el cuaderno hasta algún tiempo después, cuando pude disponer de las penosas reliquias que había dejado. Lo particularmente triste en cuanto al cuaderno fue que, con excepción de la primera página, las restantes estaban en blanco, como si no hubiera habido nada que registrar. Sólo esas pocas anotaciones —*Dames Blanches. La Gaillarderie. Place de Ternes. Sang. Edward*— alrededor de las cuales he construido esta fantasía con el deseo de darle a mi madre más sustancia de la que dejó.

Y es una fantasía: no tengo ni la más mínima idea de lo que esas palabras significan. Reconozco La Gaillarderie porque me he quedado allí con mi abuela: una casa bonita, donde resuenan los gritos de los nietos de Xavier, donde las dos ancianas, finalmente reconciliadas, se sientan en la terraza mientras yo paseo y leo. No hay nada misterioso en el lugar, ni fantasmas ni emanaciones. *Dames Blanches* es particularmente desconcertante. Cuando fui a quedarme con mi abuela, ella vivía en la rue Alphonse Ballu. Si hay alguna rue des Dames Blanches en Dijon, yo no la he encontrado. *Dames Blanches* también puede referirse a un convento, lo que es más probable. En la edición que yo tengo del Larousse dice que una *Dame Blanche*, en singular, es una especie de diligencia. *Dame Blanche* también es una ópera cómica, compuesta por Boieldieu, y una orden de caballería *pour la défense des dames et des demoiselles nobles*, fundada en 1399. Por otra parte, recuerdo que un *Dame Blanche* es un postre helado, que encajaría muy bien porque a mi madre le gustaban mucho los dulces y podría haberlo recordado de su infancia, si es que en realidad éste es un registro de su vida.

Edward es, por supuesto, mi padre. Todo lo que sé de la Place de Ternes es que es una plaza en París, en el *arrondissement* diecisiete. Y a *Sang* no le encuentro explicación. Es una perversidad de mi parte, y no sólo una perversidad sino también un deseo de resucitar a mis muertos, lo que me ha inducido a relacionar las palabras. Toda vida es buena, incluso si es ficticia, y la vida de aquellos a quienes amamos debe de tener algún sentido para nosotros, si ese sentido se oculta, ¿quién puede culpar de curioso al superviviente, aunque esa curiosidad tenga tanto de aflicción como de celebración?

El año próximo, cuando Cook se retire, es posible que venda la

tienda. Él es aún bastante joven, pero dice que quiere dar la vuelta al mundo mientras esté sano y activo. Su situación económica será cómoda: yo me he ocupado de que así sea. Me cuenta que mi padre siempre quiso viajar, aunque nunca lo hizo; las circunstancias nunca eran del todo apropiadas. Si vendo la tienda, quizás viaje yo también, o tal vez me vaya de Londres y comience de nuevo en otra parte. Pero, en realidad, me iré a Dijon y me quedaré con mi abuela hasta que se muera, y después decidiré. Las mujeres son hoy tan libres que parecería ingrato no disfrutar de esa libertad. Guardo en mi maleta el cuaderno de mi madre, con su código mistificador. Se supone que los códigos están hechos para mantener en secreto una información. Encuentro totalmente acertado que mi madre, que puede o no haber tenido secretos, se haya negado a dar explicaciones sobre su persona. No hay virtud alguna en la confesión, aunque se dice que es buena para el alma. Yo me inclino por las indirectas, que tienen su propio poder. Y, si me explayo sobre este asunto, es porque aún busco esa vida oculta, esas vidas ocultas. El pasado, como tan bien aclara Proust y bastante extensamente, siempre está con nosotros. En ese sentido, nada se pierde.

Pero también es cierto que la mayoría de las vidas son incompletas, que la muerte impide las explicaciones. Por tanto, ¿cómo es posible que uno no se sienta intrigado por una historia inconclusa? Yo también leo estos días las necrológicas de *Le Figaro*, y me encuentro asintiendo con la cabeza, en total acuerdo con los tópicos piadosos y las evocaciones humildes. «*Le soir venu, Jésus leur dit: “Passons sur rive*
l’autre
”». A mí también me gusta pensar que los muertos son consolados. En lo que a mí respecta, soy bastante fuerte, pero ese cuaderno sirve de recordatorio. La lección que para mí encierra —cualquier anotación, cualquier dato, es mejor que ninguno— es que la vida es breve y, también, que es memorable, que la huella que deja es indeleble. Y si la huella es inescrutable, tal vez también sea apropiado. Los muertos, quizás más que los vivos, tienen derecho a sus misterios. Y, ¿quién sabe?, quizás seamos nosotros, los que quedamos, los llamados a explicarlos, aunque sea para nosotros mismos.



ANITA BROOKNER nació en Inglaterra, Reino Unido en 1938. Falleció en 2016.

Hija de emigrantes polacos, tras realizar estudios de historia del arte, fue la primera mujer que accedió al cargo de Slade Professor en la Universidad de Cambridge. En la actualidad, Anita Brookner es una autoridad internacional en pintura del siglo XVIII y da clases en el Instituto de Arte Courtland. Ha publicado varios estudios sobre pintura francesa entre los que podemos destacar Watteau y Jacques Louis David, y las novelas *A Start in Life, Look at me, Familia y amigos y Una relación inconveniente*. En 1984 obtuvo el prestigioso Booker's
Prize con *Hotel du Lac*.

Notas

[1] Indignos (*N. de la T.*) <<